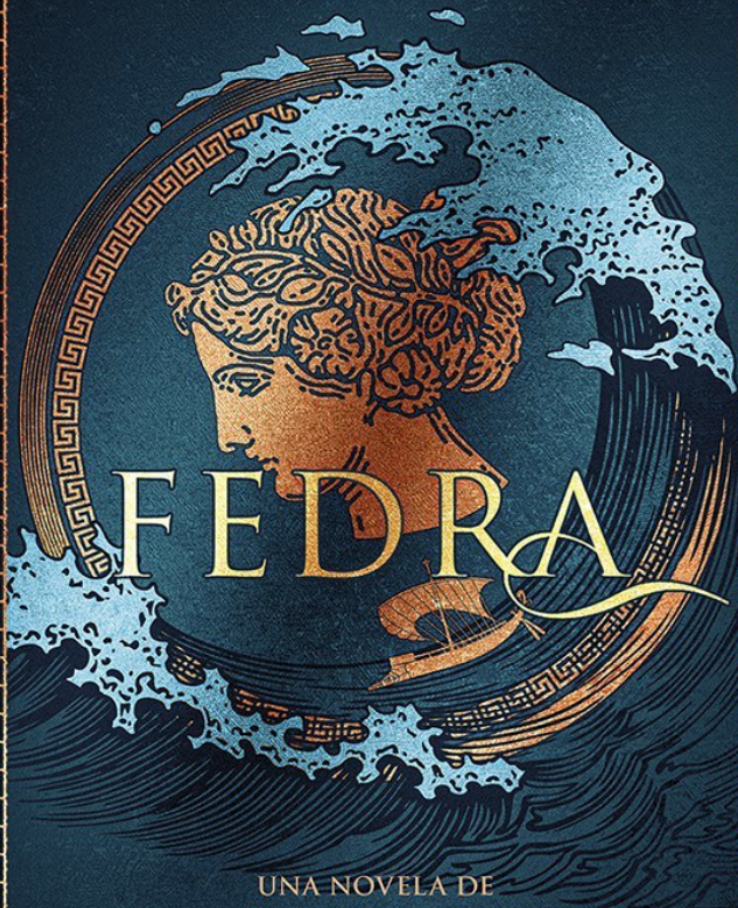
NIETA DE DIOSES. HERMANA
DE UN MONSTRUO. ESPOSA DE UN REY.



FEDRA

UNA NOVELA DE

LAURA SHEPPERSON

En Atenas, la multitud se dirige al juicio más asombroso de la Antigüedad. La familia real está sumida en el escándalo. Fedra, la joven esposa del rey Teseo, ha acusado de violación a su hijastro, Hipólito.

Él es un príncipe, un jinete experto, un joven prometedor con toda una vida por delante. Ella es la última de una estirpe de mujeres cretenses de dudosa reputación.

Los hombres de Atenas tienen que decidir quién dice la verdad. Mientras tanto, las mujeres de la ciudad, sin voto, se reúnen entre las sombras. Ellas saben que la verdad, en la era de los héroes y los monstruos, es escurridiza. La verdad siempre tiene dos caras y la de las mujeres nunca se había contado. Hasta ahora.

Laura Shepperson reescribe en clave feminista una de las figuras más controvertidas de la mitología y subvierte el mito más perdurable de todos: que las mujeres tienen la culpa de la violencia que se les impone y son la causa de su propio sufrimiento.

Laura Shepperson

Fedra

ePub r1.0
Titivillus 08-09-2023

Título original: *The Heroines*
Laura Shepperson, 2023
Traducción: Isabel Murillo
Ilustración de portada: Andrew Davis

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice

Cubierta
Fedra
Dramatis personae
Prólogo
- El bardo

Acto I. Creta
- Fedra
- Jantipa
- Coro nocturno
- Jantipa
- Fedra
- Jantipa
- Fedra
- Helia
- Fedra

Acto II. Atenas
- Medea
- Fedra
- Trifón
- Fedra
- Coro nocturno
- Fedra
- Kandake
- Medea
- Fedra

Coro nocturno
Medea
Coro nocturno
Medea
Kandake
Fedra
Trifón
Agneta
Coro nocturno
Fedra
Kandake
Fedra
Trifón
Kandake
Medea
Acto III. El Juicio
Coro nocturno
Fedra
Coro nocturno
Medea
Fedra
Kandake
Trifón
Fedra
Kandake
Fedra
Éxodo. Furias
Fedra
Coro nocturno
Medea

Trifón
Fedra
Trifón
Coro nocturno
Jantipa
Nota de la autora
Agradecimientos

FEDRA

Laura Shepperson

Traducción de
Isabel Murillo

ta tou dramatos prosopa

Dramatis personae

CRETA

Residentes

FEDRA: princesa de Creta
MINOS: rey de Creta y padre de Fedra
PASÍFAE: reina de Creta y madre de Fedra
ARIADNA: princesa de Creta y hermana de Fedra
KANDAKE: esclava de Pasífae
HELIA: saltadora de toros
EL MINOTAURO: célebre monstruo que vive en el laberinto, en el subsuelo del palacio

Visitantes

JANTIPA: tributo ateniense
TESEO: príncipe de Atenas e hijo de Egeo, disfrazado como tributo
PIRITO: capitán y amigo de Teseo

ATENAS

Residentes

EGEO: rey de Atenas
HIPÓLITO: príncipe de Atenas, hijo de Teseo y nieto de Egeo
TRIFÓN: consejero del rey

CASANDRA: criada de Medea
CRITÓN: fiscal

Visitantes

MEDEA: princesa de la Cólquida, exesposa del héroe Jasón.
Conocida como bruja
AGNETA: criada de Medea

¿Y una mujer como esta abrazas? ¿Y puedes estar con ella en el lecho conyugal,
impávido, y dormir a merced de sus encantos durante la silenciosa noche?
Así a llevar el yugo te compele, igual que a los toros con hechizos doma,
y te tiene adormecido con los encantos con los que domina sierpes venenosas.
Y súmale además que desea ver su nombre escrito como autora de las hazañas tuyas y de tus héroes,
esposa ingrata que ofusca la gloria que solo al esposo pertenece.

OVIDIO, *Heroidas VI*

PRÓLOGO

El bardo

—Acercaos, buenos ciudadanos de Atenas, sed todos bienvenidos; acercaos. Tengo una historia que contaros, una historia que os llegará al corazón. Gira en torno a vuestro valiente rey, Teseo, y ese malvado monstruo que aniquiló; una bestia con torso de hombre y cabeza de toro: ese crimen cretense contra la naturaleza al que llamaban el Minotauro.

El hombrecillo tocó un par de notas con su silbato y se sentó de nuevo en el taburete a la espera de los murmullos. Y, como era de esperar, la muchedumbre respondió.

—Esa ya la conocemos, extranjero. ¿Por qué tendríamos que volver a escucharla y contada además por ti?

Los ciudadanos de Atenas, en su mayoría jóvenes en la flor de la vida, empezaron a dispersarse.

El bardo se permitió esbozar una leve sonrisa y se puso a canturrear su historia. Comenzó, claro está, con la princesa extranjera. No la que prestaba declaración en el juicio, sino la mayor, Ariadna, la del hermoso cabello. Y con muchas más cosas hermosas, insinuó. La que había sido seducida por el rey de los atenienses, Teseo, un hombre que jamás había dirigido la palabra a sus súbditos, pero que, al ser protagonista asiduo de las canciones de los bardos, se había convertido para los ciudadanos en alguien tan conocido como un compañero de bebida. La princesa cretense apenas había empezado a desnudarse delante de Teseo cuando la multitud volvió a congregarse, tímidamente al principio y con más entusiasmo en cuanto el vino empezó a correr. Cuando la promiscua princesa se quedó con los pechos al aire, ya estaban todos gritando.

Sin embargo, la historia que cantaba el bardo no era la verdad. El bardo no tenía ni la más remota idea de cuál era la verdad. No era ateniense, y había conocido la canción a través de otro trovador que se la había enseñado a cambio de su último mendrugo de pan. Pero

observó que la muchedumbre lo abucheaba cuando hablaba sobre la princesa y lanzaba vítores cuando mencionaba al hijo de Teseo, Hipólito. Y, en consecuencia, decidió alterar la historia para hacerla del agrado del público. Primero de forma tentativa, y luego con más confianza, cambió el tono del relato para pasar a noticias de mayor actualidad y hablar sobre el juicio que tendría lugar en palacio al día siguiente. Era un riesgo, pero la cantidad de público fue en aumento. El bardo se sumergió en las profundidades de su memoria para desenterrar hasta el más diminuto fragmento de información que había recopilado sobre el juicio, tanto por el camino como en Atenas. La princesa había sido hechizada por Afrodita y el príncipe, abandonado por Artemisa. El público acogió el relato con ganas. Pero entonces el bardo, que era un hombre más observador que la mayoría, se fijó en la presencia de unas figuras sospechosas al fondo, cubiertas con capuchas para ocultar el rostro. A diferencia del resto, esas no lanzaban gritos y vítores en honor del joven príncipe y su heroico padre. El bardo se percató de su desaprobación, pero la ignoró por completo. No cantaba para mujeres. Las mujeres no tenían dinero para pagarle por sus canciones.

Más adelante daría a conocer las preferencias de los atenienses a aquellos cantantes que se cruzara por el camino, siempre y cuando quisieran compartir con él comida e información. Pero se quedaría un tiempo más en Atenas. El juicio empezaba al día siguiente y, a pesar de que Atenas era un lugar de mala muerte, había llegado gente de todas partes para la ocasión y se olía a dinero, razón más que suficiente para atraer a un hombre que vivía de su ingenio.

Cuando los rayos del sol poniente iluminaron el nuevo templo, construido en la colina a mayor altura que cualquiera de sus antecesores, y lo hicieron resplandecer como un faro, el hombrecillo dio por terminado el relato. Miró al público: los hombres apenas podían tenerse en pie, se abrazaban entre ellos y levantaban furiosos el puño contra la princesa cretense. Había hecho un buen trabajo. Ahora nadie podría echarlo de los tribunales. Se levantó y se fue tranquilamente a la cocina para reclamar la cena que se había ganado y quizá también una criada con la que acompañarla.

ACTO I

CRETA

Los hombres de Atenas murmuran entre ellos en voz baja; los ruidosos gritos habituales han dado paso a ese silencio que se reserva para las ceremonias sagradas. Se han retirado las mesas de la sala, la misma que se utiliza para las comidas. Los bancos se han adaptado para acoger a los miembros del jurado, pues así es como los llaman. Las criadas se han esforzado al máximo, pero ha habido poco tiempo entre el desayuno y el inicio del juicio. Hay un hombre sentado en una piscina de salsa de carne. Luego le apestará la ropa, pero por el momento ni se ha dado cuenta, y cuando lo haga, ya habrá una criada que lo solucione.

Algunos piensan en la noche anterior, cuando vieron al acusado riendo y bebiendo con los demás, con las piernas estiradas sobre la mesa como si nada en el mundo le importara. ¿Qué miedo podría infundirle un tribunal integrado por hombres? Era la palabra de ella contra la de él. ¿Qué hombre no ha sido testigo de la malicia de una mujer celosa? Y esa mujer no es como las demás: hija de un rey, hermana de un monstruo, princesa de Creta. Todos han oído contar historias sobre las mujeres de Creta.

Se oyen pasos en el exterior. Los hombres enderezan la espalda en sus asientos, dan codazos a sus vecinos. Las cabezas se vuelven con expectación hacia la puerta. Ella llega. Esto empieza…

Fedra

Tenía tan solo ocho años cuando oí hablar por primera vez sobre la reputación de mi madre, aunque por aquel entonces no entendía lo que contaban. Estábamos fuera de palacio y yo iba andando detrás de Ariadna y mi madre. Con once o doce años, que debía de tener entonces, Ariadna era ya alta como una mujer. Desde mi posición rezagada, observando las piernas de ambas moverse al mismo tiempo y su cabellera cobriza rozando sus caderas, me pregunté si algún día llegaría a ser tan esbelta y elegante como ellas.

No recuerdo dónde íbamos. Lo que sí recuerdo es que mi padre estaba fuera y que estábamos escoltadas por soldados y guardias, hombres armados con lanzas que en aquel momento ni siquiera me dirigían la mirada, aunque cuando estábamos en palacio sí me sonreían a menudo, me ofrecían un caramelo cuando mi madre no prestaba atención y me contaban cosas sobre las niñas pequeñas que habían dejado en su casa. A Ariadna, sin embargo, aun siendo más guapa que yo, nunca le contaban esas cosas. Entonces, Ariadna se volvió y me fulminó con la mirada.

—No te quedes atrás, Fedra —dijo.

Mi madre se paró y se volvió hacia mí. El parecido entre ellas era asombroso: los ojos de color avellana brillando al sol, la piel bronceada y resplandeciente; era como si mi hermana no fuese la hija de mi madre, sino mi madre misma, como si el paso del tiempo no la hubiera afectado. Quizá fue entonces cuando comprendí que por mucho que creciera, mi persona pálida y rolliza nunca se convertiría en una belleza como mi madre y mi hermana.

—Fedra, caminas muy lento. ¿Necesitas que alguno de los guardias te cargue a su espalda para llegar a palacio?

Estoy segura de que mi madre lo dijo porque estaba preocupada, pero incluso ahora siento la punzada de humillación que me atravesó cuando me imaginé cruzando las puertas de

palacio cargada a la espalda de uno de aquellos hombres como si fuera un saco de cereales. Ariadna sonrió con suficiencia. Y yo respondí moviendo la cabeza con un firme gesto de negación.

—No, mamá.

—Pues entonces, no te quedes atrás.

Se volvió de nuevo y siguió caminando. Pero la distracción había sido suficiente para atraer la atención de un grupo de campesinos que estaban trabajando en un campo, que se acercaron y se quedaron mirándonos, boquiabiertos. Recuerdo que no tenía miedo. ¿Qué podían hacernos esos campesinos? Íbamos acompañadas nada menos que por ocho hombres armados, todos los cuales sujetaban en su mano derecha una espada o una lanza. Éramos la realeza. Nadie podía tocarnos.

Y entonces, uno de los campesinos gritó alguna cosa. No entendí lo que dijo, una palabra que no había oído en mi vida. Mi madre tropezó cuando su paso, de repente, no pisó el suelo como debería. Perpleja, fruncí el entrecejo. Desde detrás parecía como si hubiera reaccionado a lo que había dicho el campesino, incluso como si aquella palabra la hubiera herido, aunque eso era imposible. Corrí a su lado y vi que se había quedado blanca y Ariadna, que la sujetaba por el brazo, me miró con confusión.

—¡Muestra respeto hacia tu reina! —gritó uno de los soldados.

Aporreó el suelo con la lanza y levantó una nube de polvo que me obligó a toser y farfullar. Mi madre parpadeó un par de veces y luego, despacio, volvió a enderezarse.

—Déjalo correr, por favor. No peleamos con campesinos.

El soldado saludó con brusquedad y nos pusimos de nuevo en marcha. Sin dejar de mirarnos, Ariadna y yo flanqueamos a nuestra madre. Me sorprendió captar cierto matiz de miedo en su voz. Nunca la había visto tan perturbada. Pero ni siquiera así llegué a la conclusión correcta: que a pesar de ser miembros de la realeza y estar rodeadas de hombres cuyo único deber era velar por nuestra seguridad, la gente podía hacernos daño.

Aquella noche mi madre entró en nuestra habitación mientras nos preparábamos para acostarnos. Ariadna, que se había pasado toda la tarde sin dirigirme la palabra, se estaba cepillando el pelo. Yo tenía la mirada clavada en el espejo y me esforzaba por entrecerrar mis ojos azules para que parecieran de color avellana,

sin conseguir el resultado deseado. Mi madre se sentó en mi cama y, sin más preámbulos, se lanzó directa al mensaje que quería transmitir.

—Chicas, os estáis haciendo mayores y empezaréis a oír rumores por la corte. Rumores difundidos por nuestros criados, incluso por nuestros súbditos. Palabras como la que ha pronunciado hoy a gritos ese hombre. Quiero que sepáis que esos rumores carecen de fundamento.

Me volví hacia ella, desconcertada. Ariadna dejó de cepillarse el pelo y dijo:

—¿Qué rumores, mamá? ¿Te refieres a alguna cosa en particular?

Mi madre inspiró hondo y dijo:

—Corren rumores de que le he sido infiel a vuestro padre. Son rumores que persiguen a toda reina que sea bella, como temo que algún día las dos descubriréis, y que rara vez son ciertos. En mi caso es evidente que no lo son. ¿Entiendes lo que digo, Ariadna? Jamás le he sido infiel a vuestro padre, con ningún hombre ni… —Se interrumpió y bajó la vista antes de continuar—. Ni de ninguna forma.

—Lo entiendo, mamá —respondió Ariadna—. Nunca me he creído nada de lo que dicen.

Yo no tenía ni idea de lo que hablaban. Las miré a las dos, confusa. Sabía que mi hermana estaba empezando a despertar la admiración de muchos cortesanos, o eso al menos me había contado cuando se dignaba a dirigirme la palabra. ¿Admirarían esos cortesanos también a mi madre? No por primera vez deseé no ser una niña y no ser una hermana menor, y poder ser, en cambio, un niño y tener ante mí un mundo repleto de posibilidades. Deseé que el futuro pudiera ofrecerme algo más que llegar a ser reina; una reina, además, inferior a las dos mujeres que tenía delante de mí.

Mi madre se marchó tan de repente como había llegado. Ojalá hubiera tenido conmigo alguna muestra de afecto, aunque tan solo hubieran sido unos golpecitos cariñosos en la coronilla. Pero no hizo nada de nada, y Ariadna se metió en la cama de espaldas a mí, dando a entender con ello que no le apetecía hablar. Me quedé sentada en la cama y empecé a darle vueltas a la palabra en cuestión: *ktenobátes*. ¿Tendría algo que ver con animales? ¿Qué

querría decir?

De aquel día podría haber extraído dos conclusiones, y elegí la incorrecta. Había percibido miedo en el tono de voz de mi madre, en la incomodidad con la que se había dirigido a nosotras, y yo lo relacioné con la vergüenza. Aquellos campesinos, sin armas y sin poder, habían sido capaces de desestabilizar a la reina del palacio. De haberle sido fiel a los dioses, los dioses la habrían protegido. De haber sido inocente, no habría temido lo que la gente pudiera decir sobre ella.

Y no fue hasta diez veranos más tarde, cuando Teseo llegó a Creta en busca de más poder del que nosotros podíamos darle, que me enteré de la verdad: que los hombres pueden lanzar libremente palabras al aire y que las mujeres son las que lo acaban pagando cuando esas palabras llegan al suelo.

Luego borré aquel incidente de mi memoria. Ya tenía suficientes cosas con las que mantenerme ocupada. Ariadna y yo teníamos un tutor que intentaba enseñarnos los conceptos básicos del conocimiento. Era un capricho de mi padre, que mi madre consentía aun sabiendo que no había ninguna razón por la que tuviéramos que aprender nada aparte de los secretos del maquillaje y cómo garantizar que un palacio estuviera bien gestionado, los invitados bien atendidos y los esclavos dirigidos correctamente.

Pero mi padre, que echaba de menos el hijo varón que había muerto antes de que yo naciera, quiso que aprendiéramos el arte del buen gobierno, cómo garantizar la protección del reino y cómo asegurar que los campesinos pagaran debidamente sus deudas a la corte. Conocimos a todos los esclavos que trabajaban duro para que Creta siguiera funcionando, así como a los nobles que asesoraban a mi padre y que a veces llegaban a la corte acompañados por sus hijos con la intención de que nos conocieran y la esperanza, si el hijo era varón, de que nosotras cayéramos en la tentación de enamorarnos, o víctimas de un deseo inoportuno, y su posición en palacio se viera mejorada en consecuencia.

Aprendimos nociones de contabilidad, aunque tanto mi hermana como yo nos resistimos a aprender la anotación que se esperaba que dominaran los esclavos contables. Aquellas clases eran insoportables y me temo que debíamos de ser espantosas con nuestro tutor, un esclavo anciano. Porque, pese a toda su belleza, lo

que más le apetecía a Ariadna era estar al aire libre y disparar con flecha contra cualquier blanco. ¿Y yo? Yo también tenía un deseo muy poco femenino: quería pintar.

Creta era famosa por muchas cosas. Los visitantes que llegaban a Cnosos, nuestro palacio, se quedaban impresionados por su magnificencia, sus piscinas subterráneas, sus señoriales estancias e incluso por el agua corriente. A veces sospechábamos que los visitantes simplemente elogiaban el palacio para adular a mi padre, pero luego los veíamos metiendo las manos en las fuentes de agua y exclamando con admiración al ver que el agua sucia desaparecía y era sustituida por el agua limpia que llenaba enseguida las piletas de piedra. Cnosos era el centro de la civilización y sabíamos que éramos afortunados por vivir allí. O pensábamos que lo sabíamos; porque nunca sabemos lo afortunados que somos de tener algo hasta que nos lo quitan.

Pero por encima de todo, Cnosos era conocido por sus murales. Decoraban absolutamente todas sus paredes, imágenes de gran tamaño tan coloridas y pintadas de forma tan detallada que no era extraño descubrir a visitantes que acariciaban las hojas para ver si eran blandas al tacto, o incluso pegaban la lengua a una cuchara de miel para intentar saborear su dulzura. Los ingredientes de las pinturas eran un secreto, conocido tan solo por los pintores nacidos en Cnosos, que se negaban a compartir su receta con nadie.

Supliqué y lloré hasta que mi padre acabó permitiéndome pintar un mural, el de la pared exterior de la habitación que compartía con mi hermana. Mi madre estaba horrorizada. Pintar no era un pasatiempo adecuado para una joven respetable. Pero mi mosaico le encantó, en especial los tonos rosados y melocotones que elegí para representar unos grifos con unas curvas en absoluto naturales. Todos los momentos libres que tenía los pasaba detrás de los pintores, deseosa de que me permitieran trabajar con ellos.

La mayoría de los murales incluían el famoso símbolo de Creta: el toro cretense. A mí ese símbolo no me interesaba para nada, aunque ni en sueños se me ocurriría expresar mi opinión en voz alta, porque, según nuestro tutor nos había repetido una y otra vez, éramos descendientes de ese toro, la forma que Zeus, el dios de todos los dioses, había adoptado cuando se unió con nuestra abuela, Europa, para engendrar a mi padre.

Minos era hijo del dios Zeus y por eso éramos la familia reinante en Cnosos. Nadie se atrevía a desafiar nuestro poder, por mucho que mi padre se estuviera haciendo mayor y tuviera solo hijas como sucesoras. Todo el mundo sabía que los dioses cuidaban de los suyos.

Y nosotras estábamos doblemente bendecidas, puesto que mi madre era también hija de un dios, Helios, el dios del sol. Yo prefería esta historia, puesto que era un relato más agradable, sin engaños ni seducción. Helios se había casado con una ninfa del mar que dio a luz a cuatro hijos, siendo mi madre una de ellos. Ariadna, por otros motivos, prefería también esta historia. Así, cuando se cansaba de las clases de nuestro tutor, decía astutamente: «Tengo que ir a adorar a mi abuelo». Y salía al patio, se tumbaba en la hierba y su piel morena se ponía aún más morena. Y cuando nos cansábamos de estar al aire libre, teníamos la tentación del laberinto y sus placeres ocultos, un segundo palacio bajo nuestros pies, con sus propias reglas y su propio gobernante.

Y así iban pasando los días, una feliz combinación de horas de adoración al sol, de intentar zafarnos siempre que fuera posible de nuestras clases y del potente olor a plomo de la pintura. Los dioses nos habían bendecido y yo, a cambio, les era fiel. Mi madre intentaba controlarme, alertarme de que pronto llegaría un día en el que tendría que casarme y vivir la vida con más restricciones de una reina. Pero yo no quería creerla. Porque creía que mi vida seguiría así eternamente, no solo para mí, sino también para Ariadna, que ambas viviríamos detrás del velo que nos escondía de la verdadera fealdad del mundo. Y tal vez habría seguido así de no haber llegado los tributos de Atenas. Y entre ellos, claro está, Teseo. El peor monstruo imaginable.

Jantipa

Los tributos, catorce varones jóvenes —si acaso a Teseo podía calificársele como joven— y catorce mujeres jóvenes, esperábamos en el salón principal del palacio de Creta. Cnosos lo llamaban. Era la sala más bella que había visto en mi vida. El techo era muy alto, sustentado por columnas y pilares magníficos, tan enormes que, de haberlo intentado, no habría podido abarcarlos con los brazos. Las paredes estaban decoradas con pinturas, que alguien posteriormente me comentó que se denominaban murales, en las que se representaban escenas de la vida de los dioses. Me había criado escuchando esas historias —historias que hablaban sobre cómo Zeus derrotó a los titanes y sobre cómo los dioses yacían a veces con determinadas mujeres para engendrar semidioses, como los reyes que ahora nos gobernaban—, pero nunca hasta aquel momento había percibido a los dioses con tanta energía, pintados en una pared y rodeados de celestes, verdes nebulosos, amarillos, rojos sangre y morados intensos y oscuros como el vino. La fundación de Creta ocupaba la escena central, Zeus representado en forma de toro blanco poseyendo a Europa, la madre del rey Minos, que en unos momentos llegaría para hablar con nosotros. Nunca antes le había dado muchas vueltas al tema, ni siquiera cuando me ocupaba del toro y de las vacas de mi padre, pero cuando observé aquella imagen me di cuenta de que aquel toro era tres veces más grande que yo y al menos el doble de grande que la esbelta mujer que aparecía representada en la pintura. Tal vez, me dije, yacer con un dios no era en realidad una gran bendición.

Me cayó un mechón de pelo en los ojos y me lo aparté. En la plataforma elevada que teníamos delante se encontraban sentadas las tres, la reina y las dos princesas. La reina y la princesa mayor estaban a la altura de los rumores que habíamos oído sobre ellas. Eran altas, mucho más altas que yo, más altas que cualquiera de los

hombres de nuestro grupo, excepto Teseo. Su cabello era grueso y brillante y les caía sobre la espalda peinado en sofisticadas trenzas. «Ariadna, la del hermoso cabello», había oído que decían de la princesa. Los ojos de color avellana de las mujeres brillaban con intensidad y sus dientes eran blancos como el mármol. Cuando se acercaron a nosotros, todos los chicos del grupo enderezaron la espalda.

¿Y la princesa más joven, Fedra? En Atenas se hablaba poco de ella. También se decía que era una belleza, pero en un sentido más colectivo —«las bellas mujeres de Creta»—, no por derecho propio.

La observé, caminando detrás de su madre y su hermana. Y a regañadientes, me vi obligada a reconocer que aun sin ser tan hermosa como su hermana, tenía algo. Algo indefinible. Tenía el cabello claro, una característica que veíamos muy excepcionalmente en Atenas, y los ojos de color azul. Su boca se torcía en un gesto, como si estuviera riendo para sus adentros. Si tuviera que decir qué era ese «algo»; bueno, inocencia, supongo.

Mis padres se sintieron muy satisfechos cuando fueron informados de que había sido seleccionada para representar a Atenas como tributo. Era una entre siete hijos, y chica, además. Era imposible que nuestra granja pudiera sostenernos a todos. O me casaba con otro campesino o, lo más probable, me habrían enviado a trabajar a palacio como criada. Y todo el mundo sabía a qué trabajo acababan dedicándose las criadas jóvenes en palacio y en qué condiciones tenían que hacerlo.

En Creta, los tributos atenienses recibían comida, alojamiento y trabajo, trabajo de verdad. Siempre nos habían contado que su palacio era mucho más palaciego que el nuestro. Y estaba comprobando por mí misma que lo que se decía era cierto. Cuando llegamos, cansados y sucios, nos condujeron a una sala al fondo de la cual había un abrevadero y nos dijeron que nos laváramos. Nos miramos entre nosotros, puesto que nadie quería ser el primero en profanar el receptáculo de mármol.

Pero en cuanto los guardias repitieron la orden, me arrodillé y me lavé la cara con agua. La suciedad se arremolinó ante mis ojos, se oyó un sonido similar al de una ola cuando rompe contra las rocas, y el agua sucia desapareció de repente para ser sustituida por agua limpia. Casi caigo de espaldas y los guardias se echaron a reír

sin malicia. Uno de ellos tenía incluso acento ateniense. Se parecía un poco a mi amigo y vecino Tritos, y he intentado recordar si Tritos tenía un hermano o un primo que hubiera sido elegido tributo en alguna convocatoria anterior. ¡Pensar que era posible que un tributo ateniense llegara a guardia de un palacio cretense! Creta era un lugar de oportunidades en comparación con la pobre y desdichada Atenas.

Pero Teseo, el príncipe salido de la nada, se había dirigido de un modo muy convincente a la multitud antes de partir de casa. ¿Por qué Atenas tenía que enviar a sus mejores jóvenes a Creta por el simple hecho de que Androgeo, el hijo del rey Minos, hubiera sido asesinado por unos bandoleros en el transcurso del viaje que había realizado a Atenas años atrás? Tantos años, que yo ni siquiera había nacido. ¿Qué me importaba a mí el hijo del rey? Y todos estábamos tan concentrados en los puestos que ocuparíamos después de la prueba que ni siquiera nos preguntábamos acerca de la misma.

Antes de integrarnos en la corte de Creta, tendríamos que pasar la noche en el laberinto. Que los cretenses nos dijeran que hacía tiempo que no moría nadie en el laberinto, no significaba que nos dijeran la verdad. Porque ni siquiera los cretenses negaban que en el centro de aquella estructura vivía un monstruo.

Teseo, el nuevo príncipe, de quien nadie en Atenas había oído hablar antes de que apareciese un día en palacio con el manto y la espada de Egeo y acompañado por un hijo adolescente, se presentó voluntario para ser tributo. Pensaba matar al monstruo y poner de esta manera fin al sacrificio de jóvenes atenienses. Corrían también rumores en este sentido, sobre todo entre la generación de mis padres. Como he dicho, haber sido seleccionado como tributo se consideraba un honor. ¿No estaba, pues, aquel tal príncipe Teseo, un hombre veinte años mayor de lo que se entendía como un joven ateniense, usurpando una plaza que podría haber ido a parar a alguien que no tuviera ningún futuro en ese reino agotado que él pretendía heredar? Supongo que lo habríamos entendido un poco mejor de haber sido el hijo de Teseo el que se hubiese presentado voluntario, aunque lo único que le apetecía al parecer a aquel chico era montar a caballo. Y, por lo tanto, había vuelto a la silla casi antes de que su padre hubiera terminado su discurso.

El rey Egeo había bendecido el plan de Teseo, aunque todo el mundo había visto que se aferraba brevemente a su túnica, como si le diera miedo perder al hijo que hacía tan poco había descubierto que tenía, y después de eso habíamos embarcado para zarpar desde Atenas con una misión totalmente cambiada. En los años anteriores, yo misma había ido a vitorear y arrojar flores a los tributos que partían hacia Creta. Pero este año la multitud había intercambiado miradas aburridas, había lanzado algún grito apagado de «Buena suerte» y «Hasta pronto, esperamos» y se había marchado incluso antes de que leváramos anclas.

Seguí observando a las princesas. Yo iba limpia, por una vez, pero la limpieza de aquellas chicas era más limpia que la de cualquier persona que hubiera visto en mi vida y sus rostros resplandecían, mientras que la capa de mugre que cubría mi cara no conseguiría eliminarse nunca por mucho que frotara. Miré de reojo a los guardias. No se habían mostrado en ningún momento desagradables, cierto, pero tampoco habían bajado las lanzas.

Pero si uno de esos guardias era ateniense, quería decir que se había enfrentado al laberinto y al monstruo que moraba en su interior y había sobrevivido.

El monstruo era el centro de todo. Porque si existiese un monstruo de verdad, un monstruo real y amenazador, como Escila o Caribdis, la que intentó acabar con nosotros durante nuestra travesía, los cretenses serían malvados y ninguna perspectiva de crecimiento personal valdría para compensarlo. Si esta noche alguno de nosotros o todos nosotros perdíamos la vida, Teseo tendría razón. Mejor quedarse en Atenas; perder la virginidad pero conservar la vida. Aunque en la corte ateniense perdías ambas cosas.

Miré a Teseo y me di cuenta de que la princesa mayor, Ariadna, también estaba mirándolo. Cuando ella ladeó la cabeza y sus trenzas de color castaño rojizo siguieron su gesto dibujando una ondulación hipnótica, comprendí que intentaba llamar la atención de Teseo. Era como si fueran las dos únicas personas presentes en el salón.

Los cretenses se movieron con nerviosismo y enderezaron la espalda mientras nosotros, los atenienses, nos apiñamos un poco más, manteniendo a Teseo en el centro de nuestro variopinto grupo.

«Seguro que está a punto de llegar alguien importante», pensé, y efectivamente, el rey hizo su entrada instantes después. Pensé en Egeo cuando vino a despedirnos en Atenas y en que me había parecido un viejo espantapájaros que caminaba arrastrando los pies. Incluso el rey de los cretenses tenía más categoría que el nuestro. Minos era un hombre alto, rubio como su hija menor, con la musculatura todavía fuerte aun teniendo ya más de sesenta años. Portaba un hacha, un arma especial con dos cabezas, que más tarde supe que se conocía como labris y que era otro símbolo de Creta.

Pero el hacha era solo ceremonial, puesto que casi de inmediato se la entregó a un guardia, que la transportó con el mismo cuidado con que transportaría a un bebé para depositarla en un soporte situado justo delante del estrado. El guardia saludó con una reverencia a Minos, que inclinó la cabeza con elegancia a modo de respuesta. Sin poder evitarlo, miré de reojo a Teseo y capté un destello de anhelo en sus ojos. Tal vez Minos fuera el tipo de rey que había esperado que fuese su padre, en vez de aquel —¿me atrevería a decirlo?— borracho tembloroso que había enviado a la muerte a los mejores jóvenes de la ciudad despidiéndolos con poco más que un breve «Buena suerte».

Minos ocupó su puesto en el centro del estrado. La corte se había quedado inmóvil, a la espera de que el rey tomara la palabra. Minos sonrió y extendió los brazos.

—Jóvenes de Atenas, sed bienvenidos. Habéis viajado desde muy lejos para venir a nuestra corte y os damos las gracias por ello. —Hizo una pausa y miró a sus hijas. La más joven estaba absorta, escuchando con atención las palabras que pronunciaba su padre, pero la mayor no estaba en absoluto concentrada. Era como si no pudiese despegar los ojos de Teseo—. Debéis de haber oído ya algo sobre lo que se espera de vosotros aquí. Pero dejadme antes que nada poner fin a rumores y chismes. Para demostrar vuestra valía, esperamos de todos vosotros que paséis una noche en nuestro famoso laberinto, construido por el genial inventor Dédalo, una estructura cuyo nombre proviene del hacha que tenéis ante vosotros. El laberinto es un lugar oscuro y húmedo. Me han dicho que en su interior se escuchan ecos extraños, tal vez los sonidos de los fantasmas que habitan entre sus paredes. No es tarea para cobardes, evidentemente, pero todo aquel que demuestre con éxito

su valía, recibirá a cambio la ciudadanía cretense.

No sé si alguno de nosotros sería capaz de reconocer haber emitido un sonido, pero es innegable que hubo un grito contenido colectivo. ¿La ciudadanía? Como campesina, y además mujer, jamás habría soñado en conseguir una cosa así en Atenas. Lo que se nos ofrecía era un regalo. Por una vez, mis padres tenían razón.

—Pero ¿y el monstruo? —preguntó una voz alta y clara. Teseo. Cuando lo miré, vi que seguía sin despegar los ojos de Ariadna.

—El monstruo —repitió Minos, pensativo. Se pasó la lengua por los labios y de pronto su mandíbula me pareció más grande y más lobuna—. Sí, en el laberinto hay un monstruo, no lo negaré. Pero si sois jóvenes inteligentes, conseguiréis no cruzaros con él.

Cuando Minos se marchó, seguido por su reina y sus hijas, nos condujeron hasta una sala más pequeña con bancos adosados a sus paredes. Unas criadas nos trajeron vino, higos bañados en miel y pan untado con aceite de oliva. Lo devoramos con avidez. Teseo fue el único que no comió. Se sentó a un lado, solo, y con el fantasma de una sonrisa dibujada en los labios.

Observé los murales que cubrían también aquella estancia. En la pared más alejada de mí había una imagen que no había visto nunca: un hombre con cabeza de toro y torso humano y musculoso. El hombre parecía querer salir de la pared. La pintura estaba aún fresca. La imagen me llenó de preocupación; había oído hablar de dioses que adoptaban formas humanas, pero nunca una forma como esa, una forma tan depravada. Aquello solo podía ser una representación de…

—El monstruo. —Fue como si Pallas, un joven pastor al que apenas conocía, me hubiera leído los pensamientos—. ¿Cómo es?

Los guardias intercambiaron miradas, y el que no se parecía a Tritos dijo:

—Es un monstruo aterrador, de los que te hielan la sangre.

Intercambiamos miradas, puesto que aquella información no nos aportaba nada que no supiéramos ya.

—Pero hay monstruos de muchos tipos —dijo Pallas, intentándolo de nuevo—. ¿Es un gigante, como los cíclopes; una mujer bella, como la sirena, o…?

—No es una mujer bella —dijo rápidamente el otro guardia, hablando con un acento ateniense más marcado aún que antes.

Estaba ya segura de que era uno de los nuestros—. Eso sí que no lo es, tenlo claro. No te hagas ilusiones.

—¿Habéis visto al monstruo? —pregunté, y cometí la tontería de llamar la atención hacia mi persona cuando lo más probable era que Pallas estuviera a punto de formular la misma pregunta.

—Por supuesto que lo hemos visto —dijo el guardia cretense, con un énfasis excesivo, y exhalamos un suspiro de alivio. Estaba claro que no lo habían visto.

Noté que en el grupo se había instalado un nuevo estado de ánimo. Ya no éramos tributos, sino revolucionarios, combatientes, unidos para respaldar al buen príncipe Teseo.

—Necesitamos que alguien se lleve todo esto a las cocinas —dijo de repente el guardia cretense—. ¿Quién…? —Fijó la vista en nosotros. No me atrevía a prestarme voluntaria, pero me incliné sutilmente hacia delante y lo miré a los ojos cuando vi que nadie observaba. Funcionó—. Tú, chica.

Me hizo una seña. Me levanté, intentando que no se me viera demasiado impaciente.

—Lleva estos platos a las cocinas —me ordenó.

Lo miré con expresión de perplejidad.

—La chica no tiene ni idea de dónde están las cocinas —dijo el guardia ateniense con amabilidad—. Sigue el pasillo y cuando llegues a la fuente, gira a la derecha y luego otra vez a la derecha en cuanto veas el mural del toro…, del toro blanco con cuernos plateados —añadió rápidamente, sin que me diera tiempo a repetir mi expresión de perplejidad. Porque allí, en todos los murales había un toro—. Aunque, de todos modos, en cuanto estés a un tiro de piedra de la cocina y te vean con todos esos cuencos, saldrá alguien a recogerlos.

Me cargaron con los cuencos. Podía haber pedido que alguien me echara una mano, pero no lo sugerí porque no quería que nadie me acompañase. Al fin y al cabo era una oportunidad para explorar el lugar.

Avancé con tiento por el pasillo, estirando el cuello para poder ver por encima de los cuencos y localizar la fuente y luego el mural del toro. La fuente era enorme, la cosa hecha por la mano del hombre más bonita que había visto en mi vida, con gotas incandescentes de agua que brillaban bajo el sol. Y el guardia tenía

razón: en cuanto pisé el pasillo de las cocinas, apareció una criada para recoger los cuencos. Mi tarea había acabado.

Debería haber vuelto directamente, el camino era sencillo, pero pensé que siempre podía alegar ignorancia y explorar un poco más. Tampoco es que fuera mi intención perderme mucho. Pero en vez de volver por donde había venido, giré a la derecha y luego de nuevo a la derecha, hasta que me encontré frente a frente con otro toro, una bestia encabritada sobre sus patas traseras. Di media vuelta para regresar a la estancia donde estaban esperando los demás tributos, pero de pronto choqué contra el sólido cuerpo de un hombre.

En cuanto me agarró por el brazo supe que no saldría de allí tan fácilmente. Me maldije por haber bajado la guardia de aquella manera. En el palacio de Atenas jamás habría cometido un error de aquel nivel, pero, claro, en un cuchitril como ese era fácil asumir que todos los hombres eran unos cerdos. Me había dejado influir por la evidente sofisticación de Cnosos, me había dejado engañar por el agua corriente y las paredes pintadas, pero los hombres seguían siendo hombres.

Me tiró por el brazo con fuerza y me miró con desdén. Abrí la boca para gritar, pero de pronto se oyó una cálida voz femenina.

—¡Suéltala de inmediato!

Mi atacante y yo nos volvimos en dirección a la voz, y no sé quién de los dos se quedó más sorprendido. El hombre me soltó e inclinó torpemente la cabeza hacia la persona que corría por la columnata en dirección a nosotros.

—Princesa —dijo el hombre.

Y al instante dio media vuelta y se marchó. Me apoyé en la pared y bajé la vista hacia el brazo, hacia la desagradable marca roja que lo envolvía.

—Debe de doler —dijo la chica—. Tendrías que ir a que te lo viera un médico.

La miré. Era una de las princesas, la más joven. La menos bella, pensé horriblemente.

—Sí, princesa —dije.

Me separé de la pared para irme de allí, pero ella siguió sin moverse delante de mí.

—¿Conoces a ese hombre?

—No, princesa.

¿Por qué, por Zeus y por todos los dioses olímpicos, debería yo conocerlo?

—¿Piensas contarle a alguien lo que ha pasado? —me preguntó con tono autoritario.

—¿Contárselo a alguien? —Me esforcé por no echarme a reír—. ¿Contárselo a quién? ¿Y contarle qué?

Debíamos de ser de la misma edad, pero su ingenuidad hacía que pareciese una niña.

—Te ha hecho daño de verdad. ¡Y este tipo de conducta no está permitida en Cnosos!

—No lo sabía, princesa. Acabo de llegar de Atenas.

Intenté mantener la voz firme. No quedaría nada bien que viera que me estaba riendo de ella.

—Pues, en ese caso, debes saber que aquí exigimos un código de conducta elevado. Es uno de los hombres de mi padre. Y solo por ello debería cuidar sus modales.

—Debo irme, princesa. Tengo que volver con los demás tributos —dije, haciendo un gesto vago para indicar el lugar por donde imaginaba que había venido.

—No entiendo por qué no estás más enojada por lo que te acaba de pasar —dijo la princesa—. Ese hombre te ha hecho daño. ¿Querías que te lo hiciese?

—No, princesa —respondí.

Pero esta vez no pude impedir que mi tono de voz fuera de exasperación. Porque una cosa era no enojarme por un tipo que me había sobado un poco y al final la cosa había quedado en nada, pero otra muy distinta era que me estuviera insinuando que todo había sido consecuencia de una provocación por mi parte.

—Entonces ¿qué es lo que no me estás contando?

Estaba frunciendo el ceño y su naricilla de melocotón se arrugaba de un modo que a los cortesanos debía de parecerles encantador, tal vez incluso hubieran compuesto una poesía al respecto, pero yo no era una cortesana, sino una simple campesina y por eso lo cuento tal y como lo vi.

—Princesa, es posible que los hombres de vuestro padre tengan un código de conducta elevado en público o cuando están en presencia de mujeres que consideran de su misma escala social.

Pero de puertas para adentro os aseguro que son tan animales como los hombres que se pueden encontrar en el campo. Y peores si cabe, porque los hombres del campo tienen esposa e hijos, mientras que esos que se hacen llamar «cortesanos» han abandonado a sus esposas para venir a palacio a beber, adular a sus superiores y frecuentar prostitutas.

Vi que su cuello se cubría con un feo rubor.

—Podría ordenar que te matasen por hablarme así —dijo muy despacio.

—Podríais. Y de hacerlo, me haríais mucho más daño que el que pudiera haberme hecho el hombre del que me habéis rescatado —repliqué, y levanté la barbilla en un gesto desafiante.

—¿Y qué puedo hacer? —preguntó, sin apenas voz y dejando caer los hombros.

Negué con la cabeza; de repente me sentía agotada.

—Nada, princesa. No os preocupéis.

No había nada más que decir. La princesa se quedó mirándome cuando pasé por su lado para regresar con los demás tributos. Eché a andar siguiendo la columnata, hasta que me volví para mirarla. Parecía tan triste que deseaba poder decirle algo que la consolara.

—Princesa, sois… bondadosa y siento mucho haber sido tan brusca. Cnosos es un lugar muy bello. Me alegro de estar aquí.

La princesa sonrió y dijo:

—Pero ese hombre…

Reí, un sonido amargo carente por completo de alegría.

—Cnosos tiene secretos ocultos, como ese laberinto que hay bajo tierra. Pero Atenas no esconde nada bajo su superficie. La rabia, la avaricia y la lujuria están a la vista de todo el mundo. Y allí nadie está seguro.

Me mordí la lengua por miedo a haber hablado demasiado. Vi que la princesa volvía a abrir la boca para decir algo, pero entonces, a lo lejos, oímos que alguien la llamaba y dio rápidamente media vuelta y desapareció, dejándome sola en el pasillo, con mis pensamientos girando como motas de polvo en un haz de luz.

Coro nocturno

Creta, Creta, Creta. Siempre tan limpia, tan brillante. Sus ciudadanos son hombres honestos y rectos. Pero todos sabemos lo que esconde bajo su superficie. Y no nos referimos solo al laberinto.

Los honorables ciudadanos vienen a visitarnos. Dejan a sus esposas en sus granjas y sus fincas y disfrutan de las instalaciones de Cnosos. Se lavan las manos en nuestras fuentes. Comen la exquisita comida del rey. Recorren nuestros cuerpos con sus manos. Para ellos no somos otra cosa que un servicio más, un entretenimiento más.

Y luego, revitalizados, vuelven con sus esposas. Listos para servir a Creta. Para servir a Minos. Sin darnos ni siquiera las gracias.

Jantipa

Volví a la sala, más consciente esta vez de los peligros ocultos que acechaban detrás de los bellos murales. Cuando entré, todo el mundo dejó de hablar un instante para retomar enseguida las conversaciones, aliviados, sin duda, al ver que solo era yo. Entre los murmullos, solo logré distinguir una palabra: Minotauro.

—¡Parad! —Levanté la mano—. ¿De qué estáis hablando?

Miré a Teseo, que guardó silencio y perdió la mirada en la lejanía. Sentí una punzada de rabia; no sé por qué razón la magia de Teseo nunca funcionó conmigo, tal vez fuera por esa expresión voraz que adoptaba su mandíbula.

De modo que mientras Teseo seguía con la mirada perdida y a buen seguro soñando con la princesa cretense, Aias, un joven alto y delgaducho con la barbilla llena de granos, me habló sobre el Minotauro.

—Dicen que tiene cuerpo de hombre y cabeza de toro —me contó con emoción.

Asentí; eso ya lo veía en la pintura de la pared que el chico tenía justo detrás.

—Pero hay mucho más. Nunca te imaginarías quién es su madre.

Enarqué una ceja.

—Alguna diosa, sin duda.

—¡Te equivocas! ¡Su madre es la reina de Creta, la reina Pasífae!

Estaba tan satisfecho que parecía que la hubiera preñado él.

—¿En serio? Entonces, el padre debe de ser un dios, ¿no? —dije llena de curiosidad aun sin quererlo.

—¡Pues te equivocas de nuevo! La reina se enamoró perdidamente de un toro. ¡De un toro de verdad, de los que corren por el campo! ¿A que es increíble? Entonces le pidió a Dédalo que

le creara un disfraz de vaca, y así fue como acabó dando a luz un monstruo.

Miré a mi alrededor. Los hijos de campesinos éramos, sin duda alguna, los más escépticos. Sabíamos que las cosas no funcionaban así.

—A lo mejor es que hizo enfadar a algún dios —se aventuró a decir por fin Circe, hija de un campesino de los alrededores del Ática.

—Debió de ser eso —dije, coincidiendo con su opinión.

Todo el mundo sabía que los dioses se enfadaban con facilidad. Pero ¿por qué una mujer mantenía relaciones sexuales con Zeus en forma de toro y daba a luz al rey Minos, mientras que otra hacía prácticamente lo mismo y daba a luz a un monstruo? Me parecía inexplicable. Los otros empezaron a hacer chistes obscenos sobre los murales del palacio llenos de toros, pero yo me quedé pensando en la bella y elegante reina que acababa de ver, en sus exquisitas hijas. Imaginar que una misma mujer pudiera ser madre de aquellas hermosas chicas y del monstruo con cabeza de toro me parecía imposible. ¿Y cómo debía de haberlo parido? Había visto a muchas vacas de parto. Una mujer pariendo ese monstruo se habría partido por la mitad. Me estremecí e intenté distraerme con otra cosa. Me di cuenta de que Teseo estaba mirándome. Su mirada gélida no me hizo sentir mejor. Me levanté del banco y me acerqué a los guardias.

—¿Qué quieres? —dijo el guardia cretense; habría preferido que me hubiese hablado el otro.

—Simplemente estaba preguntándome si conocéis a Tritos.

Sonreí, lo hice solo para charlar un poco con alguien, a pesar de que el guardia sostenía una lanza y yo estaba desarmada.

—Yo sí lo conozco —respondió el guardia ateniense—. Es mi primo. ¿Cómo es que lo conoces? ¿Ha preguntado por mí?

—No exactamente —reconocí—. Es mi vecino. Te pareces a él.

—Ah, el pequeño Tritos. Me sorprende que no esté aquí. Porque le correspondería este año, ¿no?

Pensé en Tritos, con el pecho regordete y con grasa infantil. Tal vez, en otro año, habría sido seleccionado —su destreza con el arco no estaba nada mal—, pero este año ni siquiera se había tomado la molestia de presentarse. Intenté contestar con tacto.

—Creo que este año su familia necesitaba más ayuda con la cosecha.

«Ayudar con la cosecha» era la excusa que solía darse y daba a entender que la familia había tenido una cosecha tan extraordinaria que no necesitaba desprenderse de un hijo para poder sobrevivir.

El guardia entendió la insinuación, puesto que se limitó a asentir y no hizo más preguntas. Lo que dijo entonces fue:

—Me llamo Kitos y este es Palos.

—Se supone que no debemos confraternizar con los tributos —protestó Palos, aunque con escaso entusiasmo.

—La chica es vecina de mi primo, lo cual la convierte en mi vecina —dijo Kitos.

Noté que me miraba de arriba abajo, pero, a diferencia del encuentro que había tenido por los pasadizos, esta vez no me importó. Al fin y al cabo, yo había hecho lo mismo con él.

—Así que, si eres de Atenas, significa que sobreviviste a la noche en el laberinto —dije, y el chico rio.

—No hagas caso a las tonterías que cuentan esos sobre un monstruo.

Señaló al resto del grupo, cuya conversación había dejado ya atrás los encuentros sexuales de la reina para pasar de nuevo a la bestia a la que teníamos que enfrentarnos.

—¿Así que no hay ningún monstruo? —pregunté.

Kitos miró a Palos.

Palos se encogió de hombros.

—Creo que sí que hay un monstruo. Las cocinas envían al laberinto carne y otras exquisiteces todas las noches. Pero… —Se interrumpió.

—¿Pero?

—Hace mucho tiempo que nadie ve al monstruo. Muchísimo tiempo. Por lo que es posible que actualmente sea un monstruo viejo y que tenga poco interés por nosotros.

Kitos asintió.

—No deberíamos estar contándote todo esto…

—Pues no lo hagas —dijo Palos interrumpiéndolo, pero de nuevo con tono lánguido y sin hacer ningún esfuerzo por acallar al ateniense.

—Mantente cerca de la entrada del laberinto —continuó Kitos.

Fijé la mirada en su rostro esculpido, lo cual no era precisamente difícil. El parecido con Tritos menguaba a cada palabra que pronunciaba—. El verdadero peligro no es el monstruo, sino el laberinto. Si te pierdes en su interior, pueden pasar días hasta que te localicen.

—Se sabe de gente que se ha vuelto loca allí dentro —dijo Palos interviniendo.

—¿Y por qué me cuentas todo esto? —le pregunté a Kitos.

Kitos sonrió.

—Porque me gustaría verte salir de allí.

Noté que mi cara esbozaba también una sonrisa. Esta desapareció por completo en el instante en que recordé que Teseo pensaba llevarnos a todos de vuelta a Atenas, donde la única salida posible era dedicarse a servir vino a los señores borrachos de la corte y luego aspirar su repugnante aliento.

A la hora del crepúsculo nos llevaron hasta la entrada del laberinto. Estaba, inesperadamente, justo en la parte central del palacio. Me estremecí al pensar que el laberinto y el monstruo habían estado todo aquel tiempo justo debajo de nuestros pies.

Bajamos una escalera y entramos en la cueva que daba acceso al laberinto. Las reglas eran muy sencillas. Teníamos que andar, de uno en uno, en la oscuridad. Y a pesar de que no nos estaba permitido esperarnos, sí que podíamos sumar fuerzas si casualmente nos encontrábamos en los serpenteantes caminos del laberinto. Nos recordaron que allí dentro había un monstruo y que no podíamos quedarnos quietos en ningún lugar. Debíamos permanecer en el laberinto hasta el amanecer, momento en el cual sonaría una corneta y regresaríamos a la entrada. Entonces encenderían una luz en la cueva para mostrarnos el camino.

Si salíamos antes, los guardias se encargarían de devolvernos a la oscuridad. Y eso era todo, muy simple. Lo más escalofriante, sin embargo, era lo que no nos dijeron: ¿qué pasaría si no conseguíamos salir? Resultaba evidente que no mandarían a nadie a buscarnos. El monstruo no me preocupaba. Lo que más me preocupaba era morir sola en la oscuridad.

Por esa razón decidí hacer caso omiso a la orden de no quedarnos quietos en un solo lugar. Y recordé lo que Kitos me había dicho. Cuando llegó mi turno, entré en el laberinto. Y me puse a

temblar cuando la cueva empezó a volverse más oscura y más húmeda. Giré a la izquierda, luego otra vez a la izquierda, y después a la izquierda una vez más. Ya no veía la entrada, pero sabía con exactitud dónde estaba. Encontré un pequeño hueco y me metí en él. Me planteé la posibilidad de dormir, pero hacía demasiado frío. Me envolví bien con mi manto y esperé a que amaneciera.

Mis ojos se acostumbraron poco a poco a la oscuridad, aunque no perfectamente. Solo alcanzaba a ver a un par de metros por delante de mí y más allá de eso la negrura se extendía hasta el infinito. Al cabo de un rato comencé a tener la sensación de que me había calado agua en los huesos, como si me estuviera congelando desde dentro hacia fuera. Ese era el origen del agua corriente de la que disfrutaba el palacio, comprendí de repente; de algún lado tenía que salir y a algún lado tenía que ir a parar. Y entonces fue cuando lo olí, un hedor asqueroso que me perforó las fosas nasales y me llenó el cerebro. Jamás conseguiría quitarme aquel hedor de la piel, estaba segura, ni siquiera con aquellos contenedores mágicos de agua cretense.

Y luego llegaron los ruidos, sonidos que a la luz del día habría interpretado correctamente como el viento que soplaba por los túneles, pero que a oscuras sonaban como si los fantasmas de los antepasados de los cretenses lloraran y gimotearan. Y empecé a oír también los gritos de los vivos: de los demás tributos, que circulaban por los pasadizos y lloraban muertos de miedo.

Seguí inmóvil, pero enseguida comprendí que me enfrentaba a otro problema: sin la luz del sol era imposible intuir el paso del tiempo. Probablemente había transcurrido menos tiempo del que me imaginaba, pero ¿y si al final me perdía el sonido de la corneta? ¿Cómo sabría cuándo volver a la superficie? Estaba lo bastante cerca de la entrada como para oír el regreso de los demás tributos, pero ¿y si se equivocaban? De repente me di cuenta de que debería de haberle formulado a Kitos muchas más preguntas. Me acurruqué en el hueco e intenté borrar de mi mente la imagen de aquel mural, de aquella espantosa figura deformada con cuernos que sobresalían de su cabeza como un par de espadas cortas.

Pero no debería haberme preocupado tanto porque al final caí presa del sueño. Dormité débilmente, consciente del perfil rugoso

de la piedra húmeda que me presionaba la parte baja de la espalda. Después de lo que podían haber sido tanto minutos como horas, me despertó un grito horroroso, un alarido como no había oído nunca y como esperaba no volver a oír jamás. Era el sonido de una criatura torturada por el dolor, un dolor terrible y desgarrador. Parecía un animal, una bestia. Aquel sonido no podía ser humano, aunque al principio me pareció entender que estaba llamando a su madre. Los túneles volvían a jugarme una mala pasada.

Me olvidé por completo del mandato de no ir en busca de mis compañeros y eché a correr hacia el origen de aquel sonido, segura de que uno de los tributos estaba siendo descuartizado por un monstruo aterrador con cuerpo de hombre, cabeza de toro y corazón de demonio.

Pero, para mi sorpresa, no llegué muy lejos antes de ser adelantada por un grupo de guardias con las lanzas preparadas y las espadas desenfundadas. Me quedé tan pasmada que tropecé y me paré en seco. En teoría, los guardias no tenían que venir a ayudarnos porque eso destruiría por completo el objetivo de aquella prueba.

Sin embargo, allí estaban, sus pasos retumbaban por todos los pasadizos. Para evitar que me atropellasen, corrí a esconderme en otro hueco. Cuando hubieron pasado todos, decidí seguirlos, despacio, para no desorientarme, y preguntándome qué podría hacer yo que un grupo de hombres armados no pudiera hacer. Y por esa razón, porque estaba caminando muy despacio, fui la primera en verlo después de que esquivara a los guardias y se dirigiera hacia la entrada de la cueva.

El corazón se me paró por completo. Era imposible entender lo que estaba viendo: tenía piernas humanas, largas y nervudas, pero allí donde debería estar el cuerpo de un hombre, solo se veían cuernos, más grandes que mi propio torso.

Deslicé las manos hacia mi espalda y palpé el vacío en busca de la pared. No tenía armas y esta vez no acudiría ninguna princesa en mi rescate. Pero la bestia pasó por mi lado sin percatarse de mi presencia, con las piernas firmes y la cabeza bamboleándose frenéticamente. Solté el aire que había estado conteniendo y me dispuse a seguirla, con la idea de que si la tenía en mi campo de visión, al menos sabría que no estaría detrás de mí. Y a medida que

nos acercábamos a la entrada del laberinto y a la luz, el rompecabezas que tenía delante empezó a resolverse. Vi entonces que no estaba siguiendo a un monstruo deforme, sino a un hombre que cargaba con la cabeza de una bestia y el cuerpo de un ser humano, y que equilibraba ambas cargas de tal modo que la cabeza de la bestia colgaba hacia un lado y las piernas del hombre hacia el otro. Y que, además, aquella cosa estaba muerta, que la cabeza de la bestia se bamboleaba de lado a lado. Y finalmente, cuando emergió al último pasadizo, en cuyo extremo había un grupo de gente esperando, vi que el hombre era Teseo y que cargaba con el Minotauro.

Fedra

Nadie durmió mucho la noche en que los tributos entraron en el laberinto. Había demasiadas emociones en el ambiente. Los había que incluso celebraron «fiestas del laberinto»; y era bien sabido que determinados miembros de la corte hacían apuestas sobre cuál de los tributos sería el primero en salir. A Ariadna y a mí siempre nos habían advertido que sería de lo más indecoroso que nos encontraran en una de esas fiestas, razón por la cual me llevé una sorpresa cuando me retiré a nuestra alcoba y vi que la cama de mi hermana estaba intacta. Sorprendida pero no impactada. Ariadna siempre forzaba los límites un poco más que yo.

Ni siquiera me había despojado de mi quitón cuando oí los gritos. Me quedé paralizada. ¿Estarían atacándonos? Mi primer instinto fue montar una barricada con muebles para bloquear la puerta, pero entonces oí pasos corriendo por el pasillo y alguien que gritaba: «¡El Minotauro!». Rápidamente, me cubrí con el peplo y me sumé a la avalancha de gente que corría hacia la puerta del laberinto. Cuando llegué allí, mi madre y mi padre ya estaban en la entrada; mi madre con el pelo destrenzado cayéndole sobre los hombros. Pero en cuanto vi al hombre que acababa de emerger por aquella gélida puerta, no tuve ojos para nada más.

Uno de los tributos —el más alto, el de la cara más seria— estaba inclinado bajo el peso de una bestia gigante. La sangre le cubría los brazos y goteaba hacia el suelo. Un olor caliente y metálico me inundó el olfato y aniquiló por completo la hediondez de la cueva.

El tributo se detuvo un instante delante de la puerta y su silueta quedó perfilada por la luz. Haciendo gala de toda su musculatura, levantó su carga por encima de su cabeza y la dejó caer al suelo con un golpe sordo imponente que reverberó en mis oídos. Siguió allí sin moverse, con el pecho jadeante por el esfuerzo.

Miré a mi alrededor, a los cretenses. Nadie se movía. Nadie se atrevía a hablar. Después de una noche de fiesta como aquella lo normal sería que el aliento de los allí congregados apestara a vino, pero era como si todo el mundo hubiera recuperado de repente la sobriedad. Mi padre estaba completamente vestido y sus ropajes resplandecían bajo la primera luz del día. El rostro de mi madre seguía paralizado e imperturbable. No me había visto, pero sabía lo que esperaba de mí. Me mantuve también inmóvil. Y cuando vi las entrañas que se deslizaban y escurrían entre las manos del tributo, me tapé la cara.

Nadie había hablado aún. El hedor a sangre seguía saliendo del cuerpo cuando el tributo miró directamente a mi padre, como si quisiera retarlo. Mi padre se encorvó un poco. Abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrarla; un error.

Fue el tributo el que por fin rompió el silencio.

—Ya no enviaremos más jóvenes atenienses como tributos, Minos. Soy Teseo, príncipe de Atenas, y declaro que así será a partir de ahora.

A pesar de que su voz se entrecortaba porque no había recuperado por completo el aliento, sus palabras sonaron con firmeza.

La boca de mi padre se tensó.

—Príncipe. —Me dio la impresión de que luchaba por encontrar las palabras más adecuadas, hasta que por fin continuó—: Había oído decir que el rey Egeo había recuperado un hijo. Pero era de esperar que me anunciara su visita, no que se colara en mi casa como un ladrón en plena noche.

Teseo no se encogió a pesar del reproche.

—He venido a rescatar a mi pueblo. Me llevaré conmigo a todos los tributos, tanto los actuales como los pasados.

Corrió un murmullo entre los guardias, no del todo positivo.

Dijo entonces mi padre:

—Cualquier ateniense —y subrayó la palabra «ateniense»— que lo desee es libre de partir contigo. Y de hecho es libre de hacerlo en cualquier momento. Aquí no retenemos como prisioneros a ninguno de nuestros ciudadanos.

Teseo se quedó complacido con la respuesta, pero entonces añadió:

—¿Y si algún cretense desea marchar? ¿Lo retienes como prisionero?

Esperaba que mi padre se pusiera rabioso ante aquella réplica, pero se limitó a mirar con tristeza la cosa viscosa que rezumaba entre las manos de Teseo y dijo:

—Si algún cretense desea marchar contigo, es que no es cretense.

Dio media vuelta y se marchó, casi arrastrando los pies. Era como si hubiese envejecido de repente en las últimas doce horas, mientras que Teseo parecía haber asumido el liderazgo. Teseo se irguió sobre el cadáver. Me pregunté si mi madre se acercaría ahora al cuerpo, pero dio media vuelta y siguió a mi padre, caminando con la cabeza muy alta.

Poco a poco, los cretenses se fueron retirando. Teseo se agachó, mojó un dedo en la sangre y se lo llevó a la frente.

Cogió un objeto que llevaba atado a la cintura, un ovillo de hilo dorado, y entonces pensé que mi corazón se detenía de verdad. Con los hombros combados, Teseo se alejó, quizá en dirección a su barco. El parecido con mi padre resultaba sorprendente, y en aquel mismo instante comprendí que Teseo era realmente quien decía que era. Su figura resultaba majestuosa; yo, nieta de un dios, sabía reconocer a mis semejantes.

Todo el mundo se había ido. Con cuidado, me aproximé al cadáver ensangrentado que Teseo había dejado allí, me arrodillé y posé con delicadeza la mano sobre aquellos cuernos, que tan terribles habían sido. Deseaba llorar, pero era consciente de que me había tomado ya demasiadas libertades. Mis padres no tardarían mucho en empezar a buscarme, y no solo a mí. Porque, al final, Ariadna no había asistido a ninguna fiesta.

Me habría quedado eternamente allí, pero oí el leve sonido de un carraspeo. Al levantar la vista, vi que se trataba de uno de los tributos, la chica con la que había estado hablando antes. Durante unos momentos me limité a mirarla, sin entender muy bien qué hacía aquella chica allí o si de verdad estaba allí. Ella me devolvió la mirada, tal vez formulándose las mismas preguntas, hasta que por fin tomé la palabra.

—Sales del laberinto, ¿verdad? ¿Has visto a mi hermana?

—¿A vuestra hermana, princesa? No, ¿por qué lo decís? —Y

entonces, como si de pronto lo hubiese entendido, añadió—: ¿Pensáis que vuestra hermana está en el laberinto? ¿No deberíais enviar a alguien a buscarla?

Sus palabras me dejaron aún más perpleja. Aquella mañana nada tenía sentido, excepto el ovillo de hilo dorado que había visto que Teseo llevaba adherido a la cintura. Pero respondí igualmente a la chica.

—No, no necesitará ayuda de nadie para salir de allí. Si le apetece quedarse ahí dentro, se quedará todo el rato que quiera.

—¿Por qué creéis que ha entrado? —preguntó la chica.

Pensé que la familiaridad que mostraba conmigo resultaba excesiva, aunque era posible que también ella estuviera afectada por lo extraño de la situación. Le contesté, de todos modos.

—No sabría decírtelo.

—¿Habrá sido por Teseo? —inquirió.

—No sabría decírtelo, la verdad —repetí—. Pero jamás me lo habría imaginado.

Acaricié uno de los poderosos cuernos y me estremecí. La chica frunció el entrecejo y cambió el rumbo de la conversación.

—Princesa, los demás tributos… es probable que se hayan perdido en el laberinto.

Aquello me tomó por sorpresa.

—¿No los ha sacado nadie?

El sol ya había recorrido una cuarta parte del horizonte. Deberían estar todos fuera a aquellas horas, pensé, pero los habían olvidado dentro.

—No, princesa. Siguen dentro. ¿Podríais encontrar a alguien que fuera a buscarlos? ¿Podríais ordenárselo a alguno de vuestros esclavos o guardias?

—¿Esclavos o guardias? ¡No servirían de nada! Mejor que vaya yo misma a por ellos.

—¿Vos, princesa? —dijo la chica.

—Sí, yo. Al fin y al cabo, nadie conoce el laberinto mejor que yo. Nadie excepto Ariadna, claro, pero no está por aquí. Oh. Ariadna, pero ¿qué has hecho?

Había dejado de importarme lo que aquella desconocida pensase de mí. Acerqué los labios a la ancha frente que tenía delante de mí y murmuré unas palabras para los dioses. Acaricié los

cuernos, símbolo de Creta y de todo lo que representaba, y pedí a los dioses que descargaran con fuerza su venganza y me hicieran testigo de ello. Con eso bastaba por ahora. Más adelante llevaría a cabo las libaciones pertinentes, pero por el momento tenía que sacar a aquellos pobres atenienses del laberinto. En su mayoría no eran más que niños y debían de estar aterrados. Me dirigí hacia la puerta del laberinto, pero antes de entrar, me volví y miré a la chica.

—¿Vienes? —le dije.

—Supongo que sí —murmuró.

—En este caso, necesitaremos el equipo adecuado. Espera aquí.

Volví a mi habitación para buscarle un peplo viejo y cogí también un trozo de pan que me había quedado del desayuno. No había podido comérmelo. Encendí una antorcha; yo no la necesitaba, pero pensé que los tributos se sentirían más seguros con algo de luz. Regresé a la entrada del laberinto y le entregué el peplo y el pan a la chica. El ansia con la que cogió ambas cosas me avergonzó. Seguramente no había comido nada en toda la noche.

Mientras recorríamos el laberinto, y para tranquilizarla un poco, le fui señalando detalles de la estructura que conocía a la perfección. La luz de la antorcha bailaba en el techo. Nunca había entrado allí con nadie y, en otras circunstancias, me habría divertido.

Uno a uno, los tributos fueron saliendo de entre las sombras, parpadeando como topos que emergen a la luz del sol. Y todos hablaron muy poco después de expresar unas breves palabras de agradecimiento.

—Lo que la gente no sabe es que esto es un laberinto univiario, no un laberinto multiviario —dije con despreocupación, cuando di por finalizado el recorrido una vez localizado el último tributo.

—¿Acaso no son iguales todos los laberintos? —preguntó dubitativa la chica.

—Oh, no, ni mucho menos. Un laberinto univiario solo tiene un camino que va a parar a su punto final, mientras que uno multiviario tiene muchos caminos. Si te sabes orientar, no puedes equivocarte.

—¿Dónde está el centro? —preguntó la chica—. ¿Podemos verlo?

—Preferiría… Mejor no llevarte allí —dije. La tristeza se apoderó de mí cuando recordé el motivo de aquella visita improvisada al laberinto—. Hoy no. Además, me parece que a tu gente le apetecería más comer algo y darse un buen baño.

Oí suspiros a mi espalda. Supuse que nadie les prepararía un baño, pero me sentí tranquila por haber hecho todo lo posible por ellos.

Llegamos en poco tiempo a la puerta y salimos. A pesar de que no había nadie esperándonos, enseguida vi que ya habían retirado los restos del Minotauro. Como todo en Cnosos, el suelo volvía a estar reluciente e inmaculado. Indiqué a los tributos dónde estaba el barco y regresé a mi habitación. Necesitaba dormir antes de enfrentarme a mis padres y contarles lo del ovillo de hilo dorado que a buen seguro había desaparecido de la cómoda que compartía con Ariadna.

Jantipa

La princesa se fue y puse al corriente a los demás tributos. Todos se alegraron, de puertas para afuera, pero sospechaba que por dentro yo no era la única que habría preferido que Teseo hubiera encontrado otra tarea que llevar a cabo.

Olvidados aparentemente por todo el mundo, deambulamos por Cnosos en manada. Se palpaba la tensión por todos lados, gente que merodeaba por los rincones y que susurraba escondida detrás de los pilares. Nos tropezamos con Kitos, que me lanzó una mirada furiosa.

—Podrías haberme avisado. ¿Y quién es ese tal príncipe Teseo? Egeo no tenía ningún hijo.

—Pues ahora lo tiene —repliqué con cansancio. Minos había dicho que había oído hablar del nuevo príncipe, pero era evidente que ese conocimiento no se había filtrado hacia las tropas—. Egeo lo engendró con una campesina hace cuarenta años. Le dejó su espada y su manto y le dio instrucciones a la mujer de que le dijera al príncipe que debía viajar a Atenas para reclamar lo que era suyo por derecho de nacimiento.

Kitos enarcó las cejas.

—¿Y ha tardado cuarenta años en hacerlo?

—Pues por lo visto sí —dije—. ¿Podríamos conseguir algo de comida? La mayoría no ha comido nada.

Kitos miró la fila de tributos que me seguían como patitos.

—Si hiciera las cosas como legalmente corresponde, debería enviaros a todos al puerto, al barco del príncipe Teseo. Pero ni siquiera los dioses se imaginan la de gente que esta mañana me ha mandado también allí, hombres a los que consideraba mis amigos. —No dije nada. Kitos suspiró—. Venid. En las dependencias de los guardias seguro que encontraremos algo de comida.

Agradecidos, lo acompañamos hasta una sala espaciosa, similar

a las dependencias de los guardias de cualquier parte. Había bancos, mesas toscas y hombres que chillaban y se gritaban entre ellos mientras varias mujeres iban de aquí para allá con bandejas de comida. Devoré mi ración y no mencioné a nadie que antes había comido un poco de pan.

—¿Por qué crees que Teseo ha aparecido justo ahora? —preguntó Kitos.

Daba la impresión de que no tenía ganas de irse, aunque resultaba imposible saber si era porque prefería nuestra compañía o porque nadie quería sentarse con él.

—¿Quedará mi respuesta entre nosotros? —repliqué mientras rebañaba el cuenco con una miga de pan—. Egeo es viejo y no tiene ningún otro heredero. El trono del reino va a quedar libre.

—Sí, pero… —Kitos se interrumpió, tal vez porque no quería ser irrespetuoso—. Ese reino es Atenas. Parece un chiste, ¿verdad? Sin embargo, en el palacio reina la anarquía. Los campesinos no pagan sus cuotas. ¿Sabes por qué Egeo sigue enviando los tributos a Creta? Porque Minos le paga por ellos.

No lo sabía, pero saberlo tampoco fue una sorpresa. Me pregunté si Teseo estaría al corriente.

—Sí, pero… —Pensé en Teseo, en sus ojos fríos y grises—. Sospecho que Teseo tiene planes más grandiosos para Atenas.

Kitos echó la cabeza hacia atrás y rio a carcajadas.

—¿Planes grandiosos para Atenas? Pues le deseo toda la suerte del mundo.

—¿Piensas volver con nosotros? —pregunté, aunque sabía de antemano la respuesta.

—No, no pienso volver. ¿Volver para estar sometido a un rey que me vendió como si fuese un esclavo? ¿Con mis padres, que tienen ocho hijos menores que yo y que no deben ni acordarse de cómo me llamo? ¿Para casarme con una chica ateniense que ha tenido que abrirse de piernas para media corte antes que para mí? Mira, aquí soy un guardia cretense, lo cual ya es algo. Me han dado oportunidades, me han animado a desarrollarme y me han permitido crecer. Aquí puedo tomar esposa y mantenerla, y mantener también a los hijos que mi esposa me dé. ¡Y mira este palacio! —Extendió el brazo, sin importarle ya que los demás pudieran oírnos—. ¡Siempre está limpio! Los genios que diseñaron

este lugar hicieron incluso que el río pasara por dentro del palacio. Y el palacio no es solo para el rey y sus consejeros, sino que todo el mundo tiene acceso a él. ¿Qué puede ofrecerme Atenas que sea mejor que Cnosos?

—Con lo que dices, me están entrando ganas de quedarme aquí —dije en broma, incómoda ante aquel despliegue de pasión. Kitos jadeaba y la expresión de sus ojos marrones oscuros era transparente y sincera.

—Pues quédate, nadie te lo impide.

—Pero el rey Minos ha dicho que…

—Minos no ha dicho que tengas que irte. Simplemente ha dicho que Teseo puede llevarse con él a todo aquel que quiera irse. Y estoy seguro de que al final acabará descubriendo que son menos de los que piensa.

—Tal vez no —dije de repente—. En el barco no hay mucho espacio.

Kitos rio, pero enseguida volvió a ponerse serio.

—No me fío de ese tal príncipe Teseo. Me gustaría que te quedaras, Jantipa.

—¿Para hacer qué? Creta es un lugar muy progresista, sí, pero no creo que Minos ande buscando una mujer soldado.

—No has visto aún a las saltadoras de toros —replicó Kitos—. Son chicas intrépidas. De ser el rey, preferiría que me custodiaran ellas que la mitad de los hombres que ves por aquí.

Levanté una ceja con escepticismo. A nuestro alrededor, los hombres estaban recogiendo los platos y levantándose de las mesas para volver al trabajo. Los tributos habían acabado con sus raciones y esperaban que les dijera qué hacer a continuación. Con el ruido, me costó entender lo que Kitos decía.

—Podrías ser mi esposa. Tal vez no sea este el motivo por el que has venido a Cnosos, pero sería una aventura. Y pareces una chica a la que le gusta la aventura.

Me puse colorada. Noté que la sangre me iluminaba la cara y contradecía cualquier negación que pudiera hacer sobre el efecto que las palabras de Kitos estaban teniendo sobre mí. Se levantó.

—Piénsalo. De estar en tu lugar, acompañaría a tu pequeña tropa al barco. Y si de verdad el espacio es limitado, no contaría con que Teseo te esté esperando.

Seguí su consejo y regresamos al barco, sin saber muy bien qué más hacer. Un par de tributos intentaron hablar conmigo sobre Kitos, pero me los saqué de encima. Prefería pasar aquel rato a solas con mis pensamientos. ¿Lo habría dicho en serio? ¿O lo habría dicho sabiendo que yo iba a volver a Atenas y era una oferta que nunca tendría que cumplir?

Cuando llegamos al barco, Teseo estaba sentado en la popa con el capitán, Pirito. Parecían cortados por el mismo patrón: altos, delgados y con la mandíbula cuadrada. Hombres con los que mejor no llevarse mal. Estaban hablando en voz baja, pero levantaron la vista en cuanto oyeron que llegábamos.

—¡Aquí estáis! Os habéis tomado vuestro tiempo —dijo Teseo.

Me habría gustado protestar, puesto que él nos había abandonado a todos en el laberinto. Pero su mirada, fría y analítica, me obligó a morderme la lengua. Ya había destacado bastante entre los demás tributos.

Teseo nos estudió mientras guardábamos silencio y permanecíamos a la espera de que nos diera permiso para subir a bordo.

—Pirito, veo que son los tributos de este año y que no se les han sumado más que un puñado de atenienses de los otros años.

—Así es, señor —dijo Pirito, hombre de muy pocas palabras.

—¿Crees que será un problema?, ¿que debilitará nuestra posición con Minos? —Teseo inspiró hondo, con la preocupación claramente reflejada en sus facciones.

—Podría, señor, pero esto nos soluciona otro problema. En el barco no tendríamos espacio suficiente para transportarlos a todos.

Teseo rio y le dio una palmada en la espalda al capitán.

—Tienes toda la razón, Pirito. Y siempre podemos volver a por ellos, en cuanto hayamos hecho en Atenas todos los cambios que hemos planeado. Cuando llegue el momento, todos querrán venir con nosotros.

¿Cambios en Atenas? Me pregunté de qué estaría hablando. Pero lo que dijo a continuación me provocó escalofríos.

—Y además, Pirito, tal vez llevemos el barco lleno de atenienses, pero en la bodega transportamos algo mejor. Algo que le tocará más el corazón a Minos.

Teseo esbozó aquella sonrisa lobuna tan suya y subí a la

pasarela para embarcar, preocupada por lo que pudiera encontrar en la bodega.

Fedra

Me senté muy erguida en la silla, evitando la tentación de mostrarme inquieta, de encorvarme o de mover compulsivamente las piernas. Era la silla de Ariadna, y no quería dar a mis padres motivos para pensar que no estaba preparada para ocupar su lugar. Ariadna llevaba ya una semana desaparecida y, a pesar de que no nos había dejado ningún mensaje, todos dábamos por sentado que estaba en el barco de Teseo el día que zarpó de Creta para volver a Atenas. Pero el barco había regresado. Y como no soportaba la idea de no ver a mi hermana, les había suplicado a mis padres que me permitieran estar presente cuando llegara Teseo.

Miré a mi madre, pero no me estaba prestando atención. Unía y desunía las manos sobre su regazo. Vi una gotita de sangre en la cutícula de su dedo índice izquierdo. Me sorprendió, alejó mi cabeza del desasosiego por unos instantes. Porque para una mujer como mi madre, aquella gotita de sangre roja era tan escandalosa como estar desnuda delante de toda la corte.

Observé la corte y me pregunté sí sería capaz de ver lo que ponía tan nerviosa a mi madre. Los grandes señores estaban congregados al lado de la tarima y me daba la impresión de que habían decidido hacer gala de su mejor compostura.

Durante siete días completos había sido la única hija real en la corte. Y fue casi insoportable. Habían apostado tres guardias adicionales en la puerta de mi habitación. Había protestado, había argumentado que estaba completamente segura, pero no me hicieron ni caso y, después de quedarme afónica de tanto discutir, entendí que los guardias no estaban allí para evitar el paso de los intrusos —al fin y al cabo, ¿acaso Teseo no se había llevado ya el premio gordo?—, sino para impedir que yo saliera del cuarto. Comprendí entonces aquella preocupación un poco mejor, porque también yo creía conocer a Ariadna, pero no alcanzaba a asimilar

sus actos y, en consecuencia, dejé de quejarme.

Mis padres intentaron interrogarme varias veces para averiguar algo más sobre Ariadna, para entender sus motivos y sus movimientos. Pero yo tenía tanta idea como ellos de lo que mi hermana se traía entre manos. De no haber sido por aquel ovillo de hilo y por el infalible recorrido de Teseo hasta el centro del laberinto, habría considerado tan probable que se hubiera ahogado en el mar como que se hubiera fugado con aquel hombre. Ariadna no había discutido conmigo absolutamente nada sobre su plan de ayudar a Teseo en el laberinto. Y yo tampoco sabía dónde habían ido.

Que Ariadna había ayudado a Teseo quedaba fuera de toda duda. Yo misma había visto a Teseo salir del laberinto con el ovillo de hilo brillante adherido a la túnica. Había muy pocas personas capaces de ayudarlo a moverse con facilidad por el interior de aquella estructura: Ariadna era una de ellas, yo otra, y la tercera estaba muerta. Además, había visto aquel ovillo de hilo en el tocador de Ariadna durante un ciclo de luna entero, un regalo de un admirador con el que no sabía qué hacer.

Lo que había hecho Ariadna me resultaba inexplicable, pero se me partía el corazón tanto como a mis padres cada vez que pensaba en las consecuencias, razón por la cual había intentado ser lo más tolerante posible con los interrogatorios.

Busqué mis propias respuestas en un pequeño santuario que había en la parte posterior del palacio. Cnosos tenía santuarios y templos por donde quiera que mirases, pero decidí que, en esta ocasión, el mejor dios al que podía rezarle no era uno de los favoritos de los cretenses, sino un dios ateniense. Por eso estaba rezándole constantemente a Poseidón, el padre de Teseo. Porque se decía que Poseidón era el padre de Teseo. Su padre divino, por supuesto, ya que también tenía un padre mortal; Egeo, el rey de Atenas. Teseo estaba doblemente bendecido.

Por ilógico que pareciera, todos los dioses comprendían la necesidad de venganza. Podía haberles rezado a mis abuelos, Zeus y Helios, pero sabía que ellos ya favorecían mi causa. Y lo que quería era asegurarme de que el panteón entero estuviese preparado para infligir a Teseo el castigo que se merecía.

El movimiento de los hombres de la corte devolvió mi atención

a la escena que se desplegaba delante de mí. Eran de lo más aburrido, y al tratarse de un acto de estado, las señoras no estaban presentes y no podía entretenerme admirando o censurando sus peinados. Observé entonces los frescos, y los animé mentalmente a ponerse en movimiento. Los frescos del Gran Salón nunca me habían gustado. Eran tristes, pintados en bermellón y morado, interrumpidos de vez en cuando por un toro blanco, y en su mayoría describían escenas cruentas: toros descuartizando hombres, toros pisoteando hombres, toros y hombres en batalla. Los toros eran el símbolo de Creta y resultaba imposible escapar de ellos, aunque en aquel momento solo servían para recordarme todo lo que Teseo había destruido.

Miré a mi padre, tocado con su casco con cuernos. Me sonrió. Con esfuerzo conseguí responderle con una débil sonrisa. Sabía que teníamos que mantener una imagen de cara a la corte. Me lo habían repetido sin cesar durante la última semana, e infinitamente a lo largo de toda la vida que la había precedido.

Mi padre se inclinó hacia mi madre, pero antes de que le diera tiempo a decirle lo que pretendía, se abrieron las puertas del Gran Salón e hicieron su entrada los atenienses. El murmullo de los cortesanos que estaban por debajo de nosotros se extinguió rápidamente. Me adelanté en mi asiento y forcé la vista para localizar a mi hermana. Hubo más murmullos entre la muchedumbre y por el rabillo del ojo vi que mi madre, pálida y temblorosa, levantaba la mano y mi padre se la cogía. Algo iba mal.

Los atenienses se separaron para que Teseo pudiera avanzar hacia el frente. Teseo, más alto de lo que lo recordaba, con un rostro de rasgos marcados que jamás esbozaba una sonrisa. Volví a sentir el calor abrasador de la rabia que hervía en mi interior siempre que lo veía, y no solo porque me hubiese robado a mi hermana. Pero había prometido a mis padres que si me autorizaban a estar presente en aquella reunión no permitiría que mi rabia se hiciera aparente. Apreté los dientes y presioné con fuerza mi cuerpo contra el asiento, decidida a no levantarme de un brinco para denunciarlo como asesino y violador de los principios de los dioses. Los dioses se encargarían de castigarlo, había dicho mi madre. Y me lo creí, porque pensar lo contrario haría mi vida invivible. Pero ¿dónde estaba mi hermana?

Como si quisiera burlarse de mis pensamientos, Teseo tomó la palabra.

—Majestades, rey Minos y reina Pasífae, traigo noticias. Buenas noticias para vosotros, aunque no tan buenas para mí.

Hizo una pausa y miró a su alrededor. No se le veía especialmente consternado, pensé con amargura. Y lo mismo debió de pensar él, puesto que bajó la cabeza. Como una bandada de gansos, los atenienses imitaron su gesto. La mayoría eran desconocidos, jóvenes hombres y mujeres que acompañaron a Teseo hasta Creta, pero algunos de ellos habían trabajado en nuestra corte durante años. Estaba Ajax, por ejemplo, uno de nuestros cocineros, y Alexandra, que había sido doncella de nuestra madre. Nos conocían a Ariadna y a mí desde que éramos unas niñas, pero aun así bajaron la cabeza como los demás. Y luego estaban los otros atenienses, los guerreros que habían venido en el segundo barco que ahora se encontraba atracado en el puerto. No habían acompañado a Teseo en su primera visita, cuando no sabíamos quién era.

—Majestades, partimos de este reino hace tan solo una semana y desde entonces hemos estado cercados por las tormentas. Nos vimos obligados a atracar en una pequeña isla no muy lejos de aquí. —Teseo hizo otra pausa y entonces miró directamente a mi padre—. Y mientras estábamos varados en esa isla, fuimos bendecidos con la visita del dios Dionisos, junto con sus leales seguidores. ¿Y cómo evitar que Dionisos, haciendo gala del gusto excelente por el que es conocido, se enamorara de tu hija, la bella Ariadna, que tenía que convertirse en mi esposa cuando llegáramos a Atenas?

Oí que mi madre, a mi lado, contenía un grito, y cuando la miré vi que tenía las manos unidas con fuerza en su regazo. Su boca se movía, pero las palabras no conseguían salir. También yo me había quedado sin palabras. Me pregunté dónde viviría Dionisos. En el Olimpo, por supuesto. Cuando Hades se enamoró de un modo similar de Perséfone, se la llevó al Inframundo. ¿Sucedería lo mismo con mi hermana? Atenas ya me parecía lejísimos. Pero ahora ¿volvería a verla algún día?

Mi padre tomó por fin la palabra. Su voz era mucho más grave que la de Teseo, pero sonaba menos seguro de sí mismo.

—Teseo, te agradecemos que hayas vuelto con la noticia. La madre de Ariadna y yo te damos las gracias por haber pensado en nosotros y por… —bajó brevemente la vista hacia su pecho y luego miró de nuevo a Teseo— por permitir que nuestra hija marchase con el gran dios Dionisos, una de las doce deidades olímpicas. Como bien sabes, soy descendiente del gran dios Zeus y, por lo tanto, no me sorprende que un dios se haya enamorado de mi hija.

Pero a mí sí me sorprendía. Las palabas de mi padre sonaron aparentemente inocuas, pero me fijé en que tenía la mano posada en la empuñadura de su espada. Comprendí que su intención era enviar un mensaje a Teseo, aunque no tenía ni idea de cuál podría ser ese mensaje.

Teseo bajó la cabeza.

—De nada, rey Minos.

Fue como si toda la corte emitiera un suspiro de alivio. Vi que los nobles congregados en el salón se relajaban en sus asientos y alejaban la mano de sus espadas.

—¿Te quedarás a descansar aquí antes de emprender de nuevo viaje de vuelta a Atenas? Podemos ofrecerte más provisiones —dijo mi padre, inclinándose hacia delante.

Imaginé que podía permitirse mostrarse generoso, ahora que mi hermana iba a contraer matrimonio con un dios.

—Provisiones, sí, pero necesitaré algo más. —Teseo miró a los miembros de nuestra corte y sonrió, aunque sus ojos ni se movieron—. Mi intención era que Ariadna y yo fuésemos el principio de una hermosa alianza entre Atenas y Creta, un símbolo del nuevo orden. Me alegro por ti, rey Minos, por el honor que ha bendecido a tu hija; un honor que, sin embargo, me deja sin esposa.

Mi madre empezó a llorar y mi padre la acalló lanzándole una mirada.

—Príncipe Teseo —dijo mi padre, levantando los brazos—, en las vides de Creta no producimos esposas.

Entonces Teseo me clavó su gélida mirada, como si estuviera en el mercado regateando el precio de la carne.

—Tienes una hija menor, ¿verdad? La princesa Fedra.

Tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para no levantarme de la silla y huir corriendo. Aquello sí que no me lo esperaba. Clavé la vista en Teseo. Pero él ya no me estaba mirando.

—Fedra es aún muy joven —dijo mi padre.

—Es lo bastante mayor, tengo entendido. Vamos, Minos, ¿crees que no voy a cuidar de tu hija? Será reina, la reina de Atenas.

—Cuando tu padre muera —replicó mi padre, y Teseo puso mala cara.

—Sí, cuando mi padre muera —confirmó, secamente, y vi que mi padre, orgulloso de aquella pequeña victoria, intentaba esbozar una sonrisa—. Pero hasta que eso suceda será princesa, y puedo asegurarte que en Atenas será tratada con tanta veneración como en Creta.

¿Me trataban con veneración en Creta? Mi madre seguía hablándome como si fuera una niña, igual que los criados y las doncellas de más edad. Podía moverme por el palacio con total libertad, cierto, pero era básicamente porque todo el mundo estaba encantado de ignorarme y yo estaba acostumbrada a entretenerme sola. A Ariadna, en cambio, sí que la trataban con veneración y, hasta que huyó con Teseo, había habido muchos comentarios sobre con cuál de los nobles más jóvenes acabaría casándose. Sin embargo, nunca había oído que alguien se preguntara con quién me casaría yo.

Con Teseo. Podría casarme con Teseo.

La última vez que lo había visto estaba erguido junto a un amasijo de entrañas humeantes. Había sentido náuseas, y ahora volvía a sentir aquella rabia fría apoderándose de mi corazón. ¿¡Cómo podían pretender que me casara con Teseo!? Mi familia ya había vivido suficientes atrocidades. Éramos una familia devota; los dioses harían justicia y no sufriríamos ninguna barbaridad más. Y casarme con Teseo, después de todo lo que nos había hecho, era una atrocidad.

Teseo y mi padre empezaron a intercambiar hechos como si fuera un juego, con mi padre intentando destacar los puntos débiles del plan de Teseo. La tez de mi madre había adquirido una tonalidad blanca enfermiza. Era, aparte de mí, la única mujer cretense presente en la sala y guardaba un profundo silencio. Mientras los dos hombres debatían mi futuro como si yo fuese un bloque de mármol o un lingote de oro, las implicaciones de sus negociaciones me golpearon con una fuerza repugnante. Me casaría con Teseo. Tendría que abandonar Creta, cuyas playas y calas

conocía a la perfección. Tendría que abandonar el palacio. Amaba mi casa, con sus bellos y resplandecientes frescos y mosaicos. Mi casa, donde estaba el laberinto, el lugar donde había pasado tantas horas de felicidad. Recordé la primera vez que conseguí escabullirme de mi hermano y mi hermana, el rey y la reina indiscutibles de aquellos pasadizos sinuosos. Los había recorrido sola, había ido palpando todas sus paredes húmedas, percibiendo sus frías gotas de agua, segura de que allí era exactamente donde quería estar. Y, lo mejor de todo, recordé el júbilo infantil que sentí cuando por fin llegué al centro, justo a tiempo de oír la voz excepcionalmente preocupada de Ariadna apuntar: «¿Y tendré que decirle a nuestro padre que la he perdido?».

Había saltado de repente delante de ella y había empezado a reír y a bailar mientras ella, exasperada, intentaba arrearme un cachete. Después de aquel día, el laberinto se convirtió en mi casa, situándose al mismo nivel que los sofisticados salones de Cnosos.

—Fedra —dijo muy seria mi madre, y volví bruscamente la cabeza hacia ella.

Teseo, enarcando las cejas, me miró en aquel mismo instante. Entonces oí que uno de los atenienses murmuraba «No es más que una niña», y me ruboricé.

—¿Sí, mamá? —repliqué, porque no me dio la impresión de que pretendiera simplemente despertarme de mis ensoñaciones. Por una vez se esperaba una respuesta de mí, allí, en el Gran Salón, delante de todo el mundo.

—Tu padre y Teseo estaban preguntándote si quieres ir a Atenas con Teseo para ser su esposa —dijo, pronunciando sus palabras con mordacidad.

—¿Habrá…?, ¿habrá olivos? —pregunté, en un intento de ganar tiempo.

Teseo se echó a reír y los atenienses lo imitaron con un coro de carcajadas.

—Por supuesto, Atenas es famosa por sus olivos; plantados por Atenea, su diosa patrona, en persona. Si lo que deseas son olivos, princesa, te los suministraremos en abundancia.

Teseo quería que accediera a viajar a Atenas. Pero ¿qué quería mi padre? Me miraba amablemente, sin embargo, su expresión no me daba ninguna pista. ¿No habría dicho alguna cosa de no querer

que me fuera? ¿Recordarme, por ejemplo, todos los olivares que teníamos también en Creta? Habíamos hablado de antemano sobre las cosas que no podíamos decir en público, pero nunca habíamos anticipado una oferta de matrimonio. La cabeza me funcionaba a toda velocidad, me temblaban las manos.

—Fedra —insistió mi madre—. Fedra, debes darle una respuesta al príncipe Teseo.

Pensé que los dioses a buen seguro me enviarían alguna señal. Aunque Teseo ya había recurrido a los dioses al mencionar a la diosa Atenea. ¿Sería esa mi señal? Sabía que los dioses querían vengarse de Teseo por los crímenes que había cometido. Pero ¿cuál era mi papel en ese castigo? ¿Debería ser testigo del mismo?

Tenía que dar una respuesta. Y debía hacer lo que los dioses querían, por mucho que eso no fuese lo que yo quería. Mi balanza mental se inclinó a favor del matrimonio.

—Sí —dije entonces, y mis palabras emergieron como un torrente—. Sí, me gustaría ir a Atenas. Me gustaría casarme con Teseo.

Los atenienses lanzaron vítores y, pasados unos segundos, los cretenses se les sumaron haciendo sonar las espadas contra sus escudos y las lanzas contra el suelo, hasta que el Gran Salón reverberó con el ruido y se sumió en el caos. Sentí orgullo por un instante; Ariadna había huido como un ladrón en plena noche, no había disfrutado de aquella despedida. Pero rápidamente recordé que Ariadna había sido elegida por un dios y que tal vez estuviera ya viviendo en el monte Olimpo.

—Príncipe Teseo, espero que nos disculpes, pero no teníamos planeado que Fedra fuera a dejarnos tan pronto. Hay muchos preparativos que hacer para la boda. Permítenos ser tus anfitriones por dos noches y podréis partir justo después de la ceremonia.

La voz de mi madre sonó tan tranquila como siempre, pero vi que la mano le temblaba un poco.

—Gracias, majestad. Aceptaré esta amable oferta de hospitalidad y os permitiré que preparéis la partida de vuestra hija.

También Teseo habló con voz tranquila, pero me fijé en que, a pesar de que parecía que estaba repitiendo las palabras de mi madre, había incorporado un par de pequeños cambios. En primer lugar, había utilizado la palabra «xenia», hospitalidad, un término

sagrado que implicaba que los invitados estaban bajo la protección de los dioses. Que nadie los apuñalaría mientras dormían. Y, en segundo lugar, y mucho más importante para mí, era que no había hablado de mi boda, sino de mi partida. Me pregunté si mi madre se habría percatado también de esos cambios y qué podrían significar.

Salí del Gran Salón detrás de mi padre y mi madre, y la corte entera permaneció en pie hasta que nos marchamos. Mi madre rompió a llorar en cuanto estuvimos de nuevo en nuestros aposentos. Me retiré y me quedé fuera, más allá del umbral. Estaba atónita. Jamás había visto llorar a mi madre.

—¿Qué vamos a hacer, Minos? —preguntó.

Mi padre la abrazó, un gesto rígido y torpe.

—No creo que podamos hacer nada. Estoy seguro de que no le hará ningún daño a Fedra.

—Eso es imposible saberlo —protestó mi madre, y mi padre asintió, pero sus ojos tenían aquella mirada perdida que quería decir que no había que molestarlo, que estaba pensando en asuntos propios de un rey.

—¡Esos atenienses son repugnantes! —continuó mi madre, y la mirada de mi padre volvió a centrarse—. Ya han matado a tres de mis hijos. ¿Se llevarán también a un cuarto? ¿Se llevarán a mi bebé?

Se me encogió el corazón. Mi madre nunca hablaba de Androgeo, mi hermano mayor, al que asesinaron en su viaje a Atenas. De no haber muerto, pensé de repente, nunca habríamos acordado el sistema de tributos. Y Teseo nunca habría viajado a Creta y traído tanta desgracia. Pero las palabras de mi madre me habían dejado confusa, porque Ariadna no estaba muerta.

Intentó apartarse de mi padre, pero él la abrazó con fuerza.

—Se han llevado también a tres hijos míos, Pasífae.

Mi madre lo miró, roja y congestionada, y luego lo abrazó también y escondió la cara contra el cuerpo de mi padre para que yo no pudiera verla en aquel estado. Creo, aunque no estoy segura, que murmuró la palabra «Gracias».

Helia

Hay muchos dichos sobre las cosas que nos gustan a los cretenses y todos empiezan igual: «No eres cretense si no…». No eres cretense si no te gustan los pasteles de miel; no eres cretense si no te gustan los laberintos —lo cual no es cierto; yo nací en Creta, he vivido toda la vida en Creta y odio el laberinto—. Pero el dicho más cierto, el más verdadero de todos, es: «No eres cretense si no te gustan los toros».

Amo los toros. Amo saltar por encima de los toros. Soy una saltadora de toros cretense y soy realmente buena en ello.

Empecé a formarme como saltadora de toros cuando tenía cinco años. Los que no son cretenses piensan que es una edad tremendamente temprana para iniciarse en el salto de toros, pero si lo dejas para más adelante, es muy posible que ya no quieras ni intentarlo. Porque empiezas a tener miedo, a sentir timidez ante el toro; te imaginas que sucederá lo peor, y entonces sucede. Hubo una niña que estuvo entrenando con nosotros una temporada cuando teníamos ocho o nueve años. Era una niña encantadora y había sido identificada como posible saltadora de toros por la pericia atlética que había demostrado en el campo, donde trabajaba con el ganado.

Pero las vacas no son toros.

No es necesario que detalle que la cosa acabó muy mal para ella. Vio los cuernos del toro antes de ver el espacio libre que había más allá y saltó directa hacia ellos.

Claro está que al principio, con cinco años, no empiezas con un toro adulto. Sería una locura. Empiezas con becerros, bebés saltando sobre bebés, y a partir de ahí vas ascendiendo. Lo normal es que hasta los dieciocho o los veinte años no seas aún lo bastante bueno como para saltar sobre toros grandes, esos que tienen espaldas anchas como salones y son altos como los techos del palacio. Y si has conseguido calcular bien las distancias y sobrevivir

durante todo ese tiempo sin que un toro te descuartice o te pisotee, actúas para el rey y su corte. Pero esto solo lo haces durante un año, como mucho. Porque cuando te haces mayor, tu visión ya no es tan precisa y tus extremidades ya no son tan flexibles. Y por mucho que a los invitados de Minos les apetezca ver la cantidad de sangre que es capaz de derramar un toro cuando los famosos saltadores de toros cretenses calculan mal, Minos no quiere perder en este sentido. Por eso saltas solo durante más o menos un año, y al final te pagan una cantidad muy generosa de dinero; lo suficiente generosa como para comprarte una granja, si es eso lo que quieres, o para buscarte la vida en la corte durante un par de años, y entonces dejas de saltar y te dedicas a aburrir a los más jóvenes con tus historias de cuando eras saltador de toros.

Y ahora, después de solo diez años de dedicarme a los saltos, a la tierna edad de quince años, mi sueño se haría realidad: iba a saltar delante de toda la corte. La saltadora más joven en hacerlo en casi veinte años, además. No había visto a nadie de mi edad saltar delante del rey. Pero en el próximo festival de otoño, yo lo haría. Era estupendo.

Por eso me llevé una decepción cuando me comunicaron que no saltaría en el festival de otoño porque no estaría en Creta para esas fechas. Pensaban enviarme a Atenas, pero para mí era igual que si me enviaran al Hades. Atenas era un lugar sin toros y sin saltos. Un lugar del que solo había oído hablar vagamente.

Como un símbolo de estatus, la princesa viajaría acompañada por uno de los famosos saltadores de toros cretenses. Y podrían haber elegido a cualquiera, pero yo era la única de los famosos saltadores de toros cretenses de alto nivel que era mujer. Yo. Y tendría que ir.

Grité y chillé y, cuando acabé desesperándome, lloré, pero no sirvió de nada. Seguía teniendo que irme de Creta. Pero entonces, Procto, nuestro tutor, se apiadó de mí y apeló en mi nombre para que, aun teniendo que viajar a Atenas, me permitieran, al menos, saltar delante de toda la corte antes de mi marcha, como parte de la ceremonia de esponsales de la princesa. Y Procto dijo que si lo hacía, y lo hacía bien de verdad, el rey Minos se daría cuenta de que no podía perderme y entregarme a los atenienses, que ni siquiera tenían toros, y me permitiría quedarme en Creta y saltar

sobre toros hasta alcanzar la edad en que tuviera que dejarlo.

Pero como iba a acompañar a la princesa, se decidió que aquella misma noche me mudara a sus estancias para entrar a formar parte de su séquito.

Mi principal objeción fue el efecto que todo aquello tendría sobre mi entrenamiento. Puede sonar a mentira, pero la verdad es que no lo era. Nos levantábamos para entrenar antes de que la aurora extendiera sus rosados dedos. Como Procto decía siempre, el toro entrena durante todo el tiempo que permanece despierto, comportándose simplemente como un toro, una criatura capaz de matarte con solo revolver la cabeza. Y por eso, para vencerlo, tienes que estar despierto antes que él. Pero abandonar los aposentos reales antes de que Helios apareciera en el cielo me resultaría imposible. Procto me dijo, no obstante, que debía tener en cuenta que ya llevaba diez años de entrenamiento y que dos días de descanso no cambiarían nada. Muchos saltadores, incluso, se tomaban un par de días de descanso antes de presentarse ante la corte.

Al final accedí, pero sin sentirme cómoda. Básicamente accedí porque quería conocer a la princesa. Estaba demasiado ocupada por sentir lástima de mí misma como para sentir de verdad lástima por ella, aunque en el fondo sabía que la princesa era tan víctima de las consecuencias como lo era yo. En solo dos días ambas abandonaríamos nuestra casa, nuestra posición, todo lo que conocíamos.

No había visto nunca a la princesa. Sí, claro, de lejos, en algún desfile, pero nunca de cerca. Los saltadores vivíamos prácticamente encerrados, sometidos a un programa de entrenamiento vigoroso, y lo mismo podía decirse de la familia real. Y lo que sabía seguro era que ninguno de sus miembros deseaba ser visto cerca de los toros. Daba por sentado que, ya que el príncipe ateniense quería llevársela a su palacio, la princesa debía de ser muy guapa, de modo que cuando la conocí o, mejor dicho, cuando me la presentaron, me quedé un poco sorprendida al ver lo normal que era. Tenía unos ojos azules muy bonitos, cierto, pero su cabello era de un color castaño claro deslucido y su cara era aún regordeta, de niña. Yo, al menos, no era regordeta. Porque cuando saltas sobre el toro varias veces al día es imposible estar regordeta.

—Princesa —dije inclinando la cabeza.

—¿Saltas sobre toros? —me interrogó.

Y después me pregunté si debería de haberme sentido ofendida porque se interesase por mi oficio antes que por mi nombre, pero, en aquel momento, lo único que pensé era que la atraía lo mismo que más me atraía a mí.

—Sí —respondí—. Lo hago desde que era pequeña, princesa.

—¿Y qué se siente? —dijo.

Se había inclinado levemente y no creo que lo hiciese solo por mostrarse educada o por charlar un poco conmigo. Quería saberlo de verdad, lo cual me llevó a sentirme mal porque yo no sabía cómo explicárselo. ¿Podía acaso el viento describir qué sentía cuando azotaba, o el sol cuando proyectaba su calor abrasador? Saltar sobre toros era lo único que sabía hacer y lo único que quería saber, lo único que me proporcionaba la sensación de que todas las partes de mi cuerpo estaban donde debían estar y de que mi corazón latía al ritmo correcto.

—Se siente libertad —conseguí decir tartamudeando.

Oí una carcajada detrás de mí y noté que me sonrojaba. Pero la princesa asintió.

—Es lo que me imaginaba —dijo.

El rey Minos entró en la habitación unas horas más tarde. Todos nos levantamos rápidamente para arrodillarnos a continuación. Nunca había visto al rey tan de cerca. El parecido entre padre e hija era asombroso: los mismos ojos brillantes y azules y, aunque el cabello del rey lucía ya algunas canas, también él debió de ser rubio de joven. Pero era más que eso. Era su forma de comportarse, la seguridad que transmitían; el conocimiento de que siempre serían los primeros en cualquier situación en la que se encontrasen, de que siempre llevarían la razón en cualquier discusión, de que cualquier decisión que tomaran siempre estaría justificada. Había pensado que Fedra no era una chica regia porque no le interesaban ni las bodas ni los vestidos, pero mirándola entonces me di cuenta de que no había entendido en absoluto lo que significaba ser regio. Vi que el rey llevaba en la mano un pequeño labris, un icono de Creta al que nunca le había dado ninguna importancia.

—Padre —dijo Fedra, y después «abba», la forma infantil de dirigirse a un padre. Le temblaba el labio.

—Despide por un rato a tu personal, Fedra. Tenemos mucho de qué hablar.

La voz del rey sonó firme y me pareció que ocultaba una advertencia: somos la realeza, delante del personal no lloramos.

No esperamos a que nos lo dijeran; las criadas fueron las primeras en salir en fila, yo las seguí. Y había llegado a la puerta cuando oí que el rey me decía:

—Tú eres nuestra última saltadora, ¿verdad?

Me volví e incliné la cabeza.

—Sí, majestad. Me llamo Helia.

No sé muy bien por qué dije eso. ¿Qué le importaría al rey saber cómo me llamaba? Ya fue toda una sorpresa que me reconociera como una de las saltadoras.

—Helia. Es de lo más adecuado que actúes con motivo de la boda de Fedra. Su abuelo por parte de madre es el dios Helios.

—Sí, señor —dije, inclinando de nuevo con exageración la cabeza.

—Esperemos que saltes bien. Será un buen presagio, tanto para la boda de Fedra como para su vida en Atenas.

Se volvió de nuevo hacia Fedra. Esperé un instante antes de caer en la cuenta de que con aquellas palabras el rey acababa de despedirme y salí de puntillas de la estancia.

A la mañana siguiente me levanté temprano. Quería ver el toro antes de saltar sobre él. Somos supersticiosos, y entre los saltadores está muy extendida la creencia de que si no hablas antes con el toro, si no le pides que trabaje contigo y no contra ti, el toro podría tomárselo como una ofensa y complicarte mucho el salto. Pero al tratarse de una ceremonia real, era un acto tan descomunal que incluso para alguien tan secundario como yo había mucha preparación de por medio. A la princesa la apartaron a regañadientes de sus pinturas y la última vez que la vi, le estaban enfundando un quitón nuevo mientras media docena de criadas se encargaban de ondularle el pelo sirviéndose de tenacillas calientes como brasas.

Por suerte, yo no necesitaba aquel nivel de atención. Me dieron una túnica nueva con la que me sentía un poco incómoda. El tejido no cedía ni tenía el movimiento del de mi túnica vieja de siempre. Si la ceremonia no hubiese sido tan precipitada, habría estado

entrenando con aquella túnica durante un par de semanas. Pero ya no había tiempo. Y tampoco había tiempo para realizar un calentamiento adecuado, puesto que las órdenes de Minos eran que todo el mundo asistiera a la ceremonia que se celebraría en el templo. Todos sin excepciones.

No le presté mucha atención a la ceremonia. Tuvo lugar en la playa, cerca del barco de Teseo, como si ya lo hubiera recogido todo, estuviera esperando zarpar y nosotros estuviéramos entreteniéndolo. Incluso los rituales me parecieron precipitados. El sacerdote sacrificó una cabrita, encendieron una hoguera en la arena y Teseo y la princesa, en lugar de bañarse en leche de cabra, se dieron un baño rápido en el mar. Todo el mundo se hallaba inquieto y nervioso. Y por fin, llegó la hora de saltar.

—Las mareas —dijo vagamente Teseo mientras señalaba el barco, pero Minos no le hizo ni caso.

—Fedra es una princesa cretense. Y marchará siguiendo las costumbres cretenses.

Me retiré el velo y me despojé de la ropa elegante. No podía hacer nada con mi pelo, que se me había alborotado y enredado con la brisa marina, pero llevaba encima una pequeña tira de cuero que utilicé para retirármelo de la cara. Caminé con toda la calma posible hacia la arena y miré el toro que estaba aguardándome. Procto había elegido bien. Era un toro joven, uno que siempre había sido sorprendentemente dócil. Uno de los que utilizábamos para que practicaran los más jóvenes. Miré hacia la muchedumbre. Incluso Teseo parecía interesado y me observaba con atención. Tenía los ojos de color gris oscuro, con un efecto siniestro, puesto que parecía que detrás de aquellos ojos no hubiera nada. Me obligué a recordar todos mis años de formación. El público no existía, la gente no era nada para mí. No existía nada, excepto el toro y yo.

Inspiré hondo, escupí en las palmas de ambas manos e inicié la carrera. La túnica nueva crujía sobre mi cuerpo y la tela no era tan flexible como a mí me habría gustado. El viento me alborotó el pelo y acabó arrancándome la tira de cuero; mi cabello estalló y se transformó en un amasijo de rizos salados, pero era irrelevante. No importaba nada, excepto el toro y yo. El toro y yo, el toro que estaba delante de mí, esperándome, con unos ojos de color gris

oscuro, carentes de alma, agitando la cabeza, como queriéndome decir: «¿Y tú quién eres? No nos han presentado. ¿Cómo te atreves a traspasar mis límites?».

Me mordí el labio y salté. El salto no era bueno. Percibí la parábola que empezaba a trazar, ingrávida primero y luego cargada de peso. Vi los cuernos del toro y supe al instante que había calculado mal. Quise gritar, llamar a mi madre a la que no había vuelto a ver desde los cinco años y que siempre había pensado que ya no quería ni me importaba, pero eso habría sido traicionar el miedo, y por fuerte que fuera mi miedo, no era nada en comparación a diez años de entrenamiento. De modo que cerré los ojos y le recé a Zeus para que, aun sabiendo que el aterrizaje no sería suave, pudiera al menos ser rápido.

Fedra

La muerte de la saltadora de toros cubrió a la multitud con un manto de silencio. Sentí náuseas. Sabía que podía pasar, pero no lo había visto nunca, en toda mi vida. El cuerpo menudo, que me parecía mucho más ligero que el día anterior, había quedado empalado por el cuerno izquierdo del toro. El hilillo rojo de sangre que brotaba de la herida del costado empezó a gotear hacia los ojos del toro. Frustrado, el toro se revolvió y la cabeza de la chica se sacudió de un lado a otro como la pelota de un niño.

Nadie se movía. Nadie sabía qué hacer, ni siquiera el toro, que empezó a patear el suelo y levantó una nube de polvo. Recordé otro cuerpo delgado, un montón de vísceras enredadas entre los cuernos de un toro, y quise llorar. «¡Esto es una salvajada!», deseé gritar, pero no lo hice. Después de lo que me pareció una eternidad aparecieron varios hombres armados con varas para llevarse al toro de allí, conducirlo de nuevo al toril y retirar el cuerpo atrapado en su mortal cornamenta.

La cara de mi padre se había quedado blanca como una nube. Era un presagio espantoso. Tanto para mi boda como para mi matrimonio, para el viaje que tenía por delante y para mi vida posterior en Atenas, pero, por algún motivo inexplicable, yo no podía ni siquiera pensar en todo eso. En lo único que podía pensar era en que había estado con aquella chica justo el día anterior. En la pasión con la que me había hablado sobre el salto sobre toros. En lo segura que se sentía del lugar que ocupaba en el mundo. En lo viva que estaba.

Avanzamos como sonámbulos hasta los últimos rituales. Incluso Teseo parecía algo perturbado, aunque su mirada siguió tan fría como siempre. Cuando los rituales terminaron, miré a mis padres. Estuve a punto de echar a correr hacia mi padre, pero mi madre se interpuso en mi camino. Imaginé que me amonestaría una

última vez, por correr como una niña, o que me soltaría otra de sus reprimendas sobre cómo debía comportarse una princesa en una corte extranjera, pero no hizo ninguna de las dos cosas, sino que me atrajo hacia su pecho y me retuvo allí. Oí cómo su corazón latía con fuerza. Al final me soltó, me besó la frente con unos labios secos y se retiró.

Después de la despedida de mi madre se aproximó mi padre y me estrechó contra él, tanto, que incluso aspiré los aromas de los aceites que utilizaba para suavizar la barba. No me había abrazado tan fuerte desde que era pequeña y deseé aferrarme a él, prolongar aquel abrazo. Pero entonces mi padre me acercó la boca al oído. Imaginé que todo el mundo pensaría que estaba susurrándome palabras de cariño o diciéndome lo mucho que me echaría de menos. Y era lo que yo esperaba. Sin embargo, lo que me dijo en voz baja fue algo muy distinto.

—Fedra, sé que estás enfadada, pero cuando vivas en Atenas deberás contenerte.

Yo intenté apartarme, pero mi padre constriñó aún más su abrazo.

—Lo haré —dije también en voz baja—. ¿Acaso no lo hago siempre?

Siguió hablando como si yo no hubiese dicho nada.

—Sabes bien que si desafiaras a Teseo estarías poniendo a Creta en peligro. Estarías poniendo en peligro a tu madre. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo, Fedra?

Quería llorar. Yo era la hija favorita de mi padre. Ariadna y yo siempre bromeábamos al respecto; ella era el duplicado de mi madre, y yo, la chica dorada incapaz de hacer daño a nadie. No había hecho daño a nadie, y, sin embargo, mi padre me estaba hablando como si lo hubiera hecho.

—Recuerda que, por encima de todo, eres una princesa cretense —dijo para terminar, quemándome el cuello con su aliento.

—Sí, padre —murmuré, solo esperaba que me soltara pronto.

Lo hizo y se quedó mirándome, con una expresión empañada por la preocupación, con todos los años de su vida grabados en su frente en forma de unas arrugas que no recordaba haber visto dos semanas atrás.

—Confío en que allí permanezcas sana y salva —dijo.

Recordé el regalo que mi padre había guardado antes en mi arca de boda, la pequeña hacha con dos cabezas, envuelta en un paño. Había sonreído cuando la había visto y había recordado las sesiones de entrenamiento que hacíamos de pequeñas, cuando volteábamos en el aire hachas de cabeza roma que prácticamente siempre acababan en el suelo. Pero mi padre se había mostrado tan serio como ahora y me había dicho:

—Espero que no tengas nunca necesidad de utilizarla, hija de Creta.

Completados los rituales, o con los rituales tan completos como que pudieron ser, me acompañaron hasta el barco de Teseo, donde me indicaron una bancada para sentarme. Estaba temblando, tenía los brazos y las piernas pegajosos por la sal del agua, y alguien me lanzó una manta para que me cubriese. Miré hacia la costa. Apenas había salido del palacio y jamás me había alejado de Creta, pero ahora estaba a punto de zarpar en barco. Miré el palacio e intenté grabarlo en mis ojos para no olvidarlo nunca, pero verlo desde el exterior solo sirvió para recordarme que acababa de convertirme en una extranjera. Siempre había considerado el palacio como una entidad única, pero desde aquel punto de vista era un conjunto estructurado de edificios que se fundían entre sí. Se veía pulcro, pensé, casi en contra de mi voluntad, pero no era elegante. No era bello, desde fuera no tenía nada que ver con la belleza de los murales y los frescos de su interior. ¿Solía parecerme tan reglamentado, tan bien proporcionado, cuando serpenteaba por sus pasillos? ¿Por dónde debía de quedar nuestra habitación, la que compartíamos Ariadna y yo? Intenté contar ventanas, pero mi sentido de la orientación parecía confuso, y cuando creí haber localizado nuestra habitación y me puse a observarla con melancolía, caí en la cuenta de que las ventanas eran demasiado grandes.

El plan inicial era que me acompañaran varios miembros de mi séquito, incluyendo entre ellos a la desgraciada saltadora de toros, pero luego había visto a Teseo hablando con mi padre y había escuchado con claridad las palabras «No hay espacio suficiente». Mi padre había asentido, un hombre alicaído al que su espíritu de lucha lo había abandonado por completo.

—Su séquito viajará más adelante. Pero debe acompañarla al menos una criada, Teseo. Cualquier otra cosa no me parecería decorosa.

Teseo puso mala cara, como si fuese a decir que no, pero al final se había encogido de hombros y había accedido. Vi entonces que Aenea, mi criada de más confianza y la que más tiempo llevaba sirviéndome, se disponía a subir al barco, pero de pronto mi madre reapareció, con la piel lustrosa y la cara recién maquillada. Tiró del brazo de Aenea. Y tuvo lugar una conversación que tampoco pude oír, después de la cual, Aenea dio media vuelta y se marchó. A continuación vi que llegaba Kandake, la criada más antigua de mi madre.

Se me cayó el alma a los pies. Kandake no tenía hijos. Era un par de años mayor que mi madre y siempre la había servido única y exclusivamente a ella. Nunca había cuidado de ninguna de nosotras, lo cual ahora, bien pensado, me parecía extraño. Había compartido varias niñeras con mi hermana, ninguna de las cuales había sido capaz de controlar a Ariadna, pero no me imaginaba haciendo partícipe de mis impresiones sobre la corte ateniense a la anciana Kandake —Cara de Vinagre, como la llamaba Ariadna, aunque nunca delante de ella ni en circunstancias en las que pudiera oírla nuestra madre—.

Ayudaron a subir a bordo a Kandake, que se dejó caer a mi lado. Se quedó mirando a mi madre sin decir palabra, aunque un sentimiento de recriminación se hizo patente en sus ojos. Almacenaron todas nuestras cosas en la bodega, levamos anclas y zarpamos. Mi nueva vida estaba a punto de empezar.

En la popa del barco hacía frío, de manera que, a regañadientes, Kandake y yo nos apretujamos la una contra la otra para entrar en calor. Kandake olía a queso de cabra y aceitunas; yo seguía apestando a agua de mar. Ninguna de las dos decía nada. Cuando empecé a secarme, compartí mi manta con ella y Kandake la aceptó sin mediar palabra.

Había mucho movimiento en cubierta, los hombres estaban ocupados con las velas y los remos y nadie nos prestaba atención. Busqué con la mirada a la chica con la que había hablado el día que los tributos llegaron, la que había conseguido salir sola del laberinto. Pensé, tontamente quizá, que podríamos ser amigas o,

mejor aún, que podría ser mi criada personal, pero no la veía por ningún lado. Entonces, cuando uno de los tributos pasó por mi lado, le tiré de la manga.

—¿Dónde está la chica? —Me miró sin entender qué le preguntaba y entonces caí en la cuenta de que ni siquiera conocía su nombre—. La chica que venía conmigo cuando os saqué del laberinto.

La mirada del tributo se oscureció e intentó soltarse.

—No lo sé —murmuró.

—Me parece que sí que lo sabes —repliqué, hablando con el tono más regio del que fui capaz, emulando a mi madre.

El chico negó con energía con la cabeza.

—No, no lo sé. Pero… —Le indiqué con un gesto que continuara—: Pero lo que sí sé es que hizo enfadar a Teseo. No sé cómo. Y que nadie la ha visto desde que salimos de Creta.

Quería seguir preguntándole, pero se zafó de mí y después ya nadie más se aventuró a acercarse a nosotras. Al principio me dediqué a contemplar el mar, los destellos azulados que brillaban y saltaban bajo el sol, la espuma blanca de las olas al impactar contra el lateral de la embarcación, pero al cabo de un rato incluso eso se volvió extenuante.

Debí de quedarme dormida, porque lo siguiente que recuerdo es que en la bancada no solo había dos mujeres sentadas, sino que éramos tres.

Repasé de arriba abajo a la tercera mujer, incapaz de creer lo que veían mis ojos. Su aspecto era más feliz y más sano que el mío, tenía la piel bronceada y la cara pecosa.

—¿Ariadna? Pero ¿qué haces aquí?

Hablé con la intención de demostrar alegría, pero empezaba a notar aquella sensación de náuseas en el estómago, la sensación de que ahora que Ariadna estaba aquí, mi presencia ya no era necesaria. Teseo quería una esposa, no dos, y su primera elección estaba aquí.

—He venido a verte, es evidente. Pero ¡no puedo creerlo! ¿No es esa Kandake? Ronca como un buey. —Y Ariadna sonrió y me agarró por el brazo de un modo muy real, muy físico, nada que ver con un sueño. Miré a Kandake; roncaba, efectivamente, su aliento salía de ella en forma de pequeñas ráfagas de aire nocivo—. No te

preocupes, Fedra. No estoy aquí para robarte a tu príncipe encantador. Ya cometí ese error una vez. Ahora es todo tuyo, tanto como lo es de cualquier otra mujer.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué fue un error? Te fuiste con Dionisos.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, sin importarle que la gente pudiera oírla. El sonido tenía un matiz malicioso, como si se estuviera riendo de mí.

—Oh, pequeñuela, no te creas todo lo que te cuentan.

Y cuando volvió a echar la cabeza hacia atrás, lo vi: las marcas de unas manos en su cuello bronceado.

—Ariadna, ¿qué te ha pasado? ¿Estás…?

Pero no podía preguntarle aquello. No, porque la tenía sentada a mi lado y sus muslos rozaban los míos. No, porque su cabello era más largo y más lustroso que el mío, y su piel estaba más bronceada y tenía un aspecto más saludable. No, porque se la veía completamente llena de vida.

—No te preocupes por mí. Porque por quien debemos preocuparnos ahora es por ti.

Sonrió, una sonrisa taimada y maliciosa que yo conocía muy bien.

—Debo ir con mucho cuidado en la corte de Atenas, ya lo sé. Me lo ha dicho todo el mundo.

Ariadna inspiró hondo.

—De acuerdo, si quieres ser una sabelotodo, ya te apañarás. Pero no estoy aquí para alertarte sobre la corte de Atenas. Nunca llegué hasta allí, no sé si te acuerdas. Estoy aquí para alertarte sobre Teseo.

—¿Sobre Teseo? ¿Qué le pasa a Teseo?

—Lo único que voy a decirte es que vayas con cuidado, pequeña.

Kandake resopló. La miré, pero seguía dormida. Cuando volví a mirar a mi derecha, Ariadna había desaparecido, y me di cuenta de que lo que pensaba que era la presión de sus muslos era en realidad un rollo de cuerda.

Parpadeé. De haber sido un sueño, ahora me encontraría despertándome, pero no tenía la sensación de haber estado durmiendo. Ariadna era ahora la consorte de un dios. ¿Habría sido

una visión? Recordé entonces aquellas horribles huellas de manos que tenía en el cuello y noté que la bilis me ascendía hasta la boca. Un sueño, seguro que había sido un sueño.

Estaba temblando, me envolví con mis brazos y presté atención a los sonidos que se desplegaban a mi alrededor: los gritos de las gaviotas, las olas del mar, el ritmo regular de la respiración de Kandake. Cerré los ojos sin poder dejar de ver aquella imagen del cuello de Ariadna, y de pronto oí pasos.

Por instinto, mantuve los ojos cerrados y agucé el oído. Eran las voces de dos hombres que hablaban en voz baja.

—Tenemos las velas blancas, señor. Están bajo cubierta.

—Perfecto. Y prometimos que cambiaríamos las velas si nuestra misión era un éxito, ¿verdad?

—Eso es.

Me quedé helada. No reconocí al primer hombre, pero sí conocía al segundo, la persona a quien su interlocutor se había dirigido empleando la palabra «señor». Era Teseo, mi esposo.

—En alta mar hay muchas tareas que atender. Nuestra prioridad debe ser mantener la embarcación a flote, que todo el mundo vuelva a tierra sano y salvo. ¿Me has entendido, Pirito?

Pirito, el capitán del barco. El único hombre a bordo casi tan alto y musculoso como Teseo.

—Os he entendido, señor. Cuando los hombres tienen una gran carga de trabajo, los pequeños detalles como este pueden llegar a olvidarse. Y si no hay nadie encargado expresamente de cambiar las velas, las velas podrían quedarse sin cambiar.

La voz de Pirito sonó rebosante de seguridad, pero no entendí qué quería decir con aquello. ¿Por qué estarían planeando no hacer una cosa que habían prometido hacer? ¿Y a quién le habrían hecho aquella promesa? ¿Qué importancia tenía el color de las velas? De todos modos, el negro era una elección extraña como color y recordé que el barco atracado en el puerto parecía formar parte de la comitiva de un funeral. Tal vez en el puerto de Atenas también estaría fuera de lugar.

—Entonces nos entendemos. Gracias, Pirito, siempre has sido mi servidor más leal y me encargaré de que seas debidamente recompensado cuando llegue el momento. —Oí que los pasos se acercaban y me asusté al oír los gritos de Teseo—. Pero ¿esto qué

es? ¿Qué hacen estas mujeres aquí?

Levanté la vista hacia él y parpadeé, como si hasta aquel momento hubiera estado dormida. A mi lado, Kandake estaba haciendo lo mismo, pero con naturalidad, sin fingimientos.

—¿Has oído algo de lo que acabo de decir? ¿Lo has oído? —preguntó Teseo.

Se inclinó sobre nosotras. No había subido la voz, pero la frialdad de su tono resultaba más amenazadora que si nos hubiera hablado a gritos. Muy despacio, respondí con un movimiento de la cabeza en un gesto negativo.

—¿De verdad? ¿No has oído nada?

Repetí el gesto, con más vigor esta vez. Recordé que Ariadna me había dicho que fuese con cuidado y que aquel chico ateniense me había dicho que nadie había vuelto a ver a la chica desde Creta. Noté que Kandake me agarraba por el brazo y volvimos a acurrucarnos la una contra la otra, esta vez por miedo.

Teseo suspiró y se apartó, aparentemente convencido. Pero Kandake siguió presionándome el brazo con fuerza. A la mañana siguiente tendría un moratón espantoso, pensé.

—¿Las has visto, Pirito? No han cruzado ni una sola palabra entre ellas. Parecen un par de mudas.

Pirito se encaminó hacia nosotras y sus largas piernas parecieron reducir la longitud de la cubierta. Cogió el rollo de cuerda que tenía a mi lado como si fuese un montón de plumas, aunque seguro que debía de pesar más que yo.

—Deberíais sentiros agradecido, Teseo. No hay hombre que sufra más que aquel que tiene una esposa quejumbrosa, ¿no es eso lo que dicen los poetas?

Teseo rio, una risa que era una especie de aullido extraño totalmente carente de humor.

—¿Dicen eso? Pues a lo mejor tienen razón. Vamos, Pirito, hay mucho trabajo que hacer. Dejemos que este par de pollos asustados sigan dormitando.

Los hombres se fueron, y oí que Teseo decía:

—Una no paraba de hablar y la otra no dice palabra. Por lo visto, el feliz punto de equilibrio no existe.

Pirito se echó a reír; tenía una risa más melodiosa que la de su señor. Al verlos alejarse pensé que Teseo era el que tenía mejor

físico de los dos, el que tenía un porte más majestuoso, pero que cualquier mujer podría sentirse feliz siendo la esposa de Pirito, por mucho que a él no le gustasen las mujeres quejumbrosas. Y entonces me acordé de nuevo de que la esposa de Teseo era yo, por imposible que pudiera parecerme.

El resto del viaje pasó sin más novedades. Kandake gimoteó un poco cuando los hombres se fueron, pero no tardó mucho en caer dormida y volver a roncar.

No vino a verme nadie más y, a diferencia de Kandake y a pesar del balanceo del barco, mis preocupaciones me impidieron dormir. Permanecí sentada en la bancada, contemplando el brillo del mar, hasta que empecé a pensar que me quedaría ciega de tanto mirarlo.

Llegamos a la costa ateniense medio día después. La tripulación gritó y saltó de alegría, mientras que Kandake y yo nos limitamos a mirar sin decir nada nuestro nuevo hogar. Incluso los atenienses recuperados, los que tan felices parecían en nuestra corte, se abrazaban entre ellos, reían y sonreían.

Pero el júbilo duró poco, porque la tripulación se tuvo que poner a trabajar para preparar la embarcación y llegar a tierra. Nadie se ocupó de cambiar las velas, por lo que siguieron desplegadas, orgullosas y negras, agitándose con el viento y contrastando con el cielo azul celeste. Debían de verse desde muchos kilómetros de distancia.

Mis ojos se sentían atraídos hacia aquellas velas constantemente, pero no me atrevía a mirarlas por miedo a que Teseo me viera y descubriera con ello que había oído su conversación.

Los marineros se pusieron a los remos en cuanto el barco estuvo más próximo a la costa. El viento fuerte que nos había acompañado durante toda la travesía había hecho innecesario remar, pero para navegar entre las rocas era necesario hacerlo con destreza y delicadeza. El mar rompía con fuerza, mucho más agresivo que las aguas tranquilas de las que solíamos disfrutar en Creta.

El sonido del mar me llevó a pensar en Poseidón, el padre de Teseo, lo que a su vez me llevó a pensar en mi propia ascendencia. Sabía, sin la menor sombra de duda, que mi abuelo materno era

Helios, el dios Sol, y que mi abuelo paterno era Zeus, rey de todos los dioses. Y no necesitaba que nadie me lo contara; las evidencias me rodeaban por todos lados, en mis ropajes, en el modo en que se dirigían a mí cortesanos y plebeyos. Y a pesar de que nunca había visto a mis abuelos, tampoco había conocido a ningún falso demandante de ese título.

¿Por qué Helios tendría que ir a visitar a su hija y a sus nietas cuando cada día debía ocuparse de arrastrar el Sol para que iluminara el mundo entero? Y Zeus, además, tenía muchos hijos, por lo que no era de extrañar que no prestara especial atención a Minos, el hijo que había engendrado con Europa —sí que había coincidido con Europa, mi abuela, en más de una ocasión antes de que muriera, aunque nunca me había atrevido a sacarle a relucir el tema de la concepción de mi padre; mi abuela aterrorizaba incluso a mi madre.

Más concretamente, sabíamos que descendíamos de dioses porque éramos gobernantes. Mi padre tenía derecho divino a gobernar Creta porque su padre era el dios del mundo entero. Y cuando Teseo llegó en su día a Atenas portando la espada de su padre mortal y exhibiendo la talla de su padre divino, fue aceptado de inmediato como hijo de Egeo e hijo de Poseidón. Y también como heredero al trono.

Cuando nos acercamos lo suficiente a la costa ateniense, avisté un jinete solitario en lo alto de un acantilado, observándonos. Era una figura diminuta en la distancia, pero tengo buena vista y me di cuenta de que levantaba un brazo al divisar el barco. El caballo se levantó entonces sobre sus patas traseras y echó a correr a toda velocidad, como si los dioses de los vientos lo persiguieran. Teseo me vio observar la escena y sonrió.

—Debe de ser mi hijo, Hipólito.

—¿Puedes aseverarlo viéndolo desde tan lejos? —pregunté.

Me quedé sorprendida. Nadie me había mencionado que Teseo tuviera un hijo, y mucho menos de la edad suficiente como para montar a caballo.

—Lo sé por su forma de llevar a ese pobre caballo, aunque el caballo seguro que lo adora a pesar de ello. O tal vez debido a ello.

Me dio la impresión de que Teseo iba a marcharse y yo quería conservar su atención, de modo que busqué algo más con lo que

poder continuar con la conversación.

—¿Cuántos años tiene? Tu hijo, me refiero. No el caballo.

—Debe de tener dieciséis ya. O, no, diecisiete. Han pasado dieciocho años desde la batalla con las amazonas.

—Así que su madre es… —Casi ni me atrevía a terminar la frase.

—Antíope, reina de las amazonas. Supongo que todos cometemos estupideces en nuestra juventud, aunque no me arrepiento por lo que a Hipólito se refiere. Es un buen chico.

Ya no me apetecía oír nada más. ¿A cuántas reinas y princesas extranjeras habría hecho suyas Teseo? Haciendo los cálculos, dieciocho años atrás, Teseo debía de tener más o menos la edad de Hipólito. Más o menos mi edad.

—¡Tierra a la vista! —gritó un marinero delante de mí, sobresaltándome.

De pronto, Kandake y yo tuvimos la sensación de estar entorpeciéndolo todo, nos pusiéramos donde nos pusiésemos; la sensación de estar en medio de las idas y venidas de la tripulación y de sus maniobras para conducir el barco a puerto. Fue un proceso arduo.

—¿Crees que deberíamos acampar aquí hoy e ir mañana por la mañana a palacio? —le preguntó Teseo a Pirito.

Cuando Pirito iba a responderle, un grito desde tierra lo interrumpió.

—¡Ay, qué desgracia! ¡Qué gran desgracia! Pirito, ¿has vuelto con nosotros?

El jinete se estaba acercando y gesticulaba con desesperación. No era el mismo que habíamos visto antes. Lo adiviné por su modo de montar a caballo. El jinete de antes podía haber sido perfectamente un centauro. Pero este se notaba que deseaba estar de nuevo con los pies asentados firmemente en el suelo.

Pirito y Teseo intercambiaron una mirada rápida, y Pirito se encargó de contestar.

—¡Hemos vuelto, sí! Pero ¿por qué hablas de desgracia?

Lo dijo con voz tensa mientras tiraba con nerviosismo de sus ropajes. No quedaba ni rastro del capitán rebosante de confianza que nos había conducido hasta allí.

—Hablo de desgracia porque has vuelto sin el príncipe.

El hombre de la orilla estaba intentando aún controlar su caballo y no levantó la vista para ver que Teseo estaba presente. Teseo le indicó con un gesto a Pirito que siguiera hablando.

—No te entiendo, amigo —dijo Pirito con un hilo de voz—. El príncipe está aquí.

—¿Que el príncipe está aquí? ¡En este caso, más motivos si cabe para hablar de desgracia!

El hombre acabó claudicando y bajó del caballo. Fue un aterrizaje torpe y el caballo casi lo miró con desdén.

—¿Traes alguna noticia, buen hombre? —dijo Teseo, que claramente había perdido la confianza en Pirito para que siguiera hablando. Se abrió paso para situarse en la proa del barco—. Habla con claridad.

El hombre cayó de rodillas y, al hacerlo, soltó las riendas. El caballo se marchó a medio galope. El hombre se quedó mirándolo con una combinación de anhelo y exasperación, aunque solo por un instante, porque enseguida levantó la vista hacia Teseo.

—Salve, Teseo, rey de Atenas. El rey, vuestro padre, ha muerto.

ACTO II

ATENAS

La habitación tiene hornacinas en las esquinas, huecos cuyo objetivo inicial debió de ser instalar estatuas de dioses, antes de que los ocupantes de la estancia advirtieran que era demasiado oscura, poco adecuada para los dioses a los que pensaban honrar. Las hornacinas proyectan sombras en su interior, de tal modo que el supersticioso podría imaginar, incluso en un día soleado, que allí dentro se agitaba una pequeña criatura que estaba observándolo. Muy pocos hombres adultos cabrían en su interior. Tiene sentido, entonces, que la figura que se esconde en la hornacina de la esquina más alejada a la derecha no sea un hombre.

Medea —la Bruja, como se la conoce— ya no es tan joven como antes y le duele la espalda de estar encorvada en ese espacio. Es la prima de Fedra, pero es lo bastante mayor como para ser su madre, piensa con ironía. Desde donde está escondida no puede ver a la princesa, pero sí imaginársela. Recuerda las conversaciones que habían mantenido, los secretos que Fedra le había confiado, y se pregunta qué siente en estos momentos. Una chica solitaria en una estancia de hombres. Vulnerable. O eso podría parecer.

Medea no conoce la verdad. Fedra dice de él que es un violador, y Medea la cree. Pero eso no significa que todo lo que dice Fedra sea verdad. Al fin y al cabo, las mujeres son capaces de hacer mucho más que mentir si es necesario. Medea lo sabe mejor que nadie.

Medea

Escuché los gritos de las gaviotas dejándose llevar por la brisa y suspiré. El día había empezado muy prometedor, quizá el mejor día desde que hui de la Cólquida y de mi marido, Jasón, con solo mis prendas encima y mis conocimientos arcanos en la cabeza.

Egeo me había invitado a desayunar con él en sus aposentos privados. Sí, sabía lo que la gente andaba comentando, pero estaban locos. Si hubiera algo de verdad en todo eso, no habría tenido ninguna necesidad de invitarme a desayunar, ¿verdad?

Me comporté como si fuera la diosa Afrodita bajando del monte Olimpo para ir a visitar al rey. Me relamí el dedo untado con miel como si fuese una niña, reí con los chistes predecibles y me pregunté distraídamente qué le respondería si me pedía que pasara la noche con él. No es que el acto en sí me importara demasiado, puesto que con un hombre de la edad de Egeo terminaría a buen seguro tan rápido como un estornudo. Y mi reputación, francamente, ya no podía caer más bajo. Pero si me veía obligada a dar aquel paso, quería maximizar todos los beneficios que pudiera sacarle. ¿Quería ser reina de Atenas?

Terminado el desayuno, nos interrumpió una llamada en la puerta. Levanté la vista, sorprendida, esperando que Egeo se pusiera furioso —el mensajero que nos había interrumpido la última vez que estuvimos juntos en privado había acabado desterrado de la ciudad—. Pero ahora, el anciano rey dejó sobre la mesa el higo, que con mano temblorosa acababa de acercarse a la boca, y dijo «Adelante», como si hubiera estado esperando aquella interrupción.

Hizo su entrada un mensajero, un hombre que ya había visto antes holgazaneando por la corte y bebiendo vino barato. Estaba pálido y tartamudeó varios inicios en falso antes de anunciar:

—Señor, el barco ha regresado.

—Medea, déjanos —dijo Egeo.

Habló con voz tranquila aunque firme. Nunca le había oído hablar con un tono tan regio, de modo que obedecí. Aquello tenía que ser un error. Pero me levanté, salí de la habitación y cerré la robusta puerta a mi espalda. Una vez fuera, me alisé el quitón y regresé a mis aposentos con la cabeza muy alta.

Apenas me había dado tiempo de acomodarme en mi poltrona, mucho más confortable que las que había en las estancias del rey, y de retirarme el velo, cuando oí el tumulto en el exterior. Me levanté deprisa y miré a mi criada, Agneta. Su mirada de horror debía de ser un reflejo de la mía. Ambas habíamos oído anteriormente estallidos de violencia similares y nunca habían sido un buen augurio para nosotras.

—¿Salgo a investigar? —me preguntó con la boca seca.

Negué con la cabeza.

—Envía a Casandra.

Sonó como una decisión a sangre fría, como si tuviera favoritas entre mis criadas, mujeres que estaba dispuesta a sacrificar —algo que sin duda he hecho—. Pero Agneta era del norte, ni siquiera era griega, más extranjera incluso que yo. Casandra, por otro lado, era ateniense, la conocía todo el mundo y tenía un aburrido esposo ateniense y dos hijos atenienses, como mínimo, a los que yo no había visto nunca. Tenía además varios amantes atenienses, hombres de alto rango. Ninguna mujer estaba segura si saqueaban la ciudad, pero Casandra tenía diversos hombres dispuestos a cuidar de ella.

Una vez despachada Casandra, cuya excitación traicionó su falta de experiencia, Agneta y yo nos acercamos al ventanal desde el que se dominaba el mar. La brisa nos alborotó el pelo y el aire olía a sal y a limpio, generando la ilusión de que todo seguía bien en el mundo, pero no nos dejamos engañar. Divisamos a lo lejos un barco que se acercaba lentamente a puerto. A los pies del acantilado, frente al mar, se estaba congregando una multitud. Sentí como si una mano gélida me estrujase el corazón. Casandra entró corriendo de nuevo en la habitación.

—Se trata de Egeo —anunció. Le indiqué con un gesto que continuara—. Ha saltado desde el acantilado y se ha quitado la vida.

Me quedé mirándola. No sentía nada por aquel hombre, o eso

me aseguraba a mí misma, pero vi de repente cómo todo el trabajo que había llevado a cabo desde mi llegada a Atenas se escurría entre mis dedos.

—Pero ¿por qué? —conseguí decir.

Había sido por aquel mensaje. Debería haberme quedado con él.

—Su hijo, Teseo —respondió Casandra, con el pecho inflado por la importancia del mensaje que se disponía a darme—. Teseo ha muerto.

Balbució alguna tontería sobre un barco con velas blancas, que significaba que el príncipe estaba sano y salvo, y sobre otro con velas negras, que significaba que estaba muerto. Nos volvimos para contemplar el lento avance del barco, cuyas velas negras se ondeaban con el viento.

—Pero —dije en voz alta, aunque en realidad hablaba solo para mí misma— si el barco ni siquiera ha echado anclas. ¿Por qué no ha querido Egeo esperar al menos a escuchar el relato?

Recordé al príncipe Teseo, sus ojos grises y fríos evaluándome y encontrándome deficiente. Dicen que no hay tonto como un viejo tonto, y por mucho que Egeo se jactase de haberse acostado con muchas mujeres y no haber perdido la cabeza por ninguna de ellas, Teseo, su supuesto heredero, lo había embelesado y dejado como el chiquillo que vive la agonía de su primer romance. Teseo y yo éramos de la misma edad, pero Egeo siempre se refería a él como «el chico». Y al hijo de Teseo, Hipólito, un chico de verdad, un joven, lo llamaba «mi nieto». Ambos me resultaban repugnantes, pero siempre me había cuidado de no hacérselo saber a Egeo. Lo había visto despedir a más de uno de sus consejeros más veteranos para favorecer al «chico».

Ninguna de mis criadas respondió a mi pregunta, lo cual era perfectamente correcto puesto que no se la había dirigido a ellas y su posible contestación, además, tampoco habría arrojado más luz sobre la situación. Permanecimos en silencio mientras los pasajeros iban apareciendo en la cubierta del barco. Me sujeté al pilar que tenía delante de mí, pero Agneta fue la que primero habló.

Con voz temblorosa, dijo:

—Casandra, creía que habías dicho que había muerto.

—Eso me han asegurado —replicó Casandra y añadió luego,

por mucho que no sirviera para esclarecer nada—: Las velas son negras.

Había que darle la razón en este sentido, pero ninguna de las tres puso en cuestión que el hombre alto y delgado que caminaba ya por la playa era nada más y nada menos que el príncipe Teseo. De vuelta de Creta y, al parecer, de vuelta también de la muerte.

Los zarrapastrosos campesinos que Teseo se había llevado con él a Creta empezaron a bajar del barco; desde aquella distancia parecían ratones parpadeando por el resplandor de la luz del sol. Cuando perdí el interés por la escena, me alejé de la ventana, aunque volví a aproximarme al oír que Casandra exclamaba:

—¿Y esa quién es?

Una joven no ateniense, a tenor de lo elaborado de su peinado, saltó con torpeza del barco a la playa. Una anciana intentaba ayudarla, pero la joven le apartó la mano.

—Una esposa para Teseo —dije con desdén.

—No —replicó Agneta—. Es tan joven que podría ser su hija. A lo mejor la ha traído para Hipólito.

Casandra rio entre dientes.

—Lo dudo mucho —dijo con picardía—. O si lo ha hecho, ha malgastado el dinero.

Me permití una sonrisa. Cuando me presentaron a Hipólito, insistió en hacerme saber, llegando hasta el extremo de rozarme el pecho con el dedo para enfatizar sus palabras, que era seguidor de Artemisa y que, como tal, era inmune a mis artimañas. Como si a mí se me hubiera pasado por la cabeza desperdiciar mis trucos con un potranco como él, habiendo como había tanta potencia por descubrir por todas partes.

—Pues sigo pensando que es una esposa para Teseo —insistí con firmeza. Estudié a la chica. Tenía la piel muy clara y el cabello de un color rubio que no solía verse en un lugar tan al sur como Atenas—. Es más, incluso puedo deciros quién es: mi prima, Fedra, princesa de Creta.

Incluso Casandra se quedó sumida en un silencio reverencial. Como nieta del dios Sol que soy, tengo muchos «primos»; normalmente los hijos y los nietos de mujeres a las que les gustaría poder tener alguna distinción más que la de ser otra conquista de Zeus, o incluso de Poseidón. En este caso, sin embargo, Fedra es mi

prima de verdad. Nuestras madres eran hermanas y nuestra abuela era la misma mujer.

Picada de nuevo por la curiosidad, observé cómo la procesión se encaminaba lentamente hacia el palacio. Teseo, informado ya de la muerte de su padre, lideraba la comitiva después de haberse quedado con el torso desnudo y vociferar los gritos de angustia de rigor. Aunque también podían ser gritos de dolor auténticos, por supuesto. No tenía manera de saberlo. Bien que creía conocer a Egeo y, aun así, lo había dejado para que saltase al vacío a encontrar la muerte.

Los tributos rodeaban a Teseo, caras jóvenes e impacientes, con aspecto agotado y necesitadas de un buen baño caliente. Y en medio de todos, más pálida y más conmocionada que cualquiera de ellos, la princesa cretense, la nueva esposa de Teseo.

Aunque era mi prima, no nos parecíamos en nada. Ella era menuda y rubia, con una piel esponjosa que daba la impresión de amoratarse enseguida. Yo era alta, de cabello oscuro y con la piel del color de una aceituna madurada al sol. Sus ojos azules le daban un aire de inocencia. Había oído decir que su progenitora se parecía mucho a la mía, y que había una hermana mayor, de la que se decía que había salido a la madre y era una belleza, aunque esta otra criatura debía de haber salido al padre. Normalmente la gente siente lástima de las niñas que salen al padre, puesto que suelen tener mandíbulas potentes y barbillas varoniles. Pero en este caso, la cara de la chica era de rasgos suaves y femeninos. Parecía un pajarillo asustado, el tipo de chica que un hombre o, al menos, un determinado tipo de hombre, anhela cuidar y construirle un nido. Aunque nunca sería famosa por su belleza.

Siguieron avanzando agotados hacia el palacio, sin ser conscientes de que desde la ventana yo observaba cada paso que daban. Teseo no prestaba la más mínima atención a su desposada. Y ella prestaba escasa atención a su alrededor y parecía estar concentrada en sus propios pies. Me pregunté si simplemente estaría echando ya de menos Creta o si se habría enterado durante el viaje de alguna cosa sobre su supuestamente heroico marido —sobre la cantidad de mujeres que había secuestrado, quizá, o sobre el hijo a cuya madre había violado; un hijo que debía de ser de la misma edad que ella.

Aquella noche di vueltas y vueltas en mi habitación intentando decidir si era mejor exponerme, y quedarme a merced de Teseo, o intentar evitarlo por completo con la esperanza de pasar desapercibida hasta poder huir de allí. Esa última alternativa no habría sido posible en muchas cortes, pero la de Atenas estaba muy desorganizada. Yo tenía mis propias estancias alejadas de los pasillos principales, con una salida independiente a un pequeño patio que podía utilizar para mis abluciones. Tenía solo dos criadas, Agneta y Casandra, y sería sencillo inventarme una historia acerca de que estaban preparando mis habitaciones para una invitada. El caos generalizado que reinaba en las cocinas facilitaría que pudieran conseguirme comida sin que nadie se diera cuenta. El riesgo era que Teseo resultara ser más listo que su padre y descubriera mis planes. Y de quererlo, Teseo podría condenarme a muerte por fugitiva o por ladrona, o devolverme encadenada a Corinto.

No por primera vez deseé tener a alguien con quien poder discutir estos temas, pero nunca había habido nadie. Ni siquiera mi amado Jasón, cuando era mi amado Jasón, había estado a mi altura —no nos andemos con rodeos— en términos de capacidad intelectual. La fuerza bruta era otra cosa. Tal vez si hubiera llegado la otra hermana, la que tenía la cara de su madre y la mía, habría intentado ponerme en contacto con ella. Pero esa chica, con sus mejillas redondas y su frente sudorosa, no era más que una niña. Sería incapaz de aconsejarme.

Di vueltas y más vueltas en la cama, impidiéndole conciliar el sueño a Agneta, a buen seguro. De saber con certeza que Teseo honraría los deseos de su padre y respetaría la *xenia*, la protección a los invitados al amparo de la cual yo estaba viviendo, me expondría a quedarme a su merced. Pero si Teseo se aferraba a la opinión popular —según la cual yo era una bruja que había hechizado a su padre—, lo mejor que podía hacer era permanecer escondida.

Aborrecía la indecisión. Y aborrecía la espera. Soy una mujer de acción, no una filósofa. Sé que la historia me juzgará, pero la historia la escriben los hombres. No quería estar a merced de ningún hombre, otra vez no. A la mañana siguiente ya había tomado mi decisión. Me mantendría encerrada en mis aposentos y

haría todos los preparativos necesarios para mi huida. Mis criadas difundirían el rumor de que me había marchado furtivamente del palacio por miedo a Teseo y me conseguirían comida y todas las demás cosas que precisara. Lo único que tenía que hacer era no interponerme entretanto en el camino de Teseo. Después de todo lo que había pasado, ya daba igual si salía viva o muerta de esto. Y aun así estaba obligada a reconocer que Teseo seguía dándome miedo; hay cosas peores que la muerte.

Fedra

No sé qué me esperaba. No me esperaba un Cnosos. Al fin y al cabo, el palacio cretense es una de las maravillas del mundo moderno. Pero el palacio de Atenas… Sería una exageración decir que nosotros lo habríamos utilizado para dar cobijo a las cabras, pero no lo sería decir que lo habríamos utilizado para dar cobijo al cabrero.

Las paredes eran primitivas, construidas de cualquier manera, sin pinturas. El suelo era fango, sin ningún tipo de recubrimiento. En el mejor de los casos, el mobiliario podría calificarse de rústico. Nadie había consagrado su tiempo a esculpir elementos decorativos o embellecimientos, como sí hacían los magníficos artesanos de Cnosos. El olor evocaba también al de las cabras. Teseo debió de verme recular.

—Sé que esto no es a lo que estás acostumbrada, princesa. No voy a pretender lo contrario. Y tampoco voy a decir que sea algo de lo que me sienta especialmente orgulloso. Pero créeme: cuando mi reinado toque a su fin, rivalizará sin problemas con Cnosos.

En boca de otro hombre, lo que Teseo acababa de decir podría considerarse pura fanfarronería: salvar las apariencias para intentar salir bien parado delante de una joven e infeliz desposada. Pero el tono que empleó era tan prosaico, y su falta de preocupación por mí tan aparente, que me lo tomé como toda una declaración de intenciones.

—Estos serán tus aposentos —dijo abruptamente cuando se detuvo delante de una puerta de escasa altura—. Y ahora, si me disculpas, debo ir a ver los restos mortales de mi padre. Te veré mañana.

—¿No volverás más tarde, señor? —pregunté, sorprendida. Mis padres jamás habían pasado una sola noche separados.

—No, mis aposentos están en el otro lado del complejo. Que

duermas bien, princesa —dijo.

—Reina —repliqué, asombrándome ante mi audacia.

—¿Disculpa?

Teseo se volvió y, por primera vez, tuve la sensación de que me miraba, de que me veía, de que veía a Fedra, una mujer y una igual, no solo una chica a la que había arrastrado por medio mundo con tal de satisfacer su ego.

—Ahora soy reina, no princesa. Tu padre ha muerto, lo que te convierte en rey. Y yo soy tu esposa, lo que me convierte…

—En reina. —Terminó la frase por mí—. Bueno, bueno. Tal vez resulte que el perrito también sabe morder. Buenas noches, majestad.

Hizo una reverencia exagerada, dio media vuelta y se marchó, riendo entre dientes. Cuando llegó al final del pasillo, vi que se enderezaba, pero que rápidamente se volvía a encorvar antes de reunirse de nuevo con los atenienses. La imagen perfecta del hijo de luto y heredero.

En cuanto me quedé sola, abrí la puerta y examiné mis estancias. Confiaba en que estuviesen mejor decoradas que el resto del palacio, pero me equivoqué. Había una habitación principal, con dos pequeños cuartos adjuntos. Abrí y cerré las puertas y luego me dejé caer en una sillita, horrorizada. No había baño.

Oí que llamaban dubitativamente a la puerta.

—Adelante —dije.

Kandake apareció en el umbral, retorciendo las manos con nerviosismo.

—No hay baño —dije desolada—. ¿Qué vamos a hacer?

—Tendremos que salir fuera —respondió Kandake—. Como los campesinos.

—Pero yo no soy una campesina. Soy la reina.

—¿Reina de qué? —replicó, y por un momento me sentí como si tuviera a mi madre allí. Pero entonces Kandake se ruborizó—. Lo siento, señora; me he excedido. Esta noche no podré hacer gran cosa, pero intentaré localizar las instalaciones adecuadas.

—¿Instalaciones? —pregunté, enarcando las cejas. No entendía muy bien a qué se refería. Kandake no sabía ni podía instalar agua corriente.

Siguió retorciéndose las manos. Hasta que paró.

—Un cubo, señora. Al menos con ello tendréis un poco de privacidad.

Me quedé mirándola para intentar dar sentido a lo que acababa de decir. Y entonces comprendí de repente lo ridículo de la situación y me eché a reír. Una risa casi histérica. Si Kandake se hubiera sumado a mis carcajadas, no habríamos podido parar. Pero no lo hizo. Se cruzó de brazos y se quedó mirándome con expresión paciente, como si aquello no fuera para reírse y yo fuera una niña sobrexcitada a la que había que consentir. Y cuando mis risas se transformaron en hipo, me sentí más ridícula que nunca.

—¿Dónde dormiremos? —pregunté.

Inspeccionamos las estancias y encontramos una cama de tamaño mediano en una de las habitaciones contiguas y una pequeña en la otra. La habitación con la cama más pequeña, sin embargo, tenía una ventana desde la que se veía el mar.

—Puedes ocupar esa —dije, y señalé la habitación más grande, pero Kandake negó con la cabeza.

—Yo ocuparé esta, señora. Es lo más adecuado. Y además… —Iba a decir algo, pero se interrumpió.

—¿Además? —repetí.

—A partir de ahora no siempre dormiréis sola.

Durante un momento extraño mis pensamientos volvieron a mi hermana, con quien había compartido alcoba toda la vida. Pero cuando comprendí a qué se refería, me ruboricé.

—Oh.

Me volví hacia el otro lado. No esperaba que fuera a ser así, en aquel pequeño conjunto de habitaciones pequeñas y sucias, con paredes mugrientas y con Kandake separada de mí por una endeble partición, capaz de escucharlo todo.

La siguiente llamada a la puerta, más potente, fue la de los hombres que traían nuestros baúles. Kandake sacó lo mínimo indispensable que necesitaba yo para dormir, me obligó a entrar en la habitación más grande y cerró la puerta. Estaba tan cansada que me derrumbé en la cama. Mi último pensamiento antes de caer dormida fue que al día siguiente tendría que construir un santuario en mi cuarto. Rezábamos a los mismos dioses y diosas, pero no quería que los sacerdotes atenienses oyeran mis oraciones.

Trifón

El rey ha muerto, larga vida al rey. Eso hemos dicho, y eso deberíamos pensar. Y yo lo dije también, lo hice, aunque fuese solo porque Hipólito era una posibilidad mucho peor que Teseo.

El viejo Egeo no había sido ni un hombre inteligente ni un rey sabio. Había gobernado con el mínimo esfuerzo. Se había permitido dejarse encandilar por aquella bruja, Medea —y «bruja» me parece un término excesivamente respetuoso para esa mujer—. Todos habíamos sido testigos de su sonrisa afectada y de cómo se lo comía con los ojos, por mucho que el rey fuera lo bastante mayor como para ser su padre. Y yo mismo la había visto expresar su exasperación con aquellos mismos ojos cuando creía que nadie la miraba. Egeo fue un estúpido al acogerla. Y, además, había sido un rey nefasto. Nadie podía afirmar que Atenas hubiese prosperado durante su reinado.

Pero aun así, aun así, con Egeo sabías dónde estabas. Podías dirigirlo. Podías guiarlo. Era un hombre simple con anhelos y deseos simples. No era bondadoso, pero su pereza innata hacía que no fuese cruel. No prosperamos, pero al menos sobrevivimos. Y, para ser honestos, algunos de nosotros sí que prosperamos.

En cuanto vi a Teseo, supe que teníamos un problema. Si queréis saber mi opinión, y a pesar de que ahora decirlo sea traición, no creo que sea hijo de Egeo. Y si su madre le dijo que lo era, se trataba de una mentirosa. Egeo estaba adentrándose en la ancianidad. No había engendrado un heredero, y a las mujeres de toda Ática siempre se les había dicho que si parían un hijo varón nueve meses después de la visita del rey, ese hijo debería acudir a palacio. Durante cuarenta años, sin embargo, no se presentó ninguno.

Para Teseo, presentarse como el hijo procreado hacía una infinidad de tiempo y, además, heredero al trono, fue un juego de

niños. Y mejor que eso, se presentó como un heredero y con un heredero ya garantizado. En Atenas somos gente discreta y no habíamos oído todas las historias sobre Teseo, aunque sí sabíamos que era amigo de Heracles y que el chico, Hipólito, que llegó acompañándolo, era hijo de una reina de las amazonas y había sido concebido en turbias circunstancias. Intenté darle a Hipólito el beneficio de la duda. No había por qué culparlo de los hechos de su padre. Era un chico alto y arisco, y hablé con él un par de veces con la intención de darle a conocer los debates que se organizaban para los jóvenes y esas cosas. Pero enseguida me dejó claro que solo se sentía feliz montando a caballo, y como mis días como jinete habían quedado atrás hacía ya mucho tiempo, allí se acabó la cosa.

No sé cómo le explicó Teseo a Egeo que había estado vagando por el mundo durante cuarenta años antes de presentarse en la corte de Atenas como su hijo. En aquel momento no gozaba yo de la confianza de Egeo. Y era por mi culpa: no me había mostrado lo suficientemente delicado con él con respecto al tema de Teseo. Se lo había expuesto de un modo demasiado directo. Tal vez Egeo no fuera el único que se estaba volviendo más estúpido con los años.

De manera que Egeo había reconocido a Teseo como su hijo. Y Teseo había decidido que, como príncipe, el primer cambio que llevaría a cabo sería revisar el sistema de los tributos, una decisión que me tomé como algo personal, puesto que era yo quien había discutido los detalles del asunto con Minos muchos años atrás. Minos, ese sí que era un rey. Los consejeros de Minos no recibían esas órdenes imprecisas que Egeo me daba. Y aun así, a pesar de haber engendrado como mínimo tres hijos, y probablemente cuatro, con su esposa, Minos se encontraba en una posición similar a la del viejo Egeo. Estaba sin heredero, a menos que adoptara a ese chiflado de Teseo como esposo de la última hija que le quedaba con vida. La de vueltas que da el mundo.

Pero eso estaba aún por llegar. Como he dicho, Teseo decidió abolir el sistema de tributos, y Egeo se apuntó al plan, como si hubiese olvidado por completo aquel frío día de invierno, muchos años atrás, cuando los atenienses morían por falta de comida y combustible. Tanto él como yo nos envolvimos en pieles, prácticamente hechas jirones, y zarpamos hacia Creta para negociar un acuerdo. Minos nos daría dinero y nosotros, a cambio, le

entregaríamos catorce chicos y chicas, ninguno de los cuales podía encontrar trabajo en Atenas y que podrían iniciar una revolución de mantenerlos aquí. Minos me había gustado, y antes de partir, habló conmigo en privado.

«Mira, Trifón —me dijo sonriendo con un tono que él debía de imaginar amigable, aunque seguía pareciendo más bien un gruñido—, en mi corte hay espacio para jóvenes ambiciosos como tú».

Era realmente un cumplido, porque por aquel entonces yo de joven no tenía nada.

«Gracias, señor —repliqué—, pero le debo lealtad a mi rey», o alguna tontería por el estilo.

La verdad era que, escondidas en Atenas, a buen recaudo y donde Egeo no pudiera verlas, poseía prendas mucho más suntuosas de las que llevaba encima en aquel momento. Y no creía que en Creta hubiera algún lugar que los ojos perspicaces de Minos no pudieran penetrar.

En cualquier caso, Egeo no mencionó nada de todo esto cuando Teseo se presentó voluntario a ser el tributo de más edad, un grupo de jóvenes en el que chirriaba como gallina en corral ajeno, aunque todos procuramos no mencionarlo. Yo habría urdido un plan mejor, pero no tenía interés en hacerlo. Habría enviado en su lugar al joven potrillo, Hipólito, que tal vez careciera de la mano firme y la experiencia de Teseo, pero que era un buen luchador. Y de no haber regresado Hipólito, Teseo habría tenido la oportunidad de engendrar un nuevo heredero, un heredero que no tuviera los defectos de carácter —por decirlo educadamente— de aquel hijo. Pero no estuve implicado en el plan. Teseo marchó solo.

Y aquí cometí mi segundo error. No necesité del regreso del barco para tener noticias de cómo habían ido las cosas en Creta. Disponía de mis propias fuentes. Y así me enteré de que Teseo había derrotado al Minotauro, le había dado la vuelta a Minos y se disponía a volver a casa en compañía de una princesa cretense —aunque mis fuentes se mostraron algo confusas en este sentido y durante un tiempo pensé que había conseguido hacerse no con una, sino con las dos princesas, lo cual no habría perjudicado ni de lejos su buena reputación ante su padre—. Pero no quería que Egeo conociese el alcance de mis fuentes en Creta y me guardé para mí

toda esa información. Como resultado de ello, fue junto con el resto de palacio que me enteré de que Egeo se había arrojado por el acantilado y perdido la vida estampándose contra las rocas al creer por error que su hijo Teseo había muerto.

Dicen que los viejos acaban pareciéndose a las viejas, mientras que las viejas simplemente se convierten en arpías. Y eso es cierto en mi caso. Sin darme ni cuenta, acabé derramando lágrimas por ese canalla de Egeo, aunque Zeus sabe bien que él jamás habría derramado ni una sola lágrima por mí. Pero al menos, alguien lloró por él. Porque no me imagino que la bruja perdiera el sueño por su muerte, y a buen seguro tampoco lo perdieron ni Teseo ni Hipólito.
Teseo se mostró respetuoso. A mí y a los demás visires nos explicó con concienzudo detalle los planes que tenía para Atenas, pero en ningún caso se dejó influir, con independencia de cuáles fueran nuestras opiniones. Y todos estábamos en contra de aquella «democracia» que deseaba introducir. ¿El gobierno del pueblo? ¿Conocería Teseo a sus congéneres? El hombre, en general, es más ignorante que un cerdo y su único interés consiste en satisfacerse a sí mismo y a sus bajos instintos. El hombre ansía que lo dirijan, que le digan en qué tiene que creer, qué impuestos tiene que pagar y en qué pequeños caprichos se gastarán dichos impuestos. Darle poder al pueblo equivalía a dárselo a los sacerdotes. Había aconsejado a Teseo en este sentido durante aquellos primeros días, cuando creía que deseaba sinceramente conocer mi opinión. Más adelante, cuando entendí de qué pie calzaba, me limité siempre a sonreír y asentir con educación. Éramos muy educados el uno con el otro, Teseo y yo.

La mañana en que vi por primera vez a la princesa cretense me encontraba soñando despierto con abandonar la corte, con retirarme a mi granja lejos de la ciudad y dedicarme a contemplar las puestas de sol sobre las colinas. Me hallaba removiendo mi miel con la cuchara y escuchando mientras el rugido cacofónico de fondo de los jóvenes que estaban detrás de mí, jugando a un juego que tenía que ver con sus cuchillos y la mesa; las hojas se clavaban en la madera una y otra vez, los chicos gritaban y chillaban, y a mí me dolía la cabeza. Me habría gustado pensar que habrían mostrado más decoro de seguir Egeo con vida, pero sabía que no era así. La corte se había convertido en una guarida de osos e Hipólito era el

oso jefe. Sus amigos entonaban continuamente su nombre y no sé muy bien si se estarían aporreando el pecho o la mesa, cuando se callaron de golpe. Levanté la vista, interesado; sabía que Teseo debía de haber entrado en el salón, porque solo él era capaz de domar a aquellos oseznos. Y no fue hasta que vi a la princesa, que comprendí que Teseo no era el único.

La princesa. Era muy hermosa, con grandes ojos azules y la piel muy clara. Miró a su alrededor, parpadeando y con una expresión de pavor evidente. Era la única mujer en la estancia. Teseo estaba a su lado y esbozaba una débil sonrisa. La princesa no podía esperar ningún tipo de apoyo por aquel lado, pensé. No entendía por qué Teseo la habría traído aquí. Egeo, al menos, había tenido la sensatez suficiente como para mantener a Medea en sus aposentos, y eso que ni siquiera era su esposa.

—Hipólito —dijo Teseo—. Quiero presentarte a mi hijo —añadió a continuación, dirigiéndose a la princesa.

Miré a mi alrededor e intenté ver el comedor, un lugar tan familiar para mí, a través de los ojos de aquella recién llegada. Había como mínimo una cincuentena de hombres, alineados en bancos y con un plato delante de ellos, cubiertos con distintas categorías de vestimenta, desde sencillas camisas de lana hasta armaduras de batalla, y todos ellos miraban fijamente a la chica. Los cuchillos se habían detenido en el aire, con grandes pedazos de carne ensartados a la espera de ser devorados por los dientes. Dos hombres que habían terminado ya de comer y estaban echando un pulso se habían quedado parados sin saber muy bien si soltarse las manos o no.

Teseo guio a la princesa hacia la esquina de la sala con la intención de presentarle a alguien, que al menos no era ninguno de los muchachos enzarzados en el pulso. Hipólito, alto y delgado, estaba apoyado contra la pared. Compartía con Teseo los pómulos marcados y la expresión irónica de sus labios, aunque unos brillantes ojos azules le sumaban a su rostro un atractivo del que carecía su padre, además de tener un porte más elegante.

—Te presento a mi hijo, Hipólito.

Fedra inclinó la cabeza.

—Encantada de conocerte, Hipólito.

Hipólito esbozó una mueca de desdén, para ello levantó el

labio superior fingiendo repugnancia, aunque sin ser lo suficiente como para estropear sus hermosas facciones.

—Señora —dijo, como si arrastrara la palabra—, el honor es mío…

Teseo descansó la mano sobre el hombro de su hijo y dijo en tono amable:

—Hipólito, Fedra es ahora mi esposa.

—Pues eres desafortunado —dijo Hipólito. Fedra contuvo la respiración y varios de los jóvenes rieron entre dientes. Uno de los muchachos que estaban echando el pulso soltó una risotada—. Oh, no es nada personal contra ti, señora —continuó Hipólito. Abrió mucho sus grandes ojos azules e inclinó la cabeza en una exhibición exagerada de maneras cortesanas—. Estoy seguro de que eres encantadora, pero el matrimonio no es una institución que apoye, precisamente.

—Ah, ¿no? —dijo Fedra, con voz algo temblorosa.

—Me temo que Hipólito y yo hemos pasado demasiado tiempo solos desde que murió su madre —dijo Teseo, sin retirar la mano del hombro del chico—. Y como bien sabes, estamos en la corte desde hace poco tiempo. Tal vez sus modales sean todavía un poco toscos.

Fedra guardó silencio y ninguno de los presentes salió en su ayuda. Al final dijo, con voz entrecortada:

—¿Qué objeción le pones al matrimonio, Hipólito? Porque pronto estarás también en edad de casarte, sin duda.

—Igual que mi madre antes que yo, únicamente estoy prometido a la diosa Artemisa —proclamó con grandiosidad.

—¿La diosa virgen? —inquirió Fedra.

—Sí, así es, y mucho más. La diosa de la caza, la diosa de la naturaleza. La diosa de todas las cosas buenas, puras y bellas que hay en este mundo.

El ambiente estaba extrañamente cargado. Era como si, a pesar de toda la gente que llenaba la estancia, y de la mano de Teseo posada sobre el hombro de su hijo, allí solo hubiera dos personas: Fedra e Hipólito.

—Eso seguramente cambiará cuando te hagas mayor —dijo, aunque su rostro sugería que ella tampoco había alcanzado esa edad—. Y descubrirás que también hay cabida para Afrodita.

—¿Afrodita? ¿La diosa de las alcobas? ¡Bah!

Y aporreó la mesa con el puño. A su alrededor, los demás jóvenes lanzaron gritos de aprobación.

—Vivimos para la caza, ¿no es así, caballeros? —vociferó Hipólito.

—¡La caza!

Todos repitieron el grito a distintos intervalos y la estancia tembló con sus alaridos.

—Ya basta —dijo por fin Teseo—. Lo de la caza está muy bien, pero Fedra tiene razón al recordarte que hay otras diosas a las que servir. Como Atenea, patrona de esta maravillosa ciudad. No, Hipólito —Teseo levantó un dedo al ver que Hipólito abría la boca para objetar—, no quiero oír ni una palabra más contra Atenea. Si queremos lograr que Atenas sea tan importante como se merece, necesitaremos de su sabiduría y su grandeza. No has visto Creta, porque de haberla visto sabrías lo rezagados que estamos. Tal vez un día, la reina Fedra te hará saber lo magnífica que es su ciudad-Estado. Pero por el momento veo que ya ha llegado su desayuno y tengo cuestiones de Estado que atender.

Teseo hizo una reverencia y, poniendo en práctica el que quizá fuera su gesto menos caballeroso desde el secuestro de la madre de Hipólito, abandonó la estancia.

Fedra se quedó mirando a su alrededor cuando una criada se aproximó y le sirvió un pequeño cuenco de yogur. El lugar normal donde debería de haberse sentado era al lado del príncipe, su hijastro, pero Fedra no se movió.

Me parecía absurdo haber llevado a una joven al comedor para presentarla a aquel patán, pero algún detalle en la conducta de Hipólito me llevó a pararme a pensar. Hipólito tenía los ojos abiertos de par en par y estaba sudoroso. De no conocerlo bien, habría creído que había quedado cautivado por ella. Un vuelco extraño de los acontecimientos, de hecho.

A regañadientes, Hipólito le dio la espalda a la princesa. La princesa se encogió, asqueada. Vi entonces mi oportunidad. Empujé con el pie la silla que tenía libre a mi lado. La chica, al intuir una cara amiga, se acercó y tomó asiento. La criada la siguió con el yogur.

Al principio hablamos de asuntos intrascendentes: sobre su viaje a Atenas y sobre el sol que había agraciado la ciudad desde su llegada. Pero luego conduje la conversación hacia Egeo.

—Eras su consejero, ¿no es así? —preguntó—. ¿Fue un buen líder?

—Ah, mi señora, nunca hubo un líder como él —respondí inclinándome hacia delante.

Esa parte, al menos, era cierta. Me explayé detallando todas las virtudes de Egeo, las batallas que había ganado, la bondad con la que trataba a su pueblo, la sabiduría que había demostrado en los juicios. Permití que mis ojos se humedecieran un poco durante mi discurso y sé que la joven se dio cuenta de ello.

—Hablas bien de Egeo, señor. Me entristece no haber podido conocerlo.

—Gracias, majestad. Fue un buen rey, tal vez no tan ambicioso como algunos, pero un buen rey para nosotros, para su pueblo.

—Me gustaría que los ancianos dijeran lo mismo de mi padre, el rey Minos —dijo muy seria, y me complació ver que sus ojos también se llenaban de lágrimas.

Posé por un instante mi mano sobre la de ella y mi piel vieja y arrugada cobró incongruencia por el contraste con la tersa palidez de su mano. La retiré rápidamente. Mi intención era parecer paternal, no un anciano amoroso.

Retomamos la charla intrascendente. Intenté guiar la conversación para que me hablara de su casa, de Creta, y sobre el nuevo rey de Atenas, pero estaba muy bien educada. Me percaté, no obstante, de un detalle interesante cuando hablamos de Teseo. Estaba llena de rabia. Dudé que Teseo fuera consciente de ello, sobre todo debido a su piel lechosa y su mirada siempre comedida. Pero allí estaba, bajo la superficie, un odio de verdad.

Cuando hablaba de Teseo sus ojos se entrecerraban una pizca, sus orificios nasales se ensanchaban levemente, el color de sus mejillas se intensificaba un tono. Pero ¿por qué estaría tan enojada? ¿Sería por cómo Teseo la había tratado, por haberla alejado de su familia? ¿Sería por el hecho de que la había instalado en el palacio pero no le había ofrecido el respeto que una esposa se merecía? Me pareció que allí había algo más profundo, algo que había sucedido en Creta. Interrogaría a mis fuentes. Decidí asimismo ganarme la

confianza de la princesa. Al fin y al cabo, el enemigo de mi enemigo es siempre mi amigo.

Fedra

Durante mis primeras diez noches en la corte de Atenas lo único que quise hacer fue llorar. Echaba de menos Creta; no solo a mi madre, a mi padre y a mi hermana. Echaba de menos el palacio. Por mucho que me frotara, no conseguía sentirme limpia en la corte ateniense y era incapaz de quitarme de la nariz ese olor a podredumbre y putrefacción que impregnaba el lugar.

Sabía que Kandake se sentía igual que yo. Todo el tiempo que pasaba en nuestros aposentos lo hacía arrodillada con un cepillo, torturando los suelos para que desprendieran su mugre. Por las noches exhalaba un suspiro de satisfacción. Pero luego, por la mañana, una fina capa de polvo volvía a cubrirlo todo y tenía que empezar de nuevo.

No había vuelto a ver a Teseo. Tal vez hubiera oído rumores de lo mucho que estaba llorando. Me imagino que yo tampoco habría querido pasar tiempo conmigo, de saberlo. Pero no lloraba por Teseo, porque no quería desperdiciar mis lágrimas con un monstruo.

«¿Por qué lo ayudaste, Ariadna?». La pregunta estaba siempre en mis labios y me hubiera gustado que mi hermana se me hubiese aparecido otra vez para poder formulársela.

Aquella mañana acompañé a Teseo a desayunar porque no me quedó más remedio. Me dijo que quería presentarme a su hijo. No tenía ni idea de que después pretendía dejarme con él. Luego, cuando volví a mi habitación, intenté decidir qué había sido lo peor de todo. En la corte cretense las mujeres desayunaban con los hombres. Pero aquí resultaba evidente que no lo hacían así.

Yo era la única mujer presente y me sentí expuesta y desnuda. Pero fue Hipólito quien me dejó como si de repente todos los rincones de mi cuerpo estuvieran ardiendo con una energía potente. Porque los brillantes ojos azules de Hipólito seguían cerniéndose

sobre mí, porque las palabras de Hipólito me envolvían la cabeza y no me dejaban escapar. Aquella noche me dormí y soñé con Hipólito, no como hombre, sino como centauro, con el torso fusionado con uno de aquellos caballos que con tanta maestría cabalgaba.

«Es tu hijastro —me recordé al despertarme—. Es el hijo de Teseo, su orgullo y su alegría». Pero pensé de nuevo en cómo me había mirado, en el desafío de aquellos ojos cerúleos, enojados y furiosos, iguales pero distintos a los de su padre, un auténtico hijo del mar. Que ahora era también mi hijo, aunque tuviera solo un par de años menos que yo.

Debí de quedarme dormida otra vez, puesto que empecé a oír voces abajo, un coro de mujeres que hablaban entre ellas, pero cuando miré por la ventana, lo único que vi fue el patio vacío bañado por la luz de la luna. Me senté en la cama a la espera de que las voces callaran, pero continuaron. Me concentré para intentar distinguir una sola voz en aquella cacofonía, y cuanto más tiempo pasaba escuchando, más sentido empezaba a tener todo.

—No vayáis nunca solas a la habitación de Adrastos. Siempre en parejas, siempre, siempre en parejas.

—Dárdanos es un pervertido y un maltratador. Me pega porque dice que le hago mal la cama, pero os juro que su cama está perfectamente hecha. Y cuanto más me pega, más le brillan los ojos.

—Mryto es un pervertido, pero no te hace daño. Te pide que le pegues a él, como si fuese un caballo. Te hace fingir que tú tienes todo el control.

Eso último me puso en alerta. ¿Existían de verdad hombres capaces de hacer esas cosas? Me envolví con las sábanas y seguí prestando atención a las voces. Había mujeres que parecían incapaces de hablar, que solo podían llorar.

Doblé las piernas y apoyé la barbilla sobre las rodillas y pensé, por primera vez desde mi llegada a Atenas, en la chica tributo con la que había hablado en Creta, a la que luego ayudé a salir del laberinto. Eso era lo que había intentado decirme, que la mujer normal y corriente, la criada, tenía que vivir con eso. Que se veía obligada a entrar en las habitaciones de los hombres y hacer cosas inenarrables. Seguí sentada en la cama escuchando y, por primera

vez desde que estaba allí, comprendí que había muchas mujeres en peor situación que yo. Agradecí que Teseo hubiera al parecer decidido que yo era su esposa solo nominalmente, aunque me preguntaba por qué me habría traído hasta aquí, tan lejos de mi casa, si no pretendía utilizarme como lo hacían los hombres. Recordé aquellos hombres fornidos que había visto en el comedor. ¿Cuál de ellos sería aquel al que le gustaba pegar y cuál al que le gustaba que le pegaran? Y al final, ¿qué era mejor? Tal vez, si eras tú a la que le tocaba sujetar la vara, acababas sin moratones, pero la mujer que había mencionado aquello tenía razón: ella seguía sin tener el control.

Me tapé con la manta hasta la cabeza, pero no conseguí amortiguar las voces. Compartir aquella información debía de resultarles útil o, como mínimo, debía de servirles para liberar sus penas. Empecé a sentir un peso sobre los hombros, un peso que me aplastaba. No podía cargar con más dolor. Con mi propio dolor tenía ya suficiente.

Permanecí tumbada escuchando las voces hasta el amanecer, momento en que desaparecieron. Y cuando mi mano rozó mi mejilla, justo antes de caer dormida, me di cuenta de que tenía la cara mojada por las lágrimas. No conocía a aquellas mujeres, pero sentía que eran como mis hermanas. Había compartido con ellas sus noches más oscuras y me despertaría siendo una mujer más sabia.

A la mañana siguiente me levanté y me vestí. Mi criada seguía durmiendo, de modo que abandoné sola mis estancias, salí del palacio y me encaminé hacia la playa. Quería comprobar si desde allí podía ver Creta, aunque fuera un puntito lejano en el horizonte, pero solo vi las olas rompiendo contra la arena.

—Son aguas traicioneras. Espero que no estuvieras pensando en bañarte.

Sobresaltada, me giré y descubrí que la persona que estaba detrás de mí era nada más y nada menos que Hipólito, con su boca esbozando una mueca de desdén. Llevaba la túnica suelta y recogida en la cintura, dejando entrever un torso musculoso. La piel de debajo tenía un tono dorado resplandeciente; parecía el hijo del rey Sol. Nunca había visto tanta extensión de piel masculina, excepto en las pinturas. Recordé mi sueño —ese sería justo el lugar donde su cuerpo se fusionaba con el del caballo— y tragué saliva.

Efectivamente me había planteado entrar en el agua y dejar que la sal del mar limpiase la suciedad de mi piel, pero no estaba dispuesta a reconocerlo.

—¿Y no es traición referirse a esas aguas de esta manera? Tenía entendido que eras descendiente del dios Poseidón —dije, deseosa de recordarle con delicadeza sus deberes religiosos y de redirigir mis pensamientos a la importancia de los dioses. Era mi hijastro, por mucho que la relación no encajase de ninguna forma y pareciese inadecuada, como la túnica de un hombre sobre el cuerpo de una mujer menuda.

—Ya te dije que yo veneraba a Artemisa.

Echó la cabeza hacia atrás y vi que sus orificios nasales temblaban. Cerré por un instante los ojos.

—Yo venero a todos los dioses —repliqué en voz baja—. Pero muy especialmente a aquellos de los que soy descendiente, como debe ser. Al dios Sol, Helios, y…

—Me da igual de qué dioses seas descendiente —dijo, interrumpiéndome, y se echó a reír al ver lo que debía de ser mi cara de estupefacción.

—Señor, si sigues desafiando a los dioses de este modo, acabarán castigándote —repliqué, sin estar dispuesta a dejar correr tan pronto el tema.

—¿Es eso lo que crees? —dijo mientras daba vueltas a un objeto que tenía en la mano. Cuando me fijé bien, vi que era una fusta.

—Por supuesto —respondí con firmeza y tratando de ignorar el fuego que encendía mi vientre.

Pero Hipólito ya se alejaba de mí dando grandes zancadas.

—Solo existe una diosa a la que merezca la pena obedecer: Artemisa —gritó Hipólito por encima del hombro—. Recuerda mis palabras, Artemisa me protegerá de todos los demás.

Me estremecí ante tan irrefutable arrogancia y, en aquel momento, una nube tapó el sol. Fue como si mi abuelo, el dios Sol, quisiera contradecir a Hipólito.

Coro nocturno

Somos las mujeres de Atenas, aunque podríamos serlo
de cualquier parte.
Escúchanos. Simplemente escúchanos.
Ve con cuidado. Aquí hay hombres que nos han hecho mucho daño.
No queremos que eso te ocurra.
Alcestis me forzó cuando yo solo contaba quince años de edad.
Soy lo bastante mayor como para ser su madre, pero…
nunca, nunca jamás te quedes a solas con Dioscuros.
¿Me escuchará alguien? Solo quiero ser escuchada.
Solo quiero ser creída.
No tuve elección.
Yo no quería.
A mí me pasó.
Y a mí.
Y a mí.
A mí también.

Fedra

Y aun así, incluso después de que pasara toda una fase lunar, siguió sin haber indicios de que los dioses visitaran a Teseo para castigarlo. Lo veía poco. No volví más a la playa, no porque quisiera evitar a Hipólito, sino porque el tiempo había cambiado y me resultaba más agradable quedarme en mis aposentos, comer lo que me preparaba Kandake y dormir o soñar con la venganza.

Tumbada en la cama o arrodillada delante de mi pequeño santuario, me preguntaba qué forma adoptaría el castigo de los dioses. Me preguntaba cómo me enteraría de que estaba a punto de suceder, para asegurarme de estar allí para poder presenciarlo, igual que había estado allí para presenciar la transgresión de Teseo. Especulé incluso sobre si yo tendría algún pequeño papel que desempeñar en ese castigo. Me imaginé dejando una cuerda enrollada en el pasillo para que Teseo tropezara con ella y se partiera el cuello, o dejando al raso una pieza de comida para que se volviera rancia y se atragantase y se ahogase con ella. Pero siempre daba fin a aquellos pensamientos murmurando: «Lo que los dioses deseen». La venganza que decidieran los dioses sería suficiente para mí.

Necesitaba pintar, comprendí. No podía seguir así, inquieta y sintiéndome totalmente fuera de lugar. Necesitaba dejar mi huella y demostrar que pertenecía aquí. Me arrodillé delante de mi baúl y saqué mis pinturas. Rocé con la mano el pequeño labris, mas fingí no haberlo notado. Pero cuando acaricié las pinturas de colores, me estremecí. Cogí entonces el pincel. ¿Por qué una mujer querría coser, me pregunté, teniendo estas joyas al alcance de su mano?

Me incorporé, con el pincel en una mano y descansando la barbilla sobre la otra, pensativa, y me planté delante de la pared. No era mi intención aplicar todavía color, sino tan solo realizar un encalado preparatorio. Pero dudé, no tanto por miedo a que me

sorprendieran haciéndolo, sino por miedo a hacerlo mal. La pared era más tosca que las que teníamos en nuestro palacio de Creta, menos acabada. No sabía qué estaba haciendo. A lo mejor necesitaría…

Dejé de darle vueltas. Lo único que quería era poner una capa de blanco en la pared, algo que incluso un obrero podría ejecutar. Dubitativa, levanté el pincel y di la primera pincelada.

Y entonces, con tanta rapidez que no sé ni cómo lo hice, empecé a extender pintura por la pared como si fuese una madre que acaricia la piel de su bebé. Disfruté de la sensación del pincel entre mis dedos, de la pared bajo el pincel; me sentí como un músico que insufla vida a su composición. Porque estaba sometiendo la pared a mi voluntad, a mi visión, como un dios que da a luz el mundo. Tal vez fuera tan solo una capa de blanco, porque la superficie tosca de la pared seguía siendo evidente, pero para mí era una obra de arte.

Pronto entendí por qué aquella tarea siempre se asignaba a los obreros: era por el tamaño del pincel. Mi delicado pincelito, tan perfecto para dibujar personas o toros cretenses, era espantoso para aplicar aquella primera capa a la pared. Un hombre con una buena brocha y brazos fuertes lo haría con una cuarta parte del tiempo que iba a necesitar yo. Pero me daba igual. Perseveré, por mucho que me doliera la muñeca, hasta que las finas pinceladas de la zona central de la pared se extendieron y llenaron el espacio. Me agaché para cubrir la parte inferior de la pared y me encaramé a una silla para llegar arriba. Los vapores que me entraban por la nariz me estaban mareando, pero me sujeté a la parte superior de la silla para mantener el equilibrio y continué, decidida a hacer mía la pared.

Cubrí por fin la totalidad de la pared. Salté de la silla al suelo para contemplarla. La pared era desigual. La pintura, irregular. Se veían claramente las pinceladas por todas partes. Pero era mi pared. Había decidido que iba a pintarla y la pintaría. Y aquello no podría definirse de otro modo que como una victoria.

Ahora tenía que decidir cómo decoraría mi pared. Era la parte del trabajo sobre la que menos había reflexionado. Podría haber empezado con un toro cretense, acostumbrada como estaba a dibujarlos, pero me resultaba imposible visualizar un toro sin

recordar el cuerpo de aquella chica empitonado por los cuernos, una imagen que seguía obsesionándome. Necesitaba algo nuevo. Una señal de que había adoptado mi nuevo hogar. Me planteé pintar el símbolo de Atenas, la sabia y vieja lechuza que evocaba a la diosa Atenea, pero nunca había visto una lechuza de cerca y no estaba segura de poder representar bien sus ojos. Poseidón era el padre de Teseo, y llevaba un tridente, pero me parecía demasiado obvio.

Después de una larga deliberación decidí que pintaría el mar, unas olas azules rompiendo en la costa, con el sol dorado brillando por encima de ellas. Sería un símbolo adecuado: Poseidón, el padre de Teseo, asociado con Helios, el abuelo de Fedra. Esposo y esposa uniendo a los dioses. Esbocé entonces una mueca al recordar las palabras que Alessandro, el maestro de los frescos de nuestro palacio, había dirigido un día a sus aprendices sin darse cuenta de que yo estaba sentada entre ellos: «Recordad que por mucho que vosotros seáis el artista, el gran señor que os ha encargado el trabajo es siempre vuestro patrón. ¿Y qué es lo que quiere el patrón por encima de todo? Ser adulado, es evidente. Ver que desaparece el artista y que el tema representado pasa a primer plano. ¿Y cómo conseguimos esto? Haciéndole sentirse importante. Los patrones dicen que descienden de los dioses. Pues convirtámoslos en dioses. La adulación lo es todo. La adulación es lo que os pagará la cena de cada día».

Recuerdo que entonces miré a mi alrededor. Estábamos en el Gran Salón, la estancia que menos me gustaba de todo el palacio, pero que mi padre adoraba, y percibí la fuerza y el poder del toro cretense. Adulación, efectivamente. ¿Y quién sería recordado por más tiempo? ¿Alessandro, el genio que había pintado aquellos murales? ¿O el rey Minos, hijo de Zeus, el toro cretense personificado?

Teniendo esto en cuenta decidí poner énfasis en la parte inferior, en el mar, no en el sol que brillaría en el cielo. Tal vez resultaría más adulador recordarle a mi reciente esposo que su padre era el rey del océano.

Disfruté pintando con colores más aún de lo que había disfrutado con el encalado. Tenía ante mí una oportunidad, una posibilidad de salpicar el mar con distintas tonalidades de azul, de

distinguir las olas con finas pinceladas en blanco y en negro. ¿Era la producción artística con la que había soñado? No, por supuesto que no. Había un enorme abismo entre las dos que, por muy encantada que estuviera con mi trabajo, me veía obligada a reconocer. Pero estaba disfrutando con todo el proceso, me estaba sumergiendo en él por completo, hasta que no existió distinción entre mi persona y mi trabajo. Sin duda alguna, cualquiera pensaría de mí que soy una ingenua y estoy loca, que soy una princesa mimada que juega a ser artista. Y luego, cuando contemplé mi pared, con sus manchas de pintura azul y blanca aplicadas de cualquier manera, entendí que yo también pensaría eso. Pero en aquel momento, pincel en mano, no estaba jugando: creía que era una artista.

Podría haber seguido así todo el día. Cuando acabé de pintar el mar y me sentí satisfecha con el resultado obtenido, el sol ya estaba bajo en el cielo. Con un escalofrío me di cuenta de que Kandake aparecería en cualquier momento con algún guiso potente. Al menos esta vez tenía una sorpresa para ella, aunque sabía que no daría su aprobación.

Kandake

El palacio de Atenas me daba miedo. Me alegraba de no ser joven. A mi alrededor, las sirvientas y las criadas andaban de puntillas, silenciosas como gatos. Calzaban zapatillas planas para no llamar la atención y vestían con manga larga para esconder los moratones de los brazos. Sin darme ni cuenta, empecé yo a comportarme y vestirme igual. Y lo que es peor, cuando por fin Fedra salió de la habitación, lo hizo andando también de puntillas. Nadie la trataba como una reina. Todo el mundo la ignoraba. Yo seguía encargándome de irle a buscar comida y agua y pasábamos la mayor parte del tiempo en nuestros aposentos.

No veíamos nunca a Teseo. Fedra parecía no tener conciencia de que su valor menguaba cada día y pasaba las horas trabajando en su pintura —su «mural», lo llamaba— o arrodillada delante del pequeño santuario que había instalado en nuestras habitaciones. Un bebé podría haberlo cambiado todo, pero no había posibilidad al respecto. Fedra debía de ser la única mujer que dormía sola, con la excepción de yo misma —pero yo era una vieja y ella se suponía que era la reina.

Un día, cuando fui a buscar comida en las cocinas que compartíamos, oí a una de las criadas mencionar el nombre de Fedra. Levanté la cabeza al instante, pero enseguida volví a bajarla para no hacerme ver.

—¿Te has enterado de que la reina ha estado revoloteando otra vez alrededor del príncipe?

—¿Del príncipe? —replicó otra mujer—. Si quieres saber mi opinión, te diré que me parece un niño grandullón que reza demasiado.

—Mientras solamente rece… —dijo una mujer más joven y, muy a pesar mío, mi corazón se puso de su lado.

—Tendríais que ver cómo mira a la reina —comentó la

primera mujer, riendo ahora—. Creo que reza para pedir perdón por traicionar a su preciosa Artemisa.

Varias mujeres le dijeron que bajara la voz y me marché. Criticar a los dioses daba mala suerte, eso lo sabía todo el mundo, y muy en especial criticar a los dioses olímpicos. Tampoco es que fueran a interferir en nuestras vidas, con lo ocupados que estaban ya con las de los gobernantes de la ciudad, pero sí que podían cegarnos solo por pensar en ello. Mejor que hiciera alguna ofrenda en nuestro pequeño santuario, por si acaso.

En el camino de vuelta a nuestras estancias, vi un grupo de jóvenes que había formado un círculo alrededor de alguna cosa que estaba en el suelo. Se me detuvo el corazón de golpe al pensar que se trataba de un amasijo de carne ensangrentada, pero cuando miré bien me di cuenta de que era un hombre acuclillado, vestido con una túnica roja y jugando a los dados.

—Has vuelto a perder, Otreo —dijo alegremente—. ¡La suerte de la diosa sigue siendo mía!

No podía verlo con claridad con tantas espaldas y hombros anchos como había, pero adiviné enseguida quién era. Y entonces vi a alguien más, una figura que se mantenía a cierta distancia del círculo y que estaba mirándolos. Fedra. El corazón me dio un vuelco cuando vi que Hipólito se enderezaba y se encaminaba hacia ella mientras los demás jóvenes se marchaban en silencio.

—¡Pero si es nuestra nueva princesa! —dijo Hipólito, tendiendo la mano hacia ella.

—Reina —replicó Fedra, que se apartó para alejarse del contacto de aquella mano.

Pero el movimiento fue un error. Los hombres ya se habían reagrupado, formando un nuevo círculo alrededor de ellos, y Fedra debió de tropezar con el pie de alguno, pues oí un grito. Miré a mi alrededor con urgencia, sin tener ni idea de qué hacer o a quién recurrir.

—Reina —repitió Hipólito, y frunció el entrecejo—. Reina, o tonta, aunque tal vez sean sinónimos. La última mujer real que nos visitó tampoco era muy brillante, la verdad.

—¿Te refieres a Medea? —preguntó Fedra.

Hipólito asintió.

—Una mujer espantosa. ¿Sabes lo que hizo?

Incluso yo sabía lo que hizo, por mucho que los gobernantes mantuvieran sus chismorreos alejados de gente como yo. Para vengarse de su marido, Medea había matado a sus propios hijos. Debería haber sido castigada por ello, pero su abuelo Helios, el dios Sol, la había ayudado a llegar hasta aquí. El anciano rey Egeo la había acogido y todo el mundo creía que Medea tenía protección tanto real como divina. Protección que se había ganado bajo las sábanas, sin duda.

—No te equivoques, mi padre no se enamorará perdidamente como se enamoró mi abuelo —dijo Hipólito, de nuevo con voz dura y ronca.

—¿Enamorado? —repitió Fedra sorprendida—. Tenía entendido que simplemente le había ofrecido perdón y hospitalidad.

Hipólito se echó a reír, una carcajada breve y aullante muy similar a la de su padre.

—La hospitalidad de su cama, querrás decir. Medea sabía muy bien que nadie se atrevería a rajarle la garganta en plena noche mientras durmiera en la alcoba real.

Fedra se sonrojó y, siendo mujer de piel tan clara, su pecho entero se encendió también al instante.

—¿Acaso algo de lo que he dicho te ha resultado turbador, princesa? —dijo Hipólito con sorna.

Los hombres que lo acompañaban patalearon y silbaron. La situación se estaba volviendo desagradable a toda velocidad y miré de nuevo a mi alrededor, angustiada.

—¿Qué sucede? —Oí que rugía una voz, y mi corazón se llenó de esperanza—. Hipólito, espero no encontrarte otra vez jugando. ¡Hipólito! ¿Dónde está tu padre?

Un hombre me empujó hacia un lado como si fuera yo un pajarillo. Era un gigante aquel hombre, con una piel de león extendida sobre los hombros. Los jóvenes se apiñaron a su alrededor y tanto Fedra como yo aprovechamos la confusión para desaparecer de allí.

Pero luego no hablamos sobre el incidente. Ni siquiera le mencioné que la había visto.

Aquella noche, por primera vez desde que era una jovencita, permanecí despierta para escuchar el coro nocturno. Pero en esta ocasión no era solo el nombre de Teseo el que esperaba escuchar.

Me intrigaba saber si mencionarían también el de Hipólito. Si su devoción por la diosa virgen era tan fuerte como pregonaba.

Y por la mañana me vi obligada a reconocer mi derrota. Mientras que todos y cada uno de sus amigos fueron nombrados como acosadores, maltratadores y violadores, no oí ninguna mención del nombre de Hipólito. Pero había visto con mis propios ojos cómo miraba a Fedra; un deseo tan potente necesitaba ser aplacado de alguna manera. Compadecí a la doncella que pudiera cruzarse en su camino.

Medea

Seguimos con nuestros planes de abandonar Atenas. Agneta estaba muy preocupada por la ausencia de destino. Empezó a preguntar con discreción en las cocinas y en los demás lugares donde se reunían las mujeres. Pero yo era incapaz de sentir tanto interés por el tema. ¿Iba a consistir en eso mi vida?, ¿en quedar a merced de un rey enamorado tras otro? Me daba igual dónde vivir o morir, pero no podía expresarlo así delante de Agneta. De modo que ella seguía con sus investigaciones y yo con las mías. Para ello, envié a Casandra a reunir información y entender qué tal le iba a la princesita en la corte.

El primer indicio de que había problemas en el Olimpo fue cuando me contó que la princesa no compartía alcoba con Teseo.

—Tal vez sea un signo de respeto —sugirió Casandra.

—Tal vez —dije, en un tono que sonó como si me hubiese enjuagado la boca con vinagre— sea una señal de que Teseo la tiene aquí como rehén, no como desposada.

El rostro de Casandra se ensombreció. Por mucho que hubiese odiado a su marido, Casandra era a menudo una romántica.

Decidí que no podía confiar por más tiempo en mis espías. Por eso le pedí a Casandra que me confeccionara una túnica negra con capucha, para recorrer los pasillos por las noches sin llamar demasiado la atención. Parecía un murciélago con aquella túnica, y me gustaba.

Un murciélago es una criatura de la noche.

Empecé a deambular por palacio por las noches. Espiaba detrás de las puertas y escuchaba al otro lado de las ventanas, y lo que vi y oí era desesperante. Viejos y jóvenes, independientemente de sus tendencias políticas, usaban y abusaban de las mujeres como si fueran simples herramientas de placer. En palacio no había mujeres que pudieran calificarse de decentes. A diferencia de otros palacios,

aquí no había ninguna reina con su séquito, que estaría integrado por las mujeres adineradas casadas con los consejeros del rey. Si un hombre estaba casado, procuraba que su esposa se quedase en casa para que estuviese segura. Y para asegurarse también de que no supiera en qué andaba él metido, claro está.

Este era el ambiente envenenado que se presentó ante Fedra, una flor bella en la árida cima de una montaña. Observé, interesada, su evolución.

Durante un tiempo tuve la impresión de que sobreviviría. Teseo estaba tan ocupado que no le prestaba atención. No pude resistir la tentación de encontrarle un paralelismo con mi situación. Mientras Teseo estuviese entretenido peleándose con los miembros de la corte, no andaría buscándome. Y doy gracias a los dioses —asumiendo que los haya—, porque sin duda alguna me habría matado de encontrarme.

La noticia no tardó mucho tiempo en llegar a mis oídos. De todos los héroes que pudieran aparecer por Atenas, Heracles era a quien menos deseaba ver. Aparte de Jasón.

Grecia tiene algo muy gracioso. Utilizamos la palabra «héroe» en un sentido que está divorciado por completo de su verdadero significado. Si un hombre salva a un niño de ahogarse, dirán de él que es un buen hombre, un salvador, alguien a quien todos quieren conocer. Pero si eres el hijo de un dios, un tipo musculoso o con mentalidad retorcida, que no hace nada por nadie salvo por sí mismo, todo el mundo te tiene por héroe.

Una lógica que solo se aplica a los hombres, evidentemente. Una mujer que descienda de un dios o es una buena mujer o es una bruja. ¿Qué tendría que hacer para que la llamaran heroína?

Heracles es un lerdo. Un hombre sin sutileza alguna. Sin cerebro. Es imposible ver qué tienen en común él y Teseo hasta que te das cuenta de que no es eso por lo que son amigos. No, son amigos porque Teseo hace de Heracles lo que le place, lo manipula como a un muñeco, y Heracles es tan tonto que ni se da cuenta. Es más, la reputación de hombre bullicioso de Heracles y sus tan cantadas y temerarias hazañas, proporcionan a Teseo un conveniente disfraz para sus peores impulsos y maquinaciones. No fue Teseo; oh, no, fue Heracles el que lo llevó por mal camino. Ese par de bufones secuestró en una ocasión a una de las princesas de

Esparta, que no era más que una niña. Todo el mundo lo encontró de lo más divertido, pero el caso es que Teseo consiguió a cambio obtener un buen rescate, un detalle que los bardos olvidan mencionar.

Pero aparte de todo esto, Teseo no quiere ver a Heracles por Atenas. En una de mis excursiones nocturnas por el palacio acabé perdiéndome por la zona donde estaban los aposentos de Heracles y los oí conversar.

—Cualquiera pensaría que no me querías ver por aquí —clamó un vozarrón. Heracles, por supuesto.

—¿Por qué lo dices, Heracles? Sabes de sobra que siempre me alegro de verte. Lo que pasa es que en estos momentos estoy muy ocupado —dijo Teseo en un tono cortante y seco, demasiado refinado como para alzar la voz.

—¿Una conspiración? —preguntó Heracles entonces, interrumpiéndolo—. Me encantan las conspiraciones.

Me pegué a la pared y seguí escuchando, entretenida. Si Heracles gritaba un poco más para pregonar la supuesta conspiración, podría retirarme a mis aposentos y escuchar desde allí.

—No se trata exactamente de una conspiración, sino de una… iniciativa política. Mira, viejo amigo, no es el tipo de cosas que te van a ti. No tardaré mucho en establecerme en mi nuevo puesto. ¿Por qué, entretanto, no emprendes algunos de tus trabajos y te mando llamar cuando todo esté solucionado?

—¿Se trata de esa «democracia» sobre la que tantos rumores oigo? ¿De dar el gobierno al pueblo? Me parece una tontería inmensa.

Me mordí el labio para contener una carcajada. Cuando incluso Heracles critica tu plan político, quizá es momento de reconsiderarlo.

—No es ninguna tontería. Los reyes y las reinas descienden de los dioses, eso sí que es una tontería. Sin ánimo de ofender, eh, amigo.

Teseo añadió rápidamente esta última frase y me imaginé que Heracles debía de estar sopesando su voluminoso garrote. Tenía reputación de tomarse muy en serio su linaje. Era el flagelo de su vida, a tenor de lo que cantaban los bardos, ya que la diosa Hera

seguía torturándolo por ser el hijo ilegítimo, y también el más querido, de su esposo Zeus. Sus apuros y sus tormentos no tenían nada que ver con los hombres mortales y los maridos a los que Heracles llevaba años ofendiendo de una manera o de otra.

—¿No es así como gobiernas tú, Teseo? Sin ánimo de ofender tampoco, amigo —replicó Heracles, haciendo gala de un nivel de inteligencia que jamás habría considerado posible.

—Por el momento, pero mi plan, la «democracia», has dicho bien, seguirá necesitando de hombres al mando. Hombres fuertes. Hombres inteligentes. Hombres competentes.

Heracles soltó una risotada.

—Hombres fuertes e inteligentes que casualmente descienden de dioses. Tu plan es demasiado sutil para mí, Teseo, y creo que tú seguirás al mando cuando lo hayas implementado. Pero hay una cosa más que quería comentarte. He oído decir que en palacio tienes un par de cautivas reales que también podrían ser descendientes de dioses.

—¿Te refieres a la princesa cretense?

—Me parece que sí. La he visto de refilón con Hipólito. ¿Por qué no ha estado presente en la cena con nosotros? Al fin y al cabo, he oído decir también que es tu nueva esposa.

—No seas ridículo, Heracles. No es más que una niña. Está aquí para asegurarme de que Minos no lance algún ataque disparatado antes de que haya puesto orden en mis tropas —dijo Teseo con un claro matiz de irritación en la voz.

—Pero te has casado con ella.

A Heracles parecía no importarle que los ánimos de su amigo estuvieran calentándose. Sin duda, ya estaba acostumbrado, o tal vez estuviera acostumbrado a que, en general, la gente se pusiera irritable en su presencia.

—Imagino, sí.

—Y entonces ¿por qué no te acuestas con ella? Ya no es una niña.

—En estos momentos tengo muchas cosas que planificar, muchas cosas en que pensar. No tengo tiempo para distracciones.

Era como si estuviera viendo a Heracles meneando su cabezón, moviendo aquel pelo greñudo que le hacía parecer más un león que el animal muerto que llevaba a modo de capa sobre los hombros.

—Has cambiado, Teseo. Pues si resulta que no tienes tiempo para acostarte con ella, entiendo que no pondrías objeciones a que me encargara yo del asunto.

Teseo farfulló alguna cosa y me vi obligada a llevarme el puño a la boca para que no se me escapara la risa.

—¿Te has vuelto loco, Heracles? Intento evitar una guerra con Creta, no empezarla.

Hubo una pausa, y me imaginé entonces al hombre leonino encogiéndose filosóficamente de hombros.

—Como quieras. Por aquí hay doncellas suficientes para hacer ese trabajo. Y algunas de ellas incluso con ganas de hacerlo.

—Soy consciente de ello —replicó con brusquedad Teseo.

—¿Hay alguien ahí? —dijo de repente Heracles.

Me quedé helada. Había bajado la guardia. Permanecieron un momento sin decir nada y yo sin atreverme ni a respirar.

—Debe de haber sido una corriente de aire —dijo Teseo—. Has dicho antes «cautivas», Heracles. ¿Estabas pensando en alguien más? La cretense más mayor no está por aquí.

—¿Qué cretense más mayor? Con una es más que suficiente.

Heracles hizo una pausa para soltar otra carcajada, el típico hombre que llevaba con él sus gracias dondequiera que fuese.

—No —continuó, cuando por fin acabó de reír—. Me refiero a la bruja de la Cólquida.

Se me paró el corazón. ¿Cómo sabría Heracles que yo estaba aquí?

—Pero ¿qué dices? —preguntó Teseo—. Medea ya no está en palacio. Sé que tenía a Egeo hechizado, pero desde que él murió ya no está por aquí.

Se produjo un silencio entre los dos hombres hasta que Heracles lo rompió, diciendo:

—Pues no ha sido vista por ningún lado. Ni tampoco se la ha visto marchar, de hecho.

—¿Qué insinúas?

—No insinúo nada. Simplemente te digo lo que anda diciendo todo el mundo fuera de Atenas. Que primero se hizo con el padre y luego con el hijo. Cuando he llegado esperaba encontrármela sentada orgullosa en su lugar, pero no la he visto.

—Por Zeus. —Teseo emitió un silbido—. Imagino que habrá

tenido el sentido común suficiente como para largarse. No la he visto. Y ten por seguro que no me he acostado con ella.

—¿No? —preguntó con picardía Heracles—. Pensaba que quizá era por eso por lo que no te acostabas con la chica cretense. Porque las preferías algo más maduras.

—¿Y homicidas? No, gracias. Además, Corinto estaba a punto de declarar la guerra a Atenas por haberla acogido.

Ojalá hubiera podido sentarme, pero necesitaba seguir en mi lugar. Lo que viniera a continuación me resultaría insoportable, pero tenía que oírlo.

—Ah, sí, he oído decir que Jasón aún busca su sangre. Y no lo culpo por ello. ¿Qué derecho tenía esa bruja de matar a sus hijos?

Los hombres. Más chismosos que las criadas de las cocinas.

—Tal vez pensara que eran también hijos de ella —añadió secamente Teseo.

Heracles casi se muere de un ataque de risa que acompañó con palmetazos contra alguna parte del cuerpo; su carnoso muslo, imaginé. Tan encantado estaba con la gracia, que empezó a atragantarse y aproveché para marchar de allí sigilosamente, por mucho que deseara escuchar si decían alguna cosa más sobre mi exmarido. La gente siempre se centraba en lo del asesinato de los niños. Y nadie se preguntaba nunca por qué.

La noche siguiente me mantuve alejada de las estancias de Teseo. Ya había llamado bastante la atención hacia mi persona. El sentido común me dictaba que debería quedarme encerrada en mi habitación. Enviar a mis criadas a chismorrear, si era eso lo que necesitaba. Mejor aún, enviar a mis criadas a negociar la forma de salir de Atenas.

Pero no hice nada de todo eso. Si fuera necesaria justificación, diría que necesitaba contacto humano. Y tal vez fuera cierto.

Salí con sigilo de mi habitación. Como siempre, el olor de la corte ateniense me asaltó la nariz, esa fetidez rancia de un lugar que no veía ni suficiente luz del día ni suficiente jabón. En los pasillos reinaba el silencio; los habitantes de la corte estaban durmiendo u ocupados en sus asuntos bajo el cobijo de la oscuridad.

Con la cabeza cubierta por mi manto, seguí las instrucciones que Casandra me había dado para recorrer los serpenteantes pasadizos. No sabía que la corte llegaba tan lejos y que sus pasillos

se extendían como tentáculos. El olor se había convertido en el aroma seco de un lugar que no se frecuenta nunca. Aparté las telarañas que se interponían en mi camino. Mis aposentos habían sido instalados convenientemente al lado de los de Egeo, pero Teseo no había tenido esa cortesía con su esposa. De no ser tan joven, la chica nunca habría permitido que eso sucediera; su padre comandaba un ejército.

Cuando llegué a las estancias, inspiré hondo. Quedarme a escuchar desde el pasillo no tenía sentido. En las habitaciones no se oía ningún sonido y no se veía luz de antorchas por debajo de la puerta. La reina se había ido a dormir. Y era posible que ni siquiera respondiera. Pero en vez de entrar sin hacer ruido para contemplar su mural, levanté la mano y llamé.

Oí una pequeña disputa detrás de la puerta, que se abrió a continuación. Dos pares de ojos asustados se quedaron mirándome. Ni siquiera se había planteado que tenía el privilegio de ignorar mi llamada. Fue una decepción. Esperaba más de aquella princesa. Esperaba una igual. Empujé a las mujeres hacia un lado y entré en la habitación. Me volví entonces hacia ellas y descubrí mi cabeza. No me gustaba la idea de que me juzgaran, quería que mi postura hablase por mí. Pero la respuesta que obtuve no fue la que me esperaba.

—¿Ariadna? —La princesa dio un paso hacia mí, levantó los brazos y los dejó caer al instante, un gesto de decepción—. Disculpa, señora, te había confundido con otra persona.

—Me llamo Medea —dije intentando emplear un tono de voz altivo—. Debes de haber oído hablar de mí.

La mujer de más edad se movió con nerviosismo, pero la princesa descansó una mano en su brazo.

—Sí, por supuesto. Somos primas, ¿no? No me extraña que te parezcas tanto a mi hermana. ¿Por qué has venido, y a estas horas? ¿Traes un mensaje de Teseo? ¿O de… —hizo una pausa, y me dio la sensación de que estaba buscando las palabras adecuadas—, de alguien más de la corte?

—He venido porque quería verte —dije.

Mi respuesta me sonó estúpida, pero ella pareció satisfecha. Con retraso, se me ocurrió que le estaba poniendo en bandeja la herramienta de trueque que ella quizá buscaba, la oportunidad de

revelarle a Teseo dónde se escondía la bruja Medea. Y aun así, tal vez en la parte más oscura de mi alma, sabía perfectamente bien lo que estaba haciendo. Tal vez mi intención fuera darle ventaja.

—Vuelve a la cama, Kandake —dijo—. Quiero hablar con mi prima. —Miró a su alrededor y arrugó la nariz—. Y en privado, a ser posible.

El breve labio superior de la criada esbozó una mueca, pero asintió de todos modos y se marchó a su alcoba. Fedra se sentó a la mesa de la habitación principal y me indicó con un gesto que siguiera su ejemplo. Tomé asiento y nos miramos, sin que ninguna de las dos se mostrase deseosa de romper el silencio. Mi edad, sin embargo, me garantizaba más paciencia.

—¿Por qué querías verme? —preguntó por fin.

—Eres mi prima y la nueva reina de esta corte. ¿No te parecen motivos suficientes? —repliqué, prevaricando.

—Por supuesto.

Sonrió, la sonrisa cortés de una joven de buena cuna. Tal vez, antaño, yo también fuera capaz de sonreír así.

—Además —añadí con el tono liviano y ligero de un pájaro liberado de su jaula— confío en que no le comentes nada a Teseo. De que me has visto. Somos familia, al fin y al cabo.

La rabia le encendió la cara.

—No hablo con Teseo.

Sonreí para mis adentros. En realidad no sabía ni yo misma por qué había ido a verla. Aunque tenía claro que no era por motivos familiares. Pero aquella pérdida de control tan repentina e intrigante, en una muchacha educada para mostrarse siempre contenida, había satisfecho mis deseos. Allí había una historia, y yo estaba aburridísima y necesitada de entretenimiento.

—¿Y por qué estás tú aquí? —pregunté, en un intento de provocar el regreso de aquella chispa—. Estoy segura de que podrías haber elegido entre todos los reyes de Grecia. ¿Por qué venir a este antro?

Se quedó aturullada por unos instantes y bajó la vista hacia las manos, que había unido en su regazo. Pero entonces levantó la cabeza y me lanzó una mirada abrasadora.

—¿No sería mejor preguntarte por qué estás tú aquí? ¿Y si voy a contárselo?

«Contarle qué», pensé. Pero sonreí y dije:

—No lo harás.

—¿Por qué estás tan segura?

Abarqué con un gesto aquel espacio.

—Mis aposentos son mucho mejores que estos, y eso que no soy la reina. Es posible que el rey te recompensara por darle esta información. Pero ambas sabemos que es mejor no hacerlo.

Guardó silencio otra vez. Y como en esta ocasión estaba segura de que no sería ella quien lo rompiera, me dispuse a hacerlo yo. Me levanté y dije:

—Es tarde y debes de estar cansada. Quería verte, y quizá tú también a mí. Ya hemos dicho que somos familia, pero no volveré a menos que tú quieras que lo haga.

Me cubrí de nuevo con el manto, me dirigí hacia la puerta y contuve la respiración. Oí una vocecita a mi espalda.

—Gracias. No me visita nadie. Nunca puedo hablar con nadie. Me encuentro… —Pero aquí se interrumpió. Estoy segura, sin embargo, de que iba a decirme que se encontraba muy sola. Su ingenuidad era asombrosa. Y entonces acabó rápidamente la despedida—. Vuelve, por favor.

Hice un gesto de asentimiento y crucé la puerta.

Fedra

En un solo día había tenido mucha más interacción humana que en todo el tiempo que llevaba en Atenas. Después del altercado con Hipólito, mis sentimientos oscilaban entre la indignación y el miedo. ¿Cómo se atrevía a hablarme de aquella manera? Yo era la reina. Era su madrastra. Debería hablar con Teseo para que lo castigase. Pero cuando pensaba eso, recordaba el orgullo que reflejaban los ojos de Teseo cuando había visto al chico montado a caballo en la playa al llegar. Por otro lado, no podía dejar de darle vueltas a la visita nocturna que me había hecho mi prima. ¿Podía considerarla una amiga? Me parecía que no, pero alguna cosa me impedía acudir a Teseo para relatarle el encuentro. Medea era una asesina, ¿no? ¿Por qué esconder su visita? Pero… Teseo era Teseo.

Ya se encargarían los dioses de castigar a Medea; aquel asunto no tenía nada que ver conmigo. Yo seguiría ofreciendo mis sacrificios a todos los dioses que fuera capaz de nombrar, y también a aquellos desprovistos de nombre. La venganza de la que tenía que ser testigo se revelaría muy pronto.

No dediqué mucho tiempo a pensar en mi rescatador. Al fin y al cabo, en realidad no es que me hubiera rescatado, sino que había entretenido a los chicos y eso me había permitido escapar de allí. Pero por la noche, mientras esperaba que Kandake llegara de las cocinas con mi cena, una criada que no había visto nunca llamó a la puerta.

—Señora, en el comedor reclaman vuestra presencia —dijo con una voz que apenas llegaba a un murmullo.

—¿Cuándo? —pregunté, presa del pánico. No estaba vestida para estar acompañada y no sabía cuándo regresaría Kandake.

—Ahora —respondió la criada, y se acercó unos pasos—. Así lo ha pedido Heracles.

Justo en aquel momento llegó Kandake. Me agité con

nerviosismo mientras Kandake enviaba de vuelta a la criada con un mensaje diciendo que la reina estaría en el comedor en breve.

No conocía a Heracles, pero había oído hablar de sus hazañas, como todo el mundo. Antes de que Teseo llegara a Creta, Ariadna me había comentado que deseaba conocer a Heracles para casarse con él.

—Pero ¿cómo sabes que querrá casarse contigo? —le había preguntado. Porque me parecía una declaración grandilocuente, incluso viniendo de Ariadna.

—Porque haré que quiera casarse conmigo —había anunciado, sacudiendo con altivez sus rizos rojizos—. Seré la mujer que dome al matador de leones.

Matador de leones, domador de caballos salvajes, el hijo más amado de Zeus; los epítetos que acompañaban a Heracles eran muy numerosos.

—Debemos de estar emparentadas con Heracles —recuerdo que le dije a Ariadna, que se volvió para mirarme con incredulidad—. Heracles es hijo de Zeus y nosotras somos nietas. ¿No lo convierte eso en nuestro tío?

—Me parece que con los dioses no funciona así —había replicado con firmeza Ariadna.

Y yo había asentido, aunque la verdad era que nadie sabía muy bien cómo funcionaban las cosas con los dioses y que, por otro lado, muchos héroes que buscaban el favor de mi padre se habían presentado ante él como sus «primos».

—Los dioses son muy confusos —había rematado yo.

Y había suspirado y me había prometido para mis adentros dedicar más tiempo a los santuarios de los dioses con la esperanza de que se me revelara todo aquello con algo más de claridad. Pero ahora Ariadna estaba casada con un dios, yo estaba sola en el palacio de Atenas con el hijo de Poseidón y me daba la impresión de que a nadie le importaba de quién fuera yo descendiente.

Kandake se apresuró a colocarme el quitón y arreglarme el pelo y, entretanto, dejé vagar mis pensamientos. Pero por desgracia, siempre que hacía eso últimamente, mis pensamientos solían desviarse hacia Hipólito. Recordé las palabras de Ariadna cuando habló de domar al matador de leones. Tal vez yo fuera la mujer capaz de domar al centauro. Pero no, me dije azorada. Había

olvidado por completo que era la madrastra de Hipólito. No era mi papel domarlo y no debía pensar esas cosas. Odiaba a su padre. Pero el hijo…, el hijo era más joven, más maleable. No había cometido aún los atroces pecados de su progenitor.

Ojalá Ariadna estuviera conmigo en estos momentos. Sin embargo, si Ariadna estuviera aquí, yo no estaría; estaría en Creta. Pero lo que me gustaría tener no era exactamente su consejo, sino quizá su punto de vista. Me gustaría saber cuál sería en mi situación el camino que podría seguir más descabellado, más osado, para reaccionar contra él con un plan más razonable. Sin ella como punto de referencia, todos mis planes me parecían ilógicos por igual. Recordé de nuevo el momento en que mi prima había asomado la cabeza por la puerta, con su larga melena de color castaño rojizo, tan similar a la de mi hermana, cayéndole por la espalda. Era mucho más mayor que Ariadna, por supuesto, más próxima a la edad de mi madre, pero quizá podría hablar con ella.

Solté un grito cuando Kandake me clavó una horquilla en la cabeza en vez de hacerlo en el pelo y respondió con un gesto de asentimiento, como si se sintiera satisfecha con lo que acababa de hacer, antes de murmurar unas palabras de disculpa.

Me temblaban un poco las manos mientras recorría el pasillo y, sin dejar de andar, tiré con nerviosismo de la tela del cuello de mi quitón, luego del dobladillo. Nunca había asistido a una comida en la corte de Atenas o, mejor dicho, a una comida formal. Naturalmente, mi madre había dedicado muchas horas a enseñarme para que mis modales en la mesa fueran impecables. Pero la corte de Atenas era un lugar muy distinto a lo que yo estaba acostumbrada. Por lo que sabía, ensartaban la carne con sus espadas y utilizaban arcos y flechas para disparar a los animales antes de comérselos crudos.

En cuanto accedí a la sala adiviné quién era Heracles. Siempre había pensado que Teseo era alto, pero aquel gigante era mucho más grande que él. También había pensado que Hipólito era musculoso, pero el brazo de Heracles era grueso como mi cintura. Y siempre había pensado que los hombres eran ruidosos, pero Heracles reía con unas carcajadas tan estridentes en medio de todo el grupo que casi sentí la necesidad de taparme los oídos. El grupo de hombres se separó al verme y avancé hacia el gigante que

ocupaba la parte central.

—Señor.

Lo saludé. Tenía un pelo curioso, del color de la piel de león que le cubría los hombros, y me pregunté si el efecto sería intencionado.

—Señora —replicó él. Inclinó cortésmente la cabeza antes de volverse y comenzar otra vez con las risotadas—. ¿Lo ves, Teseo? Ya te dije que la cena mejoraría con la presencia de una dama. Así nos mantendremos todos más alerta.

No le vi la gracia al comentario, pero sonreí de todos modos. Y me di cuenta entonces de que Heracles era el hombre que me había salvado a primera hora del día, cuando Hipólito había estado molestándome en los pasadizos.

—No es ninguna señora. —Oí que decía una voz a mis espaldas, aunque no con tanta potencia como lo habría hecho en cualquier otro momento.

—Ya basta, Hipólito.

El que habló no fue Heracles; estaba demasiado ocupado riendo y bebiendo vino. Había sido Teseo, que mantenía su rostro gélido de siempre. Decían que Heracles era buen amigo suyo y, sin embargo, por su expresión, daba la impresión de que preferiría que su supuesto amigo estuviera en cualquier otro lugar antes que en su corte.

Me indicaron mi asiento y empezamos la que fue una de las cenas más extrañas de mi vida. Me habían hecho sentar al lado de Teseo, en uno de aquellos incómodos bancos de madera. Curiosamente Teseo cogía la carne con la mano izquierda, no con la derecha, lo que hacía que nuestros codos se rozaran con torpeza. Era el contacto más físico que había tenido hasta entonces con el hombre que en teoría era mi esposo, y por el modo en que retiraba continuamente el brazo hacia su cuerpo intuí que le resultaba tan repulsivo como a mí.

Sentado a mi otro lado estaba Heracles. Sus muslos musculosos eran tan voluminosos que el espacio que ocupaba en el banco era mayor de lo que le correspondía. Como resultado de ello, me veía empujada constantemente hacia un lado y hacia el otro, me movía hacia Heracles para evitar el codo de Teseo y luego hacia Teseo para evitar que el brazo de Heracles me echara del banco. Cuando

más tarde regresara a mis aposentos descubriría un montón de moratones, pensé apesadumbrada. Y delante de mí, como espectador de mi dilema y riendo con disimulo cuando su padre miraba hacia el otro lado, estaba Hipólito.

—Y dime, Hipólito, ¿te gusta la corte ahora que tu padre es el rey? —preguntó Heracles, y al inclinarse sobre la mesa, pude respirar un poco en el espacio que había dejado detrás de su enorme cuerpo.

—No, no me gusta —respondió Hipólito con insolencia—. Antes de ser rey, mi padre tenía más tiempo y más intereses. Desde que ha vuelto de Creta, no ha venido a cabalgar conmigo ni una sola vez.

—¡Tu abuelo acaba de morir! —exclamé, sin poder evitarlo.

Los tres hombres se volvieron para mirarme: Hipólito encolerizado, Heracles pasmado y Teseo simplemente intrigado, como si acabara de hablar una mujer muda hasta la fecha.

—No lo conocía bien —replicó Hipólito—. Hasta hace muy poco ni siquiera sabía que era mi abuelo. Y he realizado todos los rituales de duelo necesarios.

Cogió un pedazo de pan grande y se lo llevó a la boca para masticarlo con ferocidad, sin duda para evitar que la conversación se prolongase.

—Sí, sí, el duelo es necesario —dijo Heracles, cogiendo un muslo de pollo y agitándolo, como si con aquel gesto quisiera demostrar su rechazo del concepto—, pero un hombre necesita también cabalgar. Si no practicas, Teseo, perderás la maña.

Heracles guiñó grotescamente el ojo, por si a alguien se le hubiera pasado por alto la segunda intención de sus palabras. Me ruboricé y miré hacia el otro lado, no sin antes percatarme de que Hipólito hacía lo mismo que yo.

—Por supuesto, si no quiero dejar de darme maña, necesitaré practicar —dijo enojado Teseo, pero la sutileza del comentario le pasó a Heracles por alto—. Como te he dicho muchas veces, Hipólito, y a ti justo esta tarde, Heracles, en estos momentos tengo asuntos más importantes que atender.

—¿Más importantes que cabalgar?

—¿Qué podría ser más importante que cabalgar?

Heracles e Hipólito hablaron simultáneamente y Heracles

estalló de nuevo en carcajadas. Se recostó en el banco y me vi obligada a contener otra vez la respiración.

—Gobernar la ciudad, por ejemplo. Crear un nuevo sistema, un sistema en el que todos los hombres puedan servir a la ciudad y la ciudad sirva a todos sus hombres. —Lo dijo en tono entrecortado e hizo una pausa en la comida para mirar fijamente no a Heracles, sino a su hijo.

—No menciona a las mujeres, ¿eh, Fedra? —dijo Heracles, dándome un codazo en las costillas y riendo de nuevo por lo que consideraba una gracia. Esbocé una débil sonrisa.

—Heracles, me parece muy bien que bromees, pero Hipólito debe tomárselo más en serio. Si mi sistema tiene éxito, la ciudad-Estado será gobernada por méritos. Hipólito no tendrá garantizado heredar la corona, como sí ha sucedido en mi caso. La corona deberá ganársela.

No sé qué tipo de reacción esperaba obtener Teseo de su discurso, pero animado por los bostezos que empezaba a dar Heracles, Hipólito se limitó a resoplar.

—No quiero heredar ninguna corona ni gobernar ninguna ciudad. Ya te lo he dicho mil veces. Quiero servir a Artemisa y montar a caballo. Y antes de que tú digas algo más —añadió, dirigiéndose a mí—, ambas cosas son sinónimos. Y aquí no hay ninguna falta de respeto hacia la diosa.

Ladeé la cabeza y lo miré directamente a los ojos.

—No iba a decir nada. Lo que tú hagas o dejes de hacer no me interesa.

Hipólito se sonrojó y apartó la vista y oí que Heracles, a mi lado, emitía un silbido.

—Te ha puesto en evidencia, Hipólito. Te sugiero que pares, antes de que seas tú el que acabes llevando la brida. Y Teseo —añadió, inclinándose por delante de mí de tal modo que tuve que echarme hacia atrás y casi me caigo del banco—, a ti te sugiero que vigiles bien a tu hermosa y joven esposa.

Oí pataleos y aullidos en el resto de las mesas y fue entonces cuando me di cuenta de que todas las conversaciones se habían interrumpido.

—Tal vez debería excusarme —murmuré, bajando la vista.

De pronto me sentí muy consciente de que era la única mujer en la sala, aparte de las criadas que entraban y salían con frecuencia. Retorcí con nerviosismo las manos sobre mi regazo y recordé el coro nocturno. Vi entonces que debajo de las uñas tenía aún restos de pintura y, por alguna razón, eso me reconfortó.

—Seguirás aquí sentada y acabarás de cenar —dijo Teseo, y su voz sonó tan firme que incluso Hipólito lo miró sorprendido.

—Señor, no creo que debas regañar a tu esposa —objetó—. No es tu hija.

—No, pero tú sí —replicó Teseo—. Y contigo tengo más que suficiente. Heracles, ya ves que no dejas más que caos a tu paso. Cuéntanos en qué consiste ese trabajo para el que necesitas ayuda y cerremos el tema.

Heracles se quedó contrariado y todo el mundo comió en silencio durante un buen rato en el que lo único que se oyó fue el sonido de la masticación. Pero era evidente que Heracles no podía dejar de pensar en lo que lo había llevado hasta allí, puesto que no tardó mucho en empezar a describir los detalles de su siguiente trabajo.

No era buen orador. El trabajo tenía que ver con algún tipo de monstruo acuático, o tal vez una sirena, y la muerte y la destrucción que iba a sufrir la desgraciada criatura en manos de Heracles. Tampoco podía entender del todo por qué debía terminar con ella; y aunque se mencionó algo que tenía que ver con la mano de una princesa de la que no había oído hablar nunca, la mejor respuesta me pareció la de «porque está allí». Pensé en la pobre criatura, en sus entrañas derramándose entre las manos de aquel supuesto héroe, y no pude evitar decir:

—¿Y no puedes dejar a esa pobre criatura en paz?

Hasta que hablé, no fui consciente de que tenía los ojos llenos de lágrimas, que rápidamente me sequé, pero no sin evitar que una empezara a rodar por mi mejilla. Heracles me miró con incredulidad, el gran héroe superado por las lágrimas de una mujer.

—Ya basta, Fedra —dijo Teseo.

Lo miré fijamente, y su imagen se hizo borrosa a medida que mis lágrimas se volvieron más veloces y más gruesas.

—Pero es que habláis…, habláis como si esa criatura fuera un monstruo —espeté.

Podría haberme mordido la lengua. Acababa de ir en contra de todas las advertencias y de todos los consejos que me habían dado mis padres. Había cosas de las que no se hablaba. Las últimas palabras que me dirigió mi padre antes de partir de Creta resonaron en mi cabeza. Debía proteger la reputación de mis padres. No tendría que haber hablado.

Y el apoyo llegó del lugar más inesperado.

—Déjala ir —dijo Hipólito. Lo miré con incredulidad, tan sorprendida que dejé de llorar—. De verdad, padre, déjala ir y ya está. Ha estado aquí toda la cena. Permítele que vaya a acostarse.

—En este caso, deberás escoltarla hasta sus aposentos. No puede volver sola hasta allí en este estado.

Hipólito asintió y empujó hacia atrás el banco. Los demás se tambalearon hasta que consiguieron recuperar el equilibrio. Y así pude levantarme con más facilidad, puesto que el banco de mi lado de la mesa ya estaba colocado bastante más hacia atrás para acomodar los enormes muslos de Heracles.

—Señor —dije, e incliné la cabeza para saludar a Heracles, el invitado en la mesa. Sabía que mis padres se habrían quedado horrorizados al ver la cena en la que había participado y las normas de etiqueta que yo había quebrantado, pero imaginé que al menos podía concluir la velada con una nota de elegancia.

Heracles me devolvió el saludo, sintiéndose aún incómodo, y su cuerpo de gigante se relajó y se deslizó por el banco para sentarse al lado de Teseo. Se pusieron a hablar sobre las provisiones que Heracles recibiría de Atenas antes de emprender su viaje. Estaba claro que estaba despedida, tanto de la mesa como de la cabeza de mi marido. Hipólito me brindó su brazo y abandonamos la sala.

Avanzamos por el pasillo sin que ninguno de los dos dijera nada y con Hipólito llevándome con cautela del brazo.

—Gracias —dije cuando recuperé el control de la voz—. He perdido el rumbo. Has sido muy amable al ayudarme.

Hipólito se sonrojó.

—Las mujeres no me interesan —murmuró, aunque no me soltó el brazo—. No tienen nada que ver conmigo. No debería haber interferido.

—Pero eres el hijo de una mujer —dije—. Y, además, de una

mujer que no vivía con hombres.

—¿Qué estás diciendo sobre mi madre? —replicó Hipólito, soltándome del brazo y con el rostro encendido de repente por la rabia—. Su vida estaba consagrada a la diosa Artemisa, igual que la mía.

Esbocé un gesto de dolor al ver reaparecer su obcecación. Los dioses solían castigar a los mortales por mucho menos.

—Que te consagres a Artemisa está muy bien, pero ten en cuenta que existen otros dioses y diosas. Tu padre lo sabe. ¿Por qué no ofreces libaciones a todo el panteón? —sugerí.

—Calla. Tú no eres ninguna reina. Te llamas a ti misma reina, pero no eres nada. Mi madre sí que era una reina de verdad. Gobernaba ella sola a su pueblo.

—Hipólito —dije, protestando. Me llevé la mano al vientre, falta de aire.

Me miró y sus ojos se abrieron de par en par al recorrer con la mirada mis pechos, mi vientre, mis piernas. Me sentí desnuda delante de él.

—Solo venero a Artemisa. Si quieres venerar a adúlteras como Afrodita, tú misma. Y limítate a no cruzarte más en mi camino —gruñó, y se fue dando grandes zancadas.

Me quedé viéndolo marchar. Jamás había visto a una amazona. No eran bienvenidas en la corte cretense. Pero había oído historias sobre ellas, sobre aquellas mujeres tan poco femeninas. Se quitaban un pecho al alcanzar la pubertad, con la creencia de que era mejor poder disparar flechas con comodidad que amamantar un bebé. Hacían violentas incursiones en los pueblos y robaban niñas. Si por algún terrible conjunto de circunstancias se quedaban embarazadas, criaban a las niñas y abandonaban a los niños en los pueblos que asaltaban, para que las madres de las niñas que habían robado previamente los criaran como suyos. Eran salvajes y libres, y podía entender que Antíope, su reina, se hubiera encolerizado al ser secuestrada y fecundada por Teseo. Sin embargo, Teseo ni siquiera había intentado entrar en mi alcoba. Y eso que yo no me describiría como una ardiente seguidora de Afrodita.

Abrí la puerta con la cabeza bien alta. Hipólito no era más que un niño, me recordé, aunque una vocecita en mi cabeza me replicó diciéndome que, en ese caso, yo también era solo una niña. Sin

embargo, era una mujer casada y había visto actos de violencia que él, que se pasaba el día galopando a lomos de su caballo, apenas podía imaginar. ¿Qué podía saber Hipólito del mundo y de cómo funcionaba? Nada, esa era la respuesta. No sabía nada de nada. Yo andaba por la vida acompañada por los dioses. Los dioses castigarían a Teseo por sus actos y me querían presente para ser testigo de ello. Eso era todo.

Fui directa a mi habitación y me desaté las sandalias. Una correa suelta me había provocado una desagradable ampolla y al quitarme la sandalia, me arranqué la piel. Cojeé hasta alcanzar la cama, me acosté y me quedé enseguida dormida.

Coro nocturno

Ninguna mujer está a salvo cuando el héroe Heracles está en la ciudad. Visita a tu madre, sumérgete en el trabajo de la cocina, clávate un cuchillo de trinchar, haz lo que debas hacer, pero apártate de su camino.

Pero alguien debe servirle. Alguien debe quedarse.

Y una vez me tocó a mí… Pensé que no volvería a andar en una semana.

Me dejó un puñado de monedas sobre la almohada, y no quería cogerlas, pero tuve que hacerlo porque mi hijo estaba enfermo.

Lloré. Lloré hasta que creí que se me desgarraba el corazón, pero él siguió trajinándome como a un muñeco de trapo y no paró. Heracles odia que las mujeres lloren.

Resulta gracioso, sin embargo, que esté tan unido a Hipólito. Como si fuese su tío, y eso que Hipólito evita a las mujeres.

Pero ¿de verdad es tan raro? Por mucho que Hipólito no se acueste con mujeres, por mucho que pase tantas horas arrodillado frente al altar, sus ojos siguen a la reina por donde quiera que ella pase. Sus pupilas se dilatan y su respiración se acelera, igual que cuando ve una cierva contra la que disparar. Es todavía muy joven, hay tiempo.

Igual que ella. Qué tonto fue Teseo al casarse con una mujer tan joven que podría yacer con su hijo. ¿Creéis que habrán…?

No, todavía no.

Quizá.

Pronto.

Y entretanto, de quien debemos preocuparnos es de Heracles.

Heracles nunca se queda mucho tiempo. Al menos tiene eso. Nunca se queda mucho tiempo.

Medea

El palacio parecía una colmena de abejas venenosas de tan potente que era el zumbido del chismorreo sobre Hipólito y Fedra. Y en cierto sentido era comprensible; un palacio con una atmósfera tan contenida como este es un caldo de cultivo ideal para los dramas. ¿Por qué piensas que hay tantísimas historias sobre los dioses que viven en el Olimpo? Siempre y cuando creas en ese tipo de tonterías, lo cual no es mi caso.

Hipólito era un joven atractivo y Fedra una chica bastante guapa a la que Teseo no prestaba la más mínima atención. Los rumores eran inevitables. Me pregunté qué habría pasado de haber llegado Teseo acompañado por la que había sido su primera intención, la hermana mayor, mucho más bella. Sospechaba que no la habría ignorado de la misma manera. Casandra me había contado que Dionisos la había seleccionado para ser su esposa. Lo cual era tan probable como que mi abuelo Helios enviara un carruaje de fuego en mi rescate para sacarme de Atenas. Era un relato conveniente, pero que llevaba a la mayoría a cuestionarse sobre la verdad que en realidad escondía. Lo más probable era que se hubiera fugado con un pescador. O con un borracho.

Tal vez las historias sobre Hipólito y Fedra podrían haberse quedado en eso: en meras historias. Pero Teseo acababa de anunciar que marchaba de nuevo de viaje, esta vez iba a recorrer el Ática, la región que rodea Atenas.

Quedaba en manos de las mujeres considerar qué significaba aquel plan, llorar en silencio y confiar en que el periodo de anarquía que siguiera fuera parecido a la fiebre del niño que saca sus primeros dientes, feroz pero breve. Porque Teseo, haciendo gala de un error de cálculo espectacular, no había dejado Atenas en manos de alguno de los ancianos, ni siquiera de un hombre de su edad, sino que había dejado Atenas a la merced de Hipólito, el

máximo representante de la loca juventud.

Su devoción por Artemisa me sacaba de quicio. Otra diosa. En Grecia no puedes dar ni un paso sin tropezarte con un dios o una diosa. Supongo que podía considerarme afortunada por haber llamado la atención de un héroe, no de un dios. Mi esposo, Jasón, era bisnieto del dios Hermes, un parentesco tan remoto del que ni siquiera merecía la pena jactarse; aunque ni esa lejanía se lo había impedido.

Por mucho que lo hubieran intentado, nadie había podido sacarle a Teseo de la cabeza aquel plan que parecía tramado por un cerebro de mosquito, y por eso me encontraba ahora observando desde mi ventana cómo el palacio entero, excepto mis criadas y yo, bajaba hasta la playa para verlo zarpar.

Formaban un grupo de lo más variopinto, los atenienses. La ciudad era famosa por llevar el nombre de la más grande de todas las diosas, pero sus habitantes parecían perros callejeros. La gente vestía casi con harapos y, lo que es más, con harapos sucios. Incluso parecía como si los criados de los supuestos aristócratas hubieran dejado de llenar sus baños con agua caliente y hubieran empezado a utilizar agua de mar fría. Los animales que rondaban entre las piernas de la multitud estaban sarnosos y daba la sensación de que todos los niños tenían pulgas. La marcha hacia la playa no era uniforme y los rezagados intentaban ponerse de vez en cuando al nivel del resto, pero enseguida lo dejaban correr y volvían a caminar tranquilamente y a charlar con la gente de alrededor, como si estuvieran dando un paseo en vez de ir a despedir a su rey.

—Si Teseo quiere convertir a estos campesinos en una nación que merezca la pena, tiene mucho trabajo por delante —le comenté a Casandra.

—¿En serio? He oído decir que quiere convertir Atenas en una nación capaz de rivalizar con Creta —replicó.

—¿Y cómo has oído eso? ¿Quién te lo ha dicho, quiero decir?

Me apresuré a corregir mis palabras. A pesar de lo aburrido que era su marido, a Casandra le encantaba obsequiarnos con historias obtenidas a partir de sus citas secretas con hombres poderosos.

Pero esta vez se limitó a arquear las cejas y decir:

—Siempre oigo cosas.

Y ahí quedó todo. No me gustaba presionarla en exceso porque entonces no despegaba la boca.

Seguí mirando por la ventana y vi que la princesa cretense avanzaba entre el gentío. Parecía imperturbable a un sol cegador que hacía que muchos parpadearan sin cesar, un detalle que por algún motivo me inquietó. Yo también puedo mirar el sol sin sentir dolor alguno. ¿Sería un atributo de la familia y, de ser así, un atributo heredado del abuelo materno que ambas compartíamos? ¿Y qué pasaba entonces con mi creencia, o ausencia de creencia, en los dioses? Sacudí la cabeza y volví a concentrarme en la princesa.

Observamos en silencio cómo el príncipe ateniense se abría paso a codazos hasta ella, sin importarle en absoluto a quien empujara. Me habría gustado poder oír su conversación. Ella lo miró y sonrió, y él echó la cabeza hacia atrás y rio a carcajadas. Ante mis ojos maduros, parecía un bufón.

—¿Creéis que ella le habrá robado un mechón de pelo para ponerlo bajo la almohada mientras duerme? —preguntó Casandra en un tono que rezumaba veneno.

—Está casada con el rey —le recordé tibiamente—. ¿Y a ti qué te importa, además?

Puso mala cara, pero no dijo nada.

—¿Qué planes tiene Andros para hoy? —la interrogué. Y como siempre, la simple mención de su esposo le agrió la expresión.

—Piensa ir a visitar a su madre —respondió brevemente Casandra, y se dejó caer en una silla.

Me pregunté por qué había sentido aquella necesidad de desmoralizarla. ¿Sería por algún tipo de lealtad de sangre para con mi prima? ¿Sería por haberla visto tan hermosa e indefensa? Observé entonces que Hipólito se inclinaba hacia ella, y me puse tensa al advertir que ella también se inclinaba hacia él y abría la boca cuando él hablaba.

—¿Cuándo nos iremos de Atenas? —preguntó de repente Agneta.

Sorprendida, me quedé mirándola. No era propio de ella interrumpir, igual que tampoco era propio de ella criticarme, aunque fuera por simple insinuación. La primera vez que vi a Agneta era una niña envuelta en unos ropajes demasiado calientes para nuestro clima templado, un recuerdo que me traía Jasón del

viaje que había hecho al norte, allí donde nadie había llegado nunca. Y fue la primera pista de que mi esposo no era el héroe que todo el mundo creía. Yo había insistido, delante de la mayor cantidad de gente que había podido reunir, incluyendo varios sacerdotes, en que la niña se convirtiera en mi criada personal, una petición que Jasón no había podido denegarme. De haber sido yo la mitad de bondadosa que imaginaba que era, a estas alturas ya habría liberado a Agneta y lo habría dispuesto todo para que volviese con su familia, a la que no veía desde hacía más de diez años. Pero su gratitud la había convertido en una criada excelente.

—Cuando llegue el momento. ¿A qué vienen tantas prisas? —pregunté.

Agneta sorbió por la nariz.

—El ambiente no es bueno. Está a punto de pasar algo muy malo. Lo intuyo.

Me eché a reír.

—¿Qué eres tú ahora, una especie de adivina? En el ambiente no hay nada malo.

—El rey se marcha y deja a un niño al cargo. Todo el mundo está inquieto. ¿Acaso no lo percibís? —replicó.

—Tienes suerte de que no te mande azotar —dije en tono desenfadado, pero dejando clara la advertencia.

Y entonces murmuró alguna cosa por lo bajo. Que oí de todos modos.

—Lo percibís. Por eso seguimos aquí, porque amáis el caos.

Fruncí el entrecejo, pero decidí fingir que no había escuchado nada. Al fin y al cabo, sus palabras tenían algo de verdad. Volví a mirar por la ventana, donde seguían el príncipe de Atenas y la princesa de Creta. ¿Habría algo entre ellos? No estaba del todo segura.

Aquella noche volví a visitar la alcoba de Fedra. Me envolví con mi manto. Me alegré de que Agneta estuviera tranquilamente dormida en nuestras estancias. Y si Casandra decidía salir en una noche como esta, es que estaba loca.

Esta vez Fedra estaba preparada para recibirme. Abrió ella misma la puerta. Nos sentamos a ambos lados de una mesa y Fedra sirvió vino para las dos. Me acerqué la copa con cuidado a la boca después de esperar a que ella lo hiciera primero. No estaba

envenenado, pero olía y sabía a escamas de pez, de modo que dejé a un lado la copa en cuanto pude hacerlo.

—Cuéntame, Fedra —dije, y mis palabras salieron tan veloces como los saltadores de toros que daban fama a su ciudad—, se rumorea en la corte que Hipólito y tú mantenéis un romance. ¿Es verdad? Los dioses no estarían muy satisfechos —añadí, dirigiendo un gesto hacia el santuario artesanal que ocupaba la mitad de la mesa, puesto que en el suelo no había espacio para albergarlo.

Se puso colorada, con ese tipo de rubor que solo la piel fina de una mujer muy joven es capaz de revelar. Podría haberme calentado las manos en su pecho. Sentí envidia. Hacía mucho tiempo que no me ruborizaba.

Esperé su respuesta, pero contraatacó con otra pregunta.

—¿Es verdad que mataste a tus propios hijos?

—Eso dicen —respondí, contenta de que mi voz sonase tranquila a pesar de la velocidad acelerada que cobraba mi corazón siempre que alguien mencionaba a mis hijos—. Pero no veo qué tiene eso que ver contigo y con el joven príncipe.

—¿Por qué? —insistió Fedra.

—¿Por qué lo preguntas?

Me había quedado descolocada. Justo el día anterior me había enfurecido en silencio preguntándome por qué jamás nadie me planteaba esa cuestión. Si creyera en los dioses, estaría ante un claro ejemplo de que acababan de concederme un deseo que nunca debería haber formulado. Miré a Fedra. A pesar del exaltado color que bañaba su rostro y su pecho, su expresión era fría. No creía que su motivación fuera la lascivia, pero no estaba dispuesta a responderle.

—Porque no lo entiendo. Eran tus hijos.

No lo entendía nadie, pero quería que ella lo entendiera.

—Hace poco escuché una historia —dije muy despacio y eligiendo con cuidado mis palabras— sobre un rey de Oriente, un rey sabio, ante el cual se presentaron dos mujeres con un recién nacido. Ambas afirmaban ser la madre. Y le pidieron al rey que solventara la controversia.

El rostro de Fedra se iluminó. Era tan joven, pensé, que aún le apetecía escuchar historias.

—¿Y qué hizo el rey? —preguntó.

—Les dijo a las mujeres que cortaría el niño en dos y así cada una de ellas podría llevarse la mitad del bebé —respondí sin rodeos, sin complementar con detalles innecesarios la historia.

—¡Eso es una barbaridad! —dijo Fedra, levantando la voz, pero enseguida recordó la hora que era y volvió a sosegarse—. Ya había oído decir que en Oriente no son gente civilizada. ¿Y qué dijeron las mujeres? ¿Mató el rey finalmente al bebé?

Sonreí aun sin tener ganas. El entusiasmo que demostraba era sorprendentemente dulce.

—Una de las mujeres le dijo que hiciera lo que sugería y que así cada una volvería a casa con una mitad del niño. Era justo, al fin y al cabo. La otra dijo que no, y le pidió al rey que entregara el niño a la otra mujer. Que no lo matara.

—De modo que el rey no cometió una barbaridad —dijo Fedra, sonriendo al ver, o creer ver, el objetivo que yo perseguía con ese relato—. La verdadera madre prefirió que la otra mujer se llevara a su hijo, aún perdiéndolo ella para siempre, mientras que la impostora quería su mitad del bebé.

Se sentía tan satisfecha con su inteligencia que aplaudió de forma espontánea, un gesto que me encogió el corazón, puesto que recordé a mi hija haciendo palmitas, o cuando se tocó por primera vez la nariz o la primera vez que consiguió agarrarse el pie. Moví la cabeza en un gesto afirmativo y me concentré en la historia.

—Según los bardos, esa era la intención del rey —confirmé—. Y entregó el niño a la mujer que lo habría cedido.

—Pero tú no lo ves así —dijo Fedra, inclinándose hacia delante.

—¿Tan tonta era la otra mujer? ¿Para qué iba a servirle medio niño muerto? ¿Por qué querría llevarse a casa un cadáver mutilado por el deseo de quedarse con la parte que supuestamente por justicia le correspondería?

—Y entonces ¿cuál crees que es el verdadero significado de esta historia? ¿Que la madre quizá pensaba que los dioses intervendrían y salvarían al niño antes de que muriese?

Reí, una carcajada breve y carente de humor.

—No creo en los dioses. ¿Insinúas que tú sí que crees en ellos?

No era para nada la diversión que tenía en mente cuando había decidido ir a visitar aquellas oscuras y sucias estancias. Mi intención

era burlarme un poco de ella, averiguar algún chismorreo, quizá hacerme con una pizca de información que poner a buen recaudo. Me imaginé que estábamos jugando a un juego, uno de aquellos juegos de estrategia que jugaban los ancianos, en los que el contador iba marcando las jugadas hasta que uno de los jugadores acababa destruido.

—Por supuesto que creo en ellos. —Su voz sonó más potente que la mía, su tono más claro. Y fue un recordatorio más de que yo era de la edad de Teseo mientras que ella era de la edad de su hijo—. Si no creyese en los dioses —añadió—, no estaría aquí.

—No te entiendo —dije, y arrugué la frente—. Estás aquí porque te has casado con Teseo. ¿Qué tiene que ver eso con que creas en los dioses?

Hizo una pausa antes de responder.

—No puedo decírtelo —dijo.

—Me parece que ya has dicho suficiente —repliqué—. Pero guárdate para ti tus secretos, si eso es lo que quieres —añadí, y bebí otro pequeño trago de aquel vino repugnante.

—Teseo es un monstruo —dijo Fedra, y sus palabras se derramaron como si hasta aquel momento un tapón les hubiera impedido salir—. Formo parte del plan de los dioses de infligirle el castigo que se merece.

—Esta noche está dando un vuelco muy extraño —dije, dirigiendo el comentario más a la nada que a mi acompañante. Vi que la copa de vino de Fedra se había quedado vacía. Y pensé que tal vez su rubor no estuviera totalmente motivado por los pensamientos que pudiera dirigir a la entrepierna del joven Hipólito—. Tampoco a mí me importa mucho Teseo, pero ¿me permites recordarte que estás en su corte? ¿Que si pronuncias estas mismas palabras ante la persona errónea podrían matarte?

Bajó la vista y murmuró:

—Normalmente voy con mucho cuidado. Pero los dioses me protegerán, estoy segura. Teseo no es el héroe que todo el mundo piensa que es. Mató a mi hermano.

—¿Tu hermano? —repetí.

—Mi hermanastro, Minos. Teseo ha contado a todo el mundo que era un monstruo, pero no lo era. Ni siquiera iba armado.

—Minos… ¿Te refieres al Minotauro? —Fedra asintió—. ¿No

iba armado con esos cuernos gigantescos que tenía en la cabeza?

Fedra apartó la vista.

—No lo entiendes.

—No —dije, aunque tal vez empezaba a hacerlo—. ¿De modo que Teseo mató a tu hermano y tú estás aquí en Atenas para vengarte de él?

—¡No! —exclamó Fedra escandalizada—. No estoy aquí para vengarme, sino para ser testigo. Para asegurarme de que los dioses hagan su trabajo.

Moví la cabeza con incredulidad.

—Esta teología es demasiado avanzada para mí, reina Fedra.

Me levanté para estirar las piernas, aunque había poco espacio para hacerlo. Y cuando miré a mi alrededor, vi el mural en la pared posterior. Habían pasado semanas desde que lo había visto por primera vez y Fedra había avanzado mucho.

Era evidente que estaba pintado por un aficionado. Corinto, donde había vivido con mi esposo, contaba entre su población con algunos pintores de murales muy competentes, y ninguno de ellos lo habría pintado de esa manera, con pinceladas erráticas que hacían que las olas del mar rompieran en todas direcciones y sin que ninguna de ellas consiguiera llegar a la costa. Era físicamente imposible, por supuesto. Pero tenía su encanto, así y todo, un encanto perceptible incluso bajo la luz tenue que proporcionaba la parpadeante llama de una lámpara de aceite. Había allí una fe salvaje.

—¿Lo has pintado tú? —pregunté, aunque conocía la respuesta.

Fedra hizo un gesto afirmativo.

—Sí. La pintura es mi pasión.

—Vaya, vaya —dije—. Eres una caja de sorpresas.

Esbozó una mueca.

—¿Por qué, entonces, la mujer de la historia le dijo al rey sabio que partiera en dos el bebé? ¿Y por qué mataste tú a tus hijos?

Suspiré.

—Porque no tengo la fe que tienes tú en los dioses. Porque a veces las mujeres deben tomar las riendas en el asunto. Si el Minotauro era tu hermano, ¿por qué estaba encerrado en el laberinto?

No imaginé que mi respuesta fuera a ser especialmente esclarecedora, pero al parecer la dejó satisfecha. Mi pregunta, por otro lado, le hizo arrugar la frente.

—Sí, es verdad. Mi padre decía que era lo mejor, y mi padre es hijo de Zeus. No sé… —Se interrumpió y se mordió el labio. Ignoró la gotita de sangre que se provocó y añadió—: ¿Sabes que aquí te odian? Si Teseo te encuentra, te matará.

—Teseo no está —dije, con más valentía de la que en realidad sentía.

—¿Por qué sigues tú en Atenas? ¿Por qué no has huido? ¿O te has acogido a la indulgencia de tu padre?

Eran todas buenas preguntas, y me concentré en estudiar el mural mientras me serenaba un poco.

—No siento necesidad de huir. ¿Por qué no te acoges tú a la indulgencia de tu padre ahora que has visto por ti misma que la corte ateniense es una guarida de osos? Oh, lo olvidaba: quieres ser testigo de que se cumpla la venganza, pero no ejecutarla tú.

—No es necesario que te burles de mí. —Me acordé de mi hija, que con solo cuatro años se sentía también herida cuando me reía de ella por defender que Corinto era el mejor lugar del mundo. Aquel breve recuerdo fue una puñalada en el corazón, un lujo que no me permitía a menudo. ¿Por qué estaba tolerando que aquella joven me llegara a lo más recóndito de mi alma de esa manera? Y mientras yo le daba vueltas a todo eso, ella siguió hablando—: En cualquier caso, la corte de Atenas no es el lugar más civilizado del mundo, te lo aseguro. Pero estoy a salvo, soy la reina. Es por las demás mujeres por las que temo. Por mujeres como tú.

Me volví y la miré, horrorizada.

—Fedra, no debes pensar así. Jamás. Ser reina no te protegerá por más tiempo de lo que tarda un mosquito en chuparte la sangre cuando te pica en el cuello.

Fedra hizo un gesto de negación con la cabeza. Era evidente que no me creía.

—Piensas así porque has contrariado a los dioses ejerciendo tu propia venganza. A ti no te protegen, pero a mí me protegerán.

—Niña —fue todo cuanto pude decir como réplica, y esbozó un mohín.

—Creo que es hora de que te vayas —dijo, levantándose.

Asentí.

—Así es. Duerme bien, majestad. —Pero no pude resistir la tentación y, al llegar a la puerta, me giré para decirle—: No cometí ningún acto en busca de venganza. Al menos mi conciencia está limpia por lo que a eso respecta.

Se quedó boquiabierta y me marché rápidamente, antes de que pudiera formularme más preguntas. Una vez fuera de la habitación, me entraron deseos de arrojarme al suelo y llorar. Deseé llorar, aporrearme el pecho, gritar hasta que los dioses me oyeran y mis preciosos hijos regresaran a mis brazos. Deseé levantar la cabeza bien alta para poder pasar por delante de todos los que se habían burlado de mí, de hombres como Heracles y Teseo, para escupirles en la cara y decirles que no sabían nada, que no entendían nada, que no eran madres. Que tal vez fueran fuertes para doblegar el hierro, pero que ninguno de ellos era lo bastante fuerte como para soportar mi dolor.

Pero no hice nada de todo eso. Me cubrí la cabeza con el manto y regresé sigilosa a mis aposentos, donde empecé a gritarle a Casandra y le pedí a Agneta que me sirviera un vino mejor, y en grandes cantidades, además.

Coro nocturno

Vivimos en el infierno. ¿Quién decía que Teseo iba a imponer orden?

No existe habitación segura. No existe hombre cerca del cual puedas sentirte segura. Los escandalosos, los silenciosos, los que miran de reojo y los que sonríen; aléjate de todos ellos. No pidas permiso, simplemente márchate. De noche, si es necesario.

Cuantas más estemos unidas, más seguras estaremos. Yo te ayudaré con las habitaciones de tu amo si tú me ayudas a limpiar los aparejos de montar a caballo del mío. Podemos empezar en cuanto se marchen de caza y así, cuando vuelvan, ya no estaremos.

Cuando prepare la cena, le echaré al guiso una poción con efecto somnífero y así estarán todos adormilados y caerán en la cama en cuanto lleguen a la habitación.

No podemos confiar en que un rey cuide de nosotras. Nos cuidaremos mutuamente. Sobreviviremos. Debemos hacerlo.

¿Hay alguien pendiente de la princesa cretense? ¿La ha alertado alguien?

Medea

Volví a visitarla, ¿cómo resistirse? Me sentía atraída hacia Fedra, como el todopoderoso Zeus hacia las mujeres, seducida por lo que contaba sobre un plan urdido por los dioses para castigar a Teseo. Yo no creía en los dioses, ¿y ella? ¿De verdad pensaba que había un plan divino o era todo una farsa, una tapadera para una maquinación más siniestra? Ni el riesgo de que me sorprendieran por los pasillos ni el dolor de revivir las decisiones que había tomado en el pasado pesaban más que la necesidad de saber más y comprender.

Unas noches después recorrí los polvorientos pasadizos hasta llegar a los sombríos aposentos de Fedra. Y una vez más encontré a la princesa levantada, contemplando su mural. Y me alegré de no tener que cruzarme con aquella criada malhumorada que tenía.

—Majestad —dije, y me saludó con una inclinación de cabeza.

—Majestad —replicó, una palabra que en boca de cualquier otro habría resultado insolente.

—Llámame Medea —le sugerí, y me dejé caer en una silla o, mejor dicho, intenté hacer una aproximación del gesto de dejarse caer en una silla, dado el minúsculo espacio que había disponible. Me pregunté, y no era la primera vez que lo hacía, de quién habría sido la idea de poner allí una mesa de comedor tan grande que devoraba prácticamente todo el espacio disponible. De nadie, lo más probable. Había necesidad de una mesa y habían instalado aquella, que no usaba nadie. Y nadie le había dado más vueltas al tema—. Al fin y al cabo somos primas.

—Sí —confirmó—. Somos primas. Igual nuestras madres mantenían una relación estrecha. No lo sé.

Lo dudaba, la verdad. Mi madre era la mayor de cinco hermanos, y la de Fedra, la menor. Aunque a veces, en estos casos, la hermana mayor adoptaba a la más pequeña como si fuese su

propia hija, una especie de mascota. Tal vez mi madre hubiera agotado todo su instinto maternal cuidando de su hermana menor.

—Medea —dijo, y su boca se frunció al pronunciar aquellas silabas desconocidas, como la de un niño que recibe la orden de su tutor de llamarlo por el nombre de pila en cuanto llega a la edad adulta—, me gustaría comentar contigo una cosa. ¿Conoces el coro nocturno?

La miré con rostro circunspecto.

—¿Se trata de una obra de teatro?

Hizo un gesto negativo y arrugó la frente.

—¿Me estaré volviendo loca?

—¿Qué pasa? —pregunté. Me sabía mal verla tan angustiada, pero prefería esta conversación que la de la otra noche.

—Por las noches oigo mujeres que lloran —me confió.

—Oh, por las noches hay muchas mujeres que lloran. —Levanté la mano y la dejé caer de nuevo—. Este palacio es como un campo de batalla. No te aconsejo que te aventures por sus pasillos por las noches.

—Aunque tú sí lo haces —remarcó.

Abrí la boca dispuesta a recordarle que le doblaba la edad, que era lo bastante mayor como para ser la madre de la mayoría de los chicos que tantas desgracias causaban y que, además, tenía reputación de ser una bruja. Pero Fedra siguió hablando sin interés por cualquier otro tema que no fuera el que había sacado a relucir.

—Pero no es un llanto normal. Aquí, en este rincón, estamos tan alejadas de todo que si fuese un llanto normal, no lo oiríamos. —Hice un gesto de asentimiento y continuó—: No, son como voces que retumban en mi cabeza, que hablan entre ellas, que a veces se solapan las unas con las otras, que a veces hablan al unísono. Por eso las llamo el coro nocturno.

—¿Y qué dicen?

Me di cuenta de que sin quererlo me estaba inclinando hacia delante. Me vi obligada a reconocer que aquella chica ejercía una atracción.

—Detallan las atrocidades que acontecen cada noche. Se avisan entre ellas de los hombres que deben evitar. Cosas de ese estilo.

Me mostré escéptica, pero ya había oído hablar del tema. Las mujeres siempre encuentran formas de comunicar con otras

mujeres, por mucho que los hombres prefieran que no lo hagan. Y muy especialmente si los hombres prefieren que no lo hagan.

—¿Y has oído mencionar el nombre de Hipólito? —pregunté, incapaz de resistir la tentación de burlarme de ella.

Se quedó sorprendida, como si ni siquiera se lo hubiese planteado.

—No, no lo he oído. ¿Te extraña? Al fin y al cabo es adorador de Artemisa, ¿no?

—Si tuviese una pluma por cada hombre que afirma venerar a una diosa virgen y luego se sale con la suya con la mujer que le hace la cama, me construiría unas alas y volaría bien lejos de esta corte —dije en un tono cortante. Hablar con ella resultaba complicado. Era tremendamente ingenua. Y no quería herirla.

—Necesito que alguien acabe con el coro nocturno —dijo, cuando me disponía a levantarme y marcharme.

—¿Que acabe con él?, ¿para que deje de comunicarse?

—No, me refiero a que acabe con todas estas atrocidades que están teniendo lugar. Soy la reina, ¿verdad?

Me quedé mirándola; levantaba la cabeza con orgullo, a pesar de que tenía una mancha de pintura en la cara y el peplo que se había echado a los hombros era el único que le había visto lucir.

—Yo esperaría a que Teseo volviera —dije finalmente—. Y hablaría entonces con él.

Hizo un gesto de asentimiento, y no fue hasta que estuve de regreso en mis aposentos que caí en la cuenta de que lo había hecho con la intención de despedirme. Suspiré y me metí en la cama. Lo único que podía hacer, por el momento, era confiar en que el plan filantrópico que Fedra hubiera urdido no empeorara aún más la situación para las pobres mujeres que tuvieran que afrontar sus consecuencias.

Kandake

«Te presentaste voluntaria para esto».

Me repetía mentalmente estas palabras todo el día. No sabía si me ayudaba a mantener la cordura o si hacerlo me acabaría volviendo loca, pero al menos me servía para no quejarme. En la mayoría de los casos.

¿Por qué habría pedido venir aquí? No tenía la menor idea. ¿Lo hice por amor a la reina, como ella daba por sentado? Lo que sí tengo claro es que no lo hice por amor a su hija. No tenía nada contra la chica, pero los niños nunca habían despertado mi interés. Pasífae, sin embargo, amaba a sus hijos, y muy en especial al mutado. Tal vez fuera por eso por lo que me había presentado voluntaria para acompañar a la menor de sus hijas a Atenas, un sitio donde no había estado jamás. Y ahora que me hallaba aquí, deseaba marcharme.

Deseaba marcharme constantemente. Pero nunca habría querido quedarme en Creta. Había vivido casi toda la vida en el palacio cretense, sirviendo a la reina. Pensaba que mi trabajo sería igual aquí, en Atenas, pero sirviendo a su hija. Y que al menos sería un lugar nuevo, un lugar que no había visto nunca.

¿Era distinta la gente? Lo era y no lo era. Diría que los atenienses eran más toscos, menos civilizados, más dispuestos a ser francos y decir lo que piensan de ti. Aunque tanto a cretenses como a atenienses les encantaban los chismorreos.

A mí no me gustan los chismorreos; prefiero morderme la lengua. Otra razón por la que trabajé tan bien para la reina Pasífae. Su persona siempre estuvo envuelta en chismorreos. Le decía que yo misma podría contarle a la gente la verdad, pero ella siempre me lo dejó muy claro: no era mi trabajo. Que dijeran lo que les apeteciera. Ella conocía la verdad. Y yo, al trabajar para ella, también.

Pero ¿qué debería decirles a esas atenienses chismosas que

estaban convencidas de que Fedra copulaba con Hipólito? ¿Qué habría querido su madre? Fedra estaba sola en un palacio tremendamente extraño, en mi opinión, que se parecía más a la cabaña de adobe donde yo había nacido que a un palacio de verdad. Y si los rumores sobre Hipólito y Fedra llegaban a Teseo, este podía hacerla matar. Al fin y al cabo, ya había matado a su hermano.

De manera que decidí aportar mi grano de arena con el fin de corregir aquellos chismorreos. De un modo casual, sin causar gran revuelo. Así, cuando fuera a recoger la colada, mencionaría que la princesa rara vez abandonaba sus aposentos y que no veía jamás a ningún hombre. Cuando estuviera preparando nuestra cena en la cocina que compartíamos con el resto del palacio, dejaría caer que la princesa dormía sola todas las noches. Estos rumores no servirían para apuntalar su posición como esposa de Teseo, pero al menos serían ciertos, a diferencia de las descabelladas suposiciones que había estado oyendo últimamente y que relacionaban a Fedra con Hipólito.

Cuando habíamos trasladado nuestras pertenencias al palacio, esperaba que fuese un poco como en mis primeros tiempos en Cnosos. Imaginaba que la mayoría de las noches me tocaría dormir fuera, en el suelo, porque el rey no podía resistirse a los encantos de su atractiva y joven desposada. Pero no habíamos visto a Teseo ni un solo día y ahora, además, se había ausentado.

Cada vez me acordaba más de mis primeros tiempos en Cnosos. Era muy joven, pero no tenía la sensación de serlo. Y lo mismo le sucedía a la reina Pasífae. Dio a luz a su primer hijo, un niño precioso. En más de una ocasión me comentó que ni el rey Minos ni ella podían sentirse más bendecidos.

Y luego hubo un segundo hijo. Y los rumores, y las risas crueles, y las decisiones que me resultaron imposibles de entender, siendo como era la hija de un pobre cabrero y no una descendiente de los dioses, como Minos me dijo. Una mala noche, me gritó. Pensé que me despedirían, pero Pasífae debió de hablar bien de mí.

Y después de eso tuvo dos niñas preciosas. Y a pesar de que jamás participé en los chismorreos, siempre quise decirles a todos aquellos que afirmaban que sobre la reina Pasífae había caído una maldición: «Yo seguiría dando mi vida a cambio de la de ella, si

surgiese la oportunidad». Independientemente de aquel hijo mutado o no mutado. Aunque tal vez solo fuera yo la que estaba dispuesta a hacerlo.

No era solo que no creyera los rumores que corrían sobre aquel niño, sino que sabía que no podían ser ciertos. En primer lugar, mi señora no podía haber mantenido relaciones con un toro sin yo saberlo. Siento tener que ser tan ordinaria, pero es la pura verdad. Y en cuanto a todas esas tonterías sobre que estuvo trabajando con Dédalo para crear algo con forma de vaca en lo que ella pudiera encajar: en primer lugar, no sé cuándo podrían haber tenido lugar esas conversaciones, porque nunca estuvieron los dos a solas —¿en el transcurso de un banquete de Estado, con el rey y toda la corte mirándolos?—; en segundo lugar, había pasado mis primeros quince años en una granja, y Dédalo sería sin duda un hombre muy inteligente —aunque, como la mayoría de los hombres, no tan inteligente como presumía ser—, pero el mecanismo era imposible y nunca habría conseguido engañar al toro, eso seguro; y en tercer lugar, yo conocía a ese niño. Llegué incluso a pensar en pedir que me dieran permiso para llevármelo, para alejarlo del palacio, de los rumores y de las miradas crueles. Pero Minos tenía sus propios planes para su hijo —que nadie se equivoque, era su hijo— y nunca me pidieron opinión.

Después de aquella noche terrible le dije a la reina que, si me lo permitía, continuaría trabajando para ella, pero que no quería tener nunca más nada que ver con sus bebés. Y ella accedió; me parece que en aquel momento ella creía que no iba a tener más hijos. Pero los tuvo, las dos niñas, como ya he dicho. Y ahora estaba aquí, en Atenas, y me parece que incluso habría sido mejor estar en el Hades.

No me gustaba nada ese tal Hipólito. Desearía poder hablar con franqueza con Fedra sobre él, como sabía que su madre habría hecho, pero no estaba en posesión de las palabras necesarias. Sabía que Fedra me consideraba tan taciturna como me había considerado su padre antes que ella. Y es posible que diera la impresión de ser la típica vieja que hace calceta, huraña y obstinada. Pero reconocía a un joven peligroso en cuanto lo veía, e Hipólito era peligroso.

Donde quiera que fuera Fedra, él siempre estaba allí. Cuando ella volvía de dar un paseo, parloteaba con ingenuidad sobre sus

pinturas, sobre el campo, sobre los paisajes que había visto, y la conversación siempre acababa volviendo a Hipólito, Hipólito y su caballo. Le gustaría pintarlo, me comentó. De ser yo su madre, habría tirado al mar sus pinturas y sus utensilios.

Un día llegó muy agitada:

—Kandake, ¿te has dado cuenta de que el ambiente en palacio está mucho más tenso desde que Teseo se fue? —empezó diciéndome.

—No soy yo quien deba decirlo, señora. —Expresamente fijé la mirada en mi costura.

—Pero seguro que te has dado cuenta —replicó en tono de protesta.

Se levantó de la silla y empezó a dar vueltas por nuestra pequeña habitación. Y me fijé en que iba con más cuidado de evitar su mural que la sopa que seguía en la mesa. Después me tocaría hacer limpieza.

—¿Darme cuenta de qué, señora? —pregunté.

—Del maltrato que sufren las mujeres —respondió después de unos instantes de pausa— por parte de los hombres.

—Sí —dije, y seguí cosiendo—. Los hombres siempre han maltratado a las mujeres, señora. A las mujeres de a pie.

—Pero pienso que debería hacer algo al respecto —dijo, y dio una patada en el suelo para reforzar sus palabras.

Su rabia empezaba a asustarse; aquella actitud no podía llevarla a buen puerto.

—Por favor, en eso no puedo aconsejaros. No soy nadie para hacerlo, pero… —Me percaté de que estaba tartamudeando y no se me ocurrió nada que añadir, excepto—: Por el bien de vuestra madre…

—Mi madre nunca permitiría que esto sucediese en su corte —dijo con profunda emoción.

A pesar de no estar en absoluto en desacuerdo con sus palabras, añadí:

—Pero esta no es su corte y Teseo no es vuestro padre.

—Creo que te olvidas de quién eres —dijo con frialdad. Nos quedamos un rato en silencio, hasta que exclamó—: ¡Solo quiero hablar un momento con él! Con Hipólito. Si le explico el sufrimiento que experimentan las mujeres, estoy segura de que lo

detendrá. Hipólito no es como su padre.

Y por fin lo entendí. Estaba enamorada de él. Toda esa tontería de ganarse su apoyo era simplemente eso: una tontería, una excusa para verlo. Dije entonces:

—Tal vez es tímido, no sé si me explico.

—¿Tímido? —repitió, y soltó una carcajada amarga—. No estoy tan segura.

—Es un joven que se crio sin una madre y que ha consagrado su vida a la diosa virgen. Imagino que no habrá pasado mucho tiempo en un entorno con mujeres.

Volvió a sentarse para reflexionar. Luego preguntó:

—Y entonces ¿qué hago? De verdad creo que debería hablar con él.

—Tal vez podríais abordarlo y hacérselo saber —sugerí, arriesgándome a mirarla de refilón mientras seguía con mi costura, consciente de que tendría que deshacer todo lo que estaba cosiendo para rehacerlo—. A lo mejor podría preguntarle si puede reunirse con vos en privado.

—¿Por qué piensas que hablaría antes contigo que conmigo? —dijo con un mohín.

Sonreí, la sonrisa astuta de una mujer mayor.

—Porque yo no soy una joven hermosa, señora.

—Tampoco lo soy yo —replicó Fedra—. Soy una reina.

—Incluso así —dije—, merece la pena intentarlo, ¿no?

Respondió con un gesto afirmativo.

De manera que acordé con la criada de Hipólito que por una vez me encargaría yo de sus tareas y esperé en sus aposentos con un plato de sopa a que volviese de cazar.

Engulló la sopa, sin detenerse ni un instante para respirar, sin mirarme, sin siquiera despojarse de su apestoso traje de montar. Y en cierto sentido me alegré de ello. Siempre había sido criada de una dama y no habría sabido hacia dónde mirar si hubiese empezado a desnudarse.

—Señor —dije, cuando empujó el plato para que lo recogiera.

—¿Qué? —dijo.

Vi que se dirigía hacia la esquina donde estaba la cama, un auténtico amasijo de sábanas.

—No soy la criada habitual —empecé a decir.

—¿Y? ¿Qué pasa? La sopa estaba buena. Ahora déjame dormir.

Y se volvió y comenzó a remover las sábanas como un animal salvaje que se prepara el terreno. El hedor de las sábanas me provocó náuseas. Necesitaba decir lo que tenía que decir, y hacerlo enseguida.

—Soy la criada de la reina Fedra.

Hipólito se volvió, sus ojos echaban chispas. Retrocedí unos pasos y miré hacia la puerta.

—Estoy harto de oír el nombre de esa mujer, ¿me has oído bien? ¡Harto de este tormento! —Me miró con una furia tan gélida que me puse a temblar. Se acercó y dijo entre dientes—: No quiero oírlo más. Ya basta. ¡Basta, basta, basta!

Lo dijo gritando. Di media vuelta y eché a correr hacia la puerta.

—¡No seas absurda! —escuché detrás de mí—. No pienso atacarte, no seas tonta…

Siguió hablando, pero no esperé a oír el resto. Volví corriendo con Fedra. Y cuando me reuní con ella, el latido de mi corazón había recuperado la normalidad y pude informarle brevemente de que Hipólito no tenía ni el más mínimo interés en reunirse con ella.

Fedra

Kandake me dijo que Hipólito no quería reunirse conmigo, y alguna cosa en el tono de voz que empleó me dio a entender que debía dejar correr la idea. Decidí entonces ofrecer libaciones, segura de que los dioses harían justicia. Hipólito veneraba a Artemisa, ¿verdad? Recordé que mi viejo tutor nos contó en su día que Artemisa había transformado en ciervo a un joven que la había visto desnuda y después había disparado contra él. ¿Qué castigo impondría a los hombres que violaban a tantísimas jóvenes?

Estaba aburrida de vivir encerrada en mis aposentos. Kandake siempre decía que tenía cosas que hacer y me dejaba sola prácticamente todo el día. Puede que su conversación no fuera brillante, pero al menos era mejor que estar sentada sola mirando el mar. A veces, Medea venía a visitarme por la noche y, cuando lo hacía, necesitaba de toda mi fuerza de voluntad para no suplicarle que viniera a verme más a menudo.

Una mañana me desperté con un deseo tan potente de salir de mis estancias que incluso me sentí mareada. Kandake, como era habitual, me vino con la excusa de que tenía que hacer la colada y se marchó. Esperé hasta estar segura de que no volvería en busca de cualquier cosa que pudiera haberse olvidado, me quité el deslucido quitón de color oliva que llevaba en mis aposentos, lo cambié por uno de un luminoso tono verde manzana y me ahuequé un poco el pelo. Incluso me apliqué un poco de pintura en los labios. No esperaba cruzarme con nadie o, mejor dicho, con nadie que me importara, pero si lo hacía, no quería que pensasen que la reina no cuidaba su aspecto. Mi madre siempre aparecía impecable, independientemente de que estuviera recibiendo dignatarios o cortando flores en los jardines de palacio.

Salí al exterior y dediqué unos instantes a saborear el aire fresco y disfrutar de la sensación en mis hombros y mi cara. Era

como si hubiera estado encarcelada durante meses y acabaran de ponerme en libertad. Eché a andar en ninguna dirección en concreto con la intención de dar una breve vuelta por el recinto. Inspiré hondo, feliz de liberarme del hedor que encharcaba mis pulmones desde mi llegada a Atenas. En algún momento debí de desviarme, puesto que al cabo de un rato me encontré en lo que eran evidentemente los establos, instalados a cierta distancia del patio principal.

Las cuadras de los caballos estaban dispuestas en semicírculo alrededor de una zona central cubierta de césped. Y en medio del césped, de espaldas a mí y ocupados examinando un caballo, vi a dos de los mejores amigos de Hipólito. El caballo estaba sudoroso e intentaba apartarse de un tercer hombre, que le sujetaba la pezuña con una pinza de hierro. Y ese hombre era ni más ni menos que Hipólito.

—No lo entiendo —dijo uno de los hombres en un tono casi quejumbroso—. He verificado los cascos antes de marchar y no he notado que se le clavara ningún fragmento de nada.

—Mira —dijo Hipólito con voz serena pero firme—, tu caballo no es un objeto, Filomenes, sino un ser vivo. Y una de las cosas que dices no puede ser verdad, porque tiene una piedra enorme clavada justo en el centro del casco. ¿La ves aquí?

Filomenes se acercó y se apartó de un salto cuando el caballo se giró hacia él. Hipólito y el otro amigo rieron y yo también reí entre dientes al ver lo colorado que el chico se había puesto.

—¿Quién hay ahí? —Hipólito volvió de repente la cabeza, aunque sin soltar la pata del caballo—. Muéstrate. Anquises, pásame el cuchillo…

Contuve un grito, pero Hipólito siguió hablando:

—… para que pueda sacarle esta piedra. Filomenes no lo conseguirá por mucho que se esfuerce. Y entiendo que eres tú, princesa Fedra, la que anda fisgoneando detrás de esa pared.

Emergí de mi escondite, ruborizada.

—No estaba fisgoneando —dije—, pero no quería interrumpir.

Hipólito me ignoró y empezó a trabajar en el casco del caballo con el cuchillo. Luego se incorporó para calmarlo y le acarició la cabeza.

—Le pediré a mi mozo de cuadras que de momento se

encargue de él —dijo—. Podrás recuperarlo cuando seas lo bastante valiente como para manejarlo, Filomenes.

La cara de Filomenes había adquirido un matiz de rojo más oscuro y feo. Frunció el entrecejo, un gesto que transformó su rostro de forma desagradable, pero no le llevó la contraria a Hipólito.

—Y bien, reina —dijo Hipólito, volviéndose hacia mí—, ¿qué podemos hacer por ti? Nunca te habíamos visto por aquí.

—He venido a ver los caballos —dije, y me mordí el labio. Era la típica excusa que habría utilizado una niña. Filomenes y el otro hombre rieron a carcajadas.

—Pues ahora que ya los has visto, imagino que nos dejarás tranquilos para que podamos continuar con nuestro trabajo —sentenció Hipólito con gran descortesía.

—A lo mejor es que no venía a ver precisamente caballos —añadió Filomenes con sorna.

Le dio un codazo a su amigo y su amigo volvió a reír.

—No sé a qué os réferis —dijo con frialdad Hipólito.

—Hipólito es devoto de Artemisa; no busca a la mujer terrenal —dije, intentando ayudar, pero por el modo en que Hipólito juntó las cejas, comprendí al instante que había errado el tiro.

—Incluso Artemisa debe hacer de vez en cuando la vista gorda —señaló Filomenes.

—No le faltes el respeto a la diosa —le espetó Hipólito.

—No le he faltado el respeto a la diosa —replicó Filomenes, ya sin ningún atisbo de risa—. Respeto la caza.

—Señor, como ya hemos hablado en otras ocasiones, deberías venerar a todos los dioses —intervine entonces—. Artemisa es la diosa de la caza, pero Dionisos y Afrodita también tienen cabida.

—No tengo tiempo para Afrodita —dijo Hipólito—. Y para ti tengo incluso menos tiempo.

Se dispuso a volver a los establos, pero Filomenes no estaba dispuesto a dejarlo marchar.

—¿Estás diciéndonos, Hipólito, que nunca has presentado tus respetos a Afrodita? ¿De verdad? ¿Nunca, nunca?

—Eso es terrible —reconocí—. Deberías preparar enseguida una libación para ella. Pero ¿qué he dicho?

Los dos hombres habían estallado de nuevo en carcajadas.

—El toro cretense resulta ser más listo que la lechuza

ateniense, para variar —dijo Filomenes esbozando una mueca.

Hipólito se negó a mirar a cualquiera de los presentes a los ojos. Abrió la puerta de uno de los establos y sacó un caballo. Lo montó y marchó al galope.

—¡La caza, caballeros! —gritó—. Me parece que habéis olvidado su significado.

—Sírvele una libación —dijo Anquises mofándose de mi tono de superioridad—. Lo digo sin mala intención, majestad.

—No pretendía burlarme —dije en voz baja.

Aunque en el fondo me sentía complacida por haber molestado a Hipólito. Tal vez, pensé, haría bien intentando conocer algo más a esos jóvenes, sobre todo si no iba a pasarme el día escondida en mis aposentos.

Trifón

Teseo llevaba ya varias lunas ausente y se había llevado con él a Pirito, el único hombre que quedaba en Atenas con una cabeza estable sobre los hombros. Y el caos y la anarquía resultantes eran peor de lo que cualquiera pudiera haber imaginado. La corte se había transformado en un carnaval circense. Uno de los jóvenes se había dedicado a recorrer a caballo los pasillos centrales y el olor no desaparecía de ninguna manera, por mucho que se limpiara. Para no ser menos, otro había regateado con un vendedor ambulante para comprarle un mono, que fue el personaje favorito durante un par de días y acabó luego campando a sus anchas por los salones, robando comida e intentando morder a cualquiera que se pusiera a su alcance. Tropezarse con hombres borrachos que roncaban allí donde habían acabado cayendo, siempre con una copa en la mano y una mancha de orina en la zona de la entrepierna, se convirtió en lo más normal. Los que nos considerábamos más sensatos, fuimos poco a poco retirándonos a nuestros aposentos.

Vagaba sin rumbo por palacio de vez en cuando, normalmente hacia el mediodía, cuando los peores delincuentes aún dormían o se dedicaban a cabalgar por los bosques en busca de bestias míticas. Tal vez inspirado por la reciente visita de Heracles, Hipólito había anunciado una expedición para localizar un caballo con un cuerno en la frente, o alguna tontería de ese estilo. Al menos, gracias a eso, se mantenía alejado de cualquier problema.

Mis exploradores seguían aportándome información, tanto de dentro como de fuera de Atenas, y por eso sabía que el viaje de Teseo, lejos de ser el desastre que muchos inferiores confiaban en secreto que fuera, estaba siendo un éxito. Lo cual me satisfacía, porque a pesar de todas mis faltas —y tengo muchas, yo—, mi prioridad siempre había sido Atenas. Servir al rey me había convertido en un hombre rico, pero jamás había hecho nada que

pudiera poner en peligro mi nación. En consecuencia, me suponía una gran satisfacción enterarme de que un rey campesino tras otro se mostraba de acuerdo en que su posición podía salir reforzada si prescindía de su título para incorporarse a un consejo que gobernaría la nueva gran Atenas. Las descripciones que Teseo ofrecía de Creta eran de lo más sugerentes en este aspecto, y me pregunté por qué no se habría planteado viajar acompañado por la princesa cretense.

De hecho, no solo no se la había llevado con él, sino que tampoco había dispuesto nada para ella. Reflexioné sobre el asunto, y mi cabeza consideró brevemente la posibilidad de ofrecerle alojamiento en mi granja hasta que regresara Teseo y la paz quedara restaurada. Pero descarté la idea enseguida; la princesa cretense no corría peligro, siempre y cuando permaneciera en sus aposentos. Lo cual no era suficiente para cometer una transgresión de mi intimidad.

Jamás di credibilidad a los rumores que mis informadores me suministraban acerca de un romance secreto entre Fedra e Hipólito. Para empezar, la relación del joven con su caballo era excesivamente estrecha. Pero más importante que eso, los había estado observando cuando conversaban y no había visto indicios de una atracción real por parte de ella. Sí, se ruborizaba atractivamente cuando él le hablaba, pero Hipólito no era más que un niño y ella era su madrastra.

Hipólito, por otro lado, era el que salía peor parado en cuanto a chanzas y chismorreos, principalmente por parte de aquellos simios a los que calificaba de amigos. Seguía defendiendo en vano su fidelidad a la diosa Artemisa. La princesa Fedra estaba acusada de robarle el corazón a Hipólito y, con ello, su virtud.

Casualmente, una noche estaba cenando en el comedor cuando se produjo una de esas discusiones.

Reso, un chico musculoso con un gran vozarrón, que daba la coincidencia de que era hijo de un viejo amigo mío, fue quien la inició. Hablaba arrastrando las palabras como consecuencia de la abundante cantidad de alcohol que llevaba ingiriendo desde el mediodía. De pronto alzó la copa de vino y gritó, más fuerte de lo que él creía:

—¡Hipólito os pide que hagáis un brindis en honor de la reina

Fedra!

—¡Por la reina Fedra! —respondieron, no solo los sentados a su mesa, sino también los comensales de diversas mesas más.

El rostro de Hipólito adoptó, una vez más, aquella mueca horrorosa que tanto lo deformaba.

—Yo no he pedido tal cosa, y lo sabes —dijo.

A pesar de que tenía una copa de vino delante, su voz sonó firme, igual que fue firme el movimiento de su mano cuando se la llevó a la boca. Y no me extrañaba. Hipólito amaba el deporte, no la bebida, y nunca llevaría a cabo ningún acto que pudiera perjudicar al primero, incluso con su padre tan lejos.

—Entonces ¿no deseas buena salud a la dama? ¿Y tal vez una salud un poco peor a su esposo? —dijo Reso, que se había puesto en pie y, por los tumbos que daba, ya era consciente de que no había tenido una gran idea.

—Su esposo es mi padre, bufón —replicó Hipólito clavando el cuchillo en la mesa.

De haber estado sobrio, Reso habría parado llegado aquel punto.

—Y es lo bastante mayor como para ser también el padre de ella. ¿Lucirás los cuernos cuando se encame con ella? Dicen que a las mujeres cretenses les excitan mucho los toros.

—No me acostaré con ella. —Hipólito frunció el entrecejo—. He jurado… —empezó a decir, pero Reso lo interrumpió.

—Venga, adelante… Ánimo, viejo amigo, no puede ser que sigas defendiendo en serio todas esas sandeces sobre Artemisa.

Ni siquiera yo pude evitar observar a Hipólito con franco interés, impaciente por ver cómo respondía a la afrenta.

—¿A qué te refieres con eso de «sandeces»? —Su voz sonó fría y su mano se deslizó hacia la empuñadura de su cuchillo.

—Me refiero a que una cosa es mantenerse alejado de las mujeres cuando eres un niño, pero que se supone que los hombres se acuestan con mujeres. O, al menos, los hombres de verdad.

El cuchillo voló por los aires a tal velocidad que nadie se dio cuenta de que estaba en movimiento hasta que alcanzó a Reso en el hombro. Reso se tambaleó, blanco como un fantasma; tenía una mancha roja que se extendía rápidamente por su túnica.

—Estoy cansado de tanto parloteo —sentenció Hipólito.

Se levantó y abandonó la estancia. Me estremecí al verlo desaparecer. Reso se marchó también, bamboleante y ayudado por algunos de sus compañeros. El incidente me dio mucho en qué pensar. El ambiente olía a peligro, se hallaba cargado como no lo estaba antes. Teseo no podía retrasar su regreso.

Agneta

El ambiente en la corte ateniense estaba tan cargado que me aplastaba hasta dificultarme la respiración. Habíamos superado ya nuestro periodo de bienvenida, si es que lo habíamos tenido. Yo intentaba hacer planes, hablar con gente que pudiera conseguirnos una barca, que supiera qué cortes podían estar abiertas a acoger exiliados.

Pero ¿para qué, si Medea se negaba a marcharse? Creía habernos engañado con sus actos de valentía, con su espionaje a Teseo, con su acercamiento a la princesa, pero lo único que quería era que alguien le dijese que parase, que pusiera fin a todo esto. ¿Y dónde nos llevaría eso a nosotras? O, mejor dicho, ya que me imaginaba que Casandra volvería con su marido, ¿adónde me llevaría a mí? La corte se había vuelto peligrosa. Al principio creía que era desde la llegada de la princesa cretense, pero eso fue una mera coincidencia. Era desde que Teseo había sido proclamado rey y para luego dejarnos a todos a merced de Hipólito.

Pensé que en el exterior respiraría mejor, pero el clima griego era muy caluroso para alguien con una piel tan clara como la mía y decidí adentrarme en los bosques sombreados que rodeaban el palacio. Nunca me acostumbraría a vivir en palacios, donde todo el mundo estaba apiñado, donde las cerraduras de las puertas servían más para impedir el paso de los depredadores del exterior que el de los que habitaban en su interior. Habíamos vivido en casas, donde la familia quedaba protegida por las paredes, y el bosque carecía de ellas. El bosque, con el débil olor a musgo bajo mis pies y las copas de los árboles por encima de mi cabeza, me recordaba un poco a mi casa, o a los escasos recuerdos que tenía de ella.

Cuando Jasón me capturó era muy pequeña, una simple niña que no se apresuró lo suficiente para encontrar un buen escondite. Sabía lo que les pasaba a las chicas que se quedaban dormidas en el

bosque, y no estaba dispuesta a permitir que me sucediera otra vez. Era de esos días en los que llueve tan poco que parece simplemente que el ambiente rezume humedad. Los cazadores habían renunciado ya a perseguir a sus presas y habían regresado al palacio, donde el llanto y la tristeza indicaban que ahora estaban cazando mujeres. No lo soportaba más. Tenía que salir de allí, por mucho que la humedad reinante en el exterior acabara provocándome fiebre o un resfriado.

La cabeza se me despejó levemente en cuanto salí del palacio. El cielo estaba tan encapotado que no se veía ni el sol. El agua goteaba por mi cabello y mis ojos y el suelo se iba convirtiendo en fango. Vislumbré entonces un jinete que seguía desafiando el mal tiempo, que daba vueltas sin cesar a lomos de su caballo. Los griegos hablan a menudo de los centauros, mitad hombres mitad caballos, pero a mí, una imagen así solo me recuerda a una araña.

El jinete se acercó y me protegí el cuerpo con los brazos, un gesto inútil para lo que fuera a venir a continuación. Empecé a tener la impresión de que mis piernas se habían metamorfoseado con el suelo; podría haber intentado echar a correr, pero sabía que lo único que conseguiría sería desplomarme sobre la tierra empapada.

Y entonces vi a otra chica, Fedra, la princesa, interponiéndose entre el jinete y yo, exponiéndose irreflexivamente. Cuando la mirada del jinete cayó sobre ella, se tensó para ponerse en estado de alerta, como si acabara de ver un ciervo con gran cornamenta o aquel legendario unicornio. La túnica mojada de la princesa se adhería a sus piernas y su cabello rubio se arremolinaba en torno a su cabeza. Me recordó una pintura que había visto en la corte corintia de la diosa Afrodita. O, retrocediendo más aún en el pasado, un lugar que nunca quería visitar si podía evitarlo, a mi diosa, Freyja. La diosa del sexo y de la muerte.

El jinete desmontó y ató el caballo a un árbol. Si antes albergaba dudas sobre su identidad, lo habría reconocido al instante por su voz.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Hipólito.

—Dibujando —respondió Fedra tranquilamente.

Me quedé clavada donde estaba, como si algún dios griego me hubiese convertido en árbol, pero de haber podido hacerlo, habría

echado a correr, y eso que él ni siquiera parecía interesado en mí.

Hipólito se acercó a Fedra, obligándola a retroceder. Fedra se volvió y miró por encima del hombro. Se dio cuenta entonces de que estaba atrapada, a menos que pudiera apartar a Hipólito de un empujón.

—Acércate, princesa —dijo él, y posó la mano en su hombro y se lo presionó como si fuese un torno.

—Suéltame —dijo ella, indignada.

Seguía sin darse cuenta del peligro, pensé maravillada e incapaz de imaginar que una mujer pudiera vivir casi veinte años y no entender lo que iba a pasar a continuación.

—Desde que mi padre está ausente has pasado mucho tiempo observándome. ¿Quieres verme de cerca?

Su voz sonaba cruel, repugnante. Vi que Fedra miraba a su alrededor, pero ¿qué podía hacer yo? Si me acercaba, lo único que sucedería era que Hipólito nos haría daño a las dos.

—¡He dicho que me sueltes! —repitió ella y, luego, subiendo la voz—: ¡Soy tu reina! ¡Quítame las manos de encima!

—Por aquí no hay nadie que pueda oír tus falsedades, princesa —dijo Hipólito y le envolvió la garganta con ambas manos, pero no apretó.

—Tu padre te dijo que cuidaras de mí.

Ahora sí que parecía asustada, pero era demasiado tarde. ¿Estaría a punto de ser testigo de su asesinato? ¿Por qué seguía sin poder moverme? Debería ir a buscar ayuda, pero no había nadie que pudiera ayudarla.

—Lo hizo. Y lo haré.

Fedra le escupió. Él se limpió la cara y se miró con perplejidad la mano antes de volver a mirarla, atrapada como una mariposa.

—¿Te has vuelto loca? —dijo Hipólito desconcertado.

Y entonces ella tiró desesperadamente. Hipólito mantuvo una mano en el cuello de Fedra y separó la otra sin prisa, como sin darle importancia. Extendió los dedos y, acto seguido, cerró la mano en un puño y la dirigió hacia la cara de ella. Grité, pero al instante me tapé la boca. Estaban tan concentrados, que creo que ni me oyeron.

—Deberías causarme repugnancia. Y lo haces la mayoría de las veces. Toda tú. ¿Y dices ser la nieta de Helios? —No gritaba, por mucho que ella estuviera arañándolo con todas sus fuerzas, sino que

le hablaba en un tono casual, como si él fuese un león y ella una rata, como si los intentos de Fedra de quitárselo de encima a empujones, de clavarle las uñas en la cara y en los brazos, no le afectaran en absoluto. Y entonces, Hipólito levantó la vista hacia el cielo—. Helios, mira a tu nieta, mira su cuerpo malvado, del que alardea delante de mí, con el que me tienta… como si yo fuese un juguete patético.

Siguió hablando mientras la empujaba contra el fango y le abría el quitón. Siguió hablando mientras sus manos embarradas recorrían su pecho, su torso y su bajo vientre.

—Llevo toda la vida resistiéndome a las mujeres y sus tentaciones. No podéis evitarlo; allí donde vais, perturbáis el ambiente. Y tú eres la peor de todas. Peor incluso que tu madre, que amaba a las bestias. Sí, lo sé todo. Todos lo sabemos. ¿Es esto lo que querías? ¿Vale la pena todo esto? ¿Hará esto que pares?

Levantó una mano y la abofeteó en la cara. Pensé que Fedra dejaba de respirar.

Hipólito siguió hablando, pero con la cara tan cerca de ella y en un tono de voz tan bajo que apenas lo oía.

—¿Cómo pudo tu sucia madre yacer con aquel animal? ¿Eres tú también medio animal? ¿Es por eso que lo único que quieres es entrar en celo?

El caballo había entrado en estado de pánico y se había levantado sobre sus patas traseras en un intento de soltar las riendas que estaban atadas al árbol. Los relinchos de miedo del caballo inundaron el bosque y me dificultaron más si cabe entender qué decía ella.

—Todo eso es mentira —dijo con voz entrecortada—. Mi madre ha yacido con un toro tanto como pueda haber yacido la tuya.

—Sé domesticar toros —dijo él entre dientes—. Lo aprendí de mi padre.

Y entonces le estampó los dos puños en la cara y ella se hundió en el barro.

El bosque se quedó en silencio. No se oía cantar un solo pájaro ni corretear un solo ratón. El caballo, agotado, había dejado de debatirse e intentar escapar y se limitaba a patear el suelo y a relinchar lastimosamente. Hipólito se incorporó, tambaleándose. No

le había llevado mucho tiempo, al menos. Pero ella seguía tan quieta en el suelo, que pensé que estaba muerta.

Y entonces, Hipólito se inclinó hacia delante y aulló, aulló como si hubiese sido él quien hubiera recibido los golpes y las patadas, como si hubiera sido él el violado. Aulló como si un dolor inmenso se hubiera apoderado de él. Doblegó el cuerpo y gritó antes de empezar a tirarse del pelo.

—¡Por todos los dioses! —gritó—. ¡Había hecho un voto! Había hecho un voto ante Artemisa. ¡Oh, mi sagrada diosa, perdóname! Ha sido culpa de ella, no mía. Me ha tentado. Se ha arrojado a mis brazos. Perdóname, mi diosa, perdona mi debilidad.

Se recolocó la túnica, desató el caballo y marchó con paso inestable en dirección al palacio, sin dejar de llorar y de repetir el nombre de Artemisa. No me considero una experta en todos esos dioses griegos, pero me costaba imaginar que Artemisa, que cualquier diosa, se pusiera del lado de Hipólito al ver el cuerpo de otra mujer yaciendo desnudo en el suelo. Aunque los dioses eran todo un misterio, la verdad.

Fedra gimió y movió un brazo. Seguía con vida. Aquello fue suficiente para liberar mis piernas del lugar donde se habían quedado clavadas y, después de resbalar en el hoyo enfangado que había arado el caballo con sus patas, correr hacia ella para ayudarla a levantarse. Acompañaría a la princesa a palacio, el único lugar donde podía ir, por mucho que pensara que aquel lugar no era en absoluto un refugio para ninguna de nosotras.

Coro nocturno

Soy la criada que limpia para Reso, y dice que el príncipe Hipólito se ha acostado con la reina Fedra.

¿Hipólito? Pero ¿no había jurado sus votos ante Artemisa?

¡Y ella está casada con su padre!

¡Lo sabía! Vi cómo la miraba.

Reso dice que Fedra tentó a Hipólito y que yacieron en el campo. Dice que ella estaba tan desesperada que no pudo ni siquiera esperar a entrar en palacio. Teseo lleva mucho tiempo ausente.

¡Y más tiempo aún lleva ausente de la alcoba de ella!

Pero…

Andros dice algo similar. Dice que todas las mujeres cretenses son iguales.

Pero…

Fedra

Cuando todo hubo acabado, vomité con violencia sobre mi pecho. Oía sollozos, fuertes y entrecortados cerca de mí y, cuando la luz empezó a centrarse, caí en la cuenta de que salían de lo más profundo de mi pecho. Me dolía todo el cuerpo, incluso las entrañas.

Sabía que debía levantarme, pero me sentía incapaz de hacerlo. Y entonces apareció una chica. Por el modo en que iba vestida imaginé que se trataba de una criada, pero no la había visto nunca. Era rubia, increíblemente rubia, incluso comparada conmigo, con una piel que parecía casi transparente. Me pregunté si sería una diosa, pero no habló, y simplemente se limitó a ayudarme a levantarme, después de lo cual me rodeó con el brazo. Estaba tan cubierta de fango y helechos que era difícil asegurarlo, pero me pareció que sangraba. Quizá moriría. Levanté la vista hacia el cielo, pero estaba encapotado. Ninguno de mis abuelos celestiales acudiría hoy a rescatarme.

Vomité de nuevo, esta vez de rodillas y sobre un arbusto. Nunca nadie me había tocado de aquella manera. Nunca se me había pasado por la cabeza que alguien fuera a intentarlo. Recordé quién era antes, tan feliz y tan inocente. Una chica a la que incluso le gustaba ver a Hipólito. ¡Le gustaba! Quería llorar por ella, pero entonces recordé que aquella chica era yo y que si lloraba, estaría llorando por mí. Cuando acabé de vomitar, cobré consciencia de un dolor punzante en la parte posterior de la cabeza.

Al menos no estaba muerta.

Los músculos de mis piernas dejaron de funcionar cuando pensé en la posibilidad de cruzarme con Hipólito en palacio, pero la chica me ayudó a seguir dando un paso tras otro.

Igual que la saltadora de toros, yo también pensaba que nunca me pasaría nada. Pero no había sido así. Recordé lo confiada y llena

de vida que estaba cuando aquella chica vino a mis aposentos. Ojalá fuera capaz de recordar su nombre. Había sido empitonada por los cuernos de un toro en el que confiaba. Y yo también había sido empitonada…, pero me desvié de aquel pensamiento. Los dioses no habían hecho nada, ¿por qué habría imaginado que lo harían? También ellos hacían suyo a quien les apetecía. Hades y Perséfone. Apolo y Leda. Zeus y mi propia abuela.

Pero pensar en los dioses me recordó la realidad. Hipólito era mi hijastro. Su padre me había dejado a su cuidado. Aquello era más que una violación. Era una traición total a las normas del parentesco, a las reglas de la hospitalidad. Teseo le había dicho muy serio a mi madre que había que respetar la *xenia*, consciente de que la *xenia* evitaría que fuera asesinado en la cama. La *xenia* aplicaba también en mi caso e Hipólito la había desvirtuado. Vomité otra vez, y la chica me sujetó con más fuerza.

Creía estar aquí para ser testigo del castigo de Teseo. Pero ¿y si resultaba que mi papel era más importante que eso? ¿Y si mi cuerpo era el instrumento con el que infligir el castigo? Estaba segura de que los dioses no dejarían esta atrocidad impune. A los transgresores les llovían siempre castigos terribles, como les encantaba cantar a los bardos.

Un rey llamado Licurgo había intentado violar a su propia madre. Los dioses lo sancionaron con la locura, lo que le llevó a confundir a su hijo con una vid y a matarlo a hachazos. Pensé en Hipólito, en cómo me había penetrado, y me pregunté si los dioses lo empujarían a matar a Teseo o si sería Hipólito el que perdería la vida para que Teseo se viera obligado a vivir con el dolor de la pérdida de su hijo. Con pensamientos de este estilo, casi conseguí detener los sollozos entrecortados que me sacudían y amenazaban con derrumbarme para acabar en el suelo y dejarme de nuevo incapaz de moverme. Cada vez que me imaginaba a los dioses destruyendo a Teseo e Hipólito caminaba un poco más erguida. Pero las heridas que había sufrido en la cara y en la entrepierna me obligaban a doblegar el cuerpo y las oleadas de dolor me sacudían nuevamente por entero.

Seguimos caminando hacia el palacio. Al llegar delante de las puertas, me detuve, tambaleante. Había conseguido llegar hasta allí, pero no me quedaban fuerzas para continuar. La chica tiró de mí

con un brazo huesudo mucho más potente de lo que parecía. Crucé renqueante la entrada y miré a mi alrededor, tan asustada que me costaba respirar.

No se veía nadie. Envuelta en penumbra, imaginé que debían de estar cenando y el ritmo de mi corazón volvió a ralentizarse. Me sentía incapaz de comer después de lo que había pasado, pero imaginé que Hipólito no tendría tantos reparos. Peor aún, pensé, y la garganta se me llenó de bilis, debía de estar relatando su hazaña a sus amigos.

Rompí a llorar de nuevo y las lágrimas de frustración rodaron por mis mejillas. Avanzamos lentamente por los pasillos. La chica me soltó por fin y llegué tambaleante a mis aposentos, donde Kandake me esperaba.

Kandake

Después del ataque, Fedra pasó semanas negándose a salir de nuestros aposentos. No sabía qué decirle y ella no decía nada. Se merecía un consuelo mejor, lo sabía, pero ¿cómo hablar con ella acerca de lo que le había pasado si yo ni siquiera había estado nunca con un hombre?

Comprendí qué había sucedido en cuanto vi a la princesa entrar renqueante en nuestros aposentos, con sus ropajes rasgados y ensangrentados y el pelo sucio de barro. La conduje a su habitación y la acomodé con cuidado en la cama. Intentó decirme algo, pero la silencié, le acaricié con cariño la cabeza y le sostuve la mano. La lavé y la vestí y guardé la ropa para arrojarla al fuego en cuanto pudiera. Estaba decidida a que no viera nunca jamás aquellas prendas.

Fedra no se parecía en nada a su madre, pero a pesar de ello, tenía la sensación de haber retrocedido al pasado, de haber vuelto a los tiempos en los que le limpiaba las piernas a la madre de Fedra y le secaba el sudor de la frente, en los que lavaba a sus bebés para luego entregárselos. Pero esta vez, el acto que había desgarrado a una mujer había sido la violencia de un hombre. No había un lactante que la devolviera a la vida. Me sentía con el corazón destrozado, no solo por Fedra, sino también por su madre, que estaba tan lejos.

Sabía que permanecer encerrada no le hacía ningún bien. Intenté convencerla de salir a caminar un poco conmigo, aunque fuera arriba y abajo del pasillo. Sabía que por allí no nos tropezaríamos con Hipólito, y así me gustaría hacérselo saber, pero no me atrevía ni a mencionar su nombre. Igual que tampoco nos tropezaríamos con ningún otro hombre. Nadie se aventuraba a llegar hasta aquí. Y aunque ella sabía que era así, su rostro se volvía inexpresivo, se levantaba de la sala de estar, con su mesa gigantesca

y sus dos sillas, un espacio que, como jamás habríamos imaginado a nuestra llegada, se había convertido en una prisión, y regresaba a la cama. Y dormía un rato más.

Nuestra vida se redujo a eso durante un par de meses. Con frustración, oí rumores que afirmaban que Fedra había tentado a Hipólito, pero no podía hacer nada para contradecirlos. Lo que más me preocupaba no era la reputación de Fedra, sino el peligro de lo que podía suceder cuando el rey volviera. Aguzaba constantemente el oído, pero seguía sin escuchar rumores sobre la fecha de regreso de Teseo. Y, con el tiempo, comprendí que el retraso era bueno para nosotras, porque aunque lavaba las sábanas y las prendas de Fedra con la regularidad de siempre, después de la desgraciada noche, en la que limpié tal cantidad de sangre que habría dejado seca a cualquier mujer, no volví a ver ni una sola mancha más. No sabía cómo abordar el tema con ella, y tampoco sabía si Fedra entendía o era consciente de por qué razón le costaba mantener en el cuerpo todo lo que comía. Le sugerí la posibilidad de hablar con Medea, la bruja, que tal vez tendría alguna poción para solventar el problema antes de que fuese demasiado tarde, pero cada vez que lo intentaba, Fedra se encerraba en su alcoba, una cárcel dentro de una cárcel.

Creía que nadie circulaba nunca por nuestro pasillo, pero alguien debía de hacerlo, porque de vez en cuando recibíamos pequeños obsequios, ramitos de flores silvestres y, en un par de ocasiones, una pastilla nueva de jabón. Los metía en nuestras habitaciones y no le decía a Fedra de dónde habían salido, pero estaba segura de que venían de manos de una mujer, o incluso de varias mujeres. Pequeños regalos sencillos de parte de mujeres que entendían lo que le había pasado.

Fedra

Cuando mi vientre empezó a hincharse, no tuve más remedio que enfrentarme a la verdad. Iba a tener un bebé. Tal vez incluso más de uno, aunque Kandake me aseguró que había mujeres que engordaban más que otras, incluso tratándose de un primer hijo. Me dolían los tobillos, tenía constantemente un sabor de boca espantoso y mi rostro había adquirido un brillo poco natural.

Ni Kandake ni yo hablábamos sobre el problema aún más grande que tenía por delante, aunque, a menudo, las dos contemplábamos el mar e intercambiábamos miradas de preocupación. Teseo regresaría pronto a Atenas y yo llevaba en mi vientre el hijo de otro hombre. Me habían violado, pero no sabía si Teseo se lo creería o si tan siquiera le importaría. Tenía dos alternativas, o contarle la verdad o utilizar la excusa a la que recurrían siempre las mujeres en mi situación. Al final, Kandake decidió expresarlo un día en palabras.

—Teseo es seguidor del dios Poseidón, su padre. ¿Y si le dijerais que estabais sentada en la playa a la espera de su retorno y recibisteis la visita de su padre?

Me entraron náuseas solo de pensarlo, aunque sentía náuseas tan a menudo que también era posible que ambas cosas no guardaran relación.

—¿Es lo que le pasó a mi madre? ¿Es por esto por lo que le dijo a mi madre que estaba embrujada por Afrodita, contaminada de amor por un toro? No es verdad, ¿no?

—Por supuesto que no es verdad. —Kandake soltó una carcajada burlona—. ¿Cómo iba a ser eso posible?

—Pero Zeus… —empecé a decir. Pero me interrumpí. No, parecía imposible—. Entonces ¿por qué nació mi hermano tan deformado? ¿Quién era su padre?

—Cuando Minos, el príncipe Minos, nació, era como cualquier

otro bebé. Vuestro padre estaba muy emocionado por haber tenido otro hijo varón. Pero a medida que fue creciendo… —Hizo una pausa para coger aire. En todo el tiempo que llevábamos juntas, nunca la había oído hablar tanto rato seguido—. Empezó a adquirir otro aspecto. Y la gente empezó a hablar. Por eso vuestro padre mandó construirle una casa en el subsuelo. Para que nadie lo viera.

—Pero ¿de quién era hijo? —insistí.

Caí entonces en la cuenta de que conocía la respuesta. Fue como si el mundo empezara a girar vertiginosamente a mi alrededor; de no haber estado sentada, habría tenido que buscar con urgencia una silla. Durante toda mi vida, siempre había preferido a mi padre antes que a mi madre. Siempre lo había considerado mi progenitor más justo, mi progenitor más bondadoso. Era el padre que me había permitido pintar. Mi madre siempre había sido mucho más estricta y siempre me había resultado mucho más difícil llevarme bien con ella. Siempre había tenido la sensación de que yo no era de su agrado. Aunque quizá mi madre siempre intentó decirme que el mundo era un lugar cruel, que no debía confiar en los hombres. Por primera vez entendía por qué las amazonas vivían como vivían. Y, no sin una punzada de autocompasión, pensé que probablemente la madre de Hipólito se sentiría avergonzada si hubiera sabido lo que había hecho su hijo. Igual que yo me sentía avergonzada al pensar en mi bondadoso y cariñoso padre, que había sido capaz de expulsar a su propio hijo de casa cuando no era más que un niño. Medea me había preguntado por qué Minos vivía en el laberinto. Y ahora tenía la respuesta, y lo entendía todo mucho mejor de lo que me habría gustado.

Como si me leyera los pensamientos, dijo de repente Kandake:

—Lo encerraron bajo tierra. Era un niño encantador. Muy bueno. Le dije un día a vuestra madre: «Dejadme quedarme con él. Podría llevármelo a la granja de mis padres. Mi hermano nos ayudaría. Y vos podríais venir a visitarlo. Pero no lo encerréis bajo tierra». Y vuestra madre accedió y empezó a prepararlo todo. Pero vuestro padre se enteró del plan y dijo que para su hijo sería una vergüenza criarse en una granja. No lo avergonzó, sin embargo, encerrarlo en una cueva.

Dejó de hablar. Me quedé mirándola, boquiabierta; fue como si le hubiesen sacado el tapón a una bota de vino llena a rebosar. Mi

hermano era un hermano de verdad, no un hermanastro. Era como mínimo diez años mayor que yo y a mí siempre me había gustado ir al subterráneo a visitarlo. Ariadna y yo lo llamábamos el rey del laberinto. Habíamos pasado horas aprendiéndonos los caminos para poder ubicarnos sin dudas ni vacilaciones. Mi hermano había hablado con el personal de cocina para que en su guarida siempre hubiera una reserva preparada de mis dulces favoritos, me acariciaba el cabello cuando no me sentía bien y me dejaba tumbarme en su cama. Era muy bueno, como Kandake acababa de decir. Y no solo conmigo; había oído comentar entre los criados que preferirían trabajar con él y ganarse una sonrisa en privado que servir las comidas lujosas que disfrutaban los reyes en el Gran Salón. Y aun así, a Ariadna y a mí siempre nos habían dicho que debíamos mantener en secreto su existencia, que jamás debíamos contradecir los rumores de que en el laberinto vivía un monstruo, que la seguridad de Creta dependía de ello.

—¿Qué hiciste, Ariadna? —dije en voz baja, porque Kandake, sumida en sus tristes recuerdos, había dejado de escucharme.

Ariadna quería a Minos tanto como yo, lo sabía. Porque hasta donde alcanzaba a recordar, yo siempre había correteado detrás de mi hermana mayor y mi hermano mayor, que andaban por delante de mí con las manos entrelazadas. Juntos habían planificado y jugado a un montón de cosas. Aprendieron el arte de la esgrima e incluso intentaron criar pollitos. Cuando Minos expresó su pesar por no poder recibir las enseñanzas de un tutor, como sí hacíamos nosotras, Ariadna había repetido todas sus lecciones para él, por mucho que a ella no le gustara nada estudiar. Pero a pesar de todo eso, Ariadna había guiado a Teseo directo hacia nuestro hermano. No lo entendía. No podía perdonárselo. Y a mí no se me había permitido expresar en público toda aquella angustia. Tal vez, de haber podido hacerlo, no habría iniciado el camino que me había llevado a contraer matrimonio con Teseo y a trasladarme a Atenas. Kandake y yo seguimos sentadas y sumidas en el más absoluto silencio.

La sugerencia que había hecho Kandake no paraba de dar vueltas en mi cabeza. Si le contaba a Teseo que el bebé era hijo de Poseidón, si afirmaba aquello en público, mi esposo no podría negar la existencia de la criatura ni mancillar mi nombre. Había oído que el

coro nocturno hablaba sobre Hipólito y sobre mí, pero cuando lo oía, me tapaba los oídos y al cabo de poco rato, incluso dejando de bloquear el sonido, ya no oía nada. No creía, sin embargo, que Teseo prestara atención al coro, ni aunque pudiera oírlo. Y si Poseidón era su padre, incluso podría acabar sintiéndose forzado a adoptar el bebé y nombrarlo su heredero.

Por mucho que ahora mi padre me inspirara repulsión, me habría gustado que estuviera aquí para preguntarle acerca de cuál era el camino que debía tomar. O incluso mejor que eso, para pedirle que nos proporcionara un barco a mi bebé y a mí y me permitiera volver a Creta. Desapareceríamos por la noche y reapareceríamos en Creta. Y también podríamos decir que todo había sido obra de un dios. De Helios y sus carros de fuego, los mismos caballos dorados que habían conducido a Medea a Atenas, o eso contaban al menos.

Me di cuenta entonces de que si no iba con cuidado, acabaría perdiendo la fe. Estaba pensando igual que Medea, que no había dioses, solo humanos llenos de defectos que buscaban algo o a alguien a quien echar sus culpas; las hazañas que luego se atribuían.

Necesitaba hablar con alguien. No quería ver a mi prima Medea. No soportaría sus miradas desdeñosas, que no pudiera creerse que yo llegara a ser tan ingenua. Recordé entonces al anciano con el que había hablado al poco de llegar a Atenas. Trifón se llamaba. Había sido consejero del antiguo rey y me había hablado con gran amabilidad. Seguro que podría darme el consejo paternal que tanto necesitaba.

Le pedí a Kandake que preparara el encuentro. En mis aposentos, por supuesto. Cuando pensaba en salir de ellos me quedaba petrificada, aterrorizada por la posibilidad de poder cruzarme con Hipólito. Me había dado por muerta, ¿qué le impediría hacer realidad su intención?

Trifón

Estaba sentado en mi habitación, bebiendo vino mientras reflexionaba sobre la anarquía generalizada en la que estaba sumida la corte y en las maquinaciones políticas que proponía Teseo, cuando una criada llamó a la puerta. La reconocí al instante, aunque fingí ignorancia. Era la criada de Fedra, Kandake.

—Señor… Traigo un mensaje de la princesa… De la reina, quiero decir —dijo dubitativa con la bella lengua que en Creta hablaban incluso las criadas.

—¿Sí? —repliqué.

Hablé esforzándome por mostrar un tono despreocupado, incluso algo enojado por haber visto interrumpido el placer de una copa de vino. Pero por dentro hervía de excitación. Todos mis instintos me decían que me hallaba ante la oportunidad que estaba esperando.

—A la reina le gustaría mantener un nuevo encuentro con vos. ¿Para cenar, tal vez? ¿Mañana por la noche?

Aquello era de lo más directo, y auguraba buenos presagios. Incluso así, fruncí el entrecejo.

—No me resulta muy conveniente. Aunque, por supuesto, se trata de la reina. Muy bien. Pero debería venir ella aquí.

Para asombro mío, la criada negó con la cabeza.

—No, no abandonará sus aposentos. La cena ha de ser allí.

Sorprendido, y ante el temor de ser rechazado si ponía alguna objeción, me limité a hacer un gesto de asentimiento. La criada se marchó tan silenciosamente como había llegado. Bebí otro trago de vino y reseguí con el dedo los nudos de la madera de la mesa que tenía delante de mí. Una mesa que a buen seguro sería mucho mejor que cualquier cosa que la reina tuviera en sus estancias. Y mi vino también sería mejor que el que pudiera conseguir su criada. Pero se negaba a abandonar sus aposentos. Y además, después de

consultar con mis fuentes, me informaron de que nadie la había visto desde hacía al menos cuatro lunas. Ahora sí que me picaba de verdad la curiosidad.

Soy un anciano que no se ha casado nunca y me perdonaréis por no haber caído en la conclusión más obvia. Pero cuando aquella noche entré en sus estancias, llevando conmigo una pequeña jarra de vino, comprendí al instante por qué no había salido de allí.

No dije nada. Me limité a inclinar la cabeza, decir «Mi reina» y dejar que la criada me indicara dónde debía tomar asiento. La estancia apenas disponía de espacio para sentarme, puesto que la mesa había sido trasladada a un lado para permitir que Fedra y su abultado vientre pudieran moverse con comodidad.

—Espero que se me disculpe por tanto secretismo y subterfugio —dijo Fedra con un tono de voz maravillosamente lírico—. Pero como ves, no soy yo. —Y señaló su vientre con impotencia.

—Sí, ya lo veo, señora —repliqué, sin quererme comprometer a nada más en aquella fase del encuentro.

—No es un feliz acontecimiento —continuó diciendo con los ojos llenos de lágrimas.

Y mientras hablaba, la criada me puso delante un plato de comida y sirvió mi vino en una copa. Me parecía poco sensible empezar a comer, pero sí le di un sorbo al vino e hice un gesto de asentimiento compasivo, con el que pretendía animarla a seguir hablando.

Abrió la boca, la cerró y volvió luego a abrirla. Y entonces su rostro se derrumbó y dijo de pronto:

—Hipólito me violó.

No puedo afirmar que me llevara una gran sorpresa. Siempre había pensado que Hipólito estaría consagrado a la diosa hasta que llegara el día en que acabara dando rienda suelta a sus instintos más bajos. Pero igualmente abrí los ojos y dije:

—El príncipe. Oh, pobre, pobre niña.

Se puso a llorar de verdad. La criada me pasó un paño, que le entregué, supongo que para que se sonara. Le di unos golpecitos de consuelo en la mano e intenté recordar el papel que me había asignado a mí mismo, el de padre sustituto para una criatura que estaba muy lejos de casa, mientras mi cabeza se apresuraba a decidir cómo aprovechar al máximo aquella información.

Empezó a hablar de nuevo, con la voz alterada por el llanto, y tuve que aguzar el oído para comprender qué estaba diciéndome. Por lo que pude entender, me pedía consejo acerca de hacer pasar al bebé por hijo del dios Poseidón.

—Podríais, pero Teseo mataría al niño —dije sin poder evitarlo.

Me miró, sorprendida.

—¿Lo mataría si fuese hijo de un dios? ¿O si todo el mundo pensara que es hijo de un dios?

—Sí, sin la menor duda —respondí—. Teseo es un hombre duro. Imagino que no sería evidente que él fuera quien matase al niño. Supongo que podría camuflarlo como un accidente de carro o un ahogo casual. En vuestras manos, seguramente.

Parpadeó. Estaba tal vez delante de una chica que empezaba a comprender por vez primera en qué mundo vivía.

—Y entonces ¿qué hago?

Tenía los ojos muy azules, abiertos de par en par. Por un momento me abrumó la posibilidad de guiar erróneamente a aquella joven inocente, o de aprovecharme de ella igual que habían hecho todos los hombres que se habían cruzado en su vida.

Si hubiese sido mi hija, le habría preguntado, o más probablemente le habría preguntado a su criada, si había ya superado el punto en el que unas cuantas hierbas podrían quitarle el problema de encima. Pero intuí que lo que Fedra esperaba de mí no era la respuesta de un padre.

—Tendré que pensarlo —respondí muy despacio—. ¿Me concederéis un tiempo para hacerlo?

—La princesa no dispone de un tiempo infinito —dijo la criada, interviniendo.

Por aquella conducta insolente tan excepcional y el tono de preocupación de su voz, llegué a la conclusión de que también ella habría estado reflexionando sobre algunas hierbas que pudieran curar el estómago revuelto de la princesa. Pero no estaba seguro de que fuera aquel el camino adecuado. Empecé a vislumbrar un plan, pero necesitaba formularlo correctamente y lejos de la mirada de aquellos ojos del color de la flor del aciano.

—Tómate todo el tiempo que necesites —dijo con resolución Fedra—. Puedo esperar.

Incliné la cabeza y me levanté, sin haber comido nada.

—Creo que debería marcharme para permitiros descansar. Comeré en mis aposentos.

—Prepararé un cuenco para que os lo llevéis —dijo la criada, pero solo después de que Fedra le lanzase una mirada.

Imaginé que no era hombre de su agrado. Y no sería la primera persona de esa opinión.

—Gracias, aceptaría encantado —dije—. Un viejo soltero como yo pocas veces tiene la oportunidad de saborear las deliciosas comidas que prepara la criada de una dama.

El cumplido no tuvo ningún efecto, aunque tampoco esperaba que lo tuviese. Salí de los aposentos de Fedra y le indiqué a la criada con un gesto que viniera luego con la comida. No quería que nadie me viera llevando comida por los pasillos como si fuese un criado.

Cuando volví a mis estancias, me serví otra jarra de vino. La princesa me había entregado un regalo de verdad, una oportunidad de derrocar a Teseo, siempre y cuando, eso sí, gestionase con cuidado la información. Fedra confiaba en mí, razón por la cual no me preocupaba la posibilidad de que no siguiera el camino que yo le indicara. Pero tenía que reflexionar sobre qué camino indicarle.

Por un lado, pensé, mientras tamborileaba sobre la mesa con los dedos de la mano izquierda, Teseo amaba a su hijo Hipólito por encima de todo. Eso era un hecho irrefutable; se sentía orgulloso del chico, por mucho que yo no entendiera por qué. Ignoraba los pecados de Hipólito como jamás los habría ignorado en cualquier otro hombre.

Pero, por otro lado, estaba su preciosa democracia, su oportunidad de ser padre de algo más que de un hijo humano, el legado que quería dejar al mundo. Sin ello, no era más que un aventurero sin principios que había engendrado un hijo repugnante. Sin aquel nuevo sistema político, nadie, en los años venideros, conocería la frialdad de Teseo y su mentalidad clínica, y Teseo quedaría reducido a un secuaz de Heracles, el hombre que raptó a una amazona, que secuestraba jovencitas y que mató al Minotauro. Quedaría ubicado en la misma categoría que Jasón, que Pericles, como uno más de los numerosos héroes que afirmaban ser semidioses; estupendos protagonistas de muchas historias,

especialmente si eran cantadas por bardos, pero eso era todo. Y Teseo quería más. Quería ser un hombre de Estado.

La copa de vino se había quedado vacía y le indiqué a mi criado, con un gesto de irritación, que me sirviera más. No podía permitirme distracciones. Teseo tendría que elegir entre acudir al rescate de su hijo o continuar con su carrera política. Y cuando me acordé de lo que nos había dicho sobre su plan de hacer justicia bajo aquel nuevo sistema de gobierno en manos del pueblo, esbocé una sonrisa.

¿Sometería la vida y la libertad de su amado hijo a la decisión de un tribunal, al voto emitido por los hombres de Atenas? Los hombres podían llegar a ser muy caprichosos, y por mucho que Hipólito tuviese amigos, Teseo no era precisamente del agrado de muchos. Vislumbraba cuál podría ser el resultado.

Una tosecilla me importunó, y cuando me giré para gritarle algo a mi criado, descubrí que quien estaba detrás de mí no era él, sino Kandake, la sirvienta de Fedra, con un plato en la mano. Acepté el plato con un conciso saludo y ella dio media vuelta dispuesta a marcharse, pero se volvió de nuevo.

—Señor, por favor, la princesa ya ha sufrido bastante.

—Lo entiendo —dije—, pero es más fuerte de lo que te imaginas.

—¿No podríais disponerlo todo para que regresara a Creta? —suplicó la mujer, sin dejar de frotarse las manos con nerviosismo—. He oído decir que poseéis dinero y recursos. Tal vez sería posible preparar un barco y…

Pero las palabras murieron en sus labios y me miró. Ya había revelado suficiente de mi persona y no podía hacer nada al respecto. La criada entendió que yo no le facilitaría un barco.

—Me ha pedido ayuda y se la brindaré —dije en voz baja—. Esta corte es peligrosa y no puedo garantizar su seguridad, pero intentaré ayudarla.

La criada asintió con tristeza. Tampoco ella podía hacer nada más. Abandonó la estancia y me pregunté por qué habría mujeres que amaban tan profundamente a aquellas a las que servían.

Kandake

Abandoné los aposentos de Trifón con cierto amargor de boca. No ya porque no me gustara aquel hombre, sino porque no me fiaba de él. Si tanto le importaban las mujeres a Trifón, ¿por qué no se había casado? Si era un hombre paternal, ¿dónde estaban sus hijos?

Pero no le dije nada de todo aquello a Fedra. Cuando regresé a nuestras estancias, me fue imposible comentarle nada porque estaba profundamente dormida. Por primera vez desde el día de los sucesos del bosque, su rostro parecía relajado y libre de preocupaciones. Pensé en lo mucho que me gustaría poder compartir su sensación de alivio.

Esperaba que Trifón nos hiciera llegar un mensajero a la mañana siguiente, razón por la cual me pilló totalmente desprevenida que llamaran a la puerta mientras estábamos desayunando y al abrir encontrarme con Trifón en persona. Intenté disimular mi sorpresa farfullando que a prepararía enseguida a la princesa para recibir visita.

En cuanto se reunieron, me senté en mi habitación con la puerta entreabierta y presté atención. De inmediato, Trifón tomó las manos de Fedra entre las suyas como ya había hecho el día anterior, un gesto que me provocó un escalofrío, pero que a Fedra no pareció molestarle. Entonces la miró a los ojos y dijo:

—Majestad, he estado pensando mucho en vuestra situación.

Fedra asintió. Se encontraba de espaldas a mí, de modo que no podía verle la cara, pero me la imaginé: sus ojos azules abiertos y confiados, sus mejillas ruborizadas y su piel resplandeciente por el bebé que llevaba en el vientre. No dijo nada y se quedó a la espera de que Trifón le expusiera su plan.

—¿Os ha hablado Teseo de los planes que tiene para Atenas? ¿Del gobierno del pueblo…?, ¿de la «democracia», como le gusta llamarlo?

Negó con la cabeza. Por supuesto que no. Teseo apenas había cruzado dos palabras con ella desde la llegada de Fedra a Atenas.

—Como parte de ese plan, Teseo pretende establecer una corte, no un palacio como este, sino una corte de justicia, un tribunal. Imagino que sabréis que actualmente, si se comete un crimen, el rey es la corte que decide si el acusado es o no culpable y el castigo que se le debe imponer. Pues bajo este nuevo sistema, los hombres de Atenas actuarían como jurado, escucharían el caso y decidirían si el acusado es culpable o no.

Empecé a notar humedad en las manos y, al bajar la vista, descubrí que me había clavado las uñas en las palmas con tanta fuerza que me había hecho sangre. No me gustaba nada el rumbo que estaba tomando aquello.

—Sugeriría que os presentaseis al criterio de esta nueva corte y le pidieseis que declarara culpable a Hipólito.

Contuve la respiración, pero no me moví de mi habitación ni hice esfuerzo alguno por interrumpir.

—Creo que no has entendido mi relación con Teseo —dijo Fedra—. Teseo jamás aceptará mi palabra contra la de su hijo.

—Pues ahí radica la belleza del nuevo sistema que desea introducir —dijo Trifón, cuyos ojos brillaban con regocijo—. Él no podrá decidir. Tendrá un solo voto, el mismo que cualquier otro hombre.

—Comprendo —dijo Fedra, aunque poco convencida. Y era normal, yo tampoco estaba para nada convencida.

—Todo el mundo sabe cómo es en realidad Hipólito. Es vuestra oportunidad de posicionaros.

—Sí —dijo lentamente Fedra—. De posicionarme. Contra Hipólito. Contra todos los jóvenes que piensan que pueden aprovecharse de una mujer indefensa. Y contra el hombre que le dio a entender a Hipólito que podía hacerlo.

—Contra Teseo. Contra el hombre que os puso en ese peligro. Contra el rey —dijo Trifón en voz baja.

Vi que Fedra levantaba la cabeza al oír aquello. Pensé que Trifón seguiría explicándose, pero de pronto se calló.

—Señora, no he desayunado todavía y he interrumpido vuestro desayuno. Son decisiones que no deben tomarse con el estómago vacío. Os dejo tiempo para que os planteéis vuestras opciones. No se

puede hacer nada hasta que Teseo vuelva a casa, y en los próximos días no se espera aún su llegada.

No sabíamos que se le esperara. Visitaba a diario las cocinas y los lavaderos y no había visto ni oído nada que sugiriese que Teseo estaría pronto de regreso. Me estremecí; aquel tal Trifón, que parecía andar metido en todas las salsas, no me gustaba nada.

Trifón se volvió, dispuesto a marcharse, y Fedra, pesada como estaba, se levantó a la vez.

—Gracias —dijo.

—Pensadlo bien —le aconsejó Trifón—. Un juicio tal vez no sea una perspectiva agradable que contemplar, aunque la mayoría de la corte esté de vuestro lado. Significará revivir aquel mal momento. No puedo pediros que lo hagáis si no os sentís lo bastante fuerte para ello.

¿Y por qué tendría que pedirle algo a Fedra? Pero por mucho que ese hombre siguiera aquí, yo no podía formularle todas las preguntas que Fedra debería haberle formulado. Esperé a que se fuera y pensé mientras en cómo sacar a la luz mis objeciones. Sabía perfectamente bien que debería hablar con mucho tiento.

No hice comentarios sobre la conversación durante todo el tiempo que me fue posible hasta que al final, a última hora de la tarde, mientras Fedra estaba sentada mirando por la ventana y yo trabajaba en mis bordados, dije:

—Disculpadme, señora, pero ¿os sentís plenamente satisfecha con el plan de Trifón?

Volvió rápidamente la cabeza.

—¿Y por qué no debería sentirme satisfecha, Kandake?

—¿No creéis que tal vez se precipita un poco al empujaros hacia un camino que podría costaros más caro que barato? —Mi tono sonó dubitativo, pero no quería que se enfadase.

—No creo que esté empujándome en absoluto, Kandake. Creo que le he pedido consejo y me lo ha ofrecido. Y, de todos modos, ¿qué otras alternativas tengo? ¿Fingir que un dios engendró a mi bebé? Ya lo has oído, acabaríamos muriendo los dos.

—¿Y quién dice que no moriréis igualmente?

Nos miramos. Fedra tenía unos ojos penetrantes, los ojos de su padre, pero le sostuve la mirada. Hasta que al final parpadeó y apartó la vista.

—Bueno, al menos es un plan —murmuró.

La conclusión que obtuve de aquella conversación fue que era posible convencerla de probar un plan distinto. Yo no tenía los contactos que tenía Trifón, pero durante el breve tiempo que llevaba en el palacio me había encargado de averiguar quién podría ocuparse de nosotras en caso de necesitar ayuda; carecía de dinero, pero podía utilizar el nombre de Minos, conocido por su riqueza. Si luego el rey convertiría en realidad las promesas que yo pudiera hacer era una verdadera incógnita, pero siempre me quedaría el recurso de implorar a Pasífae y, además, en cuanto estuviéramos lejos de Atenas, sería más difícil causarnos problemas.

Para un mandado de este tipo no hay que dirigirse a las criadas que ofrecen refinados servicios a los adinerados, sino que hay que hablar con las mujeres de las cocinas, con las que se encargan de cocinar para todo el palacio. Y esas mujeres son iguales en todo el mundo, por lo que parece: mujeres grandes con antebrazos potentes o mujeres esqueléticas de musculatura fibrosa. Ambos tipos de mujer son capaces de mover cacerolas más grandes que un hombre y ambos tipos de mujer siempre conocen a alguien, bien sea un hermano, un compañero de fatigas o incluso una anciana con reputación de dominar las artes de la brujería y capaz de proporcionarte lo que necesites, por ilegal que pueda ser.

Muchas criadas de grandes señoras tratan con mala educación al personal de las cocinas, puesto que creen que sus señoras siempre se comportarán perfectamente y nunca necesitarán de este tipo de ayuda. Pero tarde o temprano, todos acabamos incumpliendo unas normas que nosotros no hemos creado.

Unas pocas preguntas discretas me llevaron aquella misma noche a un oscuro pasadizo de la parte más tenebrosa del palacio. No hacía frío, pero empecé a temblar y me envolví bien con mi peplo. No es que Creta fuera un lugar perfecto, pero sabía que en su palacio no estaría tan preocupada por lo que pudiera pasar. Cnosos también tenía rincones oscuros, pero al menos existía cierto civismo, sobre todo con respecto a las mujeres de mediana edad como yo. En Atenas, sin embargo, no había tantos escrúpulos, y más ahora con el rey ausente.

Olí la presencia del hombre incluso antes de verlo, una combinación fétida de alcohol y grasa de buey que inundó de

pronto el pasillo. Se detuvo delante de mí, tan pequeño que parecía una rata. Sorbió los mocos y se limpió la nariz con la mano. Apreté los dientes. No me había imaginado que pudiera ser un hombre tan desagradable.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos por aquí? ¿No andas un poco lejos de tus habitaciones? —masculló.

Por un instante pensé con temor que tal vez no fuera mi contacto, sino un simple oportunista con el que me había tropezado en el momento más inadecuado. Pero enseguida me serené y me dije que evidentemente nadie iniciaría nunca una conversación ofreciendo un servicio ilegal.

—Lucía, la de la cocina, me dijo que por aquí encontraría un hombre que podría brindarme su ayuda.

Hablé con voz firme y me recordé una vez más que yo no era una joven doncella como Fedra, sino una mujer madura capaz de cuidar de sí misma y de protegerse de roedores como aquel hombre. El tipo sorbió asquerosamente por la nariz y dijo:

—Lucía habla mucho. ¿Tienes dinero?

—Puedo hacértelo llegar. Cuando el trabajo esté hecho.

Contuve entonces la respiración, consciente de que esa era la parte más precaria del plan.

—Veamos. ¿En qué consiste el asunto?

—Trabajo para una dama de alta cuna y necesito un medio de transporte para que ella y una acompañante puedan regresar a su lugar de origen. Cuando lleguemos allí, su padre pagará generosamente.

El hombre se balanceó sobre sus talones y se sorbió de nuevo los mocos, aunque no dijo nada.

—De modo que si la joven dama es en la que estoy pensando, su padre no anda corto de fondos, ¿verdad?

Asentí.

—En ese caso, ¿por qué no envía su padre a sus propios hombres para que vuelva a casa?

Era una buena pregunta, que ni siquiera me había planteado, y me esforcé en responderla.

—No es tan sencillo. A estos niveles, siempre hay cuestiones políticas de por medio. Si envía a alguien para que su hija pueda volver a casa, se convertiría en una declaración de guerra.

—Pero ¿no sería de esperar que la joven dama regresara a su tierra por voluntad propia, siendo como es una chica hermosa que está casada con un hombre que le dobla la edad y que además no para mucho por casa?

Volví a asentir.

—La verdad es que no estoy seguro de que llegara a declararse una guerra, y las guerras me traen sin cuidado —reconoció—, excepto cuando hay cosas que comprar y cosas que vender, lo cual suele ser frecuente en tiempos de guerra. Pues muy bien. Puedo procurarte una barca para ti y tu joven señora. Aunque tendréis que dejar aquí todas vuestras elegantes pertenencias. No habrá espacio para nada.

Visualicé el pequeño baúl con unos cuantos quitones y un peplo de recambio e intenté no esbozar una sonrisa. Ninguna princesa había viajado nunca con un equipaje tan escaso.

—Me parece bien —respondí en voz baja.

Me dio el precio. Era más bronce del que yo había visto junto en toda mi vida, y aunque no creía que fuese una cantidad que le hiciera perder el sueño a Minos, contraataqué con una oferta por la mitad. Era lo que aquel hombrecillo tenía que esperar que yo hiciese si realmente estaba siguiendo el mandato de la autoridad del rey. Me ofreció entonces un segundo precio, algo más elevado que mi contraoferta, aunque nada que ver con la cantidad inicial, y lo acepté con satisfacción.

—Viajaréis de noche. ¿Sabes si alguien vigila a la dama?

—No que yo sepa —respondí, sorprendida por la pregunta. Nunca había visto ni guardias ni espías, pero de repente me sentí como si todas las paredes tuvieran ojos y todas las puertas oídos. Pensé que había sido muy ingenua.

—Haré unas cuantas comprobaciones y preguntas. Si no tienes más noticias de mí, da por sentado que podremos partir. Nos veremos en las puertas de palacio de aquí a dos noches, cuando la luna esté en lo más alto. Si alguien os acompaña, no habrá nadie esperándoos y tampoco ninguna barca, ¿entendido?

—Entendido —dije, aunque no estaba segura del todo. Pero lo que el hombre dijo a continuación quedó mucho más claro.

—Voy a ayudar a una joven dama a volver con su padre. No tengo ningún interés en ayudar a escapar a una pareja de amantes.

¿Me he explicado bien? Si os acompaña algún joven, os quedaréis solas y me ganaré un buen dinero informando a las autoridades pertinentes del intento de fuga de la joven dama.

Sorbió los mocos con exageración y recordé que la corte era un hervidero de rumores sobre un supuesto romance entre Hipólito y Fedra. La idea de poder estar confabulando para que la pareja se fugase me parecía absurda, ridícula hasta el extremo, pero era evidente que aquel hombre no tenía forma de saberlo.

—Te aseguro que no es el caso —repliqué con frialdad.

El hombre se despidió levantando la cabeza con altanería y se marchó, dejando tras él una estela de olor fétido. Me recosté en la pared e intenté recobrar el aliento. Le había prometido a aquel hombre más dinero del que podría ganar en toda su vida, pero si me brindaba lo que había prometido, el precio a pagar habría merecido la pena. Sin embargo, no estaba segura de que pudiera llegar a hacerlo y, por otro lado, tenía aún ante mí la tarea de convencer a Fedra de que aquel era el camino correcto que debíamos seguir.

Medea

Anhelaba reanudar mis paseos nocturnos, pero Agneta me había hecho prometerle que esperaría a que regresase Teseo y a que se alcanzase cierto nivel de orden para retomarlos. Deambulaba arriba y abajo por mis aposentos, incapaz de encontrar algo útil que hacer y aburrida a más no poder.

Al final, un día me abordó Casandra.

—Señora —dijo, empleando un tono cortés excepcional en su voz—, tengo noticias. Los hombres saldrán mañana de caza y no se espera que vuelvan hasta dentro de una semana.

La miré rebosante de alegría. Llevaba tanto tiempo encerrada que incluso el hecho de que me hablaran me ponía la piel de gallina.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Porque pensamos que os gustaría aprovechar la oportunidad. Para pasear —respondió Agneta.

Las miré a las dos furibunda.

—No necesito el permiso de nadie para dar un paseo. Una manada de jovencitos no me amedrenta en absoluto.

Asintieron y se retiraron para ocupar su tiempo tejiendo o con cualquier otra tarea que tuvieran entre manos. Ninguna de las dos me miró a los ojos. Y al final claudiqué.

—Pero sí, mañana por la noche sería una buena ocasión para dar un paseo. Una noche que he elegido yo independientemente de lo que me hayáis contado, ¿lo habéis entendido bien, chicas? —Nadie dijo nada—. ¿Lo habéis entendido bien, chicas? —repetí, más fuerte, y murmuraron unas palabras de asentimiento.

La noche siguiente salí a deambular por los pasadizos una vez más, y me sentí mucho mejor. A pesar del calor, decidí seguir cubriéndome con mi disfraz oscuro.

Cuando el paseo me acercó a los aposentos de Fedra, empecé a

darle vueltas a la posibilidad de huir a Creta. Por lo que había oído decir, el rey Minos no era un tipo simpático, pero la reina Pasífae era mi tía, aunque no nos conociéramos. Podría presentarme allí con noticias de su hija, que a buen seguro estarían ansiosos por recibir. Y en cuanto me hubiera instalado, pensaría en la mejor manera de camelar al rey y a la reina y de garantizarme una estancia algo más prolongada. Me pregunté a cuál de mis dos criadas me llevaría. A Agneta, sin lugar a dudas. Casandra resultaba útil, pero había nacido y se había criado en Atenas y no estaba segura de que quisiera abandonar una corte a la que se había adaptado tan bien para sobrevivir en ella.

Seguí reflexionando, aunque en ningún momento permití que mis pensamientos recayeran en Jasón. Jamás pensaba en él, nunca desde aquel día en que, con sus lágrimas de cocodrilo y su lloriqueo resonando en mis oídos, abandoné la corte de Corintio convertida en una exprincesa nómada sin hogar. En el palacio no se enteraron de que me marchaba hasta que ya me hube embarcado, instante en el cual la corte entera bajó corriendo a la playa para reprenderme. Todos habían caído víctimas de las mentiras de Jasón, o les había convenido creerlo, imagino. El padre de su nueva esposa lo había acompañado; lo vi agitar su garrote pidiendo que la maldición de los dioses cayera sobre mí. «¡Eres una mujer antinatural! —creo que me gritó—. ¡No puedes ser llamada madre!». ¿Y qué tipo de padre era él? Su hija se había quedado con Jasón, y al menos mis hijos se habían librado de él.

Me había escabullido de la corte de noche y el barco había zarpado por la mañana, una mañana hermosa y despejada. Recuerdo los rayos de sol calentándome la espalda y deslumbrando a los rabiosos espectadores que se habían apiñado en la orilla. Y recuerdo también cómo eché la cabeza hacia atrás, aliviada, y tuve la sensación de que la luz emanaba de mi propio ser. Me sumergí en aquel calor, aunque no podía durar. Imagino que el hecho de que mi barco pareciera irradiar luz dio credibilidad a los rumores de que el dios Helios había pergeñado mi huida. Pero mis pensamientos volvían siempre, no a Jasón, sino al pequeño cuerpo que sujetaba con torpeza entre sus fornidos brazos, y se me encogió el corazón al pensar que era capaz de maltratar al bebé incluso muerto. Pensar en Jasón era recordar a mis hijos, y no podía

permitírmelo. O no podía permitírmelo y conservar a la vez la cordura.

De modo que dejé correr mis pensamientos hacia el futuro y en lo que necesitaríamos para un viaje, cosas como mantas, así como en la forma de conseguir un barco y otras cuestiones prácticas que habría que resolver. Los pensamientos de colores brillantes como alas de mariposa nunca duraban mucho tiempo en la oscuridad. Seguí caminando y aproximándome a las estancias de la princesa cretense, porque para informar a sus padres necesitaría tener las noticias más recientes posible.

Llevaba varias lunas sin verla y mi conocimiento sobre cuál era su estado actual era difuso, en el mejor de los casos. Siempre podía inventarme cualquier cosa, claro está, pero estaba prácticamente segura de que Minos debía de tener espías en Atenas, y que mi información no coincidiera con la de ellos no me auguraría nada bueno.

Me detuve al llegar a los aposentos de Fedra. Esperaba que estuviera dormida, pero vi lámparas encendidas, luz que contrastaba con la oscuridad de la noche. Oí voces en el interior: la voz clara y musical de una mujer joven y el tono grave de un hombre mayor. Me acerqué con sigilo a la puerta y arrimé la oreja a la madera.

—¿Habéis pensado lo suficiente en mi propuesta, majestad? —preguntó el hombre.

—Lo he pensado —respondió ella— y…

—Esperad —dijo otra voz, interrumpiendo la conversación. Era la de una mujer de mediana edad, que no podía ser otra que la criada de la princesa. Recordé a la mujer en cuestión, ceñuda y complicada. ¡Y eso que pensaba que las únicas irrespetuosas eran mis criadas!

—Kandake —dijo la princesa, confirmando mi suposición—, no es momento de…

—Tengo un barco —dijo la criada. El ansia por soltar lo que llevaba dentro le hizo tartamudear—. Ya discutiremos los detalles más tarde, alteza, pero podemos irnos. Podemos volver a Creta, con vuestro padre y vuestra madre.

Me pregunté si llamarla «alteza» sería un error. Distinguí entonces un agujerito en la madera de la puerta y acerqué el ojo a

aquella improvisada mirilla. La visión de la estancia era sorprendentemente buena. El hombre era aquella araña vieja, Trifón. A la que no alcanzaba a ver era a la criada. Y entonces, Fedra se levantó y adiviné, por la redondez de su vientre y la delgadez de sus brazos, que estaba encinta. No me extrañaba que la criada quisiera sacarla cuanto antes de aquí. Me regañé por no haber vuelto antes a visitarla.

—No me llames «alteza», sino «majestad» —dijo Fedra, confirmando mis sospechas—. Soy la reina de esta corte, por mucho que nadie se comporte como si lo fuera. Soy la única reina que tiene esta corte. Habría que huir como un ladrón en plena noche —dijo, alzando la voz a la vez que construía su retórica—. Y no he cometido ningún crimen. No soy una adultera. He permanecido fiel a mi esposo.

«Continúa», pensé. Y me obedeció. Había decidido dar un discurso.

—He sido utilizada cruelmente y dejada de lado por mi propio hijastro. Y os digo a todos que se hará justicia. Los dioses fueron testigo de lo sucedido y no lo dejarán pasar. Teseo mató a mi hermano. Luego su hijo me robó el honor. El maestro Trifón me explica que en este tribunal se me puede hacer justicia. Y creo que esto es precisamente lo que los dioses desean que suceda.

Trifón aplaudió.

—Entonces, para dejarlo muy claro, majestad, ¿pretendéis pedir al tribunal de justicia que castigue a Hipólito por vuestra violación?

La voz de Fedra sonó limpia y apasionada:

—Sí.

Regresé con sigilo a mis aposentos, satisfecha con mi aventura nocturna. No podría haber elegido mejor noche para mi paseo. Ahora tenía que decidir cómo utilizar la información con la que acababa de hacerme. ¿Sería más valiosa para Teseo o para Minos? ¿O haría bien, quizá, prolongando un poco más mi estancia aquí?

ACTO III

EL JUICIO

Fedra habla y habla e Hipólito ya no aguanta más. Aparta de mala manera la mano de su padre, que lo contiene, y se pone en pie.

—¡Miente! —grita, con el tono de voz agudo de un chico muy joven.

Pero el grito resulta inaudible porque sus amigos se han puesto también en pie.

—¡Mentirosa!

—¡Bruja!

—¡Puta!

Es como si las palabras fueran piedras y Fedra se encoge cada vez que recibe el impacto de una de ellas. Los jóvenes se llevan a la cabeza el dedo índice de cada mano para imitar los cuernos de un toro y fingen empitonarse los unos a los otros sin parar de reír a carcajadas. Hipólito nota que el dolor que le revuelve el estómago comienza a apaciguarse. No es más que una mujer mortal, débil, falible. No debe tenerle ningún miedo.

Hipólito contiene un grito de dolor al notar una presión en el hombro. La mano de Teseo se hunde en su carne y nota el aliento caliente de su padre en el oído.

—Siéntate.

Y al ver que Hipólito, aturdido, no se mueve, añade:

—Confía en mí, Hipólito. Siéntate.

Coro nocturno

¡El rey regresa! ¡El rey regresa!

Han avistado su barco en el horizonte. Calculan que estará aquí en dos días.

¿Y qué hará cuando descubra lo que ha pasado aquí? Decía que quería un palacio como el de Creta. Y lo que encontrará es una guarida de osos enfurecidos.

No nos atrevemos a limpiar a conciencia; estamos al aire libre y por los pasillos el mínimo tiempo posible.

Por los pasadizos siguen pululando animales salvajes.

Hipólito ha liderado el desenfreno que vive el palacio.

¿Alguien ha visto a la reina? No desde… No desde entonces.

No, pero a juzgar por las comidas que prepara su criada y por la colada que limpia, es muy probable que la reina le tenga preparada una sorpresa al rey a su regreso. Una sorpresa que lleva seis ciclos lunares gestándose.

Sin embargo, el rey lleva siete ciclos lunares ausente. Será una auténtica sorpresa.

Esto no acabará bien.

Fedra

Cuando Teseo regresó, Trifón y yo nos preparamos para hablar con él. Teseo había reunido a sus amigos en el comedor para poder alardear de sus triunfos ante ellos. Esperé al otro lado de la puerta a que mi esposo empezara a hablar. Y entonces abrí la puerta e hice mi entrada, caminando de forma lenta y deliberada, con la mirada clavada única y exclusivamente en Teseo. Trifón había sido demasiado delicado para decirlo, pero mi vientre, que sobresalía con claridad de mi cuerpo, explicaría al tribunal todo lo que necesitaba saber.

Trifón había insistido en que me vistiera con un quitón blanco y me trenzara el cabello para asemejarme a Atenea. Me habría hecho portar una lechuza de haberla encontrado. Aquel quitón solía quedarme suelto, pero ahora se adhería a mi vientre firme y redondeado. El tribunal de justicia entero se quedó boquiabierto al verme desfilar lentamente hacia Teseo. Hacía meses que no veía a aquellos hombres, y era evidente que ninguno de ellos estaba preparado para la escena. Y por mucho que Trifón me hubiera advertido de lo contrario, no pude evitar mirar de reojo a Hipólito. Me dio la impresión de que iba a derrumbarse de un momento a otro.

Noté que el bebé se movía, que presionaba desde dentro contra mi costado. A diario me esforzaba por disociar el bebé del modo en que había sido concebido, pero al ver a Hipólito allí, delante de mí, caminando, respirando y viviendo la vida como si nada hubiera pasado, me entraron ganas de expulsar al pequeño de mi interior. Di un traspié. Nadie acudió a socorrerme, pero conseguí enderezarme y seguir caminando directa hacia el rey. Miré de nuevo a Hipólito que, blanco como una sábana, volvió la cabeza.

Imaginé que todo el mundo esperaba de mí que empezase a llorar, que me arrodillase, abrazase por las piernas a Teseo y

suplicase su perdón. Seguro que Teseo también esperaba eso, puesto que había extendido ya una mano benevolente hacia mi cabeza, pero me detuve lejos de su alcance, antes de que me tocara, me enderecé y dije:

—Señor, me alegro de que estés de vuelta. Durante tu ausencia se ha producido un grave quebrantamiento de las leyes de la *xenia* y de la relación filial. Tu hijo me ha violado y ahora estoy esperando un hijo suyo.

A mis espaldas empezaron los murmullos. Era una acusación muy seria y, además, el tribunal estaba repleto de hombres supersticiosos. Más de uno comentaba ya la mala calidad de la cosecha de este año. Trifón me había dicho que lo harían y que, si no lo hacían, él mismo iniciaría los murmullos. Y me había alertado de que oiría también otra palabra: Tebas. La ciudad de Tebas había recibido la visita de la peste, me había contado, y la creencia popular afirmaba que había sido provocada por las transgresiones de su joven rey, que se había casado con su propia madre. Aprovecharíamos a nuestro favor estas dos preocupaciones, había dicho Trifón.

—¡Mentiras! —gritó Hipólito.

Intentó huir, pero uno de sus amigos lo agarró por el brazo. Y el amigo repitió el grito, «¡Mentiras!», pero su voz sonó hueca. Sabía lo que había hecho Hipólito. Todos los sabían, aún no habiendo hecho nada al respecto.

Y entonces, Trifón dio un paso al frente. Con voz sedosa dijo:

—Teseo, se trata de una acusación muy grave. El chico debe tener la oportunidad de demostrar su inocencia, ¿no es así, señor?

La cara de Teseo se quedó blanca a pesar de su tez bronceada. No quiero vanagloriarme y pensar que aquel resultado tuviera algo que ver con la protección de mi virtud. Pero Teseo, que siempre iba dos pasos por delante, había visto de inmediato el camino por el que lo estaba conduciendo Trifón. Su hijo, su querido hijo, iba a ser juzgado y en el sistema de democracia que defendía, aquello significaba que no podría hacer nada para salvarlo. Justicia poética.

Hipólito tiró con fuerza para soltarse de su amigo, que le dijo entre dientes, en lo que consideró que era un tono de voz lo bastante bajo:

—No puedes irte, Hipólito, o pensarán que eres culpable.

Vi que Hipólito fijaba la vista en mi vientre. Y entonces avanzó titubeante hacia su padre y dijo:

—Yo no lo hice, *abba*.

Parecía un niño, y recordé que no tenía más que dieciséis años. Aunque era edad suficiente para hacerme el daño que me había hecho.

—Cállate, Hipólito —le ordenó Teseo—. Hablaremos en privado. Trifón, no es más que un niño. ¿Es necesario someterse a esta farsa?

—Por supuesto que no —respondió Trifón—. Vos sois el rey, señor. La decisión es vuestra.

Hipólito estaba temblando y sus hombros anchos parecían haberse encogido. Extendió una mano hacia mí, pero la retiró al instante cuando Teseo le lanzó una mirada furiosa.

—Hipólito, ¿no tenías que…? —Teseo se interrumpió y contuvo una sonrisa de suficiencia. A nadie se le ocurría una tarea que Hipólito pudiera desempeñar, ni siquiera a su padre—. ¿No tenías que cepillar a los caballos? —dijo finalmente—. Y Fedra, pareces cansadas. Deberías ir a acostarte.

Trifón me había comentado que era probable que el rey me ordenara retirarme, pero cuando empecé a caminar muy despacio hacia la puerta, me di cuenta de que si me iba ahora me encontraría a solas con Hipólito. Recordé los golpes que me habían propinado aquellos puños, que ahora Hipólito cerraba con la rabieta de un niño pequeño, y miré a mi alrededor, alarmada. Todos parecían ignorar el aprieto en el que me hallaba.

La ayuda llegó del modo más inesperado. La puerta se abrió un poco y una criada asomó la cabeza.

—Estamos aquí por la princesa —susurró con una voz apenas audible.

La chica bajó la vista, pero ya la había reconocido como la chica que me ayudó a volver al palacio después de sufrir el ataque de Hipólito. Los hombres la ignoraron por completo, pero cuando la chica abrió un poco más la puerta, vi que había varias criadas más. Caminé hacia ellas. La puerta se cerró a mi espalda y oí que los hombres proseguían su discusión, como si no tuviera nada que ver conmigo.

Las criadas formaron una falange a mi alrededor. Miré de reojo

e identifiqué a la criada que caminaba más cerca de mí, Kandake. Me sonrió, pero no hizo ningún intento de darme la mano. En absoluto silencio emprendimos el camino de regreso a mis aposentos, con las criadas marcando un ritmo de paso muy lento. De vez en cuando miraba a mi alrededor, perpleja. Aquellas mujeres, o al menos algunas de ellas, debían de ser las integrantes del coro nocturno. Y aunque pueda parecer grosero decirlo, ninguna era una belleza. A la mayoría les faltaba algún diente, unas cuantas eran obesas y había una tan delgada que no se la habría ni visto de colocarse de perfil. Pensé en que a Ariadna la llamaban «Ariadna, la del hermoso cabello» y recordé los muchos pretendientes que había tenido. Pero tal vez la belleza no fuera lo único que buscaban los hombres en las mujeres. Tal vez, cuando Hipólito me forzó, le importara menos mi aspecto que la necesidad de controlarme. De poseerme.

Cuando llegamos a mis aposentos, les di las gracias en un murmullo, asintieron todas en un gesto de reconocimiento y se marcharon.

—¿Lo has planeado tú? —le pregunté luego a Kandake mientras me cepillaba el cabello antes de acostarme.

Negó con la cabeza.

—No, simplemente pedí formar parte de ello —respondió, y siguió cepillando. Pero se detuvo unos instantes después—. Tampoco creo que fuera idea de Trifón.

Tampoco lo creía yo.

Trifón persuadió a Teseo para que hubiera un juicio, tal y como me aseguró que haría. Siete días más tarde estaba sentada en las rocas que daban al mar, observando mis pies colgando. A una distancia discreta, un guardia me vigilaba. Lo del guardia había sido idea de Trifón, que no sé cómo logró convencer a Teseo de que la idea había sido del propio Teseo. A mí me daba igual, porque por primera vez en mucho tiempo me sentía segura al salir de mis aposentos.

No podía evitar formularme constantemente una pregunta: ¿por qué no le habría hecho caso a Kandake y seguido su plan de subir a una barca y poner rumbo a Creta? De haberle hecho caso, en estos momentos estaría sentada en una playa cretense, custodiada por tres de aquellos guardias que conocía de toda la vida. Podría

estar cenando cada noche en el Gran Salón. Los jóvenes nobles que habían pretendido mi mano en tiempos pasados pululartían a mi alrededor y me preguntarían «¿De verdad que Atenas es tan primitiva como cuentan, Fed?», a lo que yo les respondería «¡Oh, no podéis ni imaginároslo!».

Y ahí era justo el punto en el que me visión se detenía por completo. Porque si estuviera rodeada de amigos, de las mujeres y los hombres de Cnosos y de los palacios en los que me había criado, Minos también tendría que estar vivo, a la espera de nuestras visitas y de que le contáramos cómo era la vida fuera del laberinto. Siempre había sabido que los dioses obtendrían su venganza, pero había pensado que mi papel en Atenas sería el de mero testigo de los acontecimientos. No había caído en la cuenta de que mi cuerpo se convertiría en el campo de batalla en el que se ejecutaría esa venganza.

Estábamos esperando a que se convocase a los hombres de Atenas para poner en marcha el juicio. Entretanto, estuve trabajando con Trifón para preparar mi defensa. Trifón no presentaría mi caso; había declinado hacerlo con el argumento de que estaba demasiado mayor y no era un buen orador. Se encargaría de ello un hombre más joven, llamado Critón. Ya me lo habían presentado y no me gustaba tanto como Trifón, pero confiaba en que Trifón fuera sincero en la defensa de mis intereses y en que Critón hiciera el mejor trabajo posible. Este, sin embargo, me parecía un hombre extremadamente ambicioso y no era mi deseo que mi caso se utilizara con fines políticos. Cuando le mencioné a Trifón esta preocupación, me sonrió con benevolencia.

—Pero, señora, mientras acabéis ganando, ¿a quién le importa si otros también ganan algo?

—A nadie, supongo —admití—. Pero la de Critón me parece una causa muy vulgar en comparación con la mía.

—Estáis siendo demasiado detallista, majestad —me amonestó Trifón con amabilidad—. Critón trabajará duro para vos porque sabe que un éxito acabará beneficiándolo también a él. ¿Qué más podéis pedir? Mejor esto a que Critón sea un simple hacedor de buenas obras con nada que ganar.

—¿Cómo tú, por ejemplo? —pregunté con malicia, y Trifón se echó a reír.

—Exactamente como yo, y por eso no puedo representarte en la corte. No tengo estómago para la lucha. Y Critón sí lo tiene.

En aquel momento había aceptado la derrota, pero ahora, con los pies y la cabeza más fríos, creía poder articular mejor mi preocupación. Si lo único que le importaba a Critón era promocionarse políticamente, podía cambiar de bando en un abrir y cerrar de ojos si encontraba una motivación política que lo animara a ello.

Me pregunté si merecería la pena sacar a colación este asunto con Trifón. En el transcurso de las últimas semanas había pasado a depender tanto de aquel hombre que no había apenas un solo pensamiento que no compartiera con él. Kandake, por otro lado, lo aborrecía y procuraba estar ausente siempre que Trifón venía a visitarme.

—Lo siento mucho —dijo Kandake para disculparse, cuando Trifón se presentó un día de forma inesperada. Se levantó y se marchó, después de murmurar que tenía que ir a las cocinas a controlar la cena.

—Es muy maleducada, lo sé, pero aquí no tengo otra alternativa.

—No os preocupéis, princesa —dijo Trifón para tranquilizarme—. Comprendo su posición. Creía haber conseguido la forma de volver a casa y no esperaba que fueseis tan valiente. Es vieja, siente añoranza de su tierra y considera que soy el culpable de que no pueda estar de nuevo en su hogar. Al menos se muestra maleducada solo conmigo, no con vos.

Me pareció muy hipócrita que Trifón calificase de «vieja» a Kandake, cuando él podría incluso ser su padre, pero no dije nada. Al fin y al cabo, Kandake se había marchado sin pedir permiso, una conducta impensable en una criada cretense. Mi madre la habría hecho fustigar. Pero aquí, yo ni siquiera sabía a quién reclamar un castigo de azotes.

Detrás de mí, el guardia carraspeó para llamar mi atención. Suspiré y, a regañadientes, saqué los pies del agua y me sequé con el paño que había traído conmigo con ese propósito. Teseo había accedido a que pudiera estar a solas en la playa durante el intervalo comprendido entre el momento del día en que el sol iluminaba la copa del árbol más alto, hasta el momento en que iluminaba la

tercera rama empezando por debajo de ese mismo árbol. Podía quedarme más rato en la playa si así lo quería, pero no estaría sola, y los jóvenes se habían mostrado tan indecorosamente obscenos en mi presencia que me resultaba más sencillo irme. Trifón había intentado oponerse a esta decisión argumentando ante Teseo que, dado que yo no había cometido ningún crimen, sería mejor que fuese Hipólito el que recibiera la orden de limitar sus movimientos, pero era imposible presionar a Teseo cuando estaba su amado hijo de por medio. Hacía calor y la temperatura en mis aposentos era asfixiante, pero me encerraba en ellos todo el tiempo, con la excepción de aquellas preciosas horas en las que tenía la playa solo para mí.

Me calcé las sandalias, me anudé las tiras en los tobillos y eché a andar por la playa para volver al palacio.

Coro nocturno

¿Y este juicio qué es? ¿Quién es esta princesa que tanto alboroto genera?

Lo único que ha hecho ha sido encolerizarlos y ahora aún nos exigen más. Hipólito se ha convertido en un monstruo. Sus amigos y él corretean por palacio declarando su inocencia ante cualquiera que encuentran, pero en cuanto vuelven a sus habitaciones y nos ven, recrean sus violaciones una y otra vez.

Antes sentía lástima de ella, pero ahora nos ha complicado más si cabe la vida. ¿No podría haberse quedado callada?

¿Y la creéis? Porque he oído decir que le echó el ojo a Hipólito desde un buen principio.

Todas la vimos siguiéndolo por la corte.

Está esperando un hijo suyo. A lo mejor se lo ha inventado todo para convencer a Teseo de que no le fue infiel durante su ausencia.

Las princesas pueden provocar juicios. Pero alguien tendrá que seguir haciéndoles la cama, y acostándose también en ella, claro.

Medea

Con Teseo de vuelta, salía a pasear cada noche. Nadie hablaba de otra cosa que no fuera el juicio. ¿Quién decía la verdad? ¿Era Fedra una puta cretense, una mujer tan antinatural como su madre? ¿Era Hipólito un bruto violador como su padre? Al fin y al cabo, todo el mundo sabía —y si no lo sabía, siempre había alguien que se apresuraba a contárselo— que Hipólito era hijo de la reina amazona que Teseo había violado después de una batalla. Y todo el mundo tenía su propia opinión. La noche antes del juicio, cuando regresé a mis aposentos, Agneta me esperaba despierta.

—Siempre estáis escuchando detrás de las puertas —dijo en tono acusador.

—Y tú eres una insolente —repliqué—. ¿Te parece manera de hablarle a tu señora?

Sus frágiles hombros se movieron con un gesto de indiferencia, y me hizo pensar en un animalillo huesudo.

—¿Así que me despedís?

—Debería mandar azotarte —dije, pero me senté a la mesa. Ser testigo del ataque que había sufrido la princesa había afectado mucho a Agneta; un disgusto más acabaría destrozándola por completo—. ¿Y qué pasa? Pues sí, me dedico a escuchar detrás de las puertas. ¿Acaso tienes tú idea de lo que sucede en palacio?

Se sentó delante de mí a la mesa y me acercó la copa de vino que me había preparado.

—Sí, sé muy bien lo que sucede en palacio. Pero no veo qué tiene que ver con nosotras.

—Eso tampoco lo he resuelto aún yo —reconocí—, pero estoy recopilando información que podría beneficiarnos a todas.

Agneta resopló.

—Lo que nos beneficiaría es marcharnos. Señora, cuando descubran que seguís por aquí, servirán vuestra cabeza en bandeja.

—¿Quién? ¿Teseo? Ya está bastante ocupado con esa esposa tan obstinada que le ha salido. —Bebí un trago de vino—. Está bueno, gracias.

—Confío en que os ayude a conciliar el sueño. Esa esposa obstinada que decís es vuestra prima y goza de la protección de los dioses; mientras que vos, no. Teseo podría decidir dar ejemplo con vos. Podría ordenar que os azotaran en público. Siempre os ha odiado, y le daríais una excusa perfecta para descargar su rabia. Debemos irnos de aquí, señora.

Era joven y estaba desesperada. Sentí lástima de ella. Una lástima mezclada con un cariño que no era en realidad amor. Conocía bien la diferencia.

—Agneta, querida mía —dije empleando un tono bondadoso—, si tan preocupada estás, puedo disponerlo todo para que abandones el palacio. Podrías ir a…

Se apartó, lo cual me vino bien, porque no tenía ni la más remota idea de adónde podría ir. No sabía ni cómo devolverla a su familia.

—Todos esos castigos que has nombrado, Agneta, ¿crees de verdad que me importan? —dije, en cambio.

—Pues a mí me importáis vos —replicó, dándome todavía la espalda.

—Te lo agradezco, pero desde que mis hijos… Desde que mis hijos… —Busqué las palabras adecuadas y, al no encontrarlas, decidí seguir por otro lado—. A mí no me importa lo que pueda pasarme, Agneta. Mi vida actual es una tortura. Hasta que no muera, no me importará lo que me hagan. Y estas intrigas cortesanas me proporcionan un poco de distracción de mi deseo de morir.

Agneta se volvió lentamente.

—Lo que sucede son algo más que intrigas. Habrá un juicio.

—¿Y crees que se hará justicia? —pregunté, sinceramente interesada por conocer su punto de vista.

—Por supuesto, señora —respondió con solemnidad, lo que me llevó a preguntarme con quién habría hablado recientemente—. Es un ejemplo vivo de la democracia, del poder del pueblo.

—Del poder de los hombres —dije corrigiéndola—. Y solo de los hombres libres, además. Y…

Pensé en la conversación que había oído justo aquella noche entre dos miembros del jurado mientras paseaban tranquilamente hacia sus estancias. Olían un poco a alcohol y había sentido una punzada irracional de odio al ver que ellos podían caminar con libertad y despreocupación mientras yo me veía obligada a esconderme como una ladrona.

—¿Qué opinas del juicio que se celebrará mañana? —preguntó uno de ellos. No reconocí la voz y, en la penumbra, tampoco conseguí distinguir sus facciones.

—Que es una buena oportunidad, nada más —respondió el otro.

Me quedé helada. Tal vez me equivocara, pero me pareció que era Trifón.

—La verdad es que me sorprendió que presionaras tanto para que se celebrara el juicio. Tenía entendido que coincidías conmigo en que lo de los derechos de los hombres de a pie no es más que un cuento que nuestro rey ha ido asimilando desde que era un niño.

—Y coincido. Igual que todos los hombres sensatos. Que los dioses nos guarden, Esquirón, ¿acaso no has visto los jóvenes bufones que pululan alrededor del príncipe? ¿Crees que deberían tener voz y voto en el gobierno de este reino?

—Ya, pero aun así, Teseo ha hecho un buen trabajo poniendo de su parte a los áticos, y no podría haberlo hecho de no haber defendido con tanta pasión su democracia.

Suspiré de forma inaudible al oír aquello. La política era la parte menos interesante del chismorreo cortesano.

—Sí, ha sofocado las disputas con las masas y a los campesinos. Pero en cuanto formemos un ejército, debería volver a quedar claro que el rey de Atenas es, por encima de todo y de todos, el rey. ¿Crees que Minos permite que sus campesinos voten sobre cuestiones importantes? ¿Crees que podremos derrotar a los cretenses si perdemos el tiempo consultando con granjeros e idiotas?

El otro hombre rio entre dientes.

—Veo que sigues pensando como yo, Trifón. En cuyo caso, ¿por qué insistes tanto en que se celebre este juicio?

Hubo una pausa, como si Trifón estuviera examinando cómo responder, hasta que finalmente dijo:

—La joven reina debería salir vencedora. No solo porque dice la verdad…, porque por supuesto que dice la verdad, Esquirón, sabes bien que Hipólito es un desalmado y que ella no tiene nada que ganar mintiendo, pero ¿cómo podría vivir Teseo consigo mismo si su amado hijo y heredero fuera condenado a muerte? ¿Qué otra opción tendría, sino anular todo el sistema judicial y recuperar la autoridad?

Siguieron andando y las voces se volvieron más débiles, pero todavía me dio tiempo de oír las últimas palabras de Esquirón, repletas de deslumbramiento:

—Eres un genio, Trifón. Haré correr la voz. La reina debe ganar.

No le comenté nada de todo esto a Agneta, sino que le dije:

—La justicia a veces es como una mujer maltratada. Lo que debería suceder no es siempre lo que sucede.

Agneta debió de imaginarse que estaba pensando de nuevo en mis hijos, porque no dijo nada, sino que se levantó de la mesa, retiró mi copa de vino y posó una mano bondadosa sobre mi hombro. No habría aceptado esta familiaridad de nadie más, ni siquiera de mi joven prima, pero Agneta era distinta. No tenía en el mundo a nadie más que a mí.

Fedra

Cuando Trifón se marchó, escondí la cabeza entre mis manos y esperé. Kandake abrió la puerta de la habitación, entró y tomó asiento en la silla que Trifón había dejado vacía. Aspiró exageradamente por la nariz al percibir el calor que aquel hombre había dejado a su paso; si bien gran parte de nuestro comportamiento había sido una pantomima de cara a Trifón, la aversión que Kandake sentía hacia aquel hombre era real.

—¿Qué piensas? —le pregunté, y oí que mi voz se quebraba por el cansancio.

—Pienso que cree que eres una joven inocente que hará lo que él quiera —respondió Kandake.

No era la pregunta que pretendía formular, pero la respuesta también me pareció útil.

—¿Y qué crees que debería hacer? —pregunté mostrándome más clara esta vez, por mucho que supiera de antemano cuál sería su respuesta. Y acerté.

—Creo que deberíamos irnos, y rápido. No deberíais quedaros aquí.

Era el mismo argumento que me había planteado cuando volví de la playa. Tenía sentido. Y más que eso, cuantos más detalles conocía sobre el proceso del juicio, más convencida estaba de que no podría ganarlo. Sí, tal vez declararan culpable a Hipólito, pero el coste que supondría para mí y mi hijo nonato haría que la lucha no hubiera merecido la pena. Volví a descansar la cabeza entre las manos. Quería hacer lo correcto. Quería ser la luchadora que Trifón creía que era, alzarme en defensa de su versión de la justicia. Pero no sabía si sería lo bastante fuerte para ello.

—No sé, Kandake. —Suspiré—. Me gustaría que mi madre estuviera aquí.

Kandake apartó la vista al oír que mencionaba a mi madre y

supe que era porque había dado con el punto débil de su argumentación. ¿Acaso no había permanecido mi madre en Creta todos aquellos años, a pesar de las cosas terribles que la gente decía sobre ella? Mi madre no había regresado con sus padres acompañada de su hijo, por mucho que hubiera querido hacerlo. Esbocé un mohín, frustrada conmigo misma y con todo aquel proceso.

—¿Por qué he tenido que ser yo? —me pregunté en voz alta. Kandake me miró con cara de perplejidad, sin entender la razón por la que decía aquello. Desarrollé mi pregunta—. Las dos hemos estado escuchando el coro nocturno; sé que tú también, por mucho que digas lo contrario. En este palacio espantoso las mujeres son violadas constantemente. ¿Por qué no convencer a cualquiera de ellas de que eleve su caso al tribunal de justicia? Trifón vería su justicia implementada, Critón tendría su día de gloria en los tribunales y yo podría volver a casa con mi hijo.

Kandake no dijo nada. A esas alturas, ya había entendido que si Trifón o Kandake no decían nada era porque yo había dicho algo que reforzaba su postura. Trifón y Kandake tenían más cosas en común de lo que se imaginaban. Sin embargo, el destino había convertido a uno en un político de renombre y a la otra en una criada. Lo evidente era que nadie podía ocupar mi lugar. Era la esposa del rey y vivía en Atenas bajo la protección de la *xenia*. El jurado me escucharía, a buen seguro, pero nunca atenderían a una criada que había sufrido los abusos de un conciudadano.

—Confío en que el bebé no sea una niña —dije de repente—. Espero que sea niño. Un niño no sufriría este tipo de abusos. Un niño podría luchar. Un niño no tendría que huir de Creta.

—Sí, pero un niño podría morir en batalla —dijo Kandake manteniendo la calma.

Ambas guardamos silencio. No podía adivinar en qué estaba pensando Kandake, pero yo pensé en mis dos hermanos, ninguno de los cuales había luchado en batalla, aunque ambos habían muerto a manos de los atenienses.

Amaneció el nuevo día e intenté encontrar consuelo en el sol abrasador que ya brillaba en el cielo. Estaba segura de que nada podía sucederle a una nieta de Helios mientras el sol fuera testigo de los acontecimientos. Inspiré hondo, me vestí con mi quitón y mi

peplo más sobrio y me dirigí al comedor. Forcé una expresión resoluta. Por instinto sabía que si quería que aquellos hombres escucharan mis palabras y no me desestimaran por considerarme una mujer histérica, debía mostrarme lo más seria y prosaica posible. La emoción no tenía cabida. Y tampoco había tiempo para las lágrimas.

Cuando entré en el salón, vi que habían cambiado la disposición del mobiliario para la ocasión; había una silla en el centro, rodeada de bancos por todos lados. Presentaría mis evidencias rodeada de hombres. Por un instante deseé que alguien, aunque fuera Kandake, estuviera allí conmigo, pero rápidamente me obligué a recordar que era la reina. Tomé asiento y esperé.

Los ancianos fueron los primeros en hacer su entrada, mesándose las barbas y murmurando en voz baja. Sospechaba que también ellos preferirían estar en cualquier otro lugar que no fuera aquel. Dejaron un espacio en el centro del banco de la primera fila; para Teseo, supuse. Pero entonces entró Trifón con varios acompañantes a los que yo no conocía y se abrieron paso a empujones hacia los bancos, de tal modo que los hombres situados en medio se vieron obligados a ceder su espacio.

Cuando unos instantes después entró Teseo, miró sorprendido a su alrededor. No dijo nada y tomó asiento en el tercer banco empezando por atrás. Todos permanecimos en silencio, a la espera de que se llenara el último banco. Y por último, se oyeron los gritos de los jóvenes y las voces con las que se llamaban mientras se acercaban por el pasillo hasta que accedieron a la sala, levantando el puño y aporreándose el pecho en una auténtica exhibición primitiva. Resultaba evidente que su plan era llegar temprano y sentarse delante para intimidarme, pero no habían conseguido levantarse con tiempo suficiente. El primer triunfo, por pequeño que fuera, de la experiencia sobre la juventud.

Después de mucho gritar, discutir y empujar, se instalaron en sus asientos. Miré de reojo a Hipólito. Estaba sentado en un extremo del banco, manteniendo el equilibrio y el estado de alerta de una serpiente enroscada. Uno de sus amigos cayó sobre él, una broma entre colegas, pero Hipólito se lo quitó de encima, molesto. Su actitud me reconfortó. Pese a lo que los demás pudieran pensar, Hipólito se estaba tomando muy en serio aquel proceso, lo cual solo

podía significar que yo tenía alguna oportunidad de ganarlo.

Teseo se levantó y su figura se cernió sobre todos nosotros. Brevemente, su cuerpo quedó perfilado en la pared gracias a la luz proyectada por la lámpara de aceite, y por un momento pensé que no era Teseo, sino su padre, Poseidón, que venía a juzgarnos a todos nosotros. Pero la sombra se movió y vi que no era más que Teseo, que en aquel momento se estaba pasando la mano por la cara en un evidente gesto de cansancio.

—Gracias a todos por haber venido. Gracias, Fedra. Reina Fedra —añadió enseguida al ver que yo abría automáticamente la boca a modo de respuesta—. Permitidme que os resuma brevemente cómo se desarrollará la jornada. En primer lugar, su majestad expondrá sus alegaciones contra mi hijo, el príncipe Hipólito. Si alguien tiene preguntas para su majestad, podrá formulárselas en cuanto ella termine de hablar. Luego, su majestad se retirará. Hipólito tendrá entonces su oportunidad para refutar las alegaciones. Después de lo cual votaremos todos. Se os ha entregado una ficha —levantó la suya, un pequeño disco de cera—, en la que marcaréis dos líneas largas si consideráis que Hipólito es culpable o una línea larga y una corta si lo consideráis inocente.

Teseo siguió hablando, y explicó que el auditor del tribunal de justicia contaría los votos. Me quedé boquiabierta, ya que la mecánica del proceso de votación no me interesaba en absoluto. ¿De modo que Hipólito escucharía todo lo que yo tuviera que decir y tendría la posibilidad de formularme preguntas, y yo no podría estar presente cuando él hablase?

—¿Fedra?

Me di cuenta entonces de que Teseo me llamaba. Había llegado la hora de hablar. Resultaba curioso que no fuera yo la que iba a ser juzgada y sin embargo me sintiera como si lo fuese.

Con tranquilidad, con calma, sin permitir en ningún momento que el tono de mi voz perdiera su regularidad, ni que las lágrimas que presionaban mis párpados llegaran a derramarse, expliqué a los reunidos todo lo que había pasado. Evité en lo posible un lenguaje emocional; no mencioné el miedo que sentí, excepto en términos prácticos. No les conté cómo había quedado desgarrado mi cuerpo, ni que pensé que iba a morir en aquel charco de barro, ni que desde entonces no había sido capaz de dormir ni una sola noche entera.

Solo relaté los hechos: desabridos, carentes de emoción, incontrovertibles.

Y antes incluso de que acabara con mi relato, uno de los amigos de Hipólito se puso en pie y vi que los hombros le temblaban de rabia.

—¡Miente! ¡Miente! ¿Cómo podéis seguir aquí sentados y escuchar a esta puta mentirosa?

Los amigos de Hipólito se sumaron a los gritos:

—¡Mentirosa! ¡Mentirosa! ¡Puta! ¡Bruja! ¡Mentirosa!

—¡Ya basta! —exclamó Critón—. Rey Teseo, ¿estamos en un tribunal de justicia o en un teatro? Hipólito tendrá también su turno de explicación.

Hipólito se recostó en su asiento y sonrió con suficiencia, como si alguien acabara de hablar a su favor. Intenté no mirarlo a la cara, intenté no acordarme de la sensación de su jadeo pegado a mi nuca. Inspiré hondo y me concentré en la cara de Critón, en las pecas claras que se expandían por encima del puente de su nariz.

—¿Tenéis algo más que añadir? —me preguntó Critón.

Escondí mis manos temblorosas bajo los muslos y volví a explicar cómo había recuperado el conocimiento en aquel charco de barro, cómo pensé que me había dado por muerta y cómo había conseguido volver a palacio. «Hechos —seguí repitiéndome—. Concéntrate en los hechos». Les conté que tenía la boca llena de barro y que me sangraba la nariz, esforzándome en explicarlo como si estuviera describiendo algo tan poco emocional como el hilado de un tejido.

Y funcionaba, lo vi cuando me arriesgué a mirar de reojo a los hombres del público. Más de uno se había tapado los ojos al oírme hablar de la sangre y algunos habían unido las piernas en señal de nerviosismo. Les estaba llegando.

—¡No puede demostrar nada de lo que dice! —vociferó otro de los amigos de Hipólito—. ¡Nada! Después de todo lo que Hipólito ha hecho por Atenas… ¡Ha ganado la carrera de caballos tres veces seguidas! ¡Tres veces! ¡Por Zeus…!

—Piensa bien lo que vas a decir antes de invocar su nombre —dijo Teseo, interrumpiéndolo.

Lo miré sorprendida. Su rostro seguía sin mostrar emoción alguna, pero su voz había sonado tensa y rabiosa. Mi relación con el

dios era mucho más relevante que la de Hipólito; Zeus, mi abuelo, el protector de los viajeros y de los invitados. Recordé aquel día, hacía ya muchas lunas, en el que mi madre y Teseo habían hablado sobre cómo debía recibirse adecuadamente a un invitado.

—De hecho, Selago acaba de sacar a relucir un punto interesante —dijo entonces Critón. Perplejos, los jóvenes se callaron y prestaron atención a lo que Critón tuviera que decir—. Majestad, cuando regresasteis a vuestros aposentos, cubierta de fango y de sangre, como decís, ¿imagino que no os limpiaríais vos misma?

Enseguida comprendí dónde quería ir a parar.

—No —reconocí, negando con la cabeza ante una idea tan ridícula—. Me limpió mi criada.

—En este caso, vuestra criada podrá… ¿testificar, podríamos decir? ¿Ser testigo del hecho de que regresasteis a palacio al borde de la muerte y cubierta de sangre?

Sus palabras sonaron mucho más evocadoras que las mías. Respondí moviendo la cabeza en un gesto afirmativo.

Teseo suspiró.

—Muy bien. La criada podrá hablar. Pero considero que ya hemos oído testimonio suficiente por hoy, y me consta que no soy el único de los presentes que tiene mucho trabajo que hacer. Seguiremos mañana.

Los hombres abandonaron la sala, varios de ellos riéndose y dándose palmadas en la espalda. Vi que algunos se acercaban a Hipólito para hablar con él, mientras que otros lo rehuían. Era imposible saber si estábamos ganando o perdiendo. Seguí donde estaba sentada, sin moverme; o eso creía, porque cuando bajé la vista hacia mis manos, vi que temblaban.

Kandake

Trifón venía a visitarnos con regularidad y cada vez me gustaba menos. Fedra debería haber huido de Atenas. Debería haber vuelto a casa, a Creta, con sus padres, que ya se habían ocupado en su día de un bebé que no había sido lo que ellos querían. Y podían ocuparse ahora de otro.

Pero no me di cuenta de lo mal que estaban las cosas hasta un día, en los lavaderos del palacio. Consciente de lo mucho que le costaba dormir, me gustaba que al menos la ropa de cama de Fedra siempre estuviera limpia. Cuando más crecía su vientre, más vueltas daba por las noches, y sus sábanas estaban siempre arrugadas y sudadas. A su madre le sucedía lo mismo. Y así, cada pocos días, bajaba con sábanas y ropa a los lavaderos y las restregaba con piedras hasta que quedaban limpias.

Aquel día hice lo mismo de siempre, encontrar sitio en el lavadero para poder empezar mis tareas. Intentaba, como solía hacer también siempre, no pensar en Creta. En Creta, donde en los lavaderos había agua corriente que se llevaba la suciedad, tablas donde poder frotar la ropa hasta conseguir que quedara limpia de verdad y todo un equipo de mujeres que trabajaba a mis órdenes. De hecho, llevaba ya años sin ocuparme de la colada.

Cogí entonces un cubo, pero me lo quitaron de mala manera de las manos. Pensé que había cometido alguna torpeza y busqué con la mirada con quién tenía que disculparme. Y en cuanto miré a mi alrededor, me di cuenta de que algo iba mal. No había solo una mujer, sino cuatro o cinco mujeres con los brazos en jarras, mirándome con muy mala cara.

Tragué saliva, pero no dije nada. Llevaba ya varias lunas frecuentando los lavaderos y no era consciente de haber quebrantado ninguna norma. De modo que esperé a que me explicaran qué pasaba.

—Trabajas para Fedra, ¿verdad? —me preguntó una de ellas. Era una mujer bajita y nervuda, con una mata de abundante pelo negro en la cabeza… y también en la cara.

—¿Con la reina? —pregunté al intuir el rumbo de la discusión—. Sí, trabajo para ella —dije enderezándome.

No tenía miedo. ¿Debería tenerlo? No eran más que mujeres, al fin y al cabo. Sí, me superaban en número, y podía acabar recibiendo una buena paliza. Pero sabía que no iban a violarme y tampoco a matarme.

—Su colada no es bienvenida aquí —dijo entre dientes otra mujer.

Contuve una sonrisa; me parecía un concepto ridículo.

—¿Y dónde queréis que la lave? —pregunté—. ¿En el mar?

—¿En el mar? —repitió la mujer peluda, burlándose de mi acento.

Vi que eran mujeres jóvenes, lo cual me dio más confianza. Yo podría ser perfectamente la madre de todas ellas.

—¿Por qué no queréis que lave su ropa aquí? —pregunté.

Avancé un paso hacia una de las mujeres que no había dicho todavía nada. Por el rabillo del ojo vi que había otras mujeres en el lavadero que se limitaban a observar.

—Es terrible —dijo aquella mujer rompiendo a llorar—. Desde que ha provocado ese juicio, Amfedes no ha hecho otra cosa que forzarme, noche tras noche. Antes, al menos, me ignoraba cuando salía a montar, pero ahora no para.

—Calla, Ani —dijo la mujer peluda.

—Es verdad —afirmó otra mujer—. Queremos que se pare ese juicio. Hipólito la violó una vez, pero desde entonces lo hace cada noche conmigo. Y luego me obliga a quedarme allí para que vea cómo le reza a la diosa. Me obliga a decirle a la diosa que todo ha sido culpa mía.

Los lamentos llenaron el lavadero. Levanté las manos.

—Señoras —dije—, yo tampoco quiero que la reina participe en este juicio. Está esperando un hijo y…

—Espero que el niño muera —dijo con desdén la mujer que limpiaba para Hipólito.

—Pero me parece que el juicio ya no se puede parar —proseguí, como si la mujer no hubiera ni hablado—. Y pensad

que, al menos, si ella gana, es posible que alguien quiera escucharos también a vosotras. Que haya justicia para todas nosotras.

Rompieron el corrillo, se alejaron de mí y empezaron a discutir entre ellas. Suspirando, cogí una piedra.

—Eso no te lo crees ni tú, ¿verdad? —musitó una vocecita a mi lado.

Cuando levanté la vista, vi que era la chica que trabajaba para Medea, la que había acompañado a Fedra a palacio la terrible noche de los hechos. Había dejado su colada en el suelo y sujetaba el cubo contra su pecho, como si fuera a vomitar en su interior.

—Es posible —dije con cautela—. ¿Y tú?

Negó con la cabeza.

—Yo ya le he dicho a Medea que tenemos que irnos de aquí, que aquí no estamos seguras.

Miré de arriba abajo su cuerpo menudo; era más una niña que una mujer.

—¿Acaso estamos seguras en algún lado? —repliqué apesadumbrada—. Al fin al cabo no somos más que mujeres.

Trifón

La reunión del tribunal de justicia fue tan bien como cabía esperar, supongo, pero me alegré de no tener que confiar en nuestra pericia legal para ganar esta batalla. La actuación de Critón había lindado con la apatía y me pregunté si Fedra tendría razón y lo habrían sobornado. Hipólito estaba enojado y rabioso, y su grupillo de jóvenes machitos gritaba y abucheaba como si estuvieran presenciando un combate de lucha. Una conducta que había impresionado a alguno de los ancianos y que les venía a confirmar que Hipólito no era más que un joven pletórico y que cualquier crimen del que pudiera ser acusado era poco más que la travesura de un chiquillo.

Y en cuanto a Fedra, se había comportado con dignidad, eso debía reconocérselo. Pero la historia que contó le había pasado factura y cuando terminó de hablar, su cara estaba tan pálida que más de un hombre empezó a murmurar que no se imaginaba la posibilidad de acostarse con ella estando como estaba el palacio repleto de hermosas doncellas. Durante todo el proceso, Teseo se había referido a ella como «su majestad» con un tono tan sarcástico que ningún miembro de la corte dudaba ahora que el rey la considerara reina de la corte o su esposa. En resumen, un día poco satisfactorio. Y ahora a Critón se le había ocurrido que sería buena idea llamar al estrado a una criada, y nada más y nada menos que a aquella mujer tan horripilante, Kandake.

Vi que Critón caminaba por delante de mí y lo llamé. Se detuvo pacientemente a esperarme y cuando estuve ya cerca, me dijo en voz baja:

—Voy a visitar a nuestra reina. Supongo que te gustaría acompañarme.

Asentí. Caminamos sin cruzar palabra hasta que dejamos al resto de los jurados atrás. Y entonces exploté:

—¿Qué me dices de la actuación que has tenido hoy? Se supone que estás de nuestro lado, ¿no es así?

—No era consciente de que hubieses elegido un lado —replicó, y fijó en mí sus ojos relucientes de color avellana—. Pensaba que actuabas pensando en el mejor interés de Atenas.

Resoplé. Por mucho que yo hubiera utilizado palabras de aquel estilo para dirigirme al rey, no me gustaba oírlas dirigidas a mí y en boca de un jovenzuelo como Critón.

—Trifón, nuestro caso no es fuerte —dijo Critón—. Enfrentarnos a la corte de justicia no nos ayudará.

—Tú estás acostumbrado a hablar ante el rey —repliqué—. E intentas seguir gozando de la gracia de Teseo. Ten en cuenta, sin embargo, que Teseo solo tiene un voto entre muchos.

—¿Sabías que a Minos lo llaman el rey del honor y la justicia? —dijo entonces, ignorando por completo mi comentario—. Es famoso por su capacidad de actuar como un juez justo e imparcial.

—¿Y? —repuse con cierta brusquedad, lo reconozco.

—Teseo no comparte con él esa reputación, aunque creo que le gustaría. Sé que me consideras un hombre inexperto, Trifón, pero llevo ya diez años defendiendo casos delante de reyes atenienses.

—Ya estás otra vez con lo mismo —dije bajando la voz al adentrarnos en el pasillo que nos llevaría hasta los aposentos de Fedra—. No estás defendiendo un caso ante un rey.

—Independientemente de que se trate de un rey o de un plebeyo, a nadie le gusta sentirse intimidado para emitir un veredicto —dijo agachando la cabeza para pasar por debajo de una viga. Yo conseguí pasar sin problemas, lo que no sirvió para mejorar mi mal humor—. Hay que guiar con delicadeza al juez hacia el veredicto correcto, tan delicadamente que acabe creyendo que el veredicto ha sido idea suya. No tenemos un caso fuerte, como te he dicho, pero si lo trabajamos con cuidado, conseguiremos guiar al jurado hacia el veredicto correcto.

—Espero que tengas razón —dije, y me quedé callado porque llegamos a puerta de la princesa.

Llamamos y nos abrió ella en persona. Seguía muy pálida. Le cogí la mano.

—Querida mía —dije con amabilidad—, acabáis de pasar por un mal trago. Lo peor ya queda atrás.

—Lo que dices no es del todo cierto —dijo Critón arrastrando las palabras como solía hacer—. Aún queda la posibilidad de que la vuelvan a interrogar. No tiene sentido omitir este detalle —me dijo, cuando yo le dirigí una mirada furiosa—. Si no está preparada para esa posibilidad, podría fallar.

—Tal vez podríamos pasar para no discutir el tema en el umbral de la puerta —dije con premura.

Entramos en los aposentos y con retraso recordé que la supuesta reina disponía solo de dos sillas. Critón se había apoderado ya de una y yo me moría por la otra, pero una simple mirada a la cara demacrada de Fedra me convenció de que la silla tenía que ser para ella. La invité a sentarse y no me contradijo. No era buena señal, lo sabía.

—¿Habéis comido, majestad? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Kandake está preparando unas delicias cretenses. Pero no tengo el estómago preparado para nada.

Recordé las delicias cretenses y me estremecí.

—¿Queréis que mi criada os traiga un poco de yogur con miel? Es comida sencilla, pero a veces es justo lo que se necesita después de haber pasado un mal rato.

Vi por su expresión que se sentía sumamente tentada, pero volvió a decir que no.

—No me gustaría herir los sentimientos de Kandake.

—Sí, por supuesto, y menos si va a testificar mañana —dijo Critón mientras se inclinaba hacia delante y se frotaba las manos.

Me di cuenta de que aquellas cuestiones mundanas lo aburrían soberanamente y que preferiría estar ya discutiendo el caso.

—¿Tendrá que hacerlo? —preguntó Fedra—. Es una criada, al fin y al cabo. Trabajó muchos años para mi madre. No sé si se sentirá muy cómoda hablando ante tantos hombres.

—No veo cómo podríamos ganar el caso si no lo hace —dijo Critón, que cruzó la pierna derecha sobre la izquierda y se recostó en la silla.

Fedra se echó hacia atrás, pero se recuperó.

—Me siento obligada hacia ella. Si está aquí es por mi culpa. No tendría que testificar.

—Estoy seguro de que su experiencia ante el tribunal no será

tan dura como ha sido la vuestra —intervine entonces—. Lo único que tiene que hacer es relatar lo que vio, eso es todo. No debe revivir ninguna experiencia.

Fedra seguía poco convencida, pero Critón y yo le insistimos en la necesidad de su testimonio para apoyar el caso y al final hizo un gesto de asentimiento.

—¿Necesitarás prepararla? —preguntó Fedra a Critón.

—Sí, pero podemos hacerlo mañana a primera hora. El tribunal de justicia no se reunirá hasta mediodía.

—Así los jóvenes machitos estarán contentos —dije taciturno—. Les gusta dormir.

—Como a mí —dijo Critón. Se levantó y se desperezó—. Y vos, señora, necesitáis dormir más que cualquiera de todos nosotros. Intentad dormir bien, os lo ruego. Sé que lo que habéis tenido que soportar hoy ha sido terrible, pero sois todavía muy joven. A vuestra edad, el sueño cura casi todas las heridas, lo sé.

No había mucho más que yo pudiera añadir, de manera que me limité a coger sus manos entre las mías y murmurar:

—Ya está prácticamente acabado.

Y nos marchamos. Fui directo a mis aposentos, dispuesto a pasar una de esas noches de insomnio que tan a menudo sufrimos los viejos.

Fedra

Cuando Critón y Trifón se marcharon, empecé a deambular de un lado a otro de la estancia. Los gritos de los amigos de Hipólito, llamándome cosas terribles e innombrables, resonaban todavía en mi cabeza. ¿Cómo podía haber sobrevivido mi madre durante tantos años siendo acusada de todo eso y de cosas peores aún? Yo me veía incapaz de sobrevivir un día más en la corte.

E imponer a Kandake la obligación de asistir al proceso era inhumano. A Trifón y Critón les traía sin cuidado su comparecencia; eran hombres de mundo, estaban acostumbrados a hablar en el ágora. Kandake no. Debería haberla protegido de todo esto. Había sido una reina espantosa.

Y mientras seguía desaprobando interiormente mi comportamiento, llamaron a la puerta. Antes de abrirla, intenté recomponer mi expresión para que resultase más positiva. Imaginé que era Trifón que quería verme de nuevo sin la presencia de Critón. Sospechaba que tampoco se sentía muy satisfecho con su actuación. Pero me quedé atónita cuando al abrir descubrí que era Teseo.

Oí pasos alejándose por el pasillo e imaginé que era el guardia que lo había acompañado que se iba; bien porque Teseo así se lo había ordenado, bien porque fuera lo que fuese lo que iba a pasar aquí, no quería tener nada que ver con ello. Deseé echar a correr tras él para suplicarle que se quedara, pero ¿para qué? El guardia jamás me defendería contra Teseo. Ni, llegado el caso, testificaría jamás a mi favor contra Teseo. Me había quedado sola después de que Trifón se marchara y ni siquiera me había dado cuenta de ello.

Permanecí inmóvil, mirando boquiabierta a Teseo como si fuese una campesina sin educación, pero me recuperé del susto y lo invité a pasar. Entró, y entonces fue él quien, con evidente turbación, miró a su alrededor.

—Bienvenido a mi humilde morada, mi señor —dije con intención, y Teseo se sonrojó—. Toma asiento, por favor…, en esta silla o en esta, como más te plazca.

—Lo siento mucho —dijo—. No era consciente de que tus aposentos estuvieran tan sobriamente amueblados. No tiene nada que ver con lo que estabas acostumbrada en Creta.

Recordé los aposentos de la reina, con sus murales, sus cojines y, sobre todo, con todas aquellas mujeres. Las conversaciones, las risas, el ambiente relajado. Pensé en que la voz de Teseo sonaba débil y amargada siempre que mencionaba Creta y entendí que realmente no sabía que mis estancias estaban tan parcamente amuebladas o que había decidido no interesarse por el tema.

—Esta estancia no es para nada un reflejo del rey de Atenas, mi señor —dije mintiendo—. Siéntate, por favor.

Acercamos cada uno una silla a aquella monstruosidad de mesa y esperé a que empezara a hablar.

—El juicio… —dijo, y se interrumpió. Seguí sin decir nada. Y Teseo volvió a empezar—: Este juicio no puede continuar.

Fruncí el entrecejo.

—Entonces ordena su interrupción, mi señor. Eres el rey, ¿no?

—No es tan sencillo —respondió con brusquedad, y miró de nuevo a su alrededor—. ¿Has pensado qué vas a hacer cuando haya terminado el juicio?

—Creo que depende de si Hipólito es declarado culpable o no —respondí; ahora era mi turno de ser brusca.

No habíamos intercambiado tantas palabras desde que estábamos casados. Parecía exasperado, y recordé que en el barco, hacía ya una eternidad, me había acusado de ser muda.

—¿Y si lo es? Seguirás teniendo a un hijo suyo del que ocuparte —dijo.

—Entonces ¿me crees? —pregunté.

—Si te creo o no carece de importancia —replicó.

Vi que hacía el ademán de levantarse. Creo que tenía intención de empezar a deambular de un lado a otro de la estancia, como es costumbre en todo buen retórico, pero la mesa monstruosa le bloqueaba el paso. Me alegré de que, por una vez, sirviera para algo.

—A mí sí me importa —dije—. ¿Por qué has venido, mi señor?

—El juicio tiene que acabar antes de que se llegue a un veredicto —respondió—. Y he venido para hacerte una oferta. Un regreso seguro a Creta para ti, tu hijo nonato y tu criada.

—¿Y eso es todo? ¿Piensas que eso que me ofreces no podría haberlo tenido ya? —pregunté, palabras que salieron de mí aun sin quererlo.

Sus ojos grises, fríos como siempre, se quedaron mirándome.

—Y entonces ¿por qué no elegiste esa opción? ¿Por qué pretendes destruir a mi hijo?

—¿Acaso no has destruido tú a toda mi familia? —dije contraatacando. Me miró perplejo—. A mi hermano, a mi hermana. Pusiste a mi hermana en contra de mi familia y mataste a mi hermano.

—¿Tu hermano…? ¿Te refieres a esa criatura? A tu padre le hice un favor destruyendo esa bestia.

—Minos no era una bestia.

Después de conseguir sacar a presión aquellas palabras, me volví y miré hacia la otra pared, rogando para que mis lágrimas se contuvieran.

—¿Tu padre era…? —Sacudí la cabeza y vi que empezaba a comprender—. ¿Te refieres al monstruo? ¡Por Zeus! ¿Estás insinuando que Minos le puso aquel nombre por él? Supongo que, de entre nosotros dos, consideras que el hijo de Minos era probablemente menos monstruo… Pero ¿qué me dices de sus…?

—Lo mataste —dije, pero mi voz sonó débil, apenas un susurro.

—Sí, claro que lo maté. Esa puta de tu hermana me hizo prometerle que sería benévolo con él, y lo fui. Le asesté un único golpe, y rápido. No creo que ella se refiriera exactamente a eso, pero sabía bien el tipo de hombre que soy.

—¿Ariadna no sabía que ibas a matarlo?

—No sé cómo no lo adivinó —dijo, y su voz sonó más que nunca igual que la de Hipólito, un chico malhumorado al que las cosas no le estaban saliendo como él quería—. Porque era evidente que iba a matarlo. Me dijo que ese monstruo nunca le había hecho daño a nadie, pero ¡eso no es lo que contaban sobre él en Atenas! Era un loco sanguinario. Ni siquiera iba armado. Intentó hacerme entrar en razón; él debería haber huido o, mejor aún, plantarme

cara y pelear. Al menos, tu hermana sí que intentó resistirse…

Fijó otra vez su mirada en mí y, al ver el horror reflejado en mi cara, se calló de repente. Seguimos unos instantes en silencio mientras yo digería el impacto de aquellas palabras.

—Vive con Dionisos, en el salón de los dioses —dije por fin.

Resopló con sorna.

Se me cortó la respiración. Comprendí que iba a morir. Que iba a morir por falta de aire, asesinada por Teseo, igual que si me hubiera puesto las manos alrededor del cuello.

—Es lo que les dijiste a mis padres —repliqué jadeante—. Dijiste a toda la corte que Dionisos la había elegido.

—No podía decirles que su cuerpo yacía en las bodegas de mi barco. Por todos los dioses, eres joven pero no eres una niña, Fedra. Deberías haberlo adivinado, igual que lo adivinaron tus padres.

Me acordé de la visión que había tenido de Ariadna, de aquellas huellas que marcaban su cuello. Me había aconsejado que fuera con cuidado con Teseo. Me acordé de mi madre, cuando dijo que tres de sus hijos habían muerto en manos de los atenienses. Teseo tenía razón, debería haberlo adivinado.

—¿Qué pasó? —pregunté—. Contármelo no servirá para hacerme aún más daño.

Teseo suspiró.

—No, supongo que no. No hay mucho que contar. Me ayudó a encontrar el camino hasta el centro del laberinto, a cambio de lo cual pretendía viajar a Atenas conmigo. Me marcó el camino y luego se escondió en el barco. Pero no se alegró en absoluto cuando se enteró de que la bestia había muerto. —Mi expresión se volvió de horror cuando oí que calificaba de bestia a mi hermano. Teseo se dio cuenta, pero siguió hablando—: Intentó abalanzarse sobre mí. Dijo que se lo contaría todo a tu padre. Me habría destruido, y a Atenas conmigo.

—¿Quieres decir que…?

—Quiero decir que le rodeé el cuello con ambas manos y presioné hasta que estuvo muerta.

Me miró fijamente, desafiándome a enfrentarme con él igual que había hecho mi hermana. Pero entre nosotros estaba la mesa, y un bebé que pesaba en mi vientre.

—¿Qué quieres, Fedra? ¿Destruirme a mí, a Hipólito y también

a ti misma? Sé razonable.

Su tono seguía sonando exasperado. Me volví lentamente.

—¿Por qué tendría que significar también mi destrucción?

Fueron las palabras de una niña petulante, pero me daba igual. Porque ansiaba verlos a ambos destruidos, era verdad.

—Porque tienes que pensar en esa criatura. —Contuve casi un grito. Y Teseo vio que me había herido—. Crees que soy un hombre insensible, lo veo. Me culpas de la muerte de tus hermanos. Y tal vez tengas razón, ¿quién sabe? Pero si algo me importa en este mundo, es mi hijo. Haría cualquier cosa por él, Fedra.

—¿Por qué tu hijo es más importante que yo? ¿Por qué a él se le permite atacarme? ¿Por qué puede él…? —Las palabras murieron en mi garganta y tuve que apartar la vista—. ¿Por qué puede él violarme? ¿Dónde está la justicia en todo esto?

—¿Cuánto duró? ¿Lo bastante como para que el sol cruzara el cielo? Lo dudo. Dudo que fuera poco más que una mínima fracción de ese tiempo. Y pretendes… —Extendió el brazo por encima de la mesa, me agarró por la barbilla y me forzó a mirarlo—. Mírame cuando te hablo. ¿Pretendes destruir la vida de Hipólito por un breve momento de malestar?

¿Un breve momento de malestar? Me apresaba la mandíbula con tanta fuerza que no podía responderle. Y tal vez fuera mejor, porque no sabía qué acabaría diciéndole. ¿Fue malestar aquel dolor que sentí en lo más profundo de mi ser, un dolor terrible e implacable? ¿Fue malestar lo que sentí cuando Hipólito me abandonó allí en el suelo, dándome por muerta? ¿Fue malestar lo que sentí cuando descubrí que llevaba en mi vientre el hijo de un hombre al que no deseaba volver a ver jamás en la vida? ¿Era malestar esa sensación que dilataba mi vientre y debilitaba mis piernas hasta el punto que cada paso que daba me recordaba a él? ¿Era malestar saber que nunca jamás podría volver a caminar libremente entre hombres sin preguntarme si alguno de ellos estaría planteándose la idea de violarme, consciente de que cualquiera de ellos podía subyugarme y utilizarme a su antojo?

Mi respiración entrecortada y el fuego de mi mirada debieron de darle a entender a Teseo cuáles eran mis sentimientos, puesto que aflojó la presión y retiró la mano.

Nos miramos. Estudié aquellos gélidos ojos grises, su nariz

larga y sus labios, finos y crueles. ¿Se parecería a él mi hijo?

Y como si me estuviera leyendo los pensamientos, dijo entonces Teseo:

—Tal vez en este momento, cuando te mires el vientre, lo único que veas sea a esa persona que odias. Pero cuando el bebé vea la luz… te cambiará. A mí me cambió.

Lo estudié de nuevo. El que hablaba en aquellos momentos no era el político. Me llevé una mano al vientre y pensé. Temía que fuera un monstruo, un niño que me recordara a Hipólito o a Teseo. Pero ¿y si era una niña, con el rostro de Ariadna? ¿O si fuera un niño con el buen carácter de Minos? Era mi hijo.

—¿Qué me ofreces pues? Un pasaje seguro de vuelta a casa no es suficiente —lo alerté.

—Legitimidad entonces. ¿Y si anuncio que la criatura es mía, no de Hipólito? Es factible. Al fin y al cabo estamos casados.

—Estabas ausente —dije.

Se encogió de hombros con indiferencia.

—Con el tiempo, nadie se acordará de ese detalle. ¿Crees acaso que Egeo recordaba en qué año visitó a mi madre? Adornaremos un poco el relato. Todo el mundo disfruta con una buena historia.

—¿Y dónde iremos? ¿Tendré que trasladarme a tus aposentos? —dije, amedrentada ante aquella posibilidad.

Teseo hizo un gesto negativo.

—No, eso no me apetece. Lo dispondremos todo para que te instales en unas estancias más elegantes. Tal vez en palacio o tal vez haremos construir un edificio aparte. Podrás elegir al personal que trabaje para ti. Esperaría, eso sí, que asistieses a los banquetes de Estado y actos similares, pero nada más.

Era el acuerdo al que debería haberse llegado desde un buen principio, incluso antes de partir de Creta, pero yo no había obtenido nada. Nada excepto el sabor amargo de un conocimiento que preferiría no tener.

El asesino de mi hermana estaba sentado delante de mí, tamborileando con los dedos sobre la mesa. Dirigí la mirada hacia el pequeño santuario que había construido. Había estado pidiéndole a Dionisos que interviniera como esposo de mi hermana. Tendría que cambiar y pedirle que interviniera como dios cuyo nombre había sido utilizado en una mentira. Las palabras que emplearía

empezaron a formarse en mi cabeza y percibí casi entre mis manos la jarrita con los óleos. Anhelaba que Teseo se fuera para poder comenzar con mis plegarias.

—Lo siento —dije, hablando a toda velocidad—. Entiendo bien todo lo que me dices, pero si retirara mi reivindicación, no estaría respetando a los dioses. Los dioses desean que se haga justicia, y yo seré testigo de ello.

Pensé que intentaría convencerme, pero no lo hizo.

—Muy bien —dijo—. Es muy posible que te arrepientas de esta decisión, pero la decisión es solo tuya.

Pasó una mano por el mural, distraídamente.

—Esta criatura es tu nieto —dije, cuando vi que se disponía a marcharse.

—Lo sé —replicó—. Una segunda oportunidad. No habría sido tan generoso en mi oferta de no haber sido así.

Salió al pasillo y se alejó. Después de una breve pausa, el guardia reapareció y se instaló en su puesto sin mirarme. Cerré la puerta, cogí la jarrita de los óleos y la solté. De repente noté que pesaba mucho. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Empecé a preparar los óleos para la ofrenda que quería hacer a los dioses, solo me detuve de vez en cuando para secar las lágrimas de mis ojos y mis mejillas.

Kandake

No quería testificar, ¿para qué serviría? Los hombres no escucharían jamás a una vieja sirvienta. Minos, tantos años atrás, tampoco me había escuchado. Intenté hacérselo entender a Trifón y a Critón, pero no quisieron oírme. Quería decírselo a Fedra, de verdad. Pero, después de todo lo que la pobre había pasado, me sentía incapaz de mirarla a los ojos y decirle que no podía testificar.

Cuando intenté hablar con Trifón y Critón, se me trabó la lengua y las manos me empezaron a sudar. Nunca había hecho nada similar. Nunca en mi vida había estado a solas en una estancia con dos hombres. Se mostraron amables, sí; me alentaron con palabras de ánimo; me dijeron que en el tribunal de justicia todo sería más fácil. Pero ¿cómo iba a ser más fácil si habría no solo dos hombres, sino un centenar? Todos mirándome, algunos gritando; Fedra me había contado su experiencia allí.

Aquella noche, justo antes de dormirnos, le pregunté a Fedra, una vez más, si no podríamos irnos de allí y regresar a Creta, donde estaríamos bajo la protección del rey. No dijo nada. Tal vez hubiera errado al elegir el momento y estuviera ya dormida.

A la mañana siguiente, Trifón y Critón se presentaron temprano en nuestros aposentos para escoltarme hasta la sala. Dijeron que estaban allí para darme su apoyo, aunque yo sabía de sobra que pensaban que de no haber venido, yo me habría fugado. Nunca había sido mi intención fugarme, pero con aquellos hombres flanqueándome por ambos lados, sujetándome por debajo de mis sudadas axilas, deseé haberlo hecho.

Cuando entré en la sala, hubo un estruendo de carcajadas. Miré a mi alrededor en busca de apoyo, pero solo había hombres. Tomé asiento en la silla que me ofreció Critón y bajé la cabeza. Pronto habría acabado todo. No sería tan malo como lo que había tenido que sufrir Fedra.

Teseo llamó al orden en la sala varias veces. Finalmente se calló todo el mundo excepto una voz, masculina, que seguía hablando y decía:

—Al menos esta no tiene miedo de que la violen. Antes me trincaría a un burro que…

La voz se acalló, como si su propietario se sintiera avergonzado, aunque no vi por qué debía sentirse avergonzado. Ansiaba salir de allí como fuera y, si hubiese podido, volver a Creta.

—Señora —empezó a decir Critón con voz amable.

Hubo varias interrupciones. «No es una señora, es una criada», y ese tipo de cosas, pero las ignoré.

—¿Puedes contarnos sobre aquella vez en la que tu señora volvió a sus aposentos en…, podríamos decir, en no muy buen estado, como si hubiera sufrido un ataque?

Me quedé paralizada, aunque lo habíamos ensayado. ¿Qué quería decir? ¿Quería que hablase sobre Fedra, que explicase cómo llegó sangrando? Se oyeron más abucheos, pero no quise levantar la vista. Critón repitió la pregunta, sonaba como si estuviera enojado.

—¿Podrías contarnos qué pasó en los meses de verano, cuando Fedra regresó a sus aposentos después de haber estado con Hipólito? ¿En qué estado se encontraba la reina?

—Sangrando —murmuré—. Herida. Ya sabéis…, ahí.

Lo único que oí fueron risotadas a mi alrededor.

—Esto es ridículo, Critón —escuché que decía Teseo—. Esta mujer apenas sabe hablar griego. ¿Crees que podrá contarnos algo que la reina no haya dicho ya?

—¿Te pareció que había yacido con él de manera voluntaria? —preguntó rápidamente Critón.

Hice un gesto negativo con la cabeza y luego hablé:

—No. —Me arriesgué a mirar a los hombres que me cercaban. Eran todos enormes, ocupaban mucho espacio. Olía el calor de su aliento y el hedor a caballo. Estaban sentados con las piernas abiertas. Deseé enroscarme sobre mí misma como si fuera una bolita, pero no lo hice. Pensé en Fedra, en que el miedo le había impedido salir de nuestras habitaciones durante meses. Y miré fijamente al rey—. Sufría mucho dolor. Estaba llorando. Podría haber muerto. No creo que quisiera hacer eso voluntariamente.

—Gracias. Hipólito, ¿alguna pregunta para Kándake? —dijo

Critón, pronunciando mal mi nombre, puesto que puso el acento en «kan», en lugar de en «da».

—No —respondió Hipólito—. Es una criada, ha mentido a favor de su señora. No la había visto nunca y espero no tener que volver a verla jamás.

Hubo un murmullo de aceptación en la sala, pero yo ya no estaba escuchando, porque pensaba en el día en que le llevé la comida y le pregunté si deseaba reunirse con la reina. Hipólito me había visto aquel día. Aunque, claro está, era como si no me hubiera visto. Para él todas éramos iguales.

Teseo ordenó una pausa. Los hombres me dieron codazos y empujones cuando abandonaron la sala y me sentí zarandeada por todas partes. Acabaría llena de moratones. Escondí la cabeza entre las manos y esperé. Cuando la sala se acalló, miré a mi alrededor en busca de Critón y Tritón, pero se habían marchado con los demás hombres. Suspiré. Al menos, aquello ya había acabado.

Me incorporé con cuidado y me crujieron todas las articulaciones. Sabía que no podría haber preparado la cena en el tiempo en que había permanecido en aquella sala, pero me había parecido igualmente una eternidad. Miré y no vi a nadie, así que me encaminé hacia la puerta. Empecé a planificar todo lo que tenía que hacer, a pensar en mi trabajo de verdad: debía preparar el almuerzo para Fedra, cambiar la ropa de cama; no había tiempo para descansar. Y mientras iba confeccionando mentalmente la lista de quehaceres, los vi. Eran tres, tres hombres, todos ellos tan jóvenes que podrían ser mis hijos. Los tres esperándome. Y adiviné lo que pasaría. Supe que aquella tarde no lavaría las sábanas, quizá no volvería a lavarlas nunca más.

Fedra

Trifón y Critón me habían dicho que no podía estar presente en la sala mientras interrogaban a Kandake, de modo que la esperé en mi habitación. Deambulé de un lado a otro junto a mi cama como pude, jadeante, nerviosa y algo falta de equilibrio a consecuencia del volumen de mi vientre. Me habría gustado tener algo más que hacer, prepararle su comida favorita, por ejemplo, aunque no tenía ni idea de cuál podía ser ni de cómo elaborarla. Me habría gustado también poder abrazarla antes de que se marchase, pero Trifón y Critón se la habían llevado tan rápido que no había tenido ni tiempo. Y probablemente hubiera sido mejor así; no hubiese querido ponerla en una situación embarazosa.

Finalmente oí voces que se acercaban por el pasillo. Dos voces masculinas, una regañando a la otra. Agucé el oído.

—Ya me dirás, Critón, qué sentido ha tenido esto. Una pérdida total de tiempo, y hemos quedado como unos incompetentes.

—¿Eres tú quien lleva el juicio o yo?

—Calla…

Las voces bajaron de volumen a medida que se aproximaban a la puerta. Nerviosa, mordisqueé una pielecita del dedo. Sabía que no iban a contarme la verdad, pero al parecer no había ido muy bien. Debería haberles dicho que Kandake no debía testificar. Noté un sabor amargo en la boca; el dedo había empezado a sangrar.

Llamaron a la puerta, fui a abrir y me aparté para que pudieran pasar. Primero Trifón y luego Critón ocuparon las que ya se habían convertido en sus posiciones habituales a ambos lados de la mesa. Empezaron a hablarme a la vez, y se fulminaron luego mutuamente con la mirada. Miré hacia el pasillo.

—No lo entiendo —dije, ignorando por completo sus intentos de informarme sobre la sesión—. ¿Dónde está?

Si Kandake hubiera llegado, la expresión de sus caras me

habría parecido cómica.

—¿La habéis escoltado hasta la sala y luego no la habéis traído de vuelta con vosotros? —dije estallando.

—Majestad… —dijo Trifón, pero me dio la impresión de que no tenía palabras con las que continuar.

—Seguro que enseguida vuelve —dijo Critón con voz untuosa.

Empezó a decir alguna cosa relacionada con el trabajo que probablemente tendría Kandake pendiente en las cocinas, pero no lo escuché. Salí de estampida al pasillo y lo recorrí al paso más acelerado que pude. La llamé por su nombre hasta quedarme ronca, pero Kandake no apareció por ningún lado. Pregunté por ella a cada criada con la que me crucé, pero todas respondieron con un gesto negativo. Al final, Trifón consiguió darme alcance.

—Volverá, Fedra —dijo sujetándome con cuidado por el brazo—. Os pondréis enferma si seguís así. ¿Queréis que pida a mis informantes que averigüen dónde está?

Asentí. Ni siquiera sabía dónde estaba el lavadero, y eso que Kandake se pasaba la mayor parte del día allí. Y las cocinas me daban pánico, tanto calor y tan abarrotadas de mujeres rudas y vulgares. Pero conocía los peligros que acechaban más allá de nuestras puertas, sabía por qué debería haber vuelto directamente. Dejé que Trifón me escoltara de nuevo hacia mis aposentos, mientras reprendía para mis adentros a mi compañera por no haber sido más cauta.

Aquella noche, al ver que Kandake seguía sin aparecer, me arrodillé delante de mi santuario. Era barato y pobre, a todas luces obra de una aficionada, pero confiaba en que los dioses vieran en él mi pasión, que entendieran que había aprovechado al máximo mis limitados recursos.

—Dioses —dije en voz alta, puesto que no había nadie que pudiera oírme—. Oh, Zeus, padre de los dioses, abuelo mío, respeta, por favor, los principios que representas. Nosotras, mi criada y yo, somos aquí dos invitadas, y nos han tratado muy mal. No consientas, por favor, que haya más atrocidades. Te ruego para que Kandake siga sana y salva. Que exista un buen motivo por el que no ha regresado. Y permite que vuelva entera.

No era la forma más elegante de expresarlo, pero era sincera. Y añadí entonces:

—Y luego permítenos volver a casa, por favor.

A modo de respuesta, el cielo se iluminó y el rugido de un trueno lo hizo temblar todo. Aquello había sido un rayo, pensé, viendo aún estrellitas cegadoras. El símbolo de Zeus. Me incorporé, un movimiento que ya no era tarea fácil, y me tumbé en la cama. Aquella noche, por primera vez desde mi llegada a Atenas, dormí de un tirón.

A la mañana siguiente seguía sin haber ni rastro de Kandake, pero no podía salir en su busca. Hipólito tenía que testificar. Mi presencia en la sala no estaba permitida, pero Trifón lo había preparado todo para que pudiera esconderme en un pequeño nicho. Era un espacio tremendamente estrecho y me vi obligada a recoger las piernas debajo de mi cuerpo y a mantener el equilibrio sujetándome en las paredes con ambas manos. No sabía si sería capaz de contener la vejiga, tan impredecible en los últimos tiempos, durante el rato que durase la sesión, y por eso no había bebido nada en toda la mañana y había almacenado varias sábanas viejas bajo la falda. Un agujerito en la pared me ofrecía una visión perfecta de la sala y de la silla que ocuparía Hipólito. Contuve la respiración cuando oí pasos que se aproximaban a mi escondite, pero los pasos se perdieron de nuevo, sin que pudiera averiguar a quién pertenecían.

Los hombres fueron entrando. Oí muchas risas, pataleos y hombres que se llamaban los unos a los otros desde distintos extremos de la sala. La gente parecía animada, pensé con enojo. Hoy no habría mujeres inoportunas que interrumpieran su paz mental con sus relatos sobre violaciones.

—Hipólito —oí que decía una voz conocida. Era Teseo. Debería haber supuesto que Teseo actuaría como abogado de su hijo, pero igualmente me cogió por sorpresa. Tal vez, en el fondo de mi corazón, había confiado en que se mantuviera más neutral—. Ya has oído las acusaciones que ha vertido sobre ti la reina. ¿Son ciertas?

Se oyó un prolongado suspiro. Acerqué el ojo al agujero y vi que Hipólito acababa de bostezar.

—Por supuesto que no son ciertas, padre. La reina es mi madrastra. Jamás os habría deshonrado, ni a ti ni a los dioses, manteniendo algún tipo de relación carnal con ella.

Hablaba como si estuviera aburrido, pensé, como si se hubiese aprendido de memoria aquella frase. ¿Ayudaría eso a mi caso o lo perjudicaría? Era imposible saberlo. Desde donde estaba colocada no podía ver las caras de los hombres que debían juzgar a Hipólito. Que debían juzgarnos a ambos.

—¿Y entonces qué pasó?

—La reina me suplicó que tuviese una relación carnal con ella. Estaba desesperada por acostarse conmigo. ¡Conmigo, un discípulo de Artemisa! —Hubo un murmullo de confirmación después de aquella declaración y tuve que meterme la mano en la boca para no gritar—. ¡Era como una perra en celo! —prosiguió Hipólito, y la sonrisa de suficiencia que esbozó indicó con claridad que se estaba divirtiendo.

Se oyeron algunas carcajadas.

—Ya basta, Hipólito —dijo en tono cortante Teseo. Hipólito se quedó callado—. ¿Y accediste, pues, a sus exigencias?

—Por supuesto que no —respondió acalorado Hipólito.

Vi que se había puesto colorado. Al principio me había hecho cierta gracia su actitud infantil, pero luego pensé en que no se había sentido en absoluto avergonzado al desnudar su virilidad y penetrarme a la fuerza.

—Gracias. Critón, ¿tienes alguna pregunta para Hipólito? Por lo que a mí respecta, me siento satisfecho con sus respuestas.

Oí los pasos de Teseo al regresar a su asiento y, a continuación, el sonido de la silla que Critón retiró para levantarse.

—En efecto, Teseo, es muy posible que te sientas satisfecho con sus respuestas, pero ¿se me permitiría recordar a todos los presentes que, de acuerdo con tus propios deseos, solo cuentas con un voto? —Hubo más murmullos, pero era imposible saber si eran para mostrar el acuerdo con las palabras de Critón o no. Critón no esperó contestación por parte de Teseo, sino que continuó rápidamente—: Hipólito, ¿por qué crees que la reina te formuló esas exigencias?

Hubo una pausa. Vi que Hipólito miraba a su alrededor con impotencia. No le habían explicado cómo responder a esa pregunta.

—La reina es una extranjera. Es una princesa de la corte de Creta. Es una mujer de alta cuna. ¿Por qué tendría que comportarse como una vulgar ramera? —preguntó Critón. Me entraron náuseas. Critón no me había indicado que su argumentación seguiría

aquellos derroteros. Y tuve que contenerme de nuevo para no gritar—. Pero no es solo que sea una mujer de alta cuna. Porque aquí tienes una corte entera de mujeres de las que abusas cada noche.

En la piedra, justo delante de mí, había una pequeña muesca y la rocé con nerviosismo con la punta del dedo para intentar sosegarme.

—No lo sé. ¿Por qué no se lo preguntas a ella? —respondió malhumorado Hipólito.

—¿Y dices que no mantuviste una relación carnal con ella? ¿De quién es entonces la criatura que lleva en el vientre?

—¿De algún dios? ¿Cómo quieres que lo sepa? Esa mujer no tiene nada que ver conmigo.

¿Pero no se daban cuenta todos de que estaba mintiendo? ¿Acaso no oían que sus respuestas eran escurridizas, y su actitud, la de un hombre que se cree con todos los derechos? Hipólito tenía cuanto quería. Y eso lo sabía todo el mundo.

—¿Qué harías con un caballo que no quisiese saltar cuando tú se lo pides? —preguntó entonces Critón, con un tono de voz contenido y que dejaba patente su control de la situación.

Una risotada.

—Dependería de la razón por la que no quisiera saltar. Intentaría primero examinarlo o ver cómo convencerlo. Mis caballos me importan mucho.

—¿Y con una criada que no limpiara tus aposentos como a ti te gustaría?

—La mandaría azotar —respondió sin dudarlo un instante.

—¿Y con una joven atractiva que se cruzara en tu camino?, ¿que presumiera delante de ti? ¿Qué se merecería?

—Recibiría su merecido. Por parte de la diosa, claro. La diosa la castigaría, no yo. —Miró de nuevo a su alrededor en busca de ayuda.

—Gracias. Teseo, me siento también satisfecho con las respuestas que me ha brindado Hipólito. ¿Insistes en que esté presente para la recapitulación?

—No pienso quedarme —dijo Hipólito resoplando.

—Te quedarás —dijo Teseo, pero Hipólito ya se había levantado.

—Me has recordado que tengo caballos de los que encargarme. Hacedme llamar cuando esté listo el veredicto.

Abandonó la sala y sus pasos resonaron por los pasillos.

—Majestad —oí entonces que decía Trifón, las primeras palabras que pronunciaba en toda la mañana—, ¿deseáis continuar el proceso sin él?

Teseo guardó silencio e imaginé que estaría mirando a Trifón de arriba abajo. Dijo por fin:

—Sería mejor, sí. Cuanto antes empecemos, antes podremos terminar.

—Muy bien —dijo Critón. Se colocó en el lugar que Hipólito acababa de dejar vacío, lo que me permitió verle la cara. Su expresión era serena y prosaica, como si estuviera hablando de algo tan poco excitante como el tiempo—. Caballeros, el rey os ha dado poder para decidir sobre lo que ha pasado aquí. Habéis visto a la reina, una dama educada y recatada que está esperando un hijo. La reina afirma que Hipólito la forzó, contraviniendo con ello las leyes de la naturaleza. Y habéis visto también a Hipólito, un joven imberbe e insensible que ni siquiera es capaz de permanecer sentado aquí el tiempo suficiente como para respetar el tribunal de justicia que se ha congregado ante nosotros. Uno de los dos miente. Si creéis que es la reina, votad para exonerar a Hipólito. Si ella dice la verdad, declaradlo a él culpable. Y recordad, el rey os ha concedido este poder y desea que lo utilicéis con sabiduría y honestidad.

Oí que se movía de nuevo la silla, lo que significaba que Critón había vuelto a sentarse.

—Todos conocéis a mi hijo —dijo Teseo—. Su carácter habla por sí mismo. No tengo nada que añadir.

—Sugiero, pues, que votemos —dijo Critón, con un tono de voz que sonó algo sorprendido por primera vez en toda la mañana.

Uno a uno, los hombres se fueron levantando para depositar una ficha en la cesta de los votos. Lo hicieron en silencio. Nadie se atrevía a hablar. Oí luego cómo dejaban caer todas las fichas al suelo y un hombre cuya voz no me sonaba de nada iniciaba el conteo. No me atrevía ni a respirar. Me pregunté por vez primera qué sería de mí si decidían creer a Hipólito. Ser devuelta a Creta era, con toda probabilidad, más de lo que podía esperar.

—Culpable. Culpable. Culpable… Caballeros, habéis considerado que Hipólito es culpable de la violación de la reina, su madrastra, por cuarenta votos contra veinticinco.

El silencio se prolongó unos instantes, una sábana incómoda que parecía cubrir la cabeza de todos los presentes, hasta que los perdedores comprendieron lo que acababa de pasar y las peleas estallaron. Me encogí de miedo ante tanto ruido. Estaba harta de la compañía de los hombres.

—¡Silencio! —gritó Teseo—. ¡Haced llamar a Hipólito para que venga a conocer el veredicto!

Se produjo una refriega cuando los guardias lo obligaron a entrar de nuevo en la sala y lo colocaron delante del jurado. Todo el mundo debía de estar concentrado en Hipólito. Me arriesgué y me asomé con cuidado para poder ver mejor.

—Hipólito, el tribunal de justicia aquí reunido te ha considerado culpable —dijo Teseo en voz baja—. ¿Tienes algo más que añadir?

Hipólito se derrumbó por un instante. No creo que en algún momento se le hubiese pasado por la cabeza aquella posibilidad. Relajó entonces la musculatura de los brazos y Teseo indicó con un gesto a los guardias que lo soltaran. Así lo hicieron, y se apartaron con cuidado de Hipólito.

Hipólito siguió con los ojos clavados en el suelo. Luego miró a su padre y murmuró «*Abba*», un diminutivo, la voz de un niño emergiendo del cuerpo de un hombre casi adulto. Teseo levantó las manos en un gesto de afecto. Tal vez el recordatorio de alguna conversación que habían mantenido previamente. Hipólito irguió entonces el torso —el único hombre en toda la sala que era casi tan alto como su padre—, inspiró visiblemente hondo y dijo, con más calma de la que cabría imaginar:

—Esto es una parodia de la justicia, pero acepto el veredicto del tribunal. No me quedaré aquí para escuchar cuál es el castigo.

Dio media vuelta, pasó de largo de los guardias y salió en estampida de la sala. Y los guardias encargados de mantenerlo prisionero se quedaron tan pasmados, que no pudieron hacer más que verlo marcharse.

—Teseo… —empezó a decir Trifón, pero Teseo lo cortó.

—No me interesa lo que tengas que decir, Trifón. Ya has tenido

tu tribunal de justicia. Ya has demostrado que es culpable. ¿Qué más quieres ahora? ¿El pellejo de su espalda? Sigue siendo un príncipe.

Por un momento, Trifón dio la impresión de que iba a insistir, pero al final dijo:

—Como deseéis, majestad.

Teseo infló el pecho y, por un instante, pensé que iba a darle un puñetazo al anciano estadista. Pero al final se sentó de nuevo en el banco y escondió la cabeza entre las manos. Debió de reflexionar sobre sus distintas alternativas porque, al cabo de un par de minutos, mientras todos seguíamos esperando sumidos en un incómodo silencio, dijo:

—Despejad la sala.

Los hombres se marcharon con una evidente expresión de alivio reflejada en sus caras y, en cuanto abandonaron el comedor, oí que empezaban a hablar entre ellos, ansiosos por examinar en profundidad el acto en el que habían participado y del que habían sido testigos. De haber sido mujeres, lo habríamos calificado de chismorreo.

Teseo esperó a que todos hubieran salido para levantar la cabeza.

—Fedra, ya puedes salir.

Pensé en quedarme donde estaba, pero comprendí que no tenía sentido. Salí como pude de mi escondite, intentando no perder el equilibrio. Teseo no me ofreció ninguna ayuda.

Me planté delante de él. Me llevé una mano a la espalda para aliviar la tensión, un gesto que debió de provocar alguna cosa, un recuerdo de otra embarazada, quizá, puesto que Teseo se levantó y me acercó una silla. La rechacé con un gesto negativo.

—Prefiero estar de pie. Llevo demasiado rato agachada.

—No es demasiado tarde, Fedra —dijo—. Estás todavía a tiempo de retractarte de tu declaración. Puedes quedarte aquí o regresar a Creta. Ahora ya me da igual.

—No lo haré. Me quedaré aquí para presenciar el castigo de Hipólito. Y después los dioses se ocuparán de mí según consideren conveniente.

Hablé con voz firme, pero imagino que mi alegría se hizo notar. Habíamos perdido muchas cosas, pero aun así habíamos ganado.

—¿El castigo? Eres estúpida. ¿Quieres que te cuente lo que le pasará a Hipólito?

Rio con suficiencia, levantando el labio superior. De pronto, el pecho se me quedó frío, como si Teseo me estuviese estrujando el corazón. La criatura que llevaba en el vientre pataleaba sin cesar.

—Será ejecutado —dije—. Los dioses se encargarán de que así sea.

—Será enviado con el pueblo de su madre —dijo Teseo—. Allí cuidarán de él. Por lo que tengo entendido, también prefieren pasarse el día a lomos de un caballo. Puede quedarse un año allí, tal vez dos. Y cuando regrese, lo hará convertido en un hombre mucho más maduro y la corte lo recibirá con los brazos abiertos. Será mi heredero.

No me pasó por alto que aquello no iba a ser un castigo, estaba claro, pero lo que me dejó paralizada fue lo primero que dijo Teseo.

—¿El pueblo de su madre? Pero…

—Sí, con las amazonas. Ya han accedido a mi petición, por respeto a su reina fallecida.

—Pero si son mujeres —dije.

Esperé a que me dijera lo contario, a que me dijera que lo había entendido mal.

—¿Y? Les he pagado generosamente. Allí estará seguro, a pesar de ser un hombre.

Pensé de nuevo en las manos de Hipólito en mi cuello, presionando y aplastándome contra el fango.

—No lo envíes con mujeres, mi señor —supliqué.

—No son precisamente mujeres indefensas —replicó en tono burlón. Se dirigió hacia la puerta—. Y, naturalmente, cuando Hipólito regrese tú ya no estarás aquí, a menos que te hayas retractado de tu declaración.

—¿Qué les has contado? —grité, al ver que se marchaba, con un último destello de esperanza—. ¿Saben por qué se le destierra de Atenas?

—Les he contado que es un muchacho demasiado sensible. Que ama demasiado a sus caballos y que no quiere hablar con nadie más. Sabe que tendrá que exhibir su mejor comportamiento.

De modo que pretendía enviar al violador a vivir con una tribu de mujeres ignorantes de todo lo sucedido. Cierto, eran amazonas,

pero estarían desprevenidas. Creerían estar acogiendo al hijo de su fallecida reina, un chico tímido que amaba los animales. ¿Cuánto tardarían en descubrir la verdad y cuál de ellas tendría que pagar por esa verdad revelada? ¿Tendrían las amazonas, que vivían tan alejadas de los hombres, también un coro nocturno?

—Reflexiona sobre retractarte de tu declaración —dijo de pronto Teseo, interrumpiendo mis pensamientos—. Voy a buscar a mi hijo.

Se marchó y me quedé sola. Deseaba derrumbarme en el suelo y llorar, pero no podía permitirme aquel lujo. Seguía aturdida por lo que Teseo acababa de decir. ¿Cómo podía ser esa la intención de los dioses? ¿Que Hipólito quedara libre de todo castigo? ¿Que Teseo no sufriera ninguna pérdida? Y, peor todavía, ¿que Hipólito marchara a vivir a una comunidad de mujeres a las que podría tratar todo lo mal que le apeteciera?

Me sentía vacía; jamás se me habría ocurrido que los dioses tuvieran aquel final en mente. Volví dando tumbos a mis aposentos, intentando imaginar qué sucedería en el futuro. ¿Intentaría Hipólito hacer daño a una amazona que acabaría disparando contra él? ¿Era ese el tipo de castigo que Artemisa tenía en mente? ¿Se vería Hipólito obligado a buscar refugio durante su viaje y moriría asesinado por su anfitrión? Aquellos pensamientos no me aportaban el consuelo que me podrían haber aportado en su día. De pronto percibí una materialización incómoda que burbujeaba en mi vientre, una punzada en el costado. Era tan real que me llevé la mano hasta aquel punto y me quedé paralizada al notar el taloncito de un pie. Mi bebé, que quería hacerse notar. Que quería dar esperanza a su madre. Lo presioné y aceleré el paso. No quería que me viera nadie, aquel momento era solo para mí.

Después de lo que me pareció una eternidad recorriendo pasadizos, llegué a nuestros aposentos. Abrí la puerta, desesperada por entrar, por tumbarme en la cama y observar aquel piececillo bailando en mi vientre. Pero algo iba mal. Me paré en seco, confusa. Encima de la mesa había un pedazo de carne. ¿Sería una ofrenda? Pero ¿no deberían haberlo cocinado primero? Era un pequeño pedazo de carne cruda, con la sangre impregnando la superficie de la mesa. Aquello no podía haberlo hecho una mujer, pensé. El bebé dejó de moverse en mi interior, el pie se replegó. Me obligué a

entrar, a pasar por delante de la monstruosa mesa y a abrir la puerta de mi habitación.

Por un instante vi delante de mí a la saltadora de toros, su cuerpecillo empitonado por los cuernos, el hilo de sangre que caía por su costado. Pero entonces, la imagen dejó de ser confusa y vislumbré una mujer mucho más mayor, un cuerpo más voluminoso y unas manos ajadas por el trabajo de toda una vida, postrada en la cama. La piel tenía una tonalidad azulada, la boca estaba entreabierta y se distinguían los bordes dentados del lugar de donde habían extraído el pedazo de carne que había en la mesa.

No corrí hacia ella. Ya no tenía sentido. Me acerqué lentamente y le cogí una mano helada.

Kandake no volvería a casa.

—La justicia no existe —dije, sin importarme que alguien pudiera oírme. Recordé aquel rayo, el símbolo, había pensado anoche, de un dios que nos protegería—. Los dioses no existen. —Me callé unos instantes y repetí la frase a gritos—. ¡Los dioses no existen!

Y no pasó nada.

Había perdido muchísimo tiempo, me dije. Había esperado y esperado a que los dioses ofreciesen venganza, pero ahora comprendía que Medea tenía razón. Los dioses no existían. Si querías que pasase algo…, ¿cómo lo había expresado? Sí, había dicho que a veces las mujeres tenían que tomar las riendas en el asunto.

Había llegado, pues, el momento de pasar a la acción. Mi madre había dicho: «Ya han matado a tres de mis hijos». Recordé la aparición de Ariadna en el barco, las marcas que tenía alrededor del cuello. Recordé las entrañas pestilentes que emergían del cuerpo de mi hermano, recordé que incluso los cretenses apartaron la vista, como si fuese el cadáver de un animal en vez de un ser humano asesinado. Mis padres me habían dicho que necesitaba domar mi rabia, ser la princesa perfecta, confiar en que los dioses llevarían a cabo las acciones necesarias. Pero estaba claro que se equivocaban. Empecé a repetir tres nombres: «Androgeo, Minos, Ariadna». A repetirlos sin cesar, una y otra vez, como una oración. Androgeo, asesinado por los atenienses cuando viajaba por el Ática, cuando era solo un niño, un viajero. Minos, un hombre de paz con una

deformidad excepcional, asesinado mientras intentaba hacer entrar en razón a Teseo. Y Ariadna, mi hermana, ¿cómo podía haber dudado de ella? Su reputación había quedado destruida junto con su cuerpo. No pronuncié el nombre de Kandake, pero su cuerpo frío yacía a mi lado, y a pesar de no haber sido hija de un rey o nieta de dioses, su muerte también merecía ser vengada.

Si alcanzaba el éxito en lo que pensaba hacer, el nombre de Fedra no tardaría mucho en ser cantado por los bardos para entretener a los borrachos, no me cabía la menor duda. Pero antes quería hacerle daño a Teseo. Los hijos de Minos no morirían sin ser vengados.

ÉXODO

FURIAS

Los miembros del jurado ofrecen su veredicto y contienen la respiración. Hipólito ha sido declarado culpable. Desde su rincón, Medea contiene un grito. Trifón oye la palabra resonar en toda la sala, pero no alcanza a asimilarla, no consigue detener su aleteo ni captar su significado.

Son hombres vulgares, no son héroes ni reyes, pero esa única palabra contiene más poder que una vara al rojo vivo clavada en el ojo de un cíclope, que un espejo ante una gorgona o que una espada atravesando el costado de la bestia con cuernos que habita en el laberinto.

No pueden saberlo aún, pero el legado de este día significará el auge de Atenas. Pronto, los reyes del Ática enviarán regalos y dinero para construir una flota potente. Hombres inteligentes, hombres con talento acudirán allí en masa para vender sus productos y poner en buen uso sus habilidades, para compartir una grandeza que no hará más que crecer.

Pero antes de todo eso, alguien debe caer. Debería ser Hipólito, pero su padre sigue siendo el rey. Y, además, los que ocuparon los bancos tienen la sensación de haber presenciado una obra de teatro cuyo acto final está aún pendiente de ser desvelado. Y mientras sus pensamientos pasan de Hipólito, el piadoso príncipe condenado, a Teseo, un rey entre ciudadanos y un héroe entre hombres, y finalmente a Fedra, la chica extranjera que ocupa el lugar de una reina ateniense, nadie entre los miembros del jurado es capaz de adivinar quién de todos ellos caerá.

Fedra

Crucé la habitación y saqué las pinturas que guardaba bajo la cama. Sumergí los dedos en la pintura negra y me acerqué al mural con la pintura goteando entre los dedos como si fuese sangre, transformada en una mujer salvaje, una bacante. Inspiré hondo e invoqué a los dioses.

—¡Soy Fedra, hija del rey Minos y la reina Pasífae! ¡Mi abuelo, el dios del sol, Helios, ha permitido que se cometieran crímenes contra mí durante el tiempo en que él no podía verlos! ¡Mi bisabuelo, Zeus, el rey de todos los dioses olímpicos, ha permitido que los enemigos de Creta, su ciudad elegida, amada por él y a la que considera sagrada, destruyeran a los hijos de Creta!

Inspiré hondo y grité, más fuerte incluso que antes:

—¡El rey del mar, Poseidón, hermano de mi bisabuelo, ha permitido que Hipólito jurara en falso en su nombre! ¡Helios, Zeus, Poseidón, llevaré a cabo la venganza que vosotros no habéis infligido! ¡Me da igual si existís o no! ¡No pienso esperaros por más tiempo!

Y entonces, enloquecida, empecé a pintar la pared, pero no con tranquilidad y cuidado, como había hecho antes, sino con fuerza y pasión. Mi mejor quitón se manchó de pintura. Los pigmentos me tiñeron el pelo cuando, con impaciencia, me retiré los mechones que me caían sobre los ojos y me embadurnaron luego la cara cuando quise secarme el sudor de la frente. Al final me senté en el suelo, jadeante, y contemplé la pintura. No tenía en absoluto pensado qué iba a pintar y me había dejado guiar por el instinto, pero cuando vi el resultado, le di mi aprobación. De aquel mar ateniense de color azul intenso, que había dejado de estar en calma, emergía un toro marino con cuernos gigantes y flancos carnosos. ¿Un toro marino? No, aquello era un toro cretense.

Hipólito me había dicho que sabía luchar contra toros, recordé.

Pero no había tenido en cuenta la fuerza que había engendrado en mi interior. Y allí, en el fondo de mi baúl, descansaba el hacha de dos cabezas, el labris, del que nuestro laberinto tomaba su nombre. El labris, el símbolo de Creta y un regalo de mi padre. Lo saqué del baúl y lo sopesé. Era sólido, pero no tan pesado como para no poder manejarlo. Acaricié las hojas con la punta de los dedos y complacida descubrí que el tiempo que había pasado el hacha dentro del baúl en Atenas no la había dejado sin filo.

Hice girar el hacha de dos cabezas entre mis manos, salí de mis aposentos y recorrí los pasillos del palacio. Me crucé con una bandada de criadas que estaban limpiando los suelos. Gritaron y salieron corriendo al verme, por mucho que no tuvieran nada que temer. No vi ningún hombre; supuse que estarían todos bebiendo, comentando los acontecimientos del día como si fuesen una obra de teatro cualquiera, un drama del que eran simples espectadores. Solo hubo un guardia que me ordenó detenerme, pero que se apartó rápidamente en cuanto vio el hacha en mis manos y, tal vez, la mirada de loca que lucían mis ojos.

Salí del palacio y seguí andando hacia el mar. Me crucé entonces con ciudadanos atenienses, granjeros y campesinos. Me acordé entonces del campesino que había insultado a mi madre y blandí el hacha hacia la muchedumbre. La gente se apresuró a apartarse para dejarme paso. Reí a carcajadas. Me sentía un gigante, una diosa de la nueva vida, con mi bebé pataleando y protestando en mi vientre, pero tenía las ideas muy claras.

Tenía que encontrar a su padre y matarlo.

Cuando llegué a la playa, me di cuenta de que me seguía una multitud. Grité, rugí y agité el hacha.

—¡Se ha vuelto loca! —oí que gritaba un niño.

Nunca había visto un mar tan vibrante como el que ahora se extendía delante de mí; su color azul resplandeciente no se parecía en nada al esmalte turbio de mis pinturas. Había dejado de merodear entre sombras y nichos y el mundo se abría con claridad ante mí. El sol brillaba en el cielo; algo que antes habría tomado como un buen presagio, pero que ahora ya no afectaba mi determinación para cumplir con mi tarea pasara lo que pasase. Yo era Heracles, yo era Pericles, yo era igual que cualquiera de los grandes héroes. El pelo me azotaba la cara y la sal marina me

escocía en los ojos, pero con mi hacha en las manos comprendí por fin lo que debía de sentir una amazona.

Vi a Hipólito a lo lejos, pero acercándose cada vez más, guiando su caballo entre la espuma de las olas que alcanzaban la orilla y corriendo en dirección a mí. Levanté el hacha a modo de bienvenida. El rugido del mar resonaba en mis oídos y ahogaba los sonidos de la multitud. En aquel momento solo existíamos Hipólito y yo, unidos para siempre por sus actos malvados y mi odio hacia su padre.

Siguió galopando hacia mí, levantando la barbilla en actitud desafiante, pero algo iba mal; lo sabía él y lo sabía yo. Ya no tenía la elegancia de un centauro, ya no era el torso de un hombre unido al cuerpo de un caballo. Su caballo estaba asustado y no quería avanzar, y decidí aprovecharme de ello. Blandiendo el hacha, cargué contra el caballo. Hipólito intentó esquivarme, pero saltar toros no era tan sencillo como él se imaginaba. Me acordé de la pequeña saltadora de toros, tan confiada, tan experta y que, con todo y con eso, acabó aterrizando directamente sobre los cuernos del toro. Ahora era el turno de Hipólito de fracasar con aquella experiencia de la que tanto se jactaba. El caballo se alzó sobre sus patas traseras, lo lanzó por los aires y siguió galopando por la playa. Y el cuerpo de Hipólito, ante la presencia de todos los espectadores, giró, volteó y cayó, no en el mar, sino contra las rocas.

Entendí que se había partido el cuello sin ni siquiera yo tocarlo, pero necesitaba asegurarme. Levanté mi hacha de doble cabeza, transformada en el toro marino, en el monstruo, en el toro cretense que estaba allí para ejercer mi venganza sobre la casa de Teseo. El mar retumbaba en mis oídos, empujándome a seguir adelante. Bajé la vista hacia el cuerpo destrozado que yacía a mis pies. ¿Me habría visto también así Hipólito, me pregunté, cuando me abandonó aquel día en el bosque dándome por muerta? Recordé el golpe seco de su puntapié en el costado. Ni siquiera me había movido, entumecida como estaba ante cualquier otro dolor después de las brutalidades a las que me había sometido. Y ahora podría haber hecho lo mismo que él hizo, podría haberlo pateado como si fuese un chucho sarnoso, pero me pareció un gesto indigno, muy bajo. Lo que hice, en cambio, fue dejar caer el hacha sobre el cuello de Hipólito y permitir que el filo separara la cabeza de un cuerpo

que parecía hecho de espuma de mar. Mi vista se nubló al instante y me desmayé.

Cuando recuperé la conciencia, estaba acostada en mi cama. Aturdida, intenté incorporarme y no pude. Estaba sujeta con cadenas de hierro. Miré a mi alrededor y vi a mi hermana Ariadna inclinada sobre mi pecho.

Coro nocturno

Traigo noticias: ¡Hipólito ha muerto!

¡*No*!

¡*Bien*!

Pero ¿cómo? ¿En un accidente a caballo?

Podría decirse eso. Se cayó del caballo.

No derramaré ni una lágrima, eso seguro.

Tampoco yo. Pero ¿cómo es posible que Hipólito se haya caído del caballo? Es, era, el mejor jinete de Atenas. De toda Grecia.

Ha sido la reina. He oído decir que lo amenazó con un hacha.

He oído decir que es una bruja, igual que su prima, y que hizo que una bestia gigante surgiera del mar.

¿*Una bestia gigante*?

¿*Un hacha*?

¿Y qué importa eso ahora? Hipólito ha muerto.

¿*Lo sabe ya Teseo*?

¿*Y qué le pasará ahora a la reina*?

Teseo la matará, seguro.

Lleva en su vientre el hijo de Hipólito.

Eso da igual. Teseo la matará en cuanto nazca la criatura. Y ya no falta mucho.

Medea

—¿Ariadna? —Oí que decía una voz adormilada detrás de mí.

Me enderecé y me volví rápidamente, turbada porque pudiera descubrirme removiendo sus pertenencias.

—No, soy Medea —dije, pensando que llevábamos mucho tiempo sin hablar.

Fedra asintió.

—Había olvidado lo mucho que te pareces a mi hermana. La echo de menos.

No sabía cómo responder a sus palabras.

—Creo que tu hermana está… viajando aún con el dios Dionisos.

—¿De verdad? ¿De verdad crees eso? Porque yo ya no me creo todas esas historias. —Su voz, aunque débil, sonaba segura—. La vi, ¿sabes? En el barco. O al menos me pareció verla. Pero todo debía de ser falso. Me dijo que fuera con cuidado con Teseo. Y debería haberle hecho caso. ¿Qué haces aquí?

—¿Aquí en Atenas o aquí en tu habitación? —Prevariqué. Cuando hice mi impío trato con Teseo imaginé que Fedra sería una chica miedosa, tímida, necesitada de orientación. No vi que hubiera gran cosa que pudiera ofrecerle.

—En los dos sitios. ¿Piensas decirme ahora la verdad, Medea? ¿Sobre cómo mataste a tus hijos para hacerle daño a tu marido?

Me sonrojé.

—Acabas de decirme que ya no te crees mis historias, Fedra.

Como respuesta, se limitó a cerrar los ojos y a permanecer quieta tanto rato que pensé que había vuelto a quedarse dormida, pero al cabo de un rato habló sin abrir los ojos:

—¿Así que ahora soy prisionera de Teseo?

—¿Qué te esperabas? Has matado a su hijo.

Abrió los ojos de golpe.

—¿Que Hipólito ha muerto?

—Sí, ha muerto. ¿No lo recuerdas? Lo mataste tú.

La observé con atención. No sería la primera vez que alguien perdía la memoria después de un suceso de esa envergadura.

Fedra hizo un gesto de negación.

—No. Yo estaba pintando, ¿lo ves?

Señaló la pared de delante de mí, que estaba pintada, efectivamente, aunque la pintura estaba extendida de un modo tan aleatorio que resultaba complicado saber cuál era la temática.

—Veo que alguien ha estado pintando, sí, pero no puedes demostrar que fueras tú la que estaba pintando mientras asesinaban al príncipe —dije exponiendo un argumento razonable.

—Sí, pero mi criada podría confirmártelo. La pintura estaba inacabada y ahora ya está finalizada. Kandake te lo dirá y…

Y de repente rompió a llorar.

Trifón me había comentado el terrible destino que había sufrido la criada, espantoso incluso para una vieja bruja gruñona. Después del juicio, yo había estado dando vueltas en mis habitaciones con una jarra preparada para calmarme los nervios, pero antes de que pudiera empezar a beber, habían llamado a la puerta y Tritón había entrado sin ni siquiera esperar mi permiso.

—Os pido disculpas, señora, por la intrusión —me había dicho, con aquella voz zalamera y de tan poco fiar—, pero a lo mejor os mostraréis más amigable si sustituyo vuestro vino por el mío.

Sacó entonces una copa de la nada y, como el sacerdote que prepara una libación, la llenó con el contenido de un odre que llevaba en el bolsillo.

A nuestras espaldas oí las risillas de mis chicas, que estaban poco acostumbradas a que alguien pusiera en duda la calidad de mi amado vino. Estuve tentada a pedirles que actuaran a modo de catadoras, pero no creía que realmente estuviera envenenado y sabía que, si hacía aquello, enfurecería a Trifón. Probé el vino, un caldo mejor que el que me disponía a degustar, que me calentó la boca y se deslizó agradablemente por mi garganta. Mis hombros se relajaron y el ritmo de mi respiración se volvió más regular. Aunque seguía sin fiarme de él.

—Muy amable por vuestra parte, señor, pero no creo que hayáis venido a educar mi paladar —insinué.

—No, señora, estoy seguro de que vuestro paladar no requiere ningún tipo de educación por mi parte, aunque vuestro presupuesto tal vez sí que necesite ayuda.

Sonrió entonces, una sonrisa fría que ni le llegó a los ojos. Reconsideré rápidamente mi opinión sobre aquel hombre, lo que no significaba que fuera a ser más de mi agrado.

—¿Por qué estáis aquí? —le pregunté sin más rodeos.

Las risillas a mis espaldas callaron de repente; mis chicas sabían que cuando empleaba aquel tono no se podía jugar conmigo.

—¿No sería mejor preguntar por qué estáis vos aquí? —replicó él—. ¿Sabe el rey, por ejemplo, que ha estado alojando a una fugitiva desde que su padre murió?

Bebí de un trago el vino que quedaba en mi copa.

—El chantaje resulta muy aburrido. Si es por eso que estáis aquí, decidme qué queréis y marchaos. No os lo daré, naturalmente, pero al menos no tendré que desperdiciar más tiempo con vuestra compañía.

Sonrió con malicia.

—¿Así que pasar tiempo en mi compañía es un desperdicio? Muy interesante. Porque últimamente he pasado mucho tiempo con vuestra prima y os aseguro que ella no lo considera ningún desperdicio.

A punto estuve de soltar una carcajada.

—Y por lo que he visto, no puede decirse que le haya salido muy rentable. Es una jovenzuela tonta. ¿Y qué tiene esto que ver conmigo?

—Todo, espero. ¿Sabéis que la princesa ha asesinado a Hipólito?

No lo sabía, lo cual me fastidió. ¿Por qué no lo sabía? Intenté que no se notara mi enojo, pero, igual que una ostra, me vi obligada a escupir una perla.

—¿Cómo lo ha hecho?

—Ha utilizado un arma exclusiva de Creta, un hacha de doble cabeza. ¿Conocéis ese tipo de arma? —preguntó empleando un tono tan seco que igual podría haberme estado preguntando acerca de una nueva herramienta para cortar la carne.

—No, pero parece apropiada. Aunque sigo sin ver qué tiene esto que ver conmigo.

—No le he contado todavía a Teseo que seguís aquí, pero lo haré. —Abrí la boca dispuesta a poner objeciones, pero Trifón levantó un dedo—. Escuchadme primero. Tengo una obligación para con vuestra joven prima. Tal vez la he guiado por un camino que no era el correcto para ella. Tal vez la ancianidad esté ablandándome.

Murmuró esa última frase casi para sus adentros, razón por la cual no creo que fuera dirigida a mí; aunque quizá también es posible que Trifón quisiera inducirme a pensar eso.

—Pues a mí la ancianidad no me ablanda —repliqué—. Y repito, ¿qué tiene todo esto que ver conmigo? Tengo que recoger mis cosas e irme antes de que el rey descubra que sigo aquí.

—El rey no quiere volver a ver a Fedra. Está llorando la pérdida de su querido hijo. Pero sí quiere conocer a su nieto. He pensado que igual querríais negociar un trato con Fedra, por el cual ella podría entregar a su hijo cuando naciera a cambio de regresar sana y salva a su tierra. Podríais criar al niño por ella. Al fin y al cabo sois familia.

Aquel hombre estaba ido. Me quedé mirándolo, boquiabierta.

—¿Y por qué querría yo hacer eso? ¿Criar al hijo de mi prima? ¿Estáis loco?

Por vez primera, su compostura flaqueó.

—Porque… perdisteis a vuestros hijos.

—No perdí a mis hijos. Mis hijos no eran como quitones o peplos, objetos que pueden perderse en cualquier parte —dije, en cuanto recuperé el habla—. Y los hijos, además, no son posesiones intercambiables, por mucho que Teseo lo vea así. Un hijo no puede sustituir a otro, sobre todo cuando ese otro ni siquiera es tu propio hijo. Creo que deberíais marcharos.

Me levanté, y con el movimiento tumbé mi copa. Me dio igual. Había llegado la hora de abandonar para siempre aquella corte.

—Por favor —continuó parloteando Trifón, claramente desconcertado—. No era mi intención ofenderos. Acepto que mis palabras han sido torpes. No tengo hijos y…

—Pues entonces, criad vos a la criatura de Fedra —dije interrumpiéndolo.

No tenía guardias, pero mis chicas eran capaces de echarlo a la fuerza de mis aposentos y de tenerlo todo preparado para irnos

antes de que a aquel hombre le diera tiempo de avisar a quien fuese. Miré a Casandra, que tenía brazos fuertes y nunca le daba miedo montar una escena.

—Olvidemos esa parte del plan, por favor —continuó Trifón—. Pero necesito que hagáis entrar en razón a Fedra. Yo soy incapaz de convencerla.

Me levanté, con la respiración entrecortada, pero luego volví a sentarme.

—Muy bien. ¿Y cuál sería mi recompensa?

—¿Qué querríais? ¿Un pasaje para volver sana y salva a casa? Porque es mi deber advertiros de que no creo que Teseo sea un hombre que os vaya a permitir quedaros de modo indefinido aquí. Si ese fuera el trato negociado, os recuerdo que siempre hay maneras de acabar rápidamente con un acuerdo.

Su voz había empezado a sonar más tranquila; pisaba claramente terreno más firme. Y sus palabras eran razonables; yo jamás pondría la mano en el fuego por Teseo. Las ideas me daban vueltas sin cesar en la cabeza.

—¿Qué recomendáis? ¿Hacia qué destino creéis que podría obtener un pasaje seguro? Al fin y al cabo soy Medea, la asesina.

Trifón se recostó en la silla.

—No os recomendaría ninguna corte. Os sugeriría que pidieseis una concesión de tierras, una pequeña finca, y hombres que os ayudaran a gestionarla. Que os retirarais al campo.

Reí.

—¿Retirarme? Si apenas he cumplido los cuarenta.

—Pero ya no sois una mujer, ¿cómo lo diría yo? Una mujer activa. Os arrastráis por los pasadizos por las noches observando a los demás. ¿Qué tipo de vida es esa?

Me ruboricé. No era consciente de que alguien supiera a qué me dedicaba. Tal vez hubiera infravalorado a ese viejo loco, aunque tampoco él me había interpretado correctamente.

—Es probable que sea una vida pobre, pero siempre es mejor que vivir en una granja.

—¿La Cólquida, entonces? Vuestro padre ya falleció, pero tenéis un hermano que podría acogeros. ¿O quizá Tebas? Tengo entendido que el reino de Tebas está sumido en el caos. Y si el caos es lo que más os gusta, tendríais suficiente para mantener vuestra

mente ocupada durante años.

Reflexioné sobre esas alternativas. Si zarpaba hacia la Cólquida, sería volver a la deshonra. Pero en Tebas, siempre podría preparar mis pociones para convencer a los ingenuos de que era una hechicera con conexión directa con los dioses.

—Tebas —dije.

—Muy bien. Hablaré con Teseo; un pasaje seguro y un emisario hacia Tebas, a cambio de lo cual convenceréis a la princesa Fedra de que lo que más le interesa es dejar aquí a su hijo y volver a Creta.

—Mi trato no puede estar supeditado a ella —le advertí, al ver claramente el peligro—. Si ella no se muestra de acuerdo, no puedo ser responsable del tema.

—Entendido y conforme. ¿Creéis que no se mostrará de acuerdo? Interesante.

—¿Qué madre accedería a un trato como ese? —repliqué simplemente.

Trifón tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Fedra aún no es madre. Es una joven que sufre las consecuencias no deseadas de un acto violento.

—Sí —reconocí—, aunque es posible que, a estas alturas, se sienta también madre.

Miré a la joven en cuestión. Había descansado las manos sobre el vientre y su mano izquierda lo acariciaba distraídamente de vez en cuando. ¿Se habría apoderado ya de ella aquella pasión que lo absorbía todo, aquella necesidad ardiente de hacer lo mejor para su hijo, sin importar las consecuencias que ello pudiera tener? ¿Sería capaz Fedra de hacer lo que yo hice? Desde entonces me habían dicho infinidad de veces que la mayoría de mujeres no podría haberlo hecho, no habría podido hacerlo, pero yo no estoy del todo convencida. Porque creo que cualquier madre habría hecho lo que yo hice de haberse encontrado sentada en mi trono.

—Siento mucho lo de tu criada —dije—. Con el paso de los años he tenido muy buenas criadas y una pérdida siempre es dolorosa. —Me miró con incredulidad y pensé que tal vez no había elegido correctamente mis palabras. Volví a intentarlo—. Pero ahora debes pensar en ti y, si así lo deseas, también en el hijo que llevas dentro.

—¿Si lo deseo? —preguntó Fedra—. ¿Y por qué no iba a desearlo?

De modo que ya había empezado, con el pataleo que percibía en su vientre; el anhelo de ver a su hijo como algo más que el producto de un padre monstruoso.

—Muy bien —dije—. Porque existía la preocupación de que tu hijo no te importara. Y como veo que sí que te importa, sé que solo vas a querer lo mejor para la criatura.

Fedra cerró los ojos; quizá estuviera cansada de oír el sonido de mi voz. Era un trabajo duro, pero lo único que veía ahora delante de mí era un pasaje en un barco, un viaje con rumbo a una nueva corte, una oportunidad de volver a empezar. Aquí ya no había nada para ninguna de las dos, pero solo una de nosotras lo sabía.

—¿Adónde quieres ir a parar? —preguntó—. Por favor, sea lo que sea, dilo. No tengo paciencia para acertijos.

—Teseo quiere criar a la criatura como si fuera suya —dije con un gesto de indiferencia—. Es su nieto, o su nieta. Lo criará como su heredero, si es un niño, y la casará bien, si es una niña. No reparará en gastos.

—¿Y qué será de mí?

Tamborileé con los dedos sobre el alféizar de la ventana.

—Se te ofrecerá un pasaje para que regreses a Creta.

—¿Y si me niego?

De repente tuve la sensación de que la estancia se había quedado sin aire. Le había preguntado a Trifón qué decir si llegaba a esta circunstancia, y él me miró y me dijo, refiriéndose a la chica que, según él, le inspiraba cariño y de la que se sentía responsable: «No es necesario que seáis amable. Debe conocer la verdad».

—Si no aceptas el trato, permanecerás encadenada a esta cama hasta que des a luz y, después de eso, acabarán con tu vida y tu cuerpo será arrojado al mar para que sea devorado por las bestias marinas. A tu padre le dirán que moriste de parto.

Fedra cerró los ojos.

—Y Teseo se quedará con el bebé —dijo, agotada, con un tono de voz que le hacía parecer mucho más mayor de lo que en realidad era.

—Sí —reconocí, porque no tenía mucho sentido decir lo

contrario.

Miré por la ventana. Eran estancias pequeñas y húmedas, pero tenían bellas vistas al mar. Pensé en lo mucho que me gustaría estar fuera, lejos de aquel maldito palacio.

Fedra rio, una risa vacía y carente de humor. Era imposible reír de otra manera en Atenas. Aquí no había alegría sincera.

—Iba a preguntarte qué harías tú, ya que has sido madre, pero eres el paradigma de la antítesis del amor maternal.

—Lo cual viene a demostrar lo poco que sabes de mí —le espeté.

Me arrepentí al instante, sin embargo. Había construido todo un personaje, como Fedra acababa de decir, totalmente contrario al amor maternal. Jamás había defendido mis actos. Hacerlo me destruiría.

—¿De verdad? —dijo, como el niño que azuza a un animal con un palo—. Nunca has negado haber matado a tus propios hijos. ¿Piensas contarme ahora por qué?

¿Y qué importaba ya? Iba a marcharme de Atenas de todas formas. Y me parecía imposible que la chica acabara llegando a Creta, por mucho que Trifón afirmara lo contrario.

—Los niños pueden sufrir cosas peores que la muerte. Pueden sucederles cosas peores. El trabajo de una madre es proteger a sus hijos como pueda.

Ya está. Ya estaba fuera. Ya lo había dicho.

Fedra se había quedado mirándome con los ojos como platos. El fingimiento de estar medio dormida o aburrida con mis palabras se había esfumado por completo.

—Como la madre auténtica en aquella historia del rey que me contaste un día.

Necesité un momento para entender a qué se refería.

—Oh, ¿te refieres a aquel rey de Oriente?, ¿el que amenazó con partir al bebé por la mitad?

—A esto era a lo que te referías cuando me contaste esa historia, ¿verdad? A que la madre auténtica no es la que podría entregar al bebé, sino que la madre auténtica es la que no puede permitir que el bebé viva sin ella. Y muy en especial si sabe que la madre falsa pretende para su hijo un destino peor que la muerte —sentenció, y se dejó caer sobre la almohada.

—Sí —concedí—. Esa sería una posible interpretación, Fedra. Pero no es más que una historieta. Lo más probable es que no hubiera ni siquiera un bebé de por medio.

—Pero ¿qué podría ser peor que la muerte? —preguntó Fedra—. No para ese bebé, sino para tus hijos.

Me mordí el labio. No quería romper a llorar delante de ella.

—Hay muchas cosas peores que la muerte, sobre todo para chicas cuyos padres eligen esposas o criadas mucho más jóvenes que ellas.

Fedra se quedó blanca y comprendí que lo había entendido.

—Pero… ¿no podías sacarlos de allí de ninguna otra manera?

—Lo intenté —repliqué—. Créeme si te digo que lo intenté.

Al final hice lo único que podía hacer. Le rogué a Jasón que me permitiera pasar una noche más con mis hijos antes de que me los arrancara para siempre. Los abracé para darles las buenas noches y les di de beber una bebida caliente que contenía una poción que había preparado. Qué ironía; era conocida como Medea la hechicera, pero jamás había devuelto a nadie a la vida. Lo único que podía hacer era proporcionar una muerte dulce. Y después de haber hecho esto con mis preciosos hijos, me sentencié a mí misma a ser una muerta viviente.

—¿Y qué hago? —preguntó de nuevo Fedra—. No quiero dejar a mi hijo en manos de Teseo.

—No veo que tengas otra opción —respondí—. Y además, Teseo no es Jasón. Tu hijo estará seguro.

—Sí, pero sería criado por el mismo hombre que crio a Hipólito —dijo.

—No tienes otra opción —repetí.

Fedra volvió la cabeza y empezó a llorar. Salí de la habitación y el sonido de mis pasos parecía querer recordarme la persona despreciable en que me había convertido.

En el pasillo me encontré con Trifón, que caminaba en dirección contraria a la mía.

—¿Se lo habéis dicho? —me interrogó.

—Sí —contesté—. Y no creo que acepte la oferta.

—¿No? Bueno. Si no le hubierais brindado una oferta inaceptable, yo no podría presentarle otra más atractiva. Vuestro barco zarpa a medianoche. Sed puntual, no habrá otro.

Trifón dio media vuelta y se encaminó hacia sus aposentos, silbando quedamente. No perdí más tiempo preguntándome por Fedra. Había llegado la hora de irme de allí.

Trifón

Teseo permaneció al lado de Hipólito hasta que finalmente cruzó el río Estigia y, durante todo aquel tiempo, los rumores corrieron libremente. Cuando pregunté al respecto a uno de mis informantes, que no había presenciado los hechos, pero que había oído hablar sobre lo sucedido, me ofreció un relato de lo más excepcional.

—El príncipe, amado por todos, salió del palacio, y estaba conduciendo su carro por la playa, como había hecho tantísimas veces. Pero en esta ocasión —y su voz se quebró ligeramente—, esta vez, un toro gigante hecho de espuma de mar surgió de las aguas. Los campesinos, que estaban trabajando en los campos cercanos, contaron que Hipólito no titubeó, que era un auténtico príncipe entre los hombres, pero que el caballo…

Y aquí ya no pudo seguir más. Otro hombre se encargó de continuar el relato:

—El caballo se alarmó y tropezó. Carro y jinete fueron engullidos por la ola. Hipólito, que Hades cuide de su alma, salió proyectado hacia las rocas.

—¿Y… y murió en el acto? —pregunté, porque no sabía qué otra cosa decir.

—No, no murió en el acto. Quedó postrado, llamando a su padre y a su abuelo Poseidón. Teseo corrió hacia allí en cuanto la noticia llegó a palacio y pudo consolar a su hijo en sus últimos momentos. Las últimas palabras de Hipólito fueron para reiterar su inocencia contra las malévolas mentiras que esa bruja contó sobre él.

Y al decir eso, el hombre dirigió una mirada furibunda hacia lo que se suponía que eran los aposentos de Fedra, tan cargada de odio que no había visto yo nunca una mirada así. Y eso que habría jurado que aquel hombre había votado contra Hipólito hacía tan solo unos días.

Como digo, había que oírlo. Imagino que la confusión surgió como consecuencia del arma que portaba Fedra, el labris. Pocos atenienses debían de saber qué era aquello, pero todo el mundo sabía que en el laberinto, un término cuyo nombre tenía su origen en aquella arma, vivía encarcelado un monstruo con cabeza de toro. Y de ahí debía de haber surgido la historia.

Por mi parte, el plan no podía haber salido mejor. La celebración de un segundo juicio era impensable. Teseo había ordenado que Fedra fuese encadenada a su cama y los guardias habían procedido en consecuencia. El gobierno del pueblo había quedado anulado. El rey era el gobernante supremo, y cuando un rey era el gobernante supremo, había un papel importante para los consejeros de confianza que siempre habían estado al lado del rey. Los asesores más próximos a Teseo estaban tan ocupados llorando la muerte de su amada democracia que no podían darle muchas vueltas a la tarea de gestionar la ciudad. Aguardé a que llegara mi hora, de todos modos. Pagué a algunos hombres para asegurarme de que mi nombre fuera mencionado en los momentos más adecuados y esperé en mis aposentos. No quería parecer ansioso, sobre todo con el joven príncipe muerto tan recientemente. Otra victoria para la corte, aunque nadie se atrevía a decírselo a la cara a Teseo. Sin su cabecilla, los jóvenes mejoraron su conducta y empezaron a hacer más caso a las palabras que les dirigían sus padres.

Sí, el resultado no podía haber sido más satisfactorio, a no ser por el hecho de que la princesa Fedra estaba encadenada en su cama. En Atenas no tenemos una cultura pacifista, y la violencia de los actos de Fedra no me incomodaba. ¿Acaso no la había dado por muerta Hipólito y la había dejado abandonada en el bosque? Pero aun así, una exasperante vocecita en mi cabeza me insistía en que era yo el que había puesto en marcha una secuencia de acontecimientos y que una joven inocente estaba pagando ahora el precio. Y en un momento dado, aunque no podría decir exactamente cuándo, empecé a urdir planes para rescatarla.

Fedra no podía seguir viviendo en la ciudad. Teseo la mataría en cuanto pudiera hacerlo. Me sorprendía que no lo hubiera hecho todavía, pero estaba llorando la muerte de su hijo y los rumores afirmaban que quería para él la criatura que Fedra llevaba en el

vientre, un último recuerdo de Hipólito. Un recuerdo horripilante, a mi entender, pero como no tengo hijos, los sentimientos que estas criaturas inspiran me son totalmente ajenos. ¿Podría Fedra volver a Creta? Sin quererlo, me descubrí elaborando una lista de las razones por las que volver a Creta sería una mala idea: la pérdida de su honor, un regreso convertida en una mujer fracasada y una asesina. Tal vez su padre sintiera, además, la necesidad de declarar una guerra contra Atenas, una guerra que Atenas perdería casi con toda seguridad. ¿Qué tipo de estadista sería yo de poder prevenir la pérdida de la vida de tantos conciudadanos y no haber querido hacerlo?

Pero si no había regreso a Creta, ¿adónde podía ir? Tebas vivía sumida en el caos; lo más probable era que allí pasase desapercibida, pero no me parecía un lugar adecuado para una joven dama y su criatura. Y después de todo lo que había sufrido, necesitaba un lugar más tranquilo. Un lugar donde pudiera vivir de forma anónima y criar a su hijo.

Un lugar, de hecho, como mi propia finca, escondida de ojos entrometidos y lo bastante cerca de Atenas como para viajar hasta allí con facilidad.

En cuanto la idea se instaló en mi cabeza, me resultó imposible ignorarla. Podía presentar a Fedra como mi sobrina, el hijo como mi sobrino nieto y heredero de mis propiedades. Se me ocurrió entonces que todos habíamos decidido que la criatura sería un niño. Parecía inevitable que aquella criatura fatalmente engendrada fuera a heredar algo de importancia.

Tendría que convencer a Fedra de que mi plan tenía sentido. Confiaba en poder raptarla y llevármela de aquí, pero confiaba menos en poder hacerlo con su consentimiento. Y yendo más al grano, no quería que fuese una prisionera en mi finca en vez de ser prisionera de Teseo. Quería que fuese feliz. Empezaba a visualizar a Fedra sentada a la sombra de un árbol, viendo jugar a su niño mientras yo contemplaba la escena con una sonrisa benevolente.

Necesitaba hacerle entender a Fedra que cualquier otro camino sería una locura. Me decepcionó lo fácil que había sido convencer a Medea en este sentido. Ni siquiera había tenido necesidad de abordar a Teseo; solo una insinuación de que era capaz de hacerlo había sido suficiente para convencerla de que trabajara para mí y le

presentase a Fedra una propuesta, supuestamente apoyada por Teseo, que sabía que Fedra jamás aceptaría.

No había hablado con Teseo. Nadie había hablado con Teseo. Seguía llorando la muerte de su hijo y había pedido que nadie lo molestara, pero Medea no sabía eso. Y yo no sabía si Medea sabía mentir bien, de manera que era mejor que pensara que estaba diciéndole a Fedra la verdad.

El plan había salido como esperaba. Medea le había presentado a Fedra una oferta imposible de aceptar y luego me había comunicado que no se había mostrado receptiva. Lo había dispuesto todo para que Medea pudiera zarpar enseguida en barco; sin el beneplácito de Teseo, eso no necesitaba saberlo ella, y con dinero conseguido supuestamente en nombre del rey para adquirir el pasaje. Estaba emocionado al ver que mi visión bucólica del futuro estaba cada vez más cerca, y no quería que nadie socavara la posibilidad de que se hiciese realidad.

Pero antes de que me diera tiempo a visitar a Fedra, fui convocado por Teseo, el rey; aunque jamás había sido capaz de verlo como tal. Ahora, sin embargo, tendría que hacerlo. Lo envolvería en su manto real y lo asesoraría hasta que llegara el día de mi muerte.

Visité a Teseo en su dormitorio. La estancia era austera, con poco que pudiera proporcionar comodidades. De hecho, me sorprendió lo mucho que se asemejaba a los pobres aposentos que había concedido a Fedra, aunque en este caso, sospeché que era el deseo de concentrarse en su misión lo que le había llevado a negarse mullidos cojines.

—Señor —dije inclinando la cabeza para no demostrar el sentimiento de alarma que me embargaba.

Teseo, que siempre había sido un hombre delgado, se había transformado en una mera sombra. Sus pómulos eran como líneas duras que cruzaban su cara y tenía los ojos hundidos en el interior del cráneo. Sus brazos estaban esqueléticos, no musculosos, y el cabello le había crecido y había adquirido una tonalidad gris. Por fantástico que parezca, lo miré y me pregunté si no sería demasiado tarde y estaría ya muerto.

—Trifón —dijo Teseo—. El consejero de mi padre.

No era el principio más prometedor de la conversación, pero

incliné la cabeza a modo de reconocimiento.

—Has estado trabajando con esa mujer, no lo niegues —añadió levantando un dedo. De hecho, no tenía ninguna intención de negarlo.

—¿Os referís a vuestra esposa, señor?

Teseo cerró los ojos.

—¿Por qué llegaría en su día a ese acuerdo? Pensé que esta vez sería mejor. Reflexioné sobre los errores cometidos en el pasado… con la madre de Hipólito, con la hermana de Fedra. El gran error que había cometido había sido tomar princesas y tratarlas como si fueran de mi propiedad. Y eso no quería volver a hacerlo. Necesitaba una rehén, pero podía tratarla correctamente; casarme con ella, traerla a Atenas, instalarla en sus aposentos sin que tuviera que sufrir atenciones no deseadas por mi parte. Para eso, al fin y al cabo, siempre están las criadas. Y mira cómo me lo ha pagado.

Abrió entonces los ojos y me miró. Guardé silencio.

—¿Te enteraste de lo que pasó el día de nuestra boda? Por supuesto que sí, tú te enteras de todo. Una chica, más joven incluso que mi hijo, tenía que saltar por encima de un toro que debía de ser el doble de alto que yo y que apenas hubiera cabido en esta estancia. La empitonó con sus cuernos. Por todos los dioses, lo que quedó de ella fue espantoso. Los cretenses lo tomaron como un mal presagio. Me pregunto por qué permitimos que nuestros jóvenes se destruyan de esta manera. Se supone que somos adultos, Trifón. Se supone que somos adultos.

Suspiró. Seguí sin decir nada. Teseo estaba actuando, pensé, aquello era un discurso ensayado.

—No dices nada. Muy bien. Eres un monárquico incondicional, ¿verdad, Trifón?

—Soy leal a mi rey —respondí con cautela, tanteando la respuesta que Teseo estaba buscando.

—¿Y si tu rey desea dejar de ser el rey omnipotente? ¿A qué o a quién serías leal entonces, Trifón? ¿Fuiste leal a mi padre cuando se arrojó por los acantilados pensando que dejaba su reino en manos de Hipólito, un adolescente?

Bajé la vista, pero seguí sin decir nada. Si Teseo quisiera saberlo, le diría que aquella había sido la conducta más real que había visto en él. Su padre solía reprenderme. Era la prerrogativa de

los reyes. Y además, si lo dejaba hablar, enseguida se salía con la suya.

Teseo suspiró.

—¿La has visto? A Fedra, me refiero.

—No, señor, no la he visto —dije, respondiendo directo a su pregunta directa.

Me miró sorprendido.

—Confiaba en que pudieras decirme qué tal la habías encontrado. Pero no importa. Dime, consejero del rey, ¿qué debería hacer con ella?

Esperé un momento para reflexionar correctamente sobre las palabras que iba a decir. No sabía qué intención albergaba el rey con aquella pregunta. Tal vez la hubiera formulado para evaluar mi sabiduría y mi inteligencia, pero también podría estar intentando averiguar de qué bando estaban mis lealtades. Con todas estas posibilidades en mente, decidí que lo mejor era responder con sinceridad.

—Deberíais ofrecerle la posibilidad de una muerte amable. Tenéis que castigarla, por supuesto, pero sigue siendo vuestra esposa, y una mujer.

—¿La tomaría? ¿Me refiero a si tomaría cicuta o alguna hierba similar?

—Sí, creo que la tomaría. Se siente profundamente infeliz y podría verlo razonable.

Se tumbó en la cama y perdió la mirada en la nada, en la lejanía. Cuando se volvió hacia mí, sus ojos estaban vidriosos y pasó a una línea de pensamiento completamente distinta.

—No tienes hijos, ¿verdad, Trifón?

—No —respondí en un tono algo cortante. Estaba harto de responder a aquella pregunta y no entendía por qué todo el mundo se mostraba tan preocupado porque fuera un hombre sin hijos.

—En estos momentos piensas que soy un hombre débil. Me ves aquí, acostado en la cama, como un hombre al que le han arrancado la parte más preciada de su mundo, y piensas que soy débil y que tu lucha ha acabado. No habrá otro juicio, ninguna oportunidad de hacer las cosas correctamente y con justicia. Porque quiero venganza, no justicia. Esa mujer ha matado a la persona más importante de mi mundo. Invocaré a los dioses, a las Furias o

Benévolas, a todos los espíritus buenos y malos que el hombre conoce, y ella morirá. —Se incorporó y se sentó en el borde de la cama—. Piensas que Fedra mató a un adolescente, a un holgazán, que se pasaba el día cabalgando, jugando e insuflando un poco de vida a esta corte. Pero piensas así porque no eres padre. Fedra no solo ha matado a ese chico, sino que ha matado también al bebé que en su día acuné entre mis brazos, ante el cual contenía la respiración para que no se despertase. Ha matado al hombre en el que podría haberse convertido, a todos los hombres en los que podría haberse convertido. Como padre, lo observaba con atención en busca de señales. Tal vez se convertiría en un caballista famoso. Tal vez colaboraría en los trabajos de Heracles…, tal vez sería el Heracles de su generación. Tal vez se asentaría y gobernaría Atenas conmigo. Veía en él muchísimas posibilidades. Y ella las ha matado todas.

Se había puesto en pie y se cernía por encima de mí. Me mantuve impasible. No me permití sentir miedo.

—Y para ti, todo esto representa una victoria. La democracia ha muerto, decís tú y tus compinches. Teseo ejercerá la venganza de un rey sobre la mujer que ha matado a su hijo. Mi niño, mi bebé, mi hijo no significa nada para ti, excepto el haber sido una herramienta con la que debilitarme, para inclinarme a tu voluntad. Y tienes razón, Trifón, soy débil. Fedra será ejecutada sin juicio, sin el voto de los ciudadanos, solo porque lo diré yo y porque así puedo hacerlo. Pero no siempre seré así de débil. No tengo nada que perder. Y cuando esté preparado para ello, me consagraré por entero a establecer la democracia, un sistema bajo el cual todo hombre tendrá voz y voto, y donde los consejeros corruptos como tú no podrán obtener beneficios y hacerse ricos gracias a la vanidad y la indecisión de reyes débiles como mi padre.

Noté que había empezado a inclinarme hacia atrás, que mi instinto me llevaba a intentar alejarme de Teseo por mucho que mis pies siguieran clavados en el suelo. Nos miramos a los ojos, rey y súbdito, loco y cuerdo. Al rey le brillaban los ojos mientras que los míos se movían de un lado a otro en busca de algún alivio temporal.

—Señor —dije por fin—, sois el rey y podéis establecer el sistema que más os plazca. Es vuestra prerrogativa, os guste o no. Pero, por favor, no considero que únicamente aconsejara a vuestro

padre pensando en obtener beneficio de ello. A mí también me importa Atenas.

Teseo resopló, pero al menos se apartó de mí. Dejó caer los hombros y volvió a la cama, dando de este modo por terminada la entrevista. Como cualquier rey, sabía cómo despedirme. Pero yo tenía aún una última pregunta.

—¿Y qué será de Fedra, señor? ¿Le ofrezco la muerte dulce?

—Puedes ofrecérsela —dijo con contundencia—, pero antes debe parir a su hijo. No desearé verlo de momento, pero será mi heredero. Lo dispondré todo para que tenga un buen tutor. Dile que cuidaré bien de él.

Con un gesto de asentimiento, abandoné la habitación del rey, intentando mantener mis facciones tan inexpresivas como siempre, pero oyendo el cantar alegre de mi corazón. Sabía que Fedra no estaría de acuerdo en entregar a su hijo, pero sabía asimismo que a diario morían niños antes de nacer, y no tendría escrúpulos para informar de ello al rey. Y lo más importante de todo, después podría informar a la corte de que Fedra había aceptado la cicuta y que su cuerpo había sido devuelto a Creta. O arrojado al mar. O lo que quiera que decidiera decir al respecto en su debido momento. Empezaba a sentir vértigo. Necesitaría mantenerla escondida durante un tiempo, pero nadie sabía dónde se ubicaba mi propiedad. Enviaría un mensaje a mis criados para que preparasen habitaciones para la llegada de mi sobrina y su criatura. Habitaciones mucho más agradables que las que Fedra había tenido aquí. Había mucho trabajo que hacer.

Fedra

Todo el mundo estaba muerto, pensé. Me habían aflojado las esposas para que pudiera sentarme en la cama, aunque habría preferido que no se tomaran la molestia. Todos mis seres queridos estaban muertos. Mi hermano estaba muerto. Mi hermana estaba muerta. Ningún dios se la había llevado ni vivía en el Olimpo, estaba muerta.

Intenté descansar la mano sobre el vientre, el gesto que me había consolado durante ocho lunas, pero no conseguía llegar. Bajé la vista y no vi las ondulaciones y los bultos a los que me había acostumbrado. Hipólito estaba muerto. ¿Habría muerto con él su hijo o simplemente estaría durmiendo? Traté entonces de moverme en lo posible, zarandear al bebé para que se moviera de nuevo, pero las cadenas tampoco me lo permitían.

¿Habría merecido la pena matar a Hipólito? Si Teseo sentía tan siquiera una pequeña fracción del dolor que yo sentía ahora, sí, decidí. Sí, había merecido la pena. Ahora ya no necesitaba que los dioses buscaran venganza. Yo misma me había ocupado de ello.

Pensé en la propuesta que me había hecho Medea. Era totalmente inaceptable, como imaginaba que ella sabía de antemano. ¿Entregar a mi bebé a ese monstruo de Teseo? Antes lo arrojaría al mar. ¿Y si fuera una niña? Jamás estaría a salvo en la corte de Atenas, y mucho menos sin una madre que pudiera protegerla. ¿Y cómo sería mi vida luego, vagando de corte en corte como Medea? ¿Sin nadie que quisiera aceptarme por si acaso sufría otro ataque de locura y mataba también a sus hijos? Y siempre, además, estaría preguntándome por cómo estaría mi hijo. Mi hijo, al que no sentía en estos momentos.

No podía mover ni los brazos ni las piernas. No tenía fuerzas para sentarme y mirar a mi alrededor. Pero nunca me había sentido más fuerte. Sabía qué tenía que hacer. Tenía que proteger a mi hijo

de la mejor manera posible.

Trifón

Después de hablar con Teseo regresé a mis aposentos y convoqué a varios colegas para iniciar los preparativos. Estaba contento y canturreé algunos compases por lo bajo. El verano había sido largo, caluroso y pesado, pero se vaticinaba ya un tiempo más fresco y la granja era el lugar ideal para pasar el invierno. Tenía un pequeño olivar en uno de los lados de la propiedad y fabricábamos nuestro propio aceite. Y siempre sabía dónde obtener los mejores vinos.

Y mientras me entretenía con pensamientos tan placenteros, llegó corriendo un joven. Ni siquiera llamó a la puerta, sino que irrumpió en mis estancias y me levanté de golpe por la sorpresa.

—¿Tú? —dije al reconocerlo—. ¿Y quién se encarga de guardar a la princesa Fedra?

Lo miré, clavé los ojos en el tinte rojo que manchaba sus ropajes y lo entendí, aun sin querer hacerlo. Fui corriendo a los aposentos de la princesa, gritando obscenidades contra el guardia durante todo el camino. Cuando llegué, incluso el más iluso habría comprendido que ya era demasiado tarde.

Fedra yacía en la cama, con la garganta abierta y los brazos encadenados aún a ambos costados. La sangre empapaba las sábanas. Su voluminoso vientre parecía tumbado hacia un lado y en aquella posición, vi lo que no había visto antes, lo flacos y huesudos que estaban sus brazos y sus piernas. Su nariz sobresalía vistosamente de su cara. Cuando había llegado a Atenas, Fedra era una adolescente de rostro redondeado, y nos había abandonado convertida en una vieja escuálida.

En un momento de locura quise arrojarme sobre la cama, romper a llorar y suplicarle perdón. Le había fallado. La había utilizado como un peón, ¿y para qué? Teseo seguía queriendo ser el padre de la democracia y era más de treinta años menor que yo. Y yo era un viejo decrépito que ya no valía para nada.

Me volví hacia el guardia.

—¿Quién lo ha hecho?

El guardia retrocedió al oír el tono de mi voz, aunque podría haberme reducido como el que reduce a un niño. Pero el hombre estaba, a todas luces, al borde de una crisis nerviosa.

—Ella misma —respondió, y rompió a llorar a lágrima viva.

—Está encadenada a la cama. Di algo que tenga sentido, estúpido —repliqué.

—Me pidió que me acercara para darle un poco de vino —dijo, y reanudó su llanto.

Vi entonces los pedazos de loza al lado de la cama, una cascada de fragmentos que brillaban bajo la luz.

—¿Consiguió quitarse la vida con una copa? —pregunté con incredulidad.

El guardia negó con la cabeza y siguió llorando.

—Cuando me incliné para entregarle la copa, se hizo con mi espada. Pensé que su intención era blandirla contra mí, pero…

Imitó la acción de cortarse la garganta, un gesto grotesco dadas las circunstancias. Me pregunté cuántas partes de la historia no me estaría contando; si su falta de buen juicio y protocolo habían tenido su origen en el hecho de que sus manos estuvieran intentando estar allí donde no deberían. Fedra estaba en avanzado estado de gestación y era una asesina, pero seguía siendo una mujer. En cualquier caso, no necesitaba entender la verdad, me bastaba con que aquel hombre se hubiera dejado robar la espada. Su comandante lo haría ejecutar antes de que acabara la jornada, llorara o no.

Me volví hacia la princesa y contemplé su rostro, triste e inmóvil. Las lágrimas se me acumularon en los ojos, pero no las dejé caer. Las visiones de una familia feliz jugando en mi granja desaparecieron entre la sangre y los restos que cubrían la cama de Fedra. Había estado muy cerca, pensé, aunque también muy lejos.

Pero no me permití regodearme mucho tiempo en la escena. Inspiré hondo y me giré hacia el guardia.

—Ve a buscar a Teseo.

—Pero… —dijo el hombre tartamudeando.

Entendí a la perfección que no supiera cómo acabar la frase de protesta. Teseo estaba de duelo. Teseo era el rey. Teseo era un

hombre errado al que nadie se atrevía a acercarse. Más de un mensajero había muerto a manos de un gobernante rabioso.

—Ve a buscar a Teseo —repetí.

Esta vez se largó corriendo. Mi tono debió de convencerlo de que aquí corría mucho más peligro que en las estancias de Teseo. Y en nada, el rey entró en la habitación.

Vi de inmediato que la noticia lo había rejuvenecido. Podría incluso decir que su paso era casi garboso cuando irrumpió en las estancias.

—¿Qué tenemos aquí, Trifón? —preguntó—. Por lo que se ve, resulta que al final no era una bruja.

—No, señor —dije en voz baja—. Y podría decirse que tanto Hipólito como Fedra nos han dejado para ser juzgados en el juicio final, no por el hombre.

—No por el hombre —repitió pensativo Teseo. Rodeó la cama con cuidado, para no tocar a la princesa—. Bien, no quería en absoluto esta tarea y ya no la tengo ante mí.

Poco había que decir a eso, de modo que me limité a inclinar la cabeza.

—Necesitamos crear algún tipo de relato —señalé, después de un momento de silencio durante el cual mi cabeza ya había empezado a cavilar—. Si se me permite la sugerencia, decid a los bardos que fue hechizada por una diosa, Afrodita, imagino, para que intentara seducir a vuestro hijo. Y al ver que eso no le funcionaba, lo acusó de violación. Luego, su conciencia culpable se apoderó de ella y por eso acabó con su vida. —Teseo se quedó sorprendido. Por un instante había olvidado que no estábamos del todo en el mismo bando—. Mi trabajo consiste en proteger al rey —dije disculpándome—. Y ya no puedo renunciar a ese papel. Soy demasiado viejo.

Teseo asintió.

—Me parece un plan sensato. Pero ¿por qué Afrodita?

—¿No juró vuestro hijo renunciar a las mujeres y venerar solamente a Artemisa? Todo esto podría parecerme la obra de una diosa celosa.

Teseo sacudió la cabeza.

—Podría ser. Y, entretanto, enviaremos el cuerpo a Creta.

—No podéis hacerlo, señor —repliqué, y señalé su hinchado

vientre—. Eso sería una declaración de guerra.

Teseo asintió.

—Sí, entiendo adónde quieres ir a parar. Muy bien. La enterraremos aquí, en Atenas. Lo dispondré todo para que la noticia sea comunicada a Creta. Les diré que era muy amada. Y sospecho que incluso es posible que fuera cierto, aunque haya sido por un momento fugaz.

Se refería a mí, comprendí con perplejidad.

—Sí, señor. Por un momento tremendamente fugaz.

Teseo soltó una carcajada.

—Ah, Trifón. Eres un hombre de tu tiempo, lo cual es una lástima. Pero tengo que seguir con mi trabajo. Se aproxima una guerra, ya sabes.

—¿Una guerra? —repetí turbado. Ninguna de mis fuentes me había informado al respecto—. ¿Por qué razón? ¿Por una mujer?

—Por una mujer, por una ruta comercial, por un metal precioso o por un rollo de tela. Da igual, y dará igual. Tal vez no se produzca mientras yo siga con vida, pero percibo un cambio en el ambiente: en Grecia hay demasiados reyes, demasiados hombres hambrientos en busca del poder y de la gloria. Una situación que pronto alcanzará su punto crítico. Y Atenas es un reino pequeño y débil. Pretendo dejarlo mucho más fuerte, aunque en estos momentos no tenga un heredero a quien cedérselo.

Dio media vuelta y se marchó, cuadrando los hombros y con un paso mucho más ligero que antes. Me quedé unos instantes más delante del cadáver de Fedra, pero se había llevado sus secretos a la tumba. Con mala cara seguí al rey.

Coro nocturno

Aaay.

Aaay.

Ha muerto. La princesa ha muerto. Ha muerto víctima de su propia mano.

Así que es cierto.

Es verdad.

Dicen que la diosa Afrodita la obligó a seducir a Hipólito, porque era devoto de su hermana Artemisa.

Estos aristócratas… Le echan la culpa de todo a los dioses.

¿Así que Afrodita también obligó a Hipólito a violarme?

¿Volverá a contraer matrimonio Teseo?

No estoy muy segura. Quizá no. Ahora parece que está consagrado a su democracia. Y como no tiene heredero, podría legar el gobierno de Atenas al pueblo.

Te refieres a los hombres.

A los hombres, sí.

A los héroes.

Tengo que irme. Tengo camas que hacer y platos que lavar, y quiero tenerlo todo hecho antes de que mi amo se despierte y me vea por allí.

Si ellos son los héroes, ¿nos convierte eso a nosotras en las heroínas?

Nosotras seguimos adelante, perseverando, no pedimos nada y recibimos aún menos.

¿Dónde están nuestros relatos?

Jantipa

La noticia tardó un tiempo en llegar a Creta.

Había resultado bastante sencillo salir del barco con rumbo a Atenas. Habíamos estado escondidos en una cala cerca del puerto cretense durante una semana, y luego nos habíamos encontrado con el barco de guerra ateniense. En el trayecto de regreso a Creta, le había dicho a Teseo que había visto en la bodega el cadáver de la chica, la princesa de más edad. Le interesaba dejarme marchar, pues, de lo contrario, le contaría al rey y a toda la corte lo que había visto. Por suerte, Teseo se mostró de acuerdo conmigo, aunque, por seguridad, me había encerrado en una antecámara del palacio cretense.

Kitos había irrumpido en aquel cuarto para liberarme, una demostración de heroísmo que aprecié bastante más de lo que le demostré en aquel momento, puesto que una parte de mí pensaba que Teseo me había encerrado allí para que muriera. Fue una auténtica sorpresa enterarme luego de que Teseo se había llevado con él a la princesa más joven. Y durante mucho tiempo me pregunté si habría hecho lo correcto al pensar en salvar mi pellejo por encima de todo y no haber ido a contarle al rey lo que había visto.

Me integré en el cuerpo de guardia al que pertenecía Kitos y todo el mundo se enteró rápidamente de que estábamos prometidos. Al principio me sentí un poco incómoda, puesto que quería ser conocida por mis méritos, no por ser la esposa de nadie. Pero al final no resultó ser tan mala cosa, porque a pesar de que entrenábamos desde el amanecer hasta mucho después de que se pusiera el sol, debía de llevar tan solo un par de meses en Creta cuando descubrí que me había quedado embarazada.

Me ordenaron suspender el entrenamiento hasta que naciera el bebé, aunque aseguré a todos que volvería en cuanto el niño o la

niña naciera. Y regresé, pero a aquellas alturas Kitos y yo ya nos habíamos casado y él había tenido un par de ascensos, a resultas de lo cual el capitán de la guardia nos ofreció una casita justo al lado del palacio. Tenía todo el sentido del mundo que Kitos siguiera trabajando como guardia y que yo me quedara en casa con la criatura.

Sin embargo, vivir justo al lado del palacio significa depender de Kitos para tener noticias de todo, y él no es mucho de chismorreos. Pero un día llegó a casa con cara larga y, sin que me diera tiempo a preguntarle por qué, me dijo:

—Jantipa —nunca abrevia mi nombre—, tengo que darte noticias muy tristes de Atenas.

Me levanté de un brinco, despertando a Tarsia, que dormía en mi regazo.

—¿De mis padres?

—Oh, no —respondió, sintiéndose culpable. Cogió en brazos a la pequeña para calmarla—. Lo siento. No imaginaba que lo entenderías así. No es nada relacionado con tu familia. Es solo sobre alguien a quien conociste, aunque brevemente.

—¿Sobre alguien a quien conocí brevemente en Atenas? Podría ser cualquiera —dije, algo fastidiada.

Recuperé a Tarsia, e hice caso omiso a sus gritos de protesta por sentir que pasaba de una mano a otra como una jarra de vino.

—Lo estoy explicando fatal, ¿no? —dijo Kitos con remordimiento, y sonreí a regañadientes—. Deja que empiece desde el principio. La princesa Fedra, la que se casó con Teseo, ha muerto.

Me quedé mirándolo, impactada. Nunca había llegado a olvidar a la hermosa princesa que nos había guiado a todos hacia un lugar seguro. Fedra había quedado relegada a algún rincón de mi cabeza, que ahora estaba más que llena con los deberes diarios que implicaba criar a Tarsia, pero de vez en cuando aún pensaba en ella. Siempre había mantenido la esperanza de que, aunque fuese poco probable, pudiera ser feliz en la corte de Atenas.

—¿Qué pasó?

Kitos tardó unos instantes en responder.

—Dicen que murió de parto —contestó por fin.

Estreché a Tarsia contra mí, ignorando sus gritos de queja. Podía considerarme afortunada, ya que mi parto no había sido

especialmente complicado. Pero me paré a reflexionar sobre las palabras de Kitos. Era un hombre que hablaba siempre con cautela y aquella pausa que había hecho tendría que haberme alertado desde un buen principio.

—¿Dicen? ¿Quién lo dice? ¿Y qué pasó realmente? —pregunté, aflojándome la ropa para darle a Tarsia lo que de verdad quería.

—Jantipa, si siempre hablaras así, podemos considerar una suerte que no vivamos en la corte. El relato oficial asegura que la princesa murió de parto. No hace falta que vayas por ahí cuestionando estos temas.

—De acuerdo, pero aquí no hay nadie más, excepto mi esposo y yo; a menos que creas que nuestra recién nacida informará de lo que yo pueda decir al capitán de la guardia. O tal vez directamente al rey.

Nos miramos fijamente, hasta que bajé la vista.

—Lo siento, Kitos. Pero conocí a la princesa, solo brevemente, sí, pero… fue muy buena con todos nosotros, cuando tan poca gente lo era. Me gustaría saber qué pasó de verdad, por favor.

Kitos asintió.

—Lo sé. De acuerdo, pero no debes repetirlo a nadie. Los rumores que llegan de la corte de Atenas afirman que Fedra sedujo a su hijastro, el hijo de Teseo, estando bajo la influencia de la diosa Afrodita. Y que cuando el hijastro la rechazó, le embargó tal sensación de angustia que se quitó la vida.

Abrí los ojos de par en par.

—Parece el cuento de un bardo. ¿Bajo la influencia de la diosa?, ¿en serio? ¿Y tú te lo crees?

Kitos estaba realmente preocupado y cruzó la estancia para mirar por la ventana. Cuando se volvió, tenía el ceño fruncido.

—Estoy de acuerdo contigo, algo no cuadra en todo esto. El rey ha ordenado que nadie vuelva a hablar nunca más sobre su hija. La entierran en Atenas.

Lo sentía muchísimo por ella. Encima, enterrada en suelo extranjero, aunque por un instante me pasó por la cabeza que a mí me esperaba el mismo destino. Pero lo mío era diferente; aquí tenía un esposo y una hija, y cuando me llegara la hora de la muerte, no echaría de menos Atenas en absoluto. Fedra había partido hacía apenas dos años y no parecía muy feliz de hacerlo.

—Fue muy buena conmigo —repetí con impotencia.

Kitos se acercó y me abrazó. Tarsia se retorció contra mi pecho, pero no se soltó.

—Te sugiero, entonces, que intentes recordarla tal y como la conociste. Siento habértelo contado.

—Me alegro de que lo hayas hecho —repliqué—. Esta noche ofreceré una libación a los dioses de la casa en su nombre.

Asintió, satisfecho, y se marchó para ocuparse de las tareas que no podía atender cuando estaba trabajando en el palacio. Recordé a las dos alegres princesas y cómo había envidiado su hermoso cabello y su piel resplandeciente, pero ahora ambas estaban muertas, mientras que yo tenía a mi bebé en brazos y vivía en una casa propia. Pensé en ir a comentarle eso a Kitos, en hablarle de la forma de obrar tan misteriosa que tenían los dioses. Pero al final acabé de amamantar a Tarsia, la abracé un ratito, la metí en su cuna y empecé a preparar la cena para mi familia, como si fuese un día cualquiera.

Nota de la autora

Los mitos griegos suelen ser tratados como historias aparte, a pesar de que determinados personajes, como es el caso de Teseo, aparezcan en diversos relatos. Siempre me sorprendió el hecho de que Fedra, con quien se casó Teseo, fuera hermana del Minotauro, la criatura que Teseo mató, y de Ariadna, la mujer a la que abandonó Teseo en una isla después de que lo ayudara a lograr su hazaña. Además, el mito afirma que Hipólito murió víctima de un toro, el símbolo de Creta, que surgió del mar. Teniendo en cuenta estos factores, no sería sorprendente que Fedra fuera la causa de la muerte del hijo de Teseo, aunque ambas historias rara vez aparecen relacionadas.

Plutarco, en *Vidas paralelas*, atribuye a Teseo el papel de fundador de Atenas como consecuencia del éxito de la campaña que emprendió para transformar la ciudad en la capital del Ática, en virtud de la cual convenció a los reyes locales de que lo mejor era unirse y crear una democracia en vez de una monarquía. Plutarco reconoce que los diversos matrimonios de Teseo y sus relaciones con las mujeres, incluido el abandono de Ariadna, no son motivo de alabanza y que, de hecho, el rapto de Helena siendo una niña —mucho antes de que ella conociera a Paris y desencadenara los acontecimientos que desembocaron en la guerra de Troya—, provocó la caída del Ática y el exilio y la posterior muerte de Teseo.

Las fuentes se muestran en general de acuerdo en que Heracles sentía cariño por los niños, y me parece razonable que un hombre que amaba a los niños hubiera sido como un tío o un padrino para el hijo huérfano de madre de su amigo y aliado.

Me he tomado ciertas libertades con relación a las fuentes originales. He corregido la narrativa tradicional de modo que los tributos fueran enviados a Creta anualmente en vez de cada siete años. Por otro lado, mientras que los personajes masculinos de

ficción tienen nombres griegos conocidos, los personajes femeninos de ficción tienen nombres inventados, un reflejo de la ausencia de relatos sobre mujeres de su clase social. He comprimido el periodo de tiempo tanto del mito del Minotauro como del de la historia de Fedra e Hipólito. Normalmente, la historia de Fedra e Hipólito tiene lugar unos veinte años después, cuando Fedra es una mujer mucho más madura —y es su hermano quien acuerda el matrimonio, no su padre—. Fedra tiene dos hijos con Teseo, lo cual deja patente que no la trató solamente como una rehén. Al principio, me sentí culpable por realizar estos cambios con el fin de que las historias encajasen en mi narración, pero luego, en el transcurso de mi investigación, me tropecé con la siguiente cita:

> La tragedia griega bebe prácticamente siempre de historias que tuvieron lugar durante la remota edad heroica de Grecia, el periodo que actualmente, en términos históricos, conocemos como finales de la Edad de Bronce o «civilización micénica», y que comprende las escasas generaciones de grandes hazañas, confusión y esplendor que constituyen el telón de fondo del canto heroico tradicional griego, tanto en el campo de la épica como en el de la lírica. Pero estos relatos no son historia, ni han quedado canonizados en ninguna colección definitiva de «mitos griegos». Su transmisión oral, de padres a hijos, se vio sin duda alguna sujeta a las enormes variaciones que caracterizan todas las tradiciones orales, variaciones tanto en el énfasis como en el tono, así como en el contenido de la narrativa —cualesquiera que sean las «estructuras profundas» que el sabio reduccionista asegure detectar—. Es probable, en cualquier caso, que los

escritores de tragedias bebieran de forma predominante de fuentes literarias. También aquí, la variación era prácticamente ilimitada, el producto de siglos de reorganización e invención, un proceso que incluso los mismos escritores de tragedias continuaron. Ni siquiera los mitos de *La Ilíada* y *La Odisea* son definitivos.

Oliver Taplin, «Emotion and Meaning in Greek Tragedy»,
Oxford Readings in Greek Tragedy, 1983

No pretendo, ni mucho menos, estar a la altura de los escritores de tragedias en términos de habilidad, narrativa u oficio. Sin embargo, me gusta considerarme como una seguidora de su tradición, una tradición que tenía ya siglos de antigüedad cuando ellos escribieron, reorganizaron y reinventaron los mitos que muchos de nosotros seguimos valorando profundamente.

La principal fuente griega de la historia de Fedra sería el *Hipólito* de Eurípides, que contiene la historia que Trifón inventa al final de mi *Fedra*. Sin embargo, por puro sensacionalismo, recomendaría al lector la *Fedra* de Séneca, un relato sangriento, parte de cuyo lenguaje adapté para la violación de Fedra a manos de Hipólito.

Finalmente, considero que estoy en deuda con *The Palace of Crete* (Graham, 1962) y *Palaces of Minoan Crete* (Cadogan, 1976), que me dieron a conocer la belleza y la majestuosidad de Cnosos, y los detalles de la todavía impresionante agua corriente. Cualquier error, y cualquier castillo en el aire, son míos y solo míos.

Agradecimientos

Me considero tremendamente afortunada por el apoyo, la orientación y la ayuda que he recibido no solo para escribir la historia de Fedra, sino también todos mis otros escritos.

En primer lugar, quiero dar las gracias a mi maravillosa agente literaria, Nelle Andrew, sin cuyo firme compromiso e inquebrantables estándares de calidad esta novela no habría existido nunca; hay deudas que jamás pueden devolverse, pero le estaré agradecida eternamente. Quiero agradecer asimismo la ayuda de su estupendo equipo en Rachel Mills Literary Ltd, y muy en especial la de Charlotte Bowerman, Alexandra Cliff y Kim Meridja.

Gracias al equipo de Sphere. La clara e inspirada visión editorial de Rosanna Forte era justo lo que necesitaba, eso sin mencionar sus constantes palabras de consuelo, su disposición y su paciencia para hablar conmigo durante el proceso tanto de redacción como de publicación de la novela. A ella le debo también el título de *Fedra*, y le agradezco además que no titubeara en absoluto cuando le comuniqué que en medio de todo esto iba a tener un bebé. Gracias, Rosanna, no podría haber pedido una editora mejor. Hannah Wood diseñó la bella cubierta que, junto con la campaña de *marketing* de Emily Moran y la campaña publicitaria de Stephanie Melrose, han conseguido que todo el mundo hable de este libro. Ben McConnell (editorial), Tom Webster (producción), Caitriona Row y Lucy Hine (ventas) han trabajado incansablemente para que la historia de Fedra haya llegado al Reino Unido y al mercado de la Commonwealth.

Gracias al equipo de Alcove Books, mi editorial en Estados Unidos, liderado por Tara Gavin, cuya experiencia en el mundo de la edición valoro mucho, que ha contado con la colaboración de Andrew Davis (diseño de cubierta), Madeline Rathle (*marketing*),

Dulce Botello (*marketing*), Melissa Rechter (producción), Matthew Martz (edición) y Rebecca Nelson (edición y asistente de producción).

Siempre he adorado los mitos griegos, pero debo mi amor a los clásicos como disciplina a la señora Heath, de la Mt Roskill Grammar School. He tenido muchos grandes maestros a lo largo de la vida, pero me gustaría dar especialmente las gracias a mis maestros de escritura creativa, profesor Albert Wendt, profesor Witi Ihimaera, Barbara Rogan, doctora Sarah Burton y profesor Jem Poster. Gracias también a todos mis compañeros de estudios de escritura creativa, de los que tanto he aprendido. Y gracias a Clare Worley, en su día compañera de estudios y ahora una gran amiga.

Gracias a mi familia, a mi madre, mi padre y a mi hermana Emily, que me brindaron apoyo y ánimos desde un principio y me proporcionaron la confianza necesaria para trabajar con el objetivo de hacer realidad mi sueño. Gracias a Steven, mi querido esposo, que siempre me ha ayudado, que ha creído firmemente en mí y que ha sacrificado con generosidad su tiempo para que yo pueda escribir. Y finalmente, gracias a mis queridos «bebés de producción», Amelia Joan y Lucian John, que hacen que la vida sea infinitamente más maravillosa de día en día. Os quiero mucho a todos.